

UAN

UTÓNOMA DE NUEVO

CICLO GENERAL DE BIBLIOTE

3

SANTIAGO

MUSTIÑOL

Representaciones  
de Arte

Desde  
EL  
Molino

PQ6633

.U34

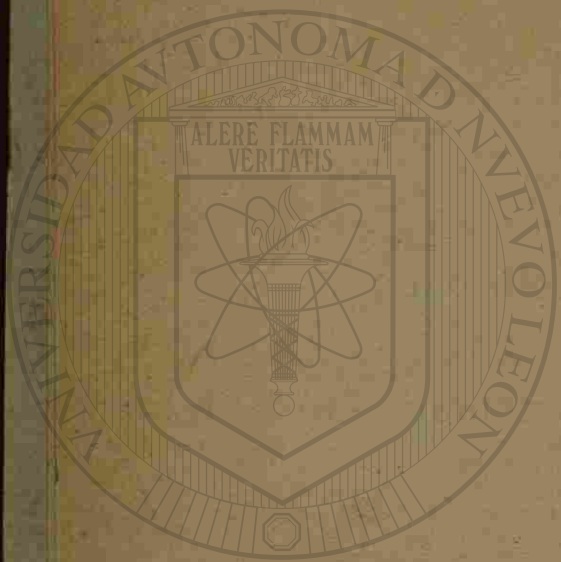
D3



1020027952



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS



SANTIAGO RUSIÑOL

# Desde el Molino

## É Impresiones de Arte

(COLECCIÓN DE ARTICULOS LITERARIOS)

VIAJES ARTÍSTICOS

— POR —

Francia, Suiza, Italia y España



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

PARÍS

100323

GARNIER HERMANOS, LIBREROS-EDITORES

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6

33808

R63  
R

PG6633  
.U34  
D3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

**CAPILLA ALFONSINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.:**

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

# Desde el Molino

I

## Artistas catalanes en París

Si existiera y anduviera por la tierra y, andando, llegara hasta París el gran loco de Cervantes, lo primero que vería sería un molino que en lo alto de Montmartre yergue sus aspas sobre la nota gris, y de seguro que hacia él dirigiría sus pasos en busca de extrañas aventuras.

No podría darse cuenta del papel que representa aquella máquina con alas descarnadas, extendiendo su esqueleto entre las chimeneas, ni podría explicarse cómo en el mismo corazón de ciudad tan moderna se levanta soberbio tan inútil armatoste.

A los artistas, á esos seres que al son de su imaginación mueven sus pasos; á esos hombres que, como dice Macaulay, se hallan colocados entre la razón y la locura, también les atrae de un modo poderoso ese molino solitario sobre una gran ciudad encumbrado; también les habla de extraña manera esta máquina fantástica, y cuando se alejan de sus alas se encuentran sin poder volar y sienten la nostalgia de un algo que no se explican.

Este algo extraordinario que se siente y no se explica, al subir por los callejones estrechos de Mont-

martre, también lo sentimos nosotros, y, al llegar á la cumbre del cerro, hicimos como aquellas hormigas que suben á lo alto de las ermitas, esto es, nos detuvimos.

En la misma casa del molino encontramos un piso por alquilar, ¡que todo se alquila en este mundo! y sin intervención de notario ni otras formalidades lo alquilamos, tomando posesión sin pérdida de tiempo é instalándonos en él parte de la colaboración de LA VANGUARDIA, representada humildemente.

La casa no es muy grande, pero cabemos en ella, y aún aben los muebles que nos acompañan. Caben las camas y caben tres sillas que compramos allá en la feria del *boulevard*, y que si la casualidad no quiso que fueran de la misma forma todas, han de servir y servirán para el uso de sentarnos, que es de lo que se trata; cabe una mesa que no es de pintado pino, pero sobre la cual lanza, como en la del poeta, melancólica luz un quinqué de petróleo; cabe un reloj de caja con *dormidor* que llama al sueño con su compás monótono, y despertador que grita á campanillazo limpio hasta que le detienen su voz provocadora; y cabe, por fin, un armonium de alquiler que, más que cantar, se queja, con su voz de acordeón, de sentirse maltratado en este mundo por manos que no comprenden sus ocho registros, que no responden á nada ni á nadie, bautizados con *voz celeste* uno de ellos, cuyo nombre es una inmensa blasfemia; *expresivo* otro, de cuya expresión siempre hemos dudado, y *trémolo* el último por el temblor que causa su voz á los pocos vecinos que anidan en estas olímpicas alturas.

Son éstas pacíficas; la buena gente!, y de buen natural.

A un lado no los hay, porque no hay casas ni viviendas. Sólo habita en un barracón una ternera enferma, con un médico y un ordenanza, á los cuales les vienen á buscar todas las mañanas, con un coche á propósito, para ir á vacunar á domicilio. Salen, cierran la puerta y no vuelven hasta la noche, siempre la ternera enferma y siempre el médico y el ordenanza vigilándola.

Pero si por un lado no hay bullicio, no deja de haberlo por el otro. En un gran local, fundado en el año de gracia de mil doscientos noventa, se baila todos los domingos y días intermedios.

Desde las danzas guerreras del siglo trece hasta el minuet barroco, bajo este techo la humanidad ha bailado todo lo que hay que bailar, y seiscientos años de bailoteo son años suficientes para estar cansados los parroquianos que se han ido sucediendo en inacabables generaciones.

Este cansancio no ha llegado todavía, sin embargo; lo que si por una parte perjudicó nuestro modesto armonium, porque los desacordes de aquella orquesta lo ahogan, por otro lado, la luz eléctrica, que hay á la entrada del baile, nos ahorra de encender aquel quinqué de que hablamos antes, pues los potentes rayos de luz inundan nuestros salones de una tan blanca claridad, que sólo es comparable á diez lunas puestas de acuerdo para alejar las tinieblas con que la noche nos abruma y perjudica.

Además de esta casa y este variado vecindario, tenemos á nuestra disposición un jardín que, más que grande, es poderoso.

Y digo poderoso, y no me arredro al decirlo, porque tiene el poder de servir de cementerio á toda planta que se atreva á brotar en su mortífero suelo.

Las acacias, esos árboles ya de sí enfermizos, tienen aquí la palidez de la muerte pintada en las pocas hojas que sostienen por milagro, y sus ramas se inclinan hacia el lado del sol, que en vano aguardan días y más días; la yedra cae desmayada y alarga los dedos, no pudiéndose sostener ya por más tiempo en el muro; las enredaderas, que intentan subirse á las altas ventanas, se enredan por el suelo y no tienen fuerza para elevar el tallo ni savia para alimentarse; la humedad despinta las pocas flores que tienen vida, y crecen blancas y anémicas como flores de papel desteñidas; la parra se muere entre la duda de dar fruto ó dar follaje; y holladas en invierno por el frío las plantas todas, y por la planta humana en verano, no pueden con su cuerpo y viven tísicas y mueren desangradas en este jardín regado con cerveza.

Porque este patio, ó parque, ó lo que sea, ahora abandonado, es punto de recreo y solaz, apenas asoma la primavera.

Todo está dispuesto para entonces; todo yace bajo funda para esperar el buen tiempo. Los caballos de madera están quietos y abrigados, formando su semicírculo, aguardando aquellas vueltas y aquel mareo; el organillo central duerme callado, y sólo de vez en cuando le hacen cantar su repertorio, á fin de que el hollín no entre en sus pulmones y la voz no se aleje de sus flautas; el tiro de pistola está sin armamento; la báscula, desmontada; el teatro de fanticos, con la decoración de fondo,

y los titeres durmiendo en un cajón, para despertar más tarde y emprenderla de nuevo á garrotazos contra el demonio y la muerte; la gran pajarera, desierta, con sólo un triste mochuelo, haciendo de guardián de invierno, medio abandonado en aquella casa grande y abandonado del todo á sus eternas filosofías; los trapecios atados con cadenas y los globos de gas apagados y esparcidos con su blanquísimo mate destacándose sobre el fondo gris del muro, sobre el verde pálido de las cercas y sobre la augusta silueta del molino que, como alerta centinela, domina la gran ciudad y es la batuta que dirige aquella colosal orquesta.

Cuando se extiende la niebla desde el Sena hasta la cumbre de Montmartre, el molino señala quietud, pliega sus alas y se le ve vagamente mustio y cabizbajo; cuando la tempestad estalla, agita frenéticos sus brazos y da el grito de alarma con sus airados movimientos; cuando el sol vence á las nieblas, la primavera se presenta radiante y llama al hombre al trabajo con su vainén de diana y se pliega al descanso, al caer de la tarde.

El molino no sólo es el centinela del barrio, sino el centinela del mundo.

Por él pasa el meridiano. Por su cúspide atraviesa ese meridiano de París, que consultan á todas horas del día los geógrafos de la tierra, y á todas horas de la noche los astrónomos que estudian otros mundos y que miden y recuerdan en el mar los errantes marineros como un faro desconocido, como un mito grandioso, sin poderse figurar que esa imagen matemática, que es como una oración para ellos, tiene su santuario en un pobre molino, negro, apolillado

y de melancólica silueta, que se sostiene por milagro allá en las cimas de Montmartre.

Los artistas le llaman familiarmente el *Moulin de la Galette*, que significa dinero; y como el dinero no abunda en el barrio, el molino es la casa de préstamos imaginaria, la caja de socorro del artista.

Al que quiere convertir el arte en mercancía (según una leyenda), que no busque su protección: el molino le enreda en sus largas astas, le ata de pies y manos como una telaraña, y, empezando á dar vueltas vertiginosas, le marea hasta lanzarle en el campo del olvido; pero á los devotos del arte, á los que acuden á su templo á pedir inspiración, que es la fortuna que presta, con estos (repite la leyenda), con estos es generoso y compasivo.

Pero el vago atractivo del molino es su historia envuelta en aureola; son sus seis siglos que se mueven, que viven y palpitan en sus astas descuartizadas; seis siglos de gloriosa tradición artística; seis siglos en el curso de los cuales los pintores han vivido bajo sus alas de carcomida madera y no inútilmente pasó por aquí el aire del arte, porque dejó imperecedero encanto para el que siente y ama su misterioso perfume.

Este encanto y este vago ensueño de gloria es el que puebla los numerosos talleres del cerro de Montmartre; por este no sé qué inexplicable se libra esta batalla lenta y tenaz de la lucha por el arte; y las alas de este molino son las que ayudan á volar el espíritu de esa legión de seres que aquí tienen su campamento.

Por todas las calles del barrio asoman grandes ventanales, y allí centenares, miles de obreros del

arte trabajan sin descanso aprovechando hasta el último rayo de claridad de la tarde; y luego á la luz del quinqué continúan luchando, luchando sin descanso en la brega nerviosa de detener la silueta que se escapa, la luz que se va y el color que se transforma, vibra y cambia á cada instante.

Algunos, los menos, llegan á alcanzarla; esta gloria tan deseada!, y no son felices tampoco, y entonces se despiden del molino, y su fama y su renombre vuela por el mundo; otros no pasan nunca de pobres *molineros*, y viven modestamente de su arte; y los más pasan la vida llenos de privaciones y desengaños: la fortuna huye de su lado, el molino no vuela para ellos y mueren ignorados del mundo, y encuentran en la fosa común del cementerio, que se extiende más abajo, el sosiego que no lograron en vida.

Allí se eleva una cruz dedicada á los muertos desconocidos. ¡ Cuántos artistas se cuentan entre ellos! ¡ Qué monumento más justo sería el que se levantara á la memoria de los que murieron sin gloria, habiendo luchado por ella! ¡ Cuántas sombras se encontrarían amigas bajo sus losas, que en el mundo de los vivos nunca se conocieron, viviendo de la misma fe!

Esta quimera nos asaltó la primera noche que dormimos á la sombra del molino.

Quizás debido á esto no pudimos pegar los ojos, ó quizás tuvo la culpa... ¡ váyase á saber!... la influencia del meridiano que pasa y pesa sobre nosotros.



## II

## Una taberna en Montmartre

Saliendo del Molino se sube una cuesta para llegar á la plaza de Montmartre.

Allí está situada la casa de comidas más próxima á nuestra morada, y cuando llueve ó hay niebla y hace frío y no queremos ir lejos, nos dirigimos allí para comer.

Esta plaza de Montmartre es desierta como un campo segado; pequeña como un patio grande; desigual en su estructura y rodeada de casas bajas con tejados de pizarra, que se inclinan formando una gran pendiente, para descargar la nieve que cae sobre sus espaldas húmedas. Cinco árboles viven allí descuidados, con el tronco teñido de ceniciento color; el terreno está cruzado por los baches que la lluvia forma caprichosamente; y algunos asientos de piedra, colocados allí puramente como adorno, desde el primer imperio, ó todo lo más el segundo, sirven para instalar las legumbres que exponen tres ó cuatro vendedoras á los pocos humanos que llegan hasta aquellas alturas desiertas.

—Nadie creería en la cercana vecindad de la inmensa capital en aquella soledad y quietud de pueblo semi-abandonado; nada hace sospechar que uno se halle en este gran centro moderno, si no fuera por ese rumor vago y extraño que se desprende de las grandes ciudades y que llega aquí como sordo

temblor de lejana tempestad; nadie, si no fuera por el silbido constante de los trenes que allá á lo lejos se quejan con sus ayes lastimeros, por el humo denso y pesado de las múltiples chimeneas, que sube y se cierne sobre las casas, entristeciendo la atmósfera, y por la luz fantásticamente rojiza con que el cielo refleja la inmensidad de luces que brillan por la noche hasta el confín del horizonte.

Pero lo que imprime más austero recogimiento á esta mezquina plaza y le da más carácter de lóbrego abandono, son los numerosos coches de los muertos que desfilan por aquí para llegar á la iglesia de Montmartre.

En esta altura, donde no suben á pie más que los peregrinos que van al santuario, causa extraña sensación ver pasar los féretros con los coches enlutados y el negro séquito de hombres y mujeres que llegan rendidos de cansancio.

En los cementerios vecinos el duelo se despide, y muchos entran en la casa de comidas donde hemos de entrar nosotros.

¡ Tiene un carácter severo por demás esta casa de comidas! A la entrada, en un cuadro con marco negro, hay un anuncio con pálidas fotografías de los coches mortuorios, divididos en varias categorías, según el lujo y el adorno desplegado en los caballos, destacándose aquellas fúnebres notas sobre los colores transparentes de los licores que en fila se ven en caprichosas botellas. Unas cortinillas de acartonada transparencia separan la estantería del fondo, y allí en revuelto bodegón hay una muestra de la comida del día (que bien podría ser de cartón por ser la misma todo el año). El nombre

del propietario se destaca en grandes letras, con caracteres de panteón, sobre el cristal de la puerta. Esta se abre, entre dos tiendas ambulantes, en las que una mujer enlutada vende cruces y rosarios, coronas de siemprevivas y lazos con breves dedicatorias.

El interior es pequeño: cuatro mesas de mármol blanco en la antesala; el mostrador, con la mujer colocada como en un trono de rubia cristalería; el depósito de alcohol, de metal bruñido y cincelado; algunas sillas de hierro procedentes de la intemperie, y cuatro platos que dan vuelta por las mesas para volver á la cocina. Más al fondo, más muebles, aunque pocos y mal alumbrados por una pequeñísima ventana que, teñida de verde y mezclado este color con el gris que desciende por un patio reducido, reflejan la tristeza y humedad de las paredes y dejan al local sumido en una luz indefinible.

Pero lo que da más misterio á este interior reducido es una escalera de caracol que se abre para bajar á un fondo desconocido.

Siempre estas escaleras que se hunden hacia el centro de la tierra como una misteriosa trampa, me recuerdan esos cuentos de niños en que los seres encantados vivían como en conserva en lóbregas catacumbas. Estas bocas abiertas en el suelo tienen siempre una cierta vaguedad inexplicable, que me hacen pensar en una mina sin fondo, donde el que entra allí pierde toda esperanza de volver á ver el sol y el paisaje, los campos y toda clase de nubes. A pesar de esto, bajamos y encontramos otra sala donde también se comía, si bien con menos luz, no con menor apetito; y preguntamos á dónde iba á

parar aquella escalera que continuaba bajando, bajando siempre como la más estupenda pesadilla salomónica. Nos contestaron que nadie lo había sabido; que sólo el dueño entraba en ella de vez en cuando, y que desde allí podía ser que por alguna ignorada mina se llegara hasta el Sena á buscar agua, porque á veces se le veía subir con botellas en la mano que tenían trazas de vino.

Sea lo que fuere, en estos sótanos, oscuros, húmedos y sólo adornados con el tubo de una estufa que, atravesando el local, penetra en un espeso muro para llevar calor Dios sabe dónde; adoquinados de trecho en trecho, dejando ciertos lunares donde puede muy bien crecer la hierba; en estos sótanos, estrechos como una tumba, se encuentran á sus anchas las pobres gentes que acuden, que son la flor y nata de los seres que viven de la vida de la muerte.

Comen allí y en la estufa se calientan los cocheros de las sociedades funerarias, con sus holgados sobretodos y sombreros de dos picos (dejando los coches parados á la puerta); los sacristanes de la vecina iglesia comen allí también, y á los postres, sobre la mesa, se reparten las propinas que han recibido en el entierro; los empleados en la administración de honras fúnebres discuten allí sus negocios; y los enterradores se quejan, entre sorbo y sorbo, de los malos tiempos de salud que corremos y de que en el mundo mueran más pobres que ricos, lo cual perjudica en gran manera sus sagrados intereses. Algunos curiosos pintores son los únicos que animan aquellas profundidades: jamás brilla un rostro de mujer allí, ni asoma la cabeza de un niño. Un pobre perro va de mesa en mesa, supli-

cando (con los vaivenes de la cola) que se acuerden de que él también debe vivir, aunque no sea en clase de persona; el vino va subiendo por aquella escalera misteriosa, mientras que por la misma trampa van bajando los platos humeantes para enfriarse en aquellas mesas de mármol y enterrarse en el estómago de aquellos enterradores.

Lo que se come no es malo, dado lo fúnebre de las circunstancias: sardinas con manteca ó caldo para romper el fuego; cebolla en conserva ó en estado de momia; luego carne cocida con patatas en calidad de estofado; rosbif con macarrones; carne, de lo que sea, á la Chateaubriand, con más patatas y queso por punto final, con café el que lo desea, ya que allí no se fuerza la voluntad de los muertos ni los vivos.

A los postres entra todos los días un cantador ambulante, que forma ya parte del ajuar de aquella casa, con la buena intención de amenizar la fiesta; pero no lo logra jamás, ni lo logrará en todos los días de su misera existencia.

Lleva larga cabellera, que le cae en sudados bucles sobre los ojos, pequeños y perdidos allá en el fondo de unos párpados húmedos y despoblados; la cabeza descansa, vamos al decir, porque pocas veces está quieta, sobre un cuello natural color de cera y picado de puntitos encarnados, y destaca de otro cuello de un gabán, que más desdora que abriga; los zapatos, que fueron diferentes el día que cada uno de ellos perteneció á su dueño diferente, vense igualados en sus pies por el barro de París, por su innata y duradera miseria; y el resto de su traje, si más traje queda en su cuerpo, es más

pobre todavía, porque ocultas debajo de estas piezas habrá prendas que no han salido, ni salen, ni saldrán jamás al aire libre, destinadas á la hora de la muerte á seguir al desdichado á su misma sepultura.

Tal es el hombre que ha de distraer á los buenos comensales de la fúnebre taberna con sus alegres canciones, tristes como árbol sin hojas, y toda la indumentaria del pobre cantor aquel se reduce á una colección de pelucas (fabricadas con cabello cuya procedencia podrían conocer algunos de aquellos parroquianos) que va cambiando en su cabeza á cada canción que brota de su enfermiza garganta.

Cuando es alegre la canción, corto es el cabello y abultado de la frente cual peluca de payaso; erizado y derecho, cuando canta la canción de la Roquette y la del condenado á muerte; larga y sedosa para las coplas románticas, y espesa y mal cortada para narrar las miserias de *Belleville*, los crímenes de la *Glacière* ó las tremendas emboscadas del canal de la *Villette*.

Por más cambios que hace y esfuerzos que realiza, nadie le escucha, ni le escuchará jamás; nadie se apercibe de su débil silueta: pasa desapercibido como un ruido y se aleja de allí, dando las gracias, con voz debilitada, á la parroquia y al dueño y señor de la fúnebre taberna de Montmartre.

Es el dueño M. Poncier, hombre prudente y avisado que procura contentar á los parroquianos de arriba, señores que, á pesar de vestir sombrero de copa, por la circunstancia de venir del negocio de los entierros, no pertenecen siempre á las clases aco-

modadas ; pero sobre todo se esmera en tener miramientos, delicados mimos y contemplaciones con los del sótano, por ser parroquianos de todo el año económico, á quienes no arredra el local, ni la humedad, ni la profunda tristeza que sudan aquellas melancólicas paredes.

Cocinero y dueño *en jefe*, siempre tiene una palabra de consuelo para los caballeros negros de arriba y un apretón de manos para la parroquia subterránea ; propietario absoluto del grande establecimiento, no se cree rebajado en servir él mismo la mesa, y con dulzura de palabra pregunta á sus clientes el parecer por cada plato, declinando siempre sus fervientes convicciones culinarias á la menor reclamación de sus negros y consecuentes abonados.

Sabe el buen hombre que aquellas gentes están acostumbradas á callar y á vivir en las grandes soledades, y cuida de debilitar su voz y hablar bajo, en tono tan bajo y con tan apagado acento que, más que palabras, dirige insinuaciones ; su conversación resulta como una letanía suave, pronunciada entre dientes si los tuviera ; como un místico secreto entonado con beatitud de fondista anacoreta, porque nuestro Poncier comprende que los parroquianos de la fonda de Montmartre son hombres que, aunque entre las grandes multitudes, viven muy lejos del mundo y su ruido ; hombres que no respiran el mismo aire que el resto de los mortales, formándose el vacío cerca de ellos y la soledad más grande : la soledad de los muertos ; hombres que se agrupan en aquellos húmedos sótanos porque allí la luz no les molesta ni la vida les sofoca ; hombres que viven sin amar y no gustan del encanto de

la risa, ni del fuego de la palabra, ni de nada que pueda infundir calor á sus fríos corazones de convidados de piedra.

Una sola mujer hemos visto sentada en aquellas mesas, y, más que mujer, era una niña.

La primera vez que la vimos hablaba al oído á un viejo sepulturero.

Su débil silueta hacía tal contraste con la rudeza de aquellos hombres ; sus ojos pálidos, su clara cabellera, destacaba de tal modo sobre aquel fondo negruzco, que nos pareció una débil siempreviva en un sepulcro, un lirio sobre un charco y su presencia allí nos dejó tristes.

Otro día llegó con ellos y llevaba una canasta de flores.

Y lo comprendimos todo.

Aquellas notas blancas, amarillas y violadas, que cuasi iluminaron con su vida aquel antro de comida, despoblaban otra casa más solitaria y más triste ; aquellas flores tan vivas eran hijas de la muerte ; ¡ aquellos como fuegos de colores hermosos eran flores robadas de cementerio ! ¡ Aquellas pobres reliquias iban á ser vendidas en el *Moulin de la Gallette*, en el *Elysée Montmartre* y en otros sitios peores todavía ! ¡ Tenían que morir entre el bullicio, ellas que nacieron entre el supremo reposo ! ¡ Tenían que ir al baile, y bailar una nueva danza macábrica, y tenían que brillar toda la noche, muriendo de cansancio en el seno que no lo era de la muerte !

## III

## El estudio de un puntillista

El invierno ha llegado. ¡ Paz en la tierra y nieve en las alturas de Montmartre!

Su majestad el Frío, ese caballero de barba blanca, espantajo de termómetros y acaparador de hielo, se ha presentado insolente á la faz de todos, y de una andanada ha sembrado de nieve árboles y calles, azoteas y balcones y todo lo que mira de cara á la intemperie.

La nota blanca es la nota dominante en los malos tiempos que corremos. Como cintas de blancura mate, se ven las calles destacarse sobre un blanco ceniciento: el blanco obscuro del cielo; blancas son las cornisas que dibujan las casas y se alejan en recortada perspectiva; blanco el aliento de los caballos que se difuma en vapor sobre otro blanco más blanco todavía; las ramas y los postes, blancos son; y el molino, el mismo molino, da vueltas y más vueltas para librarse de esta nota, que como á pájaro enfermo le encoge las alas y le hace temblar de frío.

Pero él es de madera, al fin y al cabo, y de buena madera; pero nosotros, por ser de carne y hueso, temblamos mucho más á pesar de nuestros gabanes, cuando, abrigados con ellos, salimos para hacer una visita al taller de un amigo y bajamos por las tortuosas callejuelas del cerro de Montmartre.

Los pocos viandantes que se atrevían á cruzar aquellos bancos de hielo, se destacaban en obscurísima silueta como sombras; sus pasos se imprimían de trecho en trecho sobre la nieve, dejando la forma de sus pies calcada en aquel molde nevado, y en los surcos alineados se podía adivinar los seres que por allí habían cruzado: grandes huellas descubrían el paso de un hombre, otras poqueñas la señal de un niño, y dos muy acercadas, diminutas, las unas y las otras con grandes clavos, señalaban la pista de una pareja que el frío terrible había acurrucado y unido en aquellas soledades.

Caminando con cuidado, ó más bien patinando, fuímonos deslizando por aquella larga cuesta.

Llegamos á una esquina de la calle de *Clignancourt*, donde tenía el estudio nuestro amigo, y resignados subimos una escalera que debía conducir muy cerca de las nieves perpétuas, por lo interminable.

Al llegar á las cimas de una azotea, y antes de entrar en el estudio, que allí se abría por una pequeña puerta, nos detuvimos á contemplar el inmenso espectáculo que desde allí se dominaba.

El gran París se extendía en el fondo claro y diáfano, como sumergido en un inmenso baño de plata. Los tubos de las chimeneas despedían tenue humo que se arrastraba y confundía con la niebla, y entre este consorcio de vapores se destacaban con colores pálidos las grandes cúpulas y los altos campanarios; las espaldas de la Opera en colosal triángulo; las torres de *Notre Dame* con la aguja elevándose como un gótico minarete; la dorada cúpula de los Inválidos, de color de ocre apagado; la fa-

mosa Eiffel, como un pararrayos que penetraba en las nubes; el Arco de la Estrella, medio oculto entre un mundo de árboles y casas; y más al fondo, la masa de San Sulpicio y el *dóme* redondo del Panteón nadando entre colores azules, y el barrio latino perdido en aquella blancura immaculada.

El frío no nos permitió mirar largo rato aquel vasto panorama y llamamos á la puerta del estudio. Abrióse.

Nuestro amigo salió á recibirnos en la única sala que había en aquel interior de artista.

— No llegáis mal, — nos dijo. — Hoy luce fuego en la estufa (lo que no sucede siempre) porque tengo modelo, como podéis ver y convenceros, y hay que tener consideraciones con el sexo femenino. Si esto tiene una ventaja para vosotros, — añadió luego, — tendrá una desventaja en contra vuestra, y es que en el mismo fuego que podrá calentaros quemé no hace mucho la última silla, y tendréis que estar á pie firme. Así es que acercaos á la lumbre, que allí quema vuestro asiento. Otras dos tenía (y no de mala madera), pero las presté á un pintor vecino un día que unos buenos burgueses tenían que visitar su estudio para hacerle compras al por mayor, y hasta el presente aquellos muebles no han vuelto á poner los pies en esta casa.

No nos sentamos, pues, y mientras él continuaba trabajando, examinamos la sala.

La luz entraba por todos lados. Una luz blanca, monótona y que recordaba el aire libre con la nota gris dominante. Bañábanse los objetos de una pálida y triste frialdad de anfiteatro; había una mesa llena de papeles y ceniza; dos pipas de yeso pen-

dían de la pared; unos papeles japoneses colgaban húmedos de una puerta llena de colores sacados de la paleta, y un libro color de rosa yacía en un rincón, abandonado.

— ¿Qué libro es ese? — preguntamos.

— No lo sé. Lo compré en el muelle del Instituto por la nota de color de las cubiertas.

Miramos los estudios.

En ellos se veía el alma y la escuela de nuestro amigo. Todos estaban pintados con puntos diminutos de colores enteros: el azul lo formaban puntos de cobalto con otros de amarillo claro para lograr el intermedio del verde; el cielo eran puntos violeta alternando con toques diminutos de encarnado al lado de veronés, como color complementario; y los caminos soleados, las manchas caldeadas de mediodía, puntos de amarillo con ultramar en las sombras.

La primera impresión que producían estos estudios de tan rara teoría era ingrata, como complicada música oída por vez primera; era una sensación parecida á la que produce la luz en la retina al abrirse una ventana; pero ya acostumbrados los ojos á contemplar aquella lluvia de puntos encendidos, veían unirse los colores en armonía brillante; la claridad brotaba de aquellos lienzos, que adquirirían relieve vigoroso, y el aire, el aire libre circulaba por ellas con esas sutilezas y fugaces evoluciones de la atmósfera, tan difíciles de detener sobre la tela.

— No miréis esto, — nos dijo. — No son más que ensayos, y nada he logrado con ellos. La lucha, la eterna lucha que sostengo y sostenemos, quizás

sea temeraria. Siempre la silueta es el escollo con que tropieza el pintor al querer copiar el aura del color y la intimidad del aire. La línea no existe, no, no existe, y siempre tropezamos con ella en todas partes como un fantasma que nos persigue. La tradición de tantos artistas que con sus obras han llenado los museos, nos hacen vacilar y dudar de las convicciones que entrevemos allá en el fondo del pensamiento. ¿Qué hizo Rafael? Dibujar la forma y olvidar el color. Sí, no lo neguéis: olvidar el color, que debe ser el alma de la pintura. ¿Y Tiziano? Modelar la silueta, como Rubens la exageró y como la disecó Miguel Angel. Amigos míos, la forma vaga siempre en el aire, y este aire da la nota, y esta nota es uno de los mayores tormentos de la pintura moderna. Mirad el modelo. Esta mujer no es más que una serie de tonos que vagan como sombras y reflejos por entre la luz del estudio.

No quisimos contradecirle y miramos el modelo.

Estaba colocado encima de un taburete, por falta de otro mueble, y por su piel corrían temblores de frío, á pesar de aquella estufa alimentada con el mismo mobiliario. Tenía el cabello suelto, un cabello cuasi rojo; los brazos, levantados; la cabeza, inclinada, y se apoyaba sobre una pierna adelantando una rodilla. En su cara se pintaba la indiferencia de la modelo de oficio, de la pobre mujer que va de cuadro en cuadro como un objeto de adorno; que se aquilata su valer por la forma de su cuerpo ó el color de su cabello, y que se tiene olvidada en el estudio como el libro aquel de las rosadas cubiertas.

El pintor la miraba con los ojos entornados, se alejaba del cuadro para verlo á distancia, volvía á

acercarse para dar algunas pinceladas, y buscaba, buscaba en vano en la paleta las íntimas suavidades de color que temblaban en aquella carne de color mate amarillento.

Por fin tiró los pinceles, diciendo:

— Yo no sé: hoy esta mujer es azul como un diablo.

La modelo, sin moverse, bajó los ojos inquieta á fin de ver si realmente se había vuelto azul como decían.

— Este blanco azulado es, sin duda, el reflejo de la nieve, — le dijimos nosotros para darle ánimo.

— Quizás sea esto; pero, sea lo que fuere, hace seis meses que estoy batallando con este cuadro; seis meses, que serían mi ruina, si no estuviera arruinado desde mi tierna infancia. Todos los días despinto lo que pinté el día antes, porque esta es la mujer más variable de tonos que he visto en mi carrera de desengaños. Como podéis ver, el cuadro debe representar una mujer bañándose entre dos baños: uno de agua clara y otro de aire turbio. Al empezar el cuadro inundé el local y la puse de pie sobre las aguas para estudiar ciertos contrastes; pero los vecinos se quejaron de mis estudios, y como no pago el alquiler con la puntualidad debida, tuve que declinar mis convicciones. Mi sueño dorado hubiera sido poder pintar el desnudo sobre la blanca nieve; pero el organismo humano no consiente ni resiste estos ensueños del espíritu. ¡Qué hermoso, ¿verdad?, qué hermoso hubiera sido un cuadro lleno de inmensa sábana blanca, haciendo destacar el color de rosa de un cuerpo! ¡Cómo se hubiera borrado la línea en aquella espléndida blancura, sa-

liendo el color vencedor de la ingrata silueta ! Y ¡ qué delicados efectos hubiera producido en la carne el frío intenso helando la sangre y pintándola de suavísimos matices !

La modelo, en tanto, al son de esta relación entusiasta, sintiéndose en aquellas soledades de nieve, ó no sintiendo ya los efectos de la estufa, que se iba apagando poco á poco, empezó á temblar de pies á cabeza de tal modo, que el pintor, compadecido, le dijo :

— Vístase y hasta mañana.

Se vistió, y dijo antes de marcharse :

— ¿ A qué hora ?

— A las ocho en punto.

— ¿ Y si nieva ?

— Aunque caigan rayos helados.

Fuése y nos quedamos solos.

El estudio se iba obscureciendo por momentos, dejando en la sombra el fondo de la puerta, donde se veían las manchas de las figuras japonesas ; el humo de los cigarros se columpiaba en el techo y volaba por delante de la claraboya ; los cristales, empañados, se cubrían de ramajes de hielo, y sentados encima de la mesa contemplábamos al artista, que apoyaba su macilenta cabeza encima del caballete y miraba el cuadro con tristeza.

Miraba el cuadro, y veía que entre aquella luz vaga é indecisa, los puntitos de colores de su obra se mezclaban, el rastro del pincel se perdía en los pliegues del modelado, y la figura se erguía sobre el verde del fondo como una flor amarilla suspendida sobre la yedra de un muro.

— Esta obra la destino al Salón venidero. Probaremos fortuna otra vez, y otra vez seré rehusado, como de costumbre. Un sólo cuadro me he visto admitido en mi vida, y ¿ sabéis por qué le admitieron ? Porque era negro como una pesadilla y pintado con las recetas que administra la sesuda Academia. Al devolverlo al estudio creí que entraban un féretro, y sentíme invadido de amargos remordimientos. Entonces fui yo quien ni quería admitirlo, y les dije que lo llevaran á casa Bonnat ó Paul Laurent, que yo no gastaba semejantes carbones, y que en prueba de ello que miraran mi paleta. Aquí lo dejaron, sin embargo, y allí dentro lo tengo. Sólo el día de los muertos lo expongo, en medio de la sala, con dos cirios encendidos. Donde expongo, y no hago mal papel entre los míos, es en la exposición de artistas independientes, en el pabellón de la villa de París. Allí exponen con nosotros Signac, Pissaro, Gros, Seurat y otros *puntillistas* de talento. Entre ellos figuran algunos impresionistas, gente que empezaron bien la batalla, pero que van quedando rezagados, y esgrimen también su fuerza los *chercheurs*, pintores cuyo lema es buscar, buscar siempre y no contentarse nunca de sus obras. Esto me pasa á mí. ¡ Siempre el temor asaltándome de poner algo en mi arte que no sea sincero ! ¡ Siempre la idea, que me roba el sueño, de que un día me cansé de pintar lo que siento y me entregue á las pérfidas exigencias del dinero ! ¡ Es tan amargo, amigos míos, seguir una vocación y no inclinarse ante el que paga, cuando el hambre y el frío llaman á la puerta del estudio ! Figuraos que mi madre, mi pobre madre, que vive en un rincón



de provincias, allá en las costas del Atlántico, me manda todos los meses veinte duros, y Dios sabe las privaciones que le cuestan y las lágrimas que llegan con ellos. Mis parientes no quieren, ni nunca quisieron que fuera artista, y se obstinan en que me deje abandonado; y ella lucha con ellos y con su ignorancia, y sin saber lo que hago, ni lo que busco, ni qué es lo que deseo, tiene fe ciega en mis obras y me alienta en sus cartas, siempre llenas de sonrisas y de dulcísimo consuelo. Una vez envié á mi pueblo los mejores cuadros que había hecho. Nadie allí los comprendió, ni supo de qué lado debían mirarse, ni lo que eran, ni lo que querían ser, y sólo ella los juzgó superiores y los guarda en la sala, como una reliquia gloriosa.

Al decir esto no pudimos saber si lloraba, porque se volvió de espaldas, mirando el fondo de París, que se iba obscureciendo, y estuvo un rato callado y en actitud pensativa.

— Una vez me propusieron que me fuera á enterrar en vida á mi pueblo, ofreciéndome ser maestro de dibujo. ¡Yo, maestro de dibujo, el eterno enemigo de la línea! Reí y lloré, y fui débil escribiéndoles mis teorías, de las que no entendieron ni una sola palabra. ¡Qué habían de entender ellos! ¿Cómo hacerles comprender mi anhelo de buscar la línea por medio del tono, desterrando la silueta? ¿Cómo decirles que el dibujo no existe para mí más que en esa confusión de vibraciones del espacio? ¿Cómo explicarles ese vago misterio, esa nube de sutilezas que corre por el aire y que nuestra escuela lucha por sorprender, por sorprender con toda la espontánea fuerza del natural? Estas cosas se

sienten y no se explican, — dijo, apretándose la frente con la mano.

Luego, mirando París nevado, nos dijo:

— Observad ahora mismo este fondo, y decidme dónde acaba una línea y empieza otra.

Miramos, y vimos el sol pálido que, detrás de una cortina de niebla, parecía apoyar los labios en la cima de las montañas, dando un beso á la tierra, antes de despedirse de ella; vimos el llano que reflejaba el cielo en oleadas blancas como la espuma, y vimos los colores que suben del suelo y otros que bajan de las nubes, para abrazarse en el espacio y morir con el día.

— Esta es la hora sublime, — nos dijo nuestro amigo. — Esta es la hora en que muere la línea y sólo impera el color. Mi sueño dorado sería vivir siempre en esta hora de agonía, y pintar en un globo, donde estuviera lejos, muy lejos de la tierra.

\*  
\*\*

— ¡Qué diversidad tan grande de locuras hay en ella! Y ¡qué repertorio tan grande de sufrimientos tiene para sus hijos! — pensamos al alejarnos, dejando al pobre artista solo en aquella fría nevera, donde sólo ardía un pensamiento. La idea de la línea nos asaltó durante todo el camino, y al pasar al lado de un muro interminable, y al ver nuestra sombra dibujada en él, á la luz de los faroles, creciendo á intervalos y borrándose para surgir más grande, creímos que nos perseguía aquella eterna silueta de que hablaba nuestro amigo, y apretamos el paso para llegar antes al Molino.

## IV

## Un pintor chic

Al día siguiente de la visita al estudio de nuestro amigo, el puntillista, la nieve aquella se había helado por las calles en plena posesión de su derecho; las fuentes, en vez de manar agua, como es su misión, destilaban estalactitas cristalizadas, sembrando burbujas de vidrio, claras y transparentes; el agua se detenía por los arroyos, acosada por el frío; y el cielo, libre ya de la niebla, que le privara la vista de la tierra, parecía complacido de haberla cubierto de blancura y se extendía azul, sin una nube por su bóveda grandiosa.

Todo este prólogo inútil no sirve de otra cosa sino para llegar á decir que el día se presentaba espléndido y generoso, y no era del caso desairarle quedándonos en casa. Así es que nos lanzamos á la calle á darle la bienvenida, con la chistera á cuestas, gabán (con levita debajo) y guantes de piel forrada formando los moldes de los cinco dedos, correspondientes á toda mano completa.

Ya se comprenderá que tales trapitos de cristianar no los llevábamos en honra y gloria tan sólo del buen tiempo, tan amable y respetuoso con los que amamos el sol con todos sus atractivos y defectos, sino que por algo habíamos entrado dentro de la levita, y que este algo era de sumo compromiso.

Realmente lo era. Ibamos invitados á visitar el

estudio de un pintor muy en boga (que no siempre la fortuna debía de llevarnos entre bohemios), cuyo artista, todos los jueves recibía las visitas de compromiso; y como á nosotros se nos juzgaba de esta alta ó baja categoría, llevábamos á cuestas lo mejor que se tiene en lo más hondo del baúl, durmiendo entre alcanfor y pimienta.

Utrillo debía presentarnos, y á las diez ya estaba en casa.

El corresponsal de LA VANGUARDIA llegó con sus mejores galas, y, para lucirlas con más garbo, no llevaba sobretodo, lo cual, si bien es verdad que imprimía á su cuerpo (falto de carnes) cierto aire simpático de marcialidad y esbeltez, que debía conquistarnos el honor de una buena acogida, en cambio tal falta de abrigo era molesto para el inteligente y simpático periodista, y le suplicamos que no se sacrificara por nosotros, es decir, le suplicamos que se abrigara.

Salimos, pues, flamantes como maniqués de sastre; y si bien íbamos algo encogidos dentro de nuestros trajes (dále con ellos), en los que no faltaba ni un botón, marchábamos con paso ligero, alegre el corazón y *tranquila la mirada*, cuando al volver una esquina vimos un caballo que se venía al santo suelo, recibiendo en premio de su desgracia el cochero, que le cayó encima, como llovido de su pescante.

Corrimos á socorrerles, recordando análogos percances que nos sucedieron, cuando en nuestra juventud viajábamos en carro. Con tan decidida ayuda, en un momento volvieron á su posición natural coche, caballo y cochero; pero lo que no vol-

vió á ser lo que eran, ni serán nunca lo que fueron, son el sombrero de Casas y la levita de Utrillo, en cuyo lustre y en cuyo corte habíamos fundado tan halagüeñas esperanzas.

En cambio, según es uso y costumbre en esta tierra, el cochero nos ofreció una copita en la taberna de enfrente (porque siempre que cae un caballo hay una taberna delante), y en ella se realizó el exvoto, brindando, con otra gente de coche, por la fraternidad de los pueblos, por la pronta unión de toda la raza latina y por la separación de Montmartre, y el Estado.

Salimos con las prendas de vestir deterioradas; llegamos al *boulevard de Courcelles*; entramos en un *chalet*, estilo renacimiento; subimos una lustrada escalera, seguida de una alfombra que se amoldaba á las exigencias de los peldaños, y llamamos á una puerta, que se abrió solemnemente.

Un criado nos condujo á una antesala, oscura como la de un panorama; en voz baja y aire de guardián de odaliscas nos dijo que aguardáramos un momento; así lo hicimos; entregamos una tarjeta, que recogió en una bandeja de plata; crujieron vestidos de seda, y grandes pieles deslizaron por la alfombra; pasaron tres caballeros negros; otro criado pasó con un marco; se oyeron en el fondo exclamaciones de elogio; y, por fin, corrióse una cortina, por debajo de la cual también pasamos, buscando el agua bendita á fin de santiguarnos, y penetramos en aquel templo de la moda, con la duda de si debíamos doblar la rodilla ó tenernos en pie firme, ante el cuadro de ostentación que teníamos delante.

Utrillo nos presentó al artista con palabra fácil y algo elocuente, al son de cuya voz hicimos una reverencia bastante mal ensayada, que el pintor contestó con una sonrisa decorativa, pasada la cual nos dijo:

— ¿ Son Vds. artistas ?

Casas y yo nos miramos dudando; pero como había que decir algo, contestamos:

— ¡ Vaya V. á saberlo !

— Pero ¿ pintan Vds. ?

— Esto sí, — contestamos los dos á la vez, — y tanto como podemos.

— ¿ A qué género se dedican ?

Otra duda.

— Pintamos lo que se nos presenta delante. No tenemos contemplaciones, y procuramos copiar el natural de la naturaleza á nuestro modo.

— Pero ¿ Vds. tendrán alguna preferencia ?

— Hasta el presente, preferimos lo que nos gusta, que es cuasi todo.

— En fin, bien: ya verán lo que yo hago. Siéntense Vds., que dentro de un rato podrán contemplar el cuadro que preparo para el Salón venidero.

No deseábamos otra cosa, porque así desde un rincón podíamos observar el pintor, el estudio y la concurrencia que debía llegar, por ser día de moda.

El artista tendría cuarenta años. Era rubio, alto y de hermosa estampa, que le había ayudado mucho en el éxito de su carrera. Derecho, se *plantaba* por poco que se presentaran las circunstancias; sentado, adelantaba una rodilla, como un tenaz moribundo; dejaba caer las manos siempre sobre fondos oscuros para hacer destacar la blancura de su

piel y la esbeltez de sus dedos; acariciaba sus bucles, sin despeinarlos; llevaba el bigote á lo bariotono; vestía terciopelo negro, destacándose un cuello sin planchar, del que pendía un gran lazo artificiosamente descuidado; y hablaba siempre en voz baja y en tono melodioso, fingiéndose hombre que ha sufrido terribles desengaños en los aciagos días de su existencia, no comprendida de su siglo atolondrado.

De vez en cuando adoptaba una *pose* de abandono y fingía una melancólica nostalgia. Entonces, reclinado en un sofá, dejaba caer los labios como despreciando la vida, sonreía como un cordero enfermo y de repente, abriendo los ojos como si despertara de un sueño, lanzaba una miraba lánguida al estudio.

Componiase éste de una inmensa sala á lo Mackard, iluminada por el foro por una claraboya que dejaba pasar la luz, amortiguada por unas finísimas cortinas.

Enfrente, dentro de un grande espejo, se veía un cuadro como reflejado por una linterna mágica; dos armaduras ecuestres brillaban en la sombra, y en todo lo que constituía el estudio se notaba un descuido hábilmente meditado.

Los cuadros parecían colocados al azar en los rincones, y, sin embargo, siempre detrás tenían una nota de damasco que, caído como del cielo, formaba armonía con la entonación del lienzo; los tapices ocultaban en caprichoso desorden otros fragmentos de telas, y siempre los pedazos ocultos, ocultos estaban con premeditación para esconder defectos que debían ser ignorados; por el suelo

las pieles parecían tiradas con olvido, y este olvido conservaba siempre los mismos pliegues, estudiados de antemano; y en la forma de las lámparas, en el desorden de los papeles, en la transparencia de las cortinas y en todos los detalles, la *pose* era llevada á grado tan refinado que hacía que el dibujo con dedicatoria de un amigo sirviera allí como nota; un retrato de hombre célebre, para llenar un rincón; y los recuerdos más íntimos, como piezas decorativas sacrificadas á la diosa Vanidad, que allí tenía su templo predilecto.

Levantóse el artista del *sofá de la meditación*, cogió la paleta de un salto, y de otro los pinceles y como si la inspiración le hubiera entrado, sin llamar, por las puertas del cerebro, se puso frente á un gran retrato que estaba preparando, y rogó á la señora retratada que se plantara antes que el fuego sacro de su genio no se fuera con la música á otra parte.

Así lo hizo la elegante dama. Dejó caer la mano aristocrática sobre el vestido (un vestido encarnado con adornos de oro viejo), irguió la cabeza en noble actitud y soberano desprecio, terció las espaldas color de nácar y transparencias rosadas, y lanzó la mirada á lo alto, á lo más alto posible, quieta como una reina de mármol del Luxemburgo, sin atreverse á mover, conociendo las genialidades del artista.

Este pintaba el fondo, sin embargo, y sólo miraba el modelo por puro compromiso.

La cabeza echada atrás, entornaba los ojos, se apartaba á distancia, se acercaba de nuevo y atacaba el cuadro de frente, haciendo nadar el carmín

sobre la tela, como si quisiera ahogar su genio en aquel lago de sangre.

— Muy bien, muy bien, — decían á cada nueva embestida dos viejos caballeros que contemplaban la obra espeluznados, como si el pintor hubiera hecho un salto mortal ó un equilibrio de mérito. — ¡ Qué facilidad y destreza y qué ligereza de manos ! De oro deben ser las que prodigan tanta belleza.

— Hoy no estoy inspirado, — dijo el artista, despreciando el elogio. — Mis nervios son susceptibles á todas las sutilezas, y hay días que mi talento decae y me siento desfallecido. El arte no siempre me protege : hay momentos que me olvida y me deja abandonado, y hasta que la reacción se apodera de mi espíritu, mis obras se resienten del estado de mi ánimo.

Resentidas ó no, el pintor continuó ejerciendo de genio. Modeló el traje con pinceles de alto bordo, indicó á brochazo limpio el dibujo de una alfombra, y, emprendiéndolas de nuevo con el fondo, en un momento vació un caudal de tubos, que fué lanzando como cartuchos gastados, y que iba recogiendo un criado correctamente vestido.

Acabóse la sesión. Marchóse la señora con los dos admiradores (que no supimos si lo eran del retrato ó de la dama retratada), y al quedar solos nos dijo el artista, mientras borraba los toques de genio mal dirigidos:

— Hoy trabajo por puro compromiso, porque generalmente los jueves los destino á enseñar mis obras á mis numerosas relaciones. Molestaos un momento, que dentro de poco vendrán unos clientes

y podréis ver, por fin, el cuadro y darme vuestro parecer sincero.

El primero en llegar fué un *marchand*, vestido correctamente, que en voz baja, pero no tanto que no pudiera ser comprendida, dijo sin rodeos :

— Necesito dos cabezas más, para mañana. El mismo tipo rubio de siempre, que es el que gusta más á los compradores ingleses.

— Ya sabéis que nada puedo negaros. Pintaré las testas que me pedís, procurando hacer el mismo perfil y poner los mismos tonos que en el mercado tengo ya acreditados; pero tenéis que aumentarme el precio, porque no quiero que abuséis de la inspiración que malgasto en cumplir tan vulgares compromisos.

— No hablemos de inspiración, amigo mío, — dijo el negociante ; — esa palabra buena es para empleada en las grandes ocasiones, como figura retórica; pero ya sabéis que nos conocemos hace tiempo y no debéis tratarme de cumplido.

— Así sea, — dijo el artista ; — pero tratadme mis obras como merecen.

N. — ¡ Si me oyérais alabarlas á los buenos compradores !

A. — Por vuestro interés las alabais, que no por amor al arte.

N. — Jamás ni vos ni yo fuimos grandes enamorados.

A. — Sea. Os mandaré las cabezas, pero diréis que os cuestan mucho más caras, — dijo mirándonos y sonriendo.

También sonreímos y nos miramos nosotros.

— Tan caras como queráis: soy pródigo en los precios nominales.

Después de este platónico diálogo, fueron llegando las visitas anunciadas. Llegó primeramente un caballero, con testa de senador, condecorado en el gabán, americana y chaleco, á más de serlo con más años que *Chevreul*, decano en todo y por todo; una gran dama, cubierta de ricas pieles ocultando la suya, que debía darle alta ejecutoria de nobleza por ser de pergamino; una joven sola, con sus lentes, tipo acabado de discípula del conservatorio y copista del museo; un joven elegante, con monocle y sobretodo ampliamente cruzado sobre su cuerpo enclenque; y, por fin, un grupo de señoras que con el *frou-frou* de sus vestidos, la risa de su sonora garganta y el perfume *afiligranado* que despedían sus trajes de suavísimos colores, animaron el estudio y le dieron el encanto de la vida que le faltara hasta entonces.

El artista tuvo frases calculadas para todos: de respeto para el condecorado, de protección para el joven del monocle, de galante compañerismo para la copista romántica, y de finura enfermiza y melancólica para las apuestas damas, hasta que, creyendo oportuno el momento de enseñar su obra á su público escogido, tocó una campanilla que hizo comparecer dos criados con un gran cuadro, oculto detrás de un tapiz de Gobelinos.

Corrióse aquella cortina con grandioso espectáculo, y vimos, por fin, la obra deseada.

El asunto no era nuevo. Y ¡qué había de ser! Otra Juana de Arco, con la misma armadura mujeril de siempre, con idéntico entusiasmo del lado

de los franceses, y con el mismo pavor y sobresalto en las filas del ejército enemigo. La doncella de Orleans miraba al cielo; el ejército miraba á la doncella; el cielo miraba á la doncella y al ejército; y nosotros mirábamos ejército, doncella y cielo, buscando algo que poder alabar, sin encontrar ni un asomo de aquel genio que tan bien hubiéramos pagado para salir del paso y salvar el compromiso.

Pero el coro de alabanzas estalló débil primero, luego más nutrido, y general por fin. Bajo aquellos bravos y exclamaciones de elogio pudimos pasar desapercibidos, sin ser consultado nuestro humilde pero firme parecer en aquel acto.

¡Triste hubiera sido, aunque no escuchado, darlo con franqueza! El efecto que nos hizo aquella casa, aquellas obras, aquel público y aquel artista fué frío como un invierno sin fuego; tan frío que tuvimos que salir y pisar la nieve por la calle y subir la nevera de Montmartre para hacer entrar en reacción nuestro espíritu, ya que más calor sentimos bajo un cielo que nos enviaba blanquísimos copos de nieve, que bajo aquel techo de fuego artificioso, donde el arte era fingido y la estufa, al dar calor en el cuerpo, dejaba el frío en el alma.

## V

## El Réveillon

Delante de nuestro balcón se levanta un alto muro, largo y desierto, sin ventanas que le molesten ni adiciones que le afeen.

La soledad de aquel muro, que en Navarra serviría para juego de pelota, sirve de *paradero* de anuncios.

En él los colores se entrelazan, las letras se amontonan, los papeles gritan y defienden su causa, y aquel juego de palabras y siluetas es como un vasto calendario que consultamos por la mañana, al levantarnos, para saber hechos y cosas que ignoraríamos por completo.

Por el muro sabemos el día de elecciones, los candidatos que luchan, la política que prometen seguir, los programas de sus reformas y el color de sus opiniones; por él sabemos la función más ó menos espeluznante del teatro de Montmartre; que la tos se cura con pastillas de Géraudel; que *El Petit Journal* tira un millón de ejemplares; que los polvos diáfanos son más indicados para la conservación de la piel humana que los de la madre Celestina; que la Emulsión Scott se fabrica con salsa de bacalao; que Luisa Michel dará una conferencia; que la tenia se mata con buena voluntad; y que el frío, el gran frío, se combate con fuego prisionero dentro de unas estufas, modelo

de abstinencia de carbón, en las que el calor brota espontáneo por fenómenos hasta hoy desconocidos.

Este muro es un tesoro, es una finca, es un *amore* de muro.

El nos dice cuándo es fiesta de precepto y cuándo día de vigilia; de entre sus papeles, pegados al azar, formando inconscientes epigramas, brotan noticias tristes y buenas nuevas; él nos anunció el día de los muertos con grandes coronas negras; y por él, en un hermoso dibujo de Chéret, supimos que Navidad se acercaba, y bendijimos la llegada de ésta, ¡ que despierta tantas ideas y calienta tantos recuerdos !

Aquellos colores, brillando entre manchas de figuras, nos trajeron á la mente la memoria de aquella fiesta íntima, tal como se lleva á cabo en nuestra tierra; nos recordaron aquella mesa blanca de allí, como la nieve que aquí se usa; aquel pavo relleno se nos apareció envuelto en aureola, como una ave mitológica: lo vimos nadar en un lago de rubia salsa, sentimos manar de su interior profundo aquella lluvia de ciruelas que nos parecieron de oro, con las pasas y la clásica manzana, como un sol en el ocaso; sentimos el aroma de aquel vino del Priorato, de tantos grados de fuerza como quilates de buen gusto, y en su espesa líquida transparencia vimos nadar los barquillos como barcos de alto bordo, y sentimos la querida voz de los amigos, brindando con las copas en la mano, el fuego en los ojos y la alegría en el alma.

Y nosotros, pobres desterrados voluntarios, también quisimos remedar las costumbres de nuestro querido suelo; también quisimos brindar por nues-

tra patria, oculta allá á lo lejos ; y por no hacerlo á calladas, como todos los días hacemos, invitamos á algunos amigos que supieran recordarla y á otros que, aunque extranjeros, la quieren por lo que les cuenta el sol, cuando llega abrigado entre nieblas, para librarse del frío que se siente en estas regiones de hielo.

Al efecto, arreglamos los salones ; encendimos aquel quinqué, que ya conocen los lectores de LA VANGUARDIA, á toda *lumbre* ; hicimos señalar al reloj de caja una hora verosímil ; registramos los registros del armonium y lo llenamos de viento ; afinamos la guitarra ; pusimos carbón de piedra á la llar y pegamos fuego en ella ; colocamos las tres sillas en buen orden (todas patas abajo) ; instalamos el termómetro al lado del fuego, á fin de hacerle remontar los umbrales de aquel cero é infundir así calor y fe á los amigos, y les esperamos en la sala de recepciones, hecha una taza de plata.

El primero que cayó en nuestros brazos fué el ciudadano Canudas, nacido en la calle del Carmen, y muy conocido en Barcelona por la gente de pinceles y paleta. Como buen hijo de arrabal, es rico de imaginación y no tanto de fortuna. Cuando ejercía de pintor (ya que actualmente ha entrado en el grabado) bien poco le faltó para ser dichoso, pues que estuvo á punto de vender un cuadro por diez pesetas. Consistió la aproximación en que se vendió el del lado (quizás porque lo dieron más barato), que ya es cosa sabida que la competencia perjudica siempre á los confiados.

No decayó su ánimo, á pesar de este tropiezo en

su carrera, y se dedicó desde entonces á la pintura de la marina mercante.

Para estudiarla de cerca y dar lecciones de dibujo, pasó á Canet de Mar ; trabó allí muy buenas relaciones ; se dejó toda la barba ; perdió la salud, y volvió á la calle del Carmen, á ponerse al frente de una fábrica de cocer judías al por menor, hasta que, gracias á cierto invento, que puso en revolución esta industria del cocimiento, tuvo que retirarse, acosado otra vez por la maldita competencia, que siempre fué su mala sombra, si mala puede tenerla quien tan buena la tiene y tanto ingenio derrocha con sus amigos que le quieren.

Vino entonces á París ; pasó medio año ejerciendo de turista obligatorio, hasta que un día Dios le llamó por el camino del grabado, y *entró* en esta noble profesión con la conciencia tranquila y la salud repuesta de sus pasados quebrantos.

Hoy día no es el Canudas de antes.

Viste con desahogo ; fuma ; lleva sobretodo impermeable con pieles de carnero y hasta zapatos de doble suela ; ha puesto voz de barítono (por más que no la usa), y sólo ha conservado de sus primeros años aquel buen humor, mezclado de humorismo, que siempre le acompañó en los azares de su vida.

Al llegar se sentó y ocupó una silla. Vióse pronto la segunda ocupada por Utrillo, y en cuanto á la tercera fué tomada por asalto por el amigo Sadi (bautizado en parisién aunque lleve el nombre moro), el cual nombre sonará con el tiempo, si la fortuna no le juega una partida serrana en el curso de su artística carrera.



Es ésta la de músico compositor con asomos de poeta.

Sus esfuerzos tienden á realizar con la música lo que ha resuelto Puvis de Chavannes con la pintura: simplificar su arte para llevarlo á la última expresión de sencillez y parquedad; decir en pocas palabras lo que no diría en elocuentes períodos un orador español, y envolver en cierta sobria vaguedad su obra musical, á fin de que el oyente, allá para sus adentros, siga, según el estado de su ánimo, el camino que le traza, que es recto, alfombrado de armonía y lleno de sentimiento.

Esta táctica artística, al parecer, tiene mucho de oriental, y nuestro amigo bautiza su música con el título de armonía griega. No soy capaz de saber (¡qué he de saber!) hasta qué punto puede resultar helénico el sueño de este artista; pero sí puedo asegurar que, entre tanto, lleva ya los cabellos que le caen hasta las lustrosas espaldas; que gasta anteojos de tan buena clase que indican la mala calidad de su vista, ya que no de su mirada; que usa sombrero de copa de anchas alas que se cimbrean en su cabeza, como toldo en día de viento, y que no se cuida el resto del traje por distracciones de su carrera.

Ocupada, pues, que fué la tercera silla por nuestro músico griego, se quedaron en pie los que llegaron luego.

Vino Bertrán, el pintor compatriota, y Buxó, nuestro marinista y paisajista en una sola pieza; vino Vernet, que no es pariente del Horacio del mismo nombre ni del grande Horacio; vinieron otros, extranjeros en España y nacionales aquí;

y, por fin, llegó el *puntillista*, echando *bendiciones*, porque teniendo, como tenía, empezado un estudio en medio de la nieve, se le había antojado á la atmósfera, ó á lo que sea, no nevar en todo el día, interrumpiendo sus estudios con poca cortesía.

Ya reunidos todos, á la voz de un santo y seña empezó la velada literaria... (sic).

Adelantóse Utrillo á ejecutar algunos equilibrios entre atronadores aplausos, y, emocionado por la justa ovación de que era objeto, rompió dos platos de porcelana; salió Canudas al redondel, y explicó en gallardas frases todas las suertes y desgracias de la lidia; Vernet, Buxó y el que firma, amontonaron en la pista las tres sillas, y sobre ellas realizaron algunos trabajos acróbatas sin daño de tercero; Bertrán hizo el trabajo de las anillas, descifró la cuestión de Oriente y ejecutó otros juegos no menos arriesgados y curiosos; y, por fin, el *puntillista* emprendió una conferencia muy razonada, tratando de lo útil que sería el vacunar el gusto por bellas artes á los que se muestran refractarios á comprenderlas (ya sea por anemia cerebral ó por otras causas); y de la necesidad absoluta de pedir al gobierno la imposición del retrato obligatorio á toda criatura que hubiera llegado á los diez años.

Esta notable peroración fué aplaudida durante cinco minutos, y el programa siguió por senderos muy distintos.

Tocóle el turno á Casas, quien, de pie sobre una mesa, sin lentes y con voz clara, recitó de un tirón un trabajo de mucho empeño, tratando extensa-

33808

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA

"ALFONSO REYES"

AÑO 1925 MONTERREY, MEXICO

mente del velocípedo aplicado al arte, mientras que Utrillo, valiéndose del trémolo, le acompañaba en el armonium.

Acercóse á este noble instrumento de viento el compositor griego, y en menos de dos minutos recorrió todo el teclado, con una velocidad pasmosa. Temblaron los ocho registros al sentirse acosados de un modo tan repentino, y del fondo de aquel mueble brotaron notas de tan suave encanto, unidas entre sí con tal armonía y melodioso sonido, que no podíamos creer que fuera aquel viejo instrumento (tan rebelde hasta entonces á nuestras manos) el que tuviera ocultas frases tan elocuentes y palabras tan dulces al oído, y mirábamos por debajo de la mesa á fin de convencernos de que no había ningún órgano oculto, que hiciera de apuntador al vetusto acordeón.

El era realmente el que tocaba, él, y nos decía quién era, y la voz que tenía oculta para las grandes ocasiones, y nos daba á comprender que la belleza está en todas partes, cuando hay quién sabe descubrirla.

Nos quitamos el sombrero en señal de respeto ante tal revelación; juramos comprar al armonium una funda, al día siguiente, para guardar su delicada garganta; quedó acordado tratarle de *vuesamerced el armonium*, desde aquel momento en adelante; coronar al artista clásico; firmarle un pase para la posteridad; obligarle á escoger plaza para el monumento que debía levantarsele; y darle á escoger estatua, busto ó bajo-relieve (que ejecutaría Clarassó) apenas se tuviera noticia de su muerte.

Deseó que su retrato se pusiera en el Molino, prometiéndonos que su muerte no se haría esperar largo tiempo, para así poder ser llamado *malogrado* en sus biografías; y en tanto que debíamos aguardar este triste suceso, penetró la conserje con el refresco (quizás poco oportuno en estos tiempos de frío), que fué recibido, sin embargo, con una marcha triunfal, ejecutada por tantas manos como cupieron en el armonium, y cantada por todas las voces solas de que pudimos disponer, incluso la acontralada de la conserje, que resultó la más robusta en aquel caso formidable.

Entonces, ya el refresco repartido, comióse lo que había que comer y bebióse el resto.

No fueron los brindis tan alegres como era de esperar. Hablando del arte, de la patria, de los amigos ausentes y de otras cosas y de otros seres queridos, empezamos bromeando y acabamos por ponernos serios y tal vez pensativos, que no en vano se maneja el fuego sin que envíe calor al que se acerca á sus llamas.

Al son de la palabra, y entre el incienso del tabaco, expusieron teorías, y echáronse á volar proyectos lejanos; acariciáronse ideales y brotaron esperanzas; removiéronse sueños íntimos de esperanza y levantáronse *castillos en España*, y el aire fué impregnándose del entusiasmo que brotaba de todos los corazones; se habló atropelladamente para dar salida á los latidos de nuestros ánimos; y cuando Casas pulsó la guitarra é hizo brotar de sus cuerdas aquellas notas de oriental melancolía, pareciónos oír, con aquel canto, el eco de España, y entrevimos aquellos campos de oli-

vares caldeados por el sol, la playa de oro con la línea del mar recta en el fondo, las montañas sombreadas por negros pinos, y el rincón de nuestro terruño nos pareció el reino de la luz, visto desde el frío país de la niebla y de la sombra.

Con tales impresiones salimos y llegamos al bulevar de Clichy. Eran las doce de la noche y por la calle había una animación extraordinaria. Todo el mundo celebraba el *Réveillon*. En las ventanas brillaba la claridad del fondo; los juguetes se vendían por todas partes, y en todas partes debían de ser recibidos como caídos del cielo.

En un ángulo del bulevard nos detuvimos, á fin de ver pasar la gente que cruzaba embozada y cargada de paquetes. ¡ Cuántas ilusiones iban envueltas en ellos !

Allí se levantaba otro muro, más largo y severo que el que nos sirve de calendario, de cuyas grises espaldas salían grandes árboles secos y descarnados. Aquel muro encerraba el gran colegio del Sagrado Corazón, y esperando los juguetes, que habían entrado á montones en aquella casa aristocrática, no se dormía aquella noche.

Apoyada en el mismo muro, tampoco dormía (aunque muerta de sueño) una niña de ocho años, que vendía juguetes á diez céntimos. ¡ Pobre infeliz que repartía ilusiones en la edad de recibir las ! ¡ Para ella no había *réveillon* aquel día, ni lo había de haber en su vida !

¡ Cuán temprano venía la desgracia para la niña de afuera y qué pronto llegaría el hastío para las niñas de adentro !

Esto pensando, compramos cada uno dos trom-

petas de las más caras á la niña, le regalamos cada uno una, y fuímonos todos tocando, con la otra, hacia el Molino.

## VI

## Un fotógrafo de la legua

Al lado mismo del molino y bajo su larga sombra; al borde de un camino, lleno de hierba en verano y cubierto de nieve en invierno; suspendido como un nido de halcones y en lo alto de Montmartre, se sostiene un barracón, pequeño como una casa de guardaaguja, negro y mal cubierto de desmanteladas tablas, debajo de las cuales vive un pobre fotógrafo, olvidado del mundo que se mueve en la gran ciudad extendida á sus plantas.

Su casa y su pequeña galería más parecen un montón de madera que una vivienda humana; componen las paredes, desechos de puertas y ventanas, arrancadas de otras casas demolidas y empotradas allí como en traje de mendigo lleno de remiendos y composturas; el aire pasa por las rendijas libremente; y para calentar aquel montón de desechos, de bien poco debe servir la chimenea que remata aquella cueva.

Al pie de las roídas tablas, y dentro de una cerca, débil como los alambres de una jaula, se muere un huerto y agoniza un jardín, colocado allí con mísera coquetería.

vares caldeados por el sol, la playa de oro con la línea del mar recta en el fondo, las montañas sombreadas por negros pinos, y el rincón de nuestro terruño nos pareció el reino de la luz, visto desde el frío país de la niebla y de la sombra.

Con tales impresiones salimos y llegamos al bulevar de Clichy. Eran las doce de la noche y por la calle había una animación extraordinaria. Todo el mundo celebraba el *Réveillon*. En las ventanas brillaba la claridad del fondo; los juguetes se vendían por todas partes, y en todas partes debían de ser recibidos como caídos del cielo.

En un ángulo del bulevard nos detuvimos, á fin de ver pasar la gente que cruzaba embozada y cargada de paquetes. ¡ Cuántas ilusiones iban envueltas en ellos !

Allí se levantaba otro muro, más largo y severo que el que nos sirve de calendario, de cuyas grises espaldas salían grandes árboles secos y descarnados. Aquel muro encerraba el gran colegio del Sagrado Corazón, y esperando los juguetes, que habían entrado á montones en aquella casa aristocrática, no se dormía aquella noche.

Apoyada en el mismo muro, tampoco dormía (aunque muerta de sueño) una niña de ocho años, que vendía juguetes á diez céntimos. ¡ Pobre infeliz que repartía ilusiones en la edad de recibir las ! ¡ Para ella no había *réveillon* aquel día, ni lo había de haber en su vida !

¡ Cuán temprano venía la desgracia para la niña de afuera y qué pronto llegaría el hastío para las niñas de adentro !

Esto pensando, compramos cada uno dos trom-

petas de las más caras á la niña, le regalamos cada uno una, y fuímonos todos tocando, con la otra, hacia el Molino.

## VI

## Un fotógrafo de la legua

Al lado mismo del molino y bajo su larga sombra; al borde de un camino, lleno de hierba en verano y cubierto de nieve en invierno; suspendido como un nido de halcones y en lo alto de Montmartre, se sostiene un barracón, pequeño como una casa de guardaaguja, negro y mal cubierto de desmanteladas tablas, debajo de las cuales vive un pobre fotógrafo, olvidado del mundo que se mueve en la gran ciudad extendida á sus plantas.

Su casa y su pequeña galería más parecen un montón de madera que una vivienda humana; componen las paredes, desechos de puertas y ventanas, arrancadas de otras casas demolidas y empotradas allí como en traje de mendigo lleno de remiendos y composturas; el aire pasa por las rendijas libremente; y para calentar aquel montón de desechos, de bien poco debe servir la chimenea que remata aquella cueva.

Al pie de las roídas tablas, y dentro de una cerca, débil como los alambres de una jaula, se muere un huerto y agoniza un jardín, colocado allí con mísera coquetería.

Las plantas que tienen fibra para resistir aquel frío de la atmósfera y aquel desierto de la vida, se aposentan en cajones de madera, pintados de un verde que se va y de un amarillo que entra ya en los dominios del gris, de puro desteñido, y levantan sus tallos flacos y amarrotados, como piernas dislocadas de niños enfermizos; la anemia no las deja florecer, ni el musgo brotar, é inclinan la cabeza moribunda sobre la húmeda vivienda, como llamando á la puerta para entrar á calentarse y poder desplegar las hojas que el frío tiene encogidas.

Al lado de la puerta, que fué una persiana en otro tiempo y en la que hay pegada una tela impermeable, una parra nació en una primavera, y al llegar el verano creció tanto y con tan desmesurada prisa, que se olvidó de engordar, y al querer trepar por la casa cayó por su propio peso. Se extendió entonces por el suelo débil y larga como una cuerda, hasta que una mañana, animada por el sol, tuvo fuerzas bastantes para llegar al pie de la chimenea, y desde allí volvió á caer desplomada delante de una ventana, que no se abre jamás, empotrada en la vivienda por exigencias de su construcción de lance.

¡ De lance es cuasi todo en aquel rincón miserable !

¡ De lance el jardín, la casa, la máquina y hasta la gente retratada !

Allí, entre la parra y la puerta, está el cuadro muestrario de los retratos que ejecuta, ó más bien de los que quisiera ejecutar el buen fotógrafo, y da grima ver aquellas caras prisioneras, como peces

dentro un aquarium, que el sol ha vuelto amarillas comiéndose la salud de su semblante.

Realmente, al ver dentro del marco, de un violeta fabricado por la intemperie y debajo de un cristal velado, las fotografías pegadas sobre cartones hinchados por la humedad, entre arañas que allí murieron y sobre un papel lleno de manchas de colores sin color, los pobres retratados parecen convalecientes, rotos los retratos; y el anuncio, en conjunto, semeja esos cuadros que penden delante de las tumbas, rodeados de lazos y coronas.

El fotógrafo reunió un día en aquel cuadro los gloriosos personajes de su época, sin contar cuán poco tiempo se detienen en la memoria de los hombres los ídolos que ellos mismos encumbraron.

Allí se ve á Boulanger en el centro, sonriendo debajo de la palidez de la prueba, en traje de general y sombrero calado hasta los ojos; á su derecha Grévy, con su aire de horticultor bonachón; Faure á la izquierda, el cantante celeberrimo; y en el resto del cuadro literatos que llenaron el mundo con sus obras, mujeres famosas por su vida y su belleza, cancanistas de fama y otros más cuya gloria palideció lo mismo que aquel platino y cuyo recuerdo va borrándose del mundo, como clichés que han visto la luz antes de tiempo.

Al lado de tales eminencias vense también retratos de comercio (¡ que no todo ha de ser arte !): un caballero que, al retratar su perro, quedó él retratado y el noble animal fuera de foco; un pollo de mirada azul que salió sin pupilas por castigo de tenerlas de un color que la fotografía no admite; un padre de familia con su prole co-

locada por riguroso escalafón; unos amigos despreocupados en actitud de hacer broma; un pres-tidigitador con todos sus chirimbolos; un soldado luciendo su flamante uniforme y un poco la cabeza, que es lo más secundario en estos casos; tres gimnastas saludando con la sonrisa de las grandes circunstancias; una bailarina vestida de mariposa de *capricho*, sosteniéndose sobre las uñas, y un *Alfonso* que fué el terror del barrio por su gorra de tres pisos y sus bucles lustrosos pegados á la frente con sin igual elegancia.

Este es el cuadro y el adorno principal de la vetusta morada.

En ella no busquéis adornos ni primores de arquitectura, ni nada que indique la vivienda de un artista. El arte de aquel fotógrafo es el arte de arrastrarse por el mundo, para seguir viviendo; no tener ninguna vanidad, para explotar la del prójimo y mantener su familia valiéndose de la luz y del nitrato de plata.

Una Venus de Milo, encima de un pedestal, reñido con todas las reglas del equilibrio, es el único artístico destello que anida en aquel rincón del mundo.

¡Pobre Venus! Oculta detrás del musgo que sirve de abrigo á su desnudez clásica, se la ve sin brazos, como siempre; sin cabeza, sin pies, sin pliegues en su túnica (que todo esto tuvo), y de tal modo mutilada, que sólo conserva, la pobre obra maestra, algunas líneas del torso que recuerden su soberana belleza, con sus mutilados restos expuestos al aire libre, sus torneadas espaldas recibiendo la lluvia y las inclemencias del tiempo,

y sirviendo de arrimadero á la puerta del negro laboratorio, en la que se lee en borrados caracteres:

« *Aquí el público no entra.* »

¡Inútil advertencia! ¿Cómo ha de subir allí, á aquel rincón ignorado, aquel público á quien se suplica que no entre y que es recibido como caído del cielo si llega á entrar, burlándose de la advertencia?

No, no hay temor de que entre ese público tan deseado, y ¡Dios sólo sabe la falta que les hace á la gente de dentro! ¡Dios sólo sabe que el día que nadie pasa los umbrales de aquella puerta, á los de aquella casa les visita la miseria! Y ¡son tantos los días de invierno que el molino está desierto y que nadie, pero nadie, se detiene delante del cuadro de la entrada!

Los pocos que la cruzan se encuentran en un interior triste como una tumba. Aquello tiene algo de jaula, de camarote, de tienda de campaña y de coche de sonámbula, de esos coches-viviendas que recorren las ferias en los largos bulevares.

La adornan en lo posible algunas sillas, cubiertas de cañamazo, que venda heridas y destrozos; una cómoda bruñida por los sudores del fotógrafo; un sillón con funda, que oculta las miserias debajo del percal listado; un armario con algunos platos que han perdido para siempre su inmaculada blancura; y pocos objetos más, rotos, sudados, abriéndose por todos lados, sosteniéndose unos á otros en su desgracia y tostados por el humo de la estufa que sirve de adorno, de calo-

rífero y de cocina, como de todo sirve la negra estancia menos de sala de espera.

No, allí no se hace esperar á nadie.

La antesala no se usa en aquella casa. Al que llega se le introduce en la galería de repente, se le hace el retrato á quemarropa y se le cobra sin pérdida de momento, que hay quien espera el dinero llorando. Una vez en la galería, la víctima *retratable* se encuentra con una máquina apuntando á un paisaje pintado en una tela.

Este paisaje es de un romanticismo á prueba de colores claros y difumados, y entre un castillo gótico de lo más florido y puntiagudo, adornado con adelfas y madreselvas, se destacan unos torneados balaústres, de otro estilo, que dan al conjunto un carácter de transparente, con sabor de litografía trasnochada.

En el centro el poderoso aparato, como si fuera un túmulo, está cubierto por un gran paño negro que cae hasta el suelo en grandiosos pliegues. Aquel soberbio armatoste, esperando que la luz penetre en su fondo misterioso para copiar la imagen en el oculto *cliché*, da tal solemnidad al local y tal nigromántico aspecto, que el que entra á ser retratado se quita el sombrero por instinto, habla en voz baja temiendo algo desconocido y mira de reojo al fotógrafo, esperando ver reventar la máquina como un cartucho de dinamita.

Con estos temores se coloca un hierro en el cogote de la víctima, y ya en esta posición comprometida se escoge entre el revuelto mobiliario algo que cuadre con sus tendencias y profesión, ya que allí, lo mismo que en los desvanes de un teatro,

abundan los muebles de cartón y no escasea el oro de purpurina.

Un sillón Luis XIV, que ha de servir para los retratos de cuerpo entero, está codeándose con un oratorio gótico hecho de pasta de papel machacado; un roto paño de billar, que sirve de alfombra á los retratos de á peseta, yace al lado de una estera teñida de verde para las fotografías de aire libre; algunos juguetes rotos, que sirvieron de pasatiempo á los hijos del fotógrafo, se amontonan entre las cubiertas de un viejo devocionario y entre un ramo de azahar utilizable para los *grupos* de bodas, mientras una barca, destinada á los aficionados á ver su imagen y presencia reproducida en alta mar, está anclada de pareja con un caballo de cartón que cojea de tres remos, va sin orejas y sin ojos y le sale la estopa por el vientre, como un penco que ha aguantado veinte picas.

Allí hay pinceles y paleta para los pintores de lo fino; plumas de gran calibre para los literatos; floreros para los burgueses; sables para los militares; y para todos hay objetos simbólicos á fin de que, al par del parecido físico, resulte la semejanza moral de todo ser viviente que se plante cara á cara del objetivo y bajo la voz de mando del fotógrafo que dispara la máquina.

¡Hay que verle en aquellos momentos de angustia, ejerciendo su delicada misión sobre la tierra!

Contando los segundos en voz alta (por falta de reloj) y con la mano temblorosa en el terrible objetivo, parece que toma la medida del tiempo que le queda de vida al retratado.

Este palidece, su rostro se acartona, abre los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1970, 2625 MONTERREY, MEXICO

ojos desmesuradamente como previendo un final desastroso, y cuando un disparo de la máquina anuncia que la operación ha concluido felizmente, la víctima, que ve terminada su situación angustiosa, no sabe darse cuenta de haber sufrido tan poco en operación tan arriesgada, y se admira de que pueda pasarse á la posteridad por camino tan despejado.

El retrato ya *echado en cara* y despachado el cliente, nuestro héroe se introduce con sus *clichés* dentro del negro laboratorio.

Allí, en medio de una obscuridad rojiza, rodeado de botellas de sulfatos, y venenos que contuvieron remedios; de nitratos, ácidos y cloruros, de bermellón (para pantalones de soldado), de vasos de formas raras, de potes de vidrio y tubos de cristal, parece nuestro hombre un nigromántico de otros tiempos, buscando la ansiada piedra de hacer oro.

Oro y no otra cosa es lo que busca en aquel laboratorio miserable el miserable artista, por más que sabe que ni plata puede hallar si no es en forma de nitrato.

Allí se pasa el infeliz horas enteras meditando su pasado, recorriendo su historia en lo profundo del pensamiento. Aquella semiobscuridad le ahorra el trabajo de tener que cerrar los ojos, y, soñoliento en el fondo de su cueva, piensa en las esperanzas que ha visto pasar volando y ha visto desvanecerse en el curso de su vida.

Piensa que, como tantos otros, él fué también una víctima de aquel molino que vió rodar desde su infancia, y recuerda como un sueño lejano la

impresión que produjeron en su alma aquellas alas inmensas cimbreándose en el espacio.

Con la fe de los primeros años, pródigos en dulcísimas visiones, sintió el aroma de arte que bajaba de aquel cerro, respiró en sus pulmones de adolescente el aire impregnado de ilusiones que bañaba el cielo de Montmartre, oyó la voz de los talleres entonando en coro un himno y una oración á la gloria, y con la sed de obtenerla y con la pasión de la inconsciente adolescencia quiso seguir el camino de aquel arte que le pareció de oro y perfumado de mirra.

¡Pobre artista, que consultó su alma sin calcular antes sus fuerzas!

No podía comprender que no basta el buen deseo á traducir lo que no ven con claridad los ojos; que soñando tan sólo, no se suben los peldaños de aquel templo de la gloria, y entonces empezó para él la lucha sorda y terrible librada con su impotencia.

Pasó años de angustias, batallando entre la vigorosa percepción recibida y la impresión mezquina que sus dedos transmitían á la tela; batiéndose con el natural que le aturdió y mareaba con caricias de coqueta; atormentándose el espíritu para dar vida á la materia; y, por fin, la debilidad de su cuerpo pudo más que la avidez de su ánimo, y tuvo que rendirse ante sí mismo y declararse vencido delante del espejo del más amargo desengaño.

Entonces fué bajando aquella escalera de oro que había visto en sueños, y ¡fué bajándola bien aprisa!



Dejó á un lado la inspiración y negoció con su arte; pintó sobre porcelana; dibujó caligrafía; embadurnó panoramas; hizo figuras sobre vidrio para linternas y siluetas para sombras chinescas; fué de teatro en teatro improvisando caricaturas al minuto é hizo retratos en la feria, hasta que, ya exhausto, casado, con cuatro hijos que mantener, envejecido y agotado, se amparó en la fotografía como última tabla de salvamento.

Para ejercerla fué á instalarse al pie de aquel molino que tan mal había pagado su cariño; se incrustó como un molusco en sus plantas, no pudiendo volar con sus alas, y se quedó aletargado en el fondo de su mísera vivienda.

\*  
\*  
\*

Diez años hacía ya que desde allí sentía deslizarse su vida monótona como una llanura sin fondo; diez años interminables que vió pasar inmóvil sin ninguna sensación que levantara su espíritu.

Allí, delante de la puerta, con su mujer y sus hijos, esperaba que subieran los clientes, bajo los rayos de un enfermizo sol de invierno; pero los clientes no subían:

No subían ni atraídos por el cuadro de la entrada, ni por la famosa silueta del molino.

El fotógrafo la veía con tristeza, fijaba su mirada en aquellas alas grises que daban vueltas sin descanso, y, perturbándose su mente bajo aquel rodar eterno, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, mareado.

## VII

## Montmartre por la noche

Montmartre tiene una ventaja sobre los demás barrios parisienses: un cuarto de hora más de luz por la mañana y media hora por la tarde.

Cuando en los grandes bulevares los faroles ya vacilan, amarillentos, sobre el fondo obscuro de la noche que se aproxima; en esta hora indecisa en que las calles se ven invadidas por la sombra, que pausadamente va subiendo envuelta en ultramar y cobalto, todavía puede verse allá en lo alto de Montmartre, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

El cerro, visto en esta hora postrera, tiene tonos brillantes de Oriente y matices de nieve de un paisaje del Norte.

Las casas, coronadas por la blanca iglesia que sobresale en la cúspide, son las últimas en despedirse del sol, tan querido en este terrible invierno, y el astro generoso, antes de ocultarse en el fondo de la llanura, envía colores de suavísima armonía á la poblada montaña y la adorna con gradaciones de tintas indefinibles.

Toda la escala acromática de violetas claras vibra en los tejados, que van quedándose de apagado mate; la nieve, bañada por el rojo encendido, adquiere veladuras rosadas que son el tormento de los pintores coloristas; los ventanales reflejan el

Dejó á un lado la inspiración y negoció con su arte; pintó sobre porcelana; dibujó caligrafía; embadurnó panoramas; hizo figuras sobre vidrio para linternas y siluetas para sombras chinescas; fué de teatro en teatro improvisando caricaturas al minuto é hizo retratos en la feria, hasta que, ya exhausto, casado, con cuatro hijos que mantener, envejecido y agotado, se amparó en la fotografía como última tabla de salvamento.

Para ejercerla fué á instalarse al pie de aquel molino que tan mal había pagado su cariño; se incrustó como un molusco en sus plantas, no pudiendo volar con sus alas, y se quedó aletargado en el fondo de su mísera vivienda.

\*  
\*  
\*

Diez años hacía ya que desde allí sentía deslizarse su vida monótona como una llanura sin fondo; diez años interminables que vió pasar inmóvil sin ninguna sensación que levantara su espíritu.

Allí, delante de la puerta, con su mujer y sus hijos, esperaba que subieran los clientes, bajo los rayos de un enfermizo sol de invierno; pero los clientes no subían:

No subían ni atraídos por el cuadro de la entrada, ni por la famosa silueta del molino.

El fotógrafo la veía con tristeza, fijaba su mirada en aquellas alas grises que daban vueltas sin descanso, y, perturbándose su mente bajo aquel rodar eterno, dejaba caer la cabeza sobre el pecho, mareado.

## VII

## Montmartre por la noche

Montmartre tiene una ventaja sobre los demás barrios parisienses: un cuarto de hora más de luz por la mañana y media hora por la tarde.

Cuando en los grandes bulevares los faroles ya vacilan, amarillentos, sobre el fondo obscuro de la noche que se aproxima; en esta hora indecisa en que las calles se ven invadidas por la sombra, que pausadamente va subiendo envuelta en ultramar y cobalto, todavía puede verse allá en lo alto de Montmartre, iluminado por los últimos rayos del sol poniente.

El cerro, visto en esta hora postrera, tiene tonos brillantes de Oriente y matices de nieve de un paisaje del Norte.

Las casas, coronadas por la blanca iglesia que sobresale en la cúspide, son las últimas en despedirse del sol, tan querido en este terrible invierno, y el astro generoso, antes de ocultarse en el fondo de la llanura, envía colores de suavísima armonía á la poblada montaña y la adorna con gradaciones de tintas indefinibles.

Toda la escala acromática de violetas claras vibra en los tejados, que van quedándose de apagado mate; la nieve, bañada por el rojo encendido, adquiere veladuras rosadas que son el tormento de los pintores coloristas; los ventanales reflejan el

horizonte imitando sus graduadas aureolas; y en lo alto, en lo más alto, las pizarras, heridas por rayos de color de fuego, adquieren el aspecto de una ciudad que muere encendida, hundiéndose lentamente en el fondo de hielo.

Tal es el aspecto del monte del molino, cuando el sol se digna visitarlo en estos tiempos de niebla; aspecto que dura un instante para dar paso á la noche.

Esta se presenta con su séquito de estrellas, que parecen temblar de frío; con el aire que la acompaña y que se desliza helado como el mármol; y en aquella hora de transición misteriosa, entre aquella quietud solemne, Montmartre parece alestargado y dormido en el fondo de sus estrechas y fantásticas callejuelas.

Pero no es así, por fortuna.

Montmartre no descansa.

En este montón de talleres donde todo el día se trabaja con afán incansable; en esta inmensa colmena en donde se aprovecha la luz hasta el último reflejo, las hormigas que la habitan se convierten en cigarras cuando la tarde se apaga; en cigarras modernas, que cantan á la claridad del gas y de la blanca luz eléctrica, porque Montmartre, como buen nido de artistas y bohemios, es el país de las canciones.

Aquí se recogen y se guardan los cantos populares, esas quejas y latidos del pueblo, que de boca en boca han llegado hasta nosotros con el aliento de otros tiempos; aquí se crean las coplas picarescas que recorren el mundo de los cafés conciertos; aquí se ponen en música las estrofas pa-

trióticas que derriban á veces un gobierno ó proclaman un dictador; aquí nacen las primeras notas que más tarde son semilla de musicales creaciones, y por el aire vagan y circulan, sin duda, los sonidos que dictan tantos cantares brotados espontáneamente en este barrio, como llovidos del cielo.

La grande arteria, esos famosos bulevares exteriores, están llenos de escenarios donde se da el primer compás de motivos servidos como frutos primerizos. Allí tantean sus primeros pasos sobre las tablas de un mal café los humildes debutantes que más tarde han de ser estrellas del arte; allí ignorados actores rompen sus primeras picas y aprenden á mirar el público frente á frente, antes de que la celebridad les corone; allí el escéptico auditorio relega un artista al olvido ó le da un pase para la gloria.

Entrada ya la noche, á lo largo de aquellas ramblas se alumbran focos de blanca claridad, que hacen destacar la gente como sombras chinescas; faroles verdes y encarnados penden debajo de las marquesinas, reflejándose en las charcas con chispas de colores movedizos como fuegos de bengala; y la luz sale en cascadas por las puertas, mientras va entrando un mundo de diletantes atraídos por los anuncios que en las fachadas y kioscos ensalzan en grandes letras la diva á la moda, el cantante mimado y la última canción acabada de nacer y tibia todavía del calor del pensamiento.

El *Moulin Rouge*, en el bulevar de Clichy, con sus ventanales y minaretes góticos, con la claridad interior que hace destacar sus caprichosas ojivas, con sus líneas de globos encendidos y sus

vidrios holandeses, es el local que llama más extranjeros.

A su luz se lanzan lo mismo que atolondradas mariposas. Se pasean con la guía en la mano mirando el techo, como quien visita el cementerio de Pisa ó la rotonda de Florencia; se enteran minuciosamente de todo y lo apuntan en su inseparable cartera, no fiándolo á la memoria; se aburren el tiempo que para ello han destinado, y se vuelven á su patria, jactándose de que han conocido París hasta en sus más recónditas intimidades.

En este baile-concierto están actualmente de moda las canciones españolas, como restos del recuerdo que dejaron en la última exposición las manolas y toreros.

En todas las sesiones salen á lucir su garbo dos chulas de *Batignolles* por lo menos y vestidas á lo Carmen de ópera cómica, con su calañés inverosímil y su fantástica chaqueta: tocan la pandereta á puñetazo limpio, hablan (con elogio) de los ojos españoles ó sacan el puñal de la liga (que no es agraria); bailan la *danse du ventre* y acaban lanzando algunos olés tan ibéricos como les permite su garganta parisiense.

El *Petit picador* es la canción del día, aunque se cante allí por la noche.

Consisten los *couplets* en ensalzar, como no se merecen, la esbeltez de formas y caballerosos modales, á más de la finura y distinción, de esos *taurómatas* ginetes, y en presentarlos al auditorio tan acaramelados y gomosos, que el que no supiera de quién se trata se creería que las estrofas van diri-

gidas á una niña de ojos azules y de rubia y trenzada cabellera.

El único español auténtico, vestido de andaluz, que sale á relucir entre tanta imitación, es un castellano viejo.

Vino aquí á vender no sé qué productos de su querida Castilla; mas, como no llevaba ni panderetas, ni dátiles, ni naranjas, ni vestía de impertérito contrabandista, pasó desapercibido entre este público que no conoce más nacionalidad que el traje tan adulterado como todos saben; se arruinó con lo que debía ser su negocio, y, sin dinero ni buen humor para volver á España, se quedó en Montmartre emigrado, viviendo por obra y gracia de una mala alimentación bien digerida.

Más tarde, con la experiencia del desengaño, cambió de rumbo.

Compró un traje viejo de torero en las corridas Meneses que aquí se dieron, y sirvió con él de modelo á los pintores *característicos*, hasta que, por fin, fué contratado como bolero en el *Moulin Rouge*, donde hoy, contrariada su vocación de labrador, baila hasta reventar como un derviche, y, pálido, flaco y disfrazado, parece un fantoche del flamenquismo importado en esta tierra, para muestra de aquel género.

Más arriba, siguiendo el boulevard de Clichy, dos fantásticas lámparas anuncian el *Diván japonés*.

La especialidad en este concierto, lleno siempre de boté en boté, es la de no escuchar á nadie mientras canta; fumar hasta convertir el local en un fondo sin líneas, donde todo se difuma entre los vapores de una niebla espesa como gelatina; gritar

en voz alta, lo más alta que resista de laringe ; beber sin sed y no comer con hambre, y dejar correr las horas amontonando platos de cerveza.

Allá en el fondo, entre tal robusta gritería, capaz de aturdir al más turbio de oído, rodeada de monstruos del Japón que penden del techo, con doble juego de orejas y triple líneas de dientes, y entre figuras de serpientes submarinas é ídolos con ojos de tiburón que brillan en las paredes, se ve (entre nubes) una pobre figura que, encima del escenario, abriendo la boca y mirando aguzada al director de orquesta, yendo y viniendo y agitándose con movimientos descompasados, trata de hacerse escuchar entre aquel formidable clamoreo.

A veces es un soldado el que canta, con pantalones que le llegan hasta el cuello, guantes verdes y peluca de *tonto* ; otras una *grisette* que deja su carrera para debutar en el género *fin de siècle*, vestida lo menos posible y lo mejor que sabe ; otras un pollo afeitado, imitando á Paulus, con frac color de perla y pantalón de verano ; y, por último, algún tenor vergonzante, es decir, que con antifaz de terciopelo lanza algunas notas agudas, de cuya agudez y mérito nadie puede hacerse cargo á causa de la consabida y eterna gritería de la casa.

Un sólo día calló y escuchó atento aquel terrible auditorio.

Cantaba Ivette Guilbert. Su fama era naciente, y á la segunda copla aplaudía ya todo el mundo enfusiasmado.

Bajo aquel armazón alto y delgado ; dentro de aquellas espaldas misteriosas, flacas y caídas, aquel público adivinó un alma penetrante que había de

abrirse paso en este París, ávido de originalidad y de nuevas sensaciones, y comprendió que el sarcasmo envuelto en velada ironía, que brotaba de aquellos labios estrechos y expresivos, sería coronado por el éxito y que pronto la entonces debutante dejaría el nido de Montmartre, para volar hacia barrios más opulentos.

Así fué, en efecto. La hija adoptiva del barrio de los artistas fué bajando á medida que fué subiendo, llevando en su garganta los cantos de la poblada montaña, y hoy, coronada por la gloria, mimada por el mundo elegante, va sembrando por donde pasa algo de ese *argot* pintoresco y expresivo, nacido en la falda de la colina.

Para oír ese lenguaje del pueblo en toda su pureza y característica variedad hay que sentarse en una vetusta mesa de los Mirlitons y oír entonar á Bruant las coplas escritas y compuestas por él mismo.

Todas las noches los pintores acuden á bandadas para escucharle. Allí se disfruta de la más amplia libertad ; allí pueden exponerse las más novísimas teorías del arte, sin temor de que nadie se ruborice, y la palabra es para todos, y todos pueden usarla y abusar de ella si conviene.

El café de Bruant es pequeño, tan pequeño que, cuando acude un parroquiano más de los acostumbrados, tiene que esperar plaza vacante, como si se tratara de entrar en la sesuda Academia de la Historia. Bruant introduce al recién llegado, lo coloca donde puede, dicta órdenes severas para que le traigan un vaso de cerveza, mientras que los de adentro le reciben cantándole una canción poco aduladora

y le dirigen la palabra como amigos conocidos de antigua fecha.

Bruant, por la calle, lleva inmenso gabán de *peluche*, gran sombrero de castor y holgado tapabocas que le da varias vueltas por el cuello. Tres ó cuatro perros de aguas le acompañan (desde que una Maritornes le mató un pato amaestrado que le seguía á todas partes), y su típica silueta es conocida en todo el barrio de Montmartre.

En su casa viste garibaldina encarnada, medias botas y pantalón de terciopelo. Lleva rubias melenas (y esto en su casa como fuera de ella), que sirven de marco á un rostro inteligente y afeitado, y anda cimbreándose, como marino en tierra firme, en medio de los *bibelots* que se amontonan en aquella característica morada.

Lámparas de hierro forjado, bajos relieves con pátina amarillenta, croquis á la pluma, fragmentos de madera esculpida, vasos y ánforas de formas inesperadas, litografías de antaño y otros cien objetos más rodean el retrato de Bruant, y, éste, paseándose con aire majestuoso, canta sus canciones más celebradas.

Canta los crímenes de la Villette; canta el canal legendario de aguas enlutadas con la guillotina en el fondo elevándose en terrible silueta; canta las miserias en Menilmontant, con sus tortuosas callejuelas y sus solares desiertos, con la ortiga brotando del abandono, con su población miserable acampando alrededor del cementerio del Père Lachaise, en el que se ven desfilar los entierros como vagas apariciones; canta las hecatombes del matadero con el más ferviente realismo; canta las an-

gustias de *Saint-Lazare* con todos los horrores de aquel hospital inmenso; y con su voz cavernosa adquiere la solemnidad de un profeta que narra á su alegre auditorio las angustias todas, todas las desdichas que palpitan ignoradas, como en dilatado desierto, en este París que pone en música lo mismo sus glorias que sus más negras desventuras.

Y lo mismo que en casa Bruant son innumerables los rincones, cervecerías, sótanos y cafés, donde la voz resuena hasta las altas horas de la noche: en el *Clou*, con su público de bohemios, entre las escenas de Pierrot pintadas por el delicado y espiritual pincel de Villette; en el *Chat Noir*, célebre por su decoración fantástica; en la *Cigale*, en el *Euro-péen*. Por todas sus grietas y chimeneas, de todas sus puertas y ventanas, Montmartre lanza sus notas como lluvia de arte; lluvia que al remontarse en vapor convida á respirar ese aroma misterioso que vaga por el gran barrio.

## VIII

## Una excursión á Ruan

Leí, hace tiempo, en un libro poco leído, que en este mundo en que vivimos todo acaba por cansar, así lo bueno como lo malo.

Que cansaba lo malo, ya lo sabía antes de esta

y le dirigen la palabra como amigos conocidos de antigua fecha.

Bruant, por la calle, lleva inmenso gabán de *peluche*, gran sombrero de castor y holgado tapabocas que le da varias vueltas por el cuello. Tres ó cuatro perros de aguas le acompañan (desde que una Maritornes le mató un pato amaestrado que le seguía á todas partes), y su típica silueta es conocida en todo el barrio de Montmartre.

En su casa viste garibaldina encarnada, medias botas y pantalón de terciopelo. Lleva rubias melenas (y esto en su casa como fuera de ella), que sirven de marco á un rostro inteligente y afeitado, y anda cimbreándose, como marino en tierra firme, en medio de los *bibelots* que se amontonan en aquella característica morada.

Lámparas de hierro forjado, bajos relieves con pátina amarillenta, croquis á la pluma, fragmentos de madera esculpida, vasos y ánforas de formas inesperadas, litografías de antaño y otros cien objetos más rodean el retrato de Bruant, y, éste, paseándose con aire majestuoso, canta sus canciones más celebradas.

Canta los crímenes de la Villette; canta el canal legendario de aguas enlutadas con la guillotina en el fondo elevándose en terrible silueta; canta las miserias en Menilmontant, con sus tortuosas callejuelas y sus solares desiertos, con la ortiga brotando del abandono, con su población miserable acampando alrededor del cementerio del Père Lachaise, en el que se ven desfilar los entierros como vagas apariciones; canta las hecatombes del matadero con el más ferviente realismo; canta las an-

gustias de *Saint-Lazare* con todos los horrores de aquel hospital inmenso; y con su voz cavernosa adquiere la solemnidad de un profeta que narra á su alegre auditorio las angustias todas, todas las desdichas que palpitan ignoradas, como en dilatado desierto, en este París que pone en música lo mismo sus glorias que sus más negras desventuras.

Y lo mismo que en casa Bruant son innumerables los rincones, cervecerías, sótanos y cafés, donde la voz resuena hasta las altas horas de la noche: en el *Clou*, con su público de bohemios, entre las escenas de Pierrot pintadas por el delicado y espiritual pincel de Villette; en el *Chat Noir*, célebre por su decoración fantástica; en la *Cigale*, en el *Euro-péen*. Por todas sus grietas y chimeneas, de todas sus puertas y ventanas, Montmartre lanza sus notas como lluvia de arte; lluvia que al remontarse en vapor convida á respirar ese aroma misterioso que vaga por el gran barrio.

## VIII

## Una excursión á Ruan

Leí, hace tiempo, en un libro poco leído, que en este mundo en que vivimos todo acaba por cansar, así lo bueno como lo malo.

Que cansaba lo malo, ya lo sabía antes de esta

lectura provechosa ; que lo bueno llegara también á fatigar, lo he ido aprendiendo poco á poco.

« Apenas en poder nuestro, — decía el libro, — lo que ha sido una ilusión de nuestra vida, en lo más enredado del fondo de nuestras cuerdas nerviosas, ó donde sea, empieza un malestar indefinible ; malestar que es alarmante síntoma de que nuestro espíritu, no contento ya con lo que posee, ambiciona de nuevo algo desconocido. »

Esta cita, más ó menos oportuna, la estampo aquí por escrito por varias y complicadas razones : una, porque de algún modo he de encabezar el artículo ; otra, porque siempre he supuesto que el lector paciente, al llegar á este punto y hora, estaría ya cansado de molinos, por ser nuestros artículos de aquella clase de malos, que yo ya me sabía ; y, finalmente (y aquí va la filosofía de aquel libro), porque, aun siendo bueno y hospitalario el que rueda y da vueltas en nuestra casa, también la ingratitud nos impulsaba á dejarlo por unos días, arrojados por aquel malestar y la ambición aquella de que hablaba nuestro libro.

Con tal firme propósito, y además con la maleta, la guitarra y otros útiles necesarios á todo viaje seriamente organizado, nos dirigimos, junto con el pintor Zuloaga, hacia la grande estación de Saint-Lazare, y allí tomamos billete para Ruan, ni de los de subido precio, ni tampoco de los baratos.

Como siempre, en aquella inmensa casa los trenes salían en todas direcciones sin darse tiempo de reposo ; las salas, en vez de ser de espera, eran de paso ; corría la gente disparada como dejando París á toda prisa ; los vagones de las tres clases se

llenaban, y las locomotoras se iban humeantes, silbando y echando chispas, con todo su cargamento, hacia toda clase de países, meridianos y naciones.

A fin de no ir á parar á otra clase de la que habíamos pensado, consultamos con un teniente de estación, quien nos enseñó un vagón que va á Ruan directamente, y nos subimos á él y dimos la voz de marcha.

Marchó el buen tren más que trotando y guiado por faroles que con pupilas encarnadas le enseñaban el camino ; pronto dejó París en el fondo, y, desbocado y palpitante, se lanzó á través del paisaje, por ser esta la misión que tenía señalada, sin apartarse un momento de la vía, sumiso al camino que le trazaban las largas líneas de acero.

El día se acababa (¡ que todo acaba en este pícaro mundo ! ) El sol, antes de ocultarse, miróse en la superficie del Sena, y, satisfecho de sí mismo, dobló la frente y cayó herido detrás de las lejanas montañas.

Naturalmente, con tan sensible pérdida nos fuimos quedando á obscuras. Entró la noche ; salieron las estrellas más importantes y lucidas ; luego otras más pequeñas, si bien más numerosas ; parte de la luna salió también, y bajo aquel *manto azul* poca cosa pudimos ver : algunas casas que huían de nosotros ; estaciones desiertas que saludaba con un silbido la cortés locomotora ; alguna luz en el fondo, algún perro ladrando y los postes corriendo, siempre sin descanso.

Así, pues, dejamos lo que pasaba fuera de casa y miramos á alrededor nuestro, á fin de ver entre qué gente nos hallábamos.



Cuatro seres venían con nosotros, pero cuatro seres dormidos, envueltos en toda clase de mantas, con estos escorzos y actitudes encorvadas que sólo tiene el rey de la Creación, cuando trasladada su cuerpo en ferrocarril, mirando de reojo á todo semejante que penetra en su vagón, como si fuera su más acérrimo enemigo.

Ante tan triste cuadro, no tuvimos más remedio que seguir aquel meritorio ejemplo, y, reclinados como mejor pudimos, cerramos nuestros ojos respectivos, esperando abrirlos en Ruan, para ver y admirar la gran ciudad cantada por Víctor Hugo.

No hay quien, habiendo hojeado, allá en los primeros años de la vida, las páginas de *El Judío Errante*, los cuentos de Gargantúa y las aventuras de Pantagruel, ilustradas por el fantástico lápiz de Doré, no recuerde como un sueño diabólico aquellas casas de inclinadísimos tejados y minaretes atravesando las nubes; aquellos negros edificios sosteniéndose unos á otros como por obra de encantamiento; aquellos estrechos callejones con sus muestras de hierro forjado y retorcido, con sus simbólicos emblemas y entrelazadas heráldicas; aquellas plazas desiertas iluminadas por la luna; las murallas solitarias con los cadáveres pendiendo de lo más alto de las torres; los calabozos profundos entrando en el fondo de la tierra, y las agujas inmensas subiendo con góticas cresterías.

El recuerdo de estos dibujos nos hacían ver Ruan entre sueños tal como lo concibiera el romántico dibujante, y (¡oh poder inmenso de un lápiz desbocado por una fantasía!) tal era la mella que habían obrado en nosotros aquellos grabados al

acero, que no podíamos concebir otro Ruan que aquel Ruan corregido y aumentado.

— ¡ Cinco minutos de parada! — gritó quien debía de gritar (que para esto le pagaban).

— *Grand Hôtel! Hôtel des Postes!* — gritaban otros.

Y, haciéndonos subir casi á empujones dentro un coche fondil, nos entraron á la antigua y *renombrada* capital de la Edad Media.

Nada vimos (por de pronto) que aquella tierna edad nos recordara.

Calles empedradas con cordura; faroles de todos sistemas y dimensiones alineados por la eterna monotonía de siempre; cafés con mucha luz y poca gente; kioscos para vender periódicos; sumideros decorativos, y otros detalles más imitando á París á todo trance; con el café Americano, que se ve reproducido en todas las ciudades de Francia; con *Folies Bergères*; con los sobados bulevares; con la Opera; con todo lo que recuerde la capital, llevado al más alto grado de servil imitación y falta de toda inventiva.

Tanto que, al pasar un puente y atravesar el Sena, y al ver los muelles iluminados á cada lado, con las fachadas mirando á la corriente, llena de puntos movedizos; con los vapores golondrinas deslizándose por la quieta superficie, hubiéramos creído estar todavía sobre el puente de los Inválidos, á no ser por el olor de brea y el salobre aroma que nos recordaba el mar, que allí sube para abrazarse con el caudaloso río.

Llegamos á una mala fonda.

Tan mala era que el mismo dueño se creyó obli-

gado á efectuar en ella importantísimas reformas y remover la casa hasta los cimientos, para dar al establecimiento un aspecto más urbano que el que tenía en aquel momento histórico. A fin de llevar á cabo este trastorno en su finca, había montado el buen hombre tan soberbio andamio, y reinaba tal desbarajuste en todas partes, que para llegar á las habitaciones, que tuvieron á bien destinarnos, tuvimos que atravesar verdaderas barricadas, saltar tablas y subir escaleras peligrosas, apartar el contacto de nuestras prendas de vestir con las puertas, todas ellas recién pintadas, agacharnos para no dar con complicados armatostes y hacer equilibrios de mérito y otras ingratas habilidades.

Ya en nuestros dormitorios sin daño de consideración, reflexionamos que lo más prudente era ir á recorrer Ruan á vista de oscuras, y volvimos á desandar lo que habíamos andado.

A la buena de Dios empezamos á recorrer calles y calles, unas nuevas y tiradas á cordel, y viejas otras y tirando á puro desequilibrio; fuimos subiendo una cuesta; después otra; bajamos; encontramos el Sena y lo pasamos por el ingenioso medio de un puente; nos encontramos en un campo; volvimos atrás; nos intrincamos de nuevo; y, por fin, guiados por una altísima flecha, que nos sirvió como la estrella á los Magos, fuimos á parar delante de la catedral, en donde nos detuvimos.

Entre aquella obscuridad, la fachada se extendía como un manto de luto delante del firmamento. Los ocho campanarios se elevaban rodeando el gran templo en vagas masas informes, y el edificio adqui-

ría proporciones gigantescas entre la sombra, que sólo dejaba entrever su portentoso esqueleto.

Dimos la vuelta por estrechos callejones, siempre rozando los altísimos muros, y entramos en el claustro, que estaba sufriendo una restauración en sus heridas.

La luz interior del templo se filtraba por unos ventanales, con esos colores muertos que calca la antigüedad en los cristales antiguos; y vestidos de suave armonía veíanse allí santos y vírgenes y mártires medio borrados por cariñosa pátina; símbolos y alegorías formando motivos delicados como blondas de colores, y motivos de ornamentación modelados por los besos del tiempo, que, destacándose sobre la masa negra del muro, daban frío á los sillares de afuera y atraían el pensamiento, en busca de calor al espíritu, hacia el sagrado recinto.

De allí salían voces, entonando una canción débil como un eco y orquestada por la bóveda; voces que seguían gimiendo por las paredes durante largo rato y llegaban á nuestros oídos tenues y vibrantes como oración cantada; y aquellas notas, que parecían como ayes del edificio, dentro nosotros mismos continuaban cantando, como si fuera el aire de aquel antiguo monumento el que penetrara en nuestro ser por las puertas del espíritu; como si aquellas paredes tuvieran voz y alma y sentidos.

Ayes debían ser, sin duda (¡ya que también se quejan las obras de arte en su lenguaje!), ayes de rubor, de sentirse restaurados por impúdicas manos, que no saben comprender la virginidad que guarda su venerable sudor, ni sus canas de yedra; que no saben comprender que esos pedazos de historia pre-

fieren caer y dormirse en sus ruínas como héroes que ven cubiertas sus grietas con afaites y cosméticos de coqueta.

Ruan, como otras tantas ciudades, es víctima de una reforma que va destruyendo lo mucho que tenía de típico y característico; Ruan, que hace algunos años era (á pesar de los dibujos de Doré) una ciudad antigua, interesante en extremo, va convirtiéndose en una vulgar ciudad moderna que imita lo imitable de París, sin poder copiar lo bueno de la capital de Francia.

Si *Madame Bovary* recorriera hoy día con su famoso *fiacre* el sabido itinerario descrito por Flaubert, tendría que cambiar de rumbo á cada paso; pues, en vez de callejones angostos y misteriosos, encontraría calles nuevas, largas y tontamente rectas, habitaciones modernas y confortables, bulevares correctamente empedrados, pero sin un detalle para goce del espíritu, sin un asomo de belleza donde descansar la vista, sin un consuelo ni reposo al malestar que produce la eterna, la glacial línea recta.

Lo que vería Flaubert sería la antigua ciudad refugiándose al centro; vería las casas viejas, con sus pobres y artísticos aleros, acurrucadas debajo la catedral, pidiendo amparo á las antiguas paredes; vería las ya raras viviendas del pasado que se conservan en pie, acumulándose, para su mutua defensa, en estrechos callejones, aguantándose con la frente y estrechándose con arcos, como brazos que les sirven de sostén; vería otros pintándose la cara vieja de blanco, para rejuvenecerse é inspirar compasión á los reformadores; y vería las calles nuevas

abriendo brecha en pleno corazón de la ciudad, de la vieja ciudad que vió morir á Juana de Arco.

Y entre la hecatombe del derribo vería las casas abiertas de parte á parte, mostrando sus entrañas; vería puestas al descubierto las intimidades del hogar, recibiendo las inclemencias del aire; vería pendiente del alto muro algún cuadro olvidado allí, con el marco desteñido por la lluvia; las negras trazas de las chimeneas mostrando sus negruras y subiendo como arrastrando con las huellas del humo; los huecos de las ventanas, con el cielo por fondo, abiertas en extraordinarias alturas, y en el suelo las ruínas desplomadas, húmedas y carbonizadas, como recién caídas de un incendio.

Eso vería el gran Flaubert en su patria, y de seguro lloraría la ciudad interesante que se va, empujada por la antipática ciudad advenediza. — Pero ¿no hay más que ver en Ruan? — preguntarás; oh lector! si has seguido nuestra excursión hasta este punto. — Claro que hay más y mucho más, y bueno, y hasta único en el mundo, bajo el punto de vista arquitectónico; pero el relato detallado de todo ello, en el *Joanne* ó en otro guía curioso, lo encontrará quien le interese, con esa riqueza de detalles, datos y fechas que tan del agrado son de los ingleses viajeros, amantes de saber por sistema decimal la medida, objeto y proporción de toda obra de arte.

Allí se puede averiguar que la campana de la catedral pesaba en sus buenos tiempos veinte mil libras; que su flecha tiene cuatrocientos cuarenta pies, ó sean nueve menos que la gran pirámide de Egipto y no sé cuántos que el andamio de Eiffel;

que el primoroso Palacio de Justicia es de piedra de buena calidad ; que la condesa de Brege, enterrada en la basílica, nació en 1499 y murió en 1566, y otros datos no menos interesantes que te probarán lo mucho que conserva Ruan en colección bajo catálogo, con etiqueta y numeración ordenada.

Pero lo que no encontrarás anunciado en ningún guía (y si quieres gozar de ello apresúrate, por Dios, lector querido) son esos rincones armonizados por la lenta sucesión del pasado ; esos conjunto visitados por los siglos, delante de cuyas huellas tiembla el lápiz como movido por resorte misterioso ; esos amores del sol con la piedra y la humedad con el musgo, de la yedra con las estatuas y de las grietas con las plantas.

Todo esto se va perdiendo. Dentro pocos años, los edificios que quedarán enteros se verán iluminados con luz eléctrica y cruzados de teléfonos como modernas telarañas ; las casas de alquiler crecerán sobre los claustros augustos, y los grandes campanarios servirán quizás de postes telegráficos.

El mismo famoso canal, que tantos artistas ha inspirado, va perdiendo su carácter : hoy día le obligan á mover un molino vulgar de nueva planta.

Maquinaria flamante, cuadras limpias y perfectamente ordenadas, sistemas perfeccionados, útiles, si se quiere, y necesarios ; pero, á pesar de tan útiles ventajas, preferimos volver al nuestro, que, si no muele pan para el cuerpo, alimenta de otro modo nuestro espíritu.

### El moro del baile

En un artículo anterior decía que lo que más renombre ha dado al molino de la Galette, aparte de otras múltiples y variadas cualidades, es el famoso baile que, bajo su sombra y responsabilidad, se perpetra todos los domingos y demás días de la semana.

Subiendo la empinada cuesta que conduce á la iglesia de Montmartre, y al pasar bajo unos grandes y verdes paredones, se oyen los desacordes de una orquesta tocando á toda máquina. Un sordo rumor de humanidad atraviesa por las grietas de esa casa, un pataleo enorme hace temblar los muros, y por los ventanales abiertos, á modo de sudoroso hervidero, se deslizan bocanadas de humo que exhala, por sus poros de madera, el extraordinario edificio.

Delante de su caprichoso aspecto, no sabe el morigerado viandante si es aquello una casa de dormitorios, una fábrica de instrumentos musicales en ensayo general, ó una sesión animada de espiritistas en danza, hasta que un anuncio oportunísimo explica en letra clara y comprensible, á todo el que sepa leer, que aquello no es más que el mismísimo sarao del *Moulin de la Galette*.

Esto basta y sobra para derramar luz sobre la más, obscura inteligencia, pues si bien son muchos los mismos parisienses de varias generaciones á esta

que el primoroso Palacio de Justicia es de piedra de buena calidad ; que la condesa de Brege, enterrada en la basílica, nació en 1499 y murió en 1566, y otros datos no menos interesantes que te probarán lo mucho que conserva Ruan en colección bajo catálogo, con etiqueta y numeración ordenada.

Pero lo que no encontrarás anunciado en ningún guía (y si quieres gozar de ello apresúrate, por Dios, lector querido) son esos rincones armonizados por la lenta sucesión del pasado ; esos conjunto visitados por los siglos, delante de cuyas huellas tiembla el lápiz como movido por resorte misterioso ; esos amores del sol con la piedra y la humedad con el musgo, de la yedra con las estatuas y de las grietas con las plantas.

Todo esto se va perdiendo. Dentro pocos años, los edificios que quedarán enteros se verán iluminados con luz eléctrica y cruzados de teléfonos como modernas telarañas ; las casas de alquiler crecerán sobre los claustros augustos, y los grandes campanarios servirán quizás de postes telegráficos.

El mismo famoso canal, que tantos artistas ha inspirado, va perdiendo su carácter : hoy día le obligan á mover un molino vulgar de nueva planta.

Maquinaria flamante, cuadras limpias y perfectamente ordenadas, sistemas perfeccionados, útiles, si se quiere, y necesarios ; pero, á pesar de tan útiles ventajas, preferimos volver al nuestro, que, si no muele pan para el cuerpo, alimenta de otro modo nuestro espíritu.

### El moro del baile

En un artículo anterior decía que lo que más renombre ha dado al molino de la Galette, aparte de otras múltiples y variadas cualidades, es el famoso baile que, bajo su sombra y responsabilidad, se perpetra todos los domingos y demás días de la semana.

Subiendo la empinada cuesta que conduce á la iglesia de Montmartre, y al pasar bajo unos grandes y verdes paredones, se oyen los desacordes de una orquesta tocando á toda máquina. Un sordo rumor de humanidad atraviesa por las grietas de esa casa, un pataleo enorme hace temblar los muros, y por los ventanales abiertos, á modo de sudoroso hervidero, se deslizan bocanadas de humo que exhala, por sus poros de madera, el extraordinario edificio.

Delante de su caprichoso aspecto, no sabe el morigerado viandante si es aquello una casa de dormitorios, una fábrica de instrumentos musicales en ensayo general, ó una sesión animada de espiritistas en danza, hasta que un anuncio oportunísimo explica en letra clara y comprensible, á todo el que sepa leer, que aquello no es más que el mismísimo sarao del *Moulin de la Galette*.

Esto basta y sobra para derramar luz sobre la más, obscura inteligencia, pues si bien son muchos los mismos parisienses de varias generaciones á esta

parte que no han puesto los pies en su lustroso pavimento, por más que haga seiscientos años que sirve de albergue á todos los que han tenido ligereza y buen humor para entregarse á lo que llaman los valientes parroquianos, placeres de la danza; si muchos son, repito, los que no han pisado su alto nivel gerárquico, no hay nadie, absolutamente nadie, que viva dentro del mapa de Francia, que ignore su existencia ni su semi-olímpica gerarquía.

Y es que muchos no han llegado hasta allí porque consideran el tal baile como albergue de sospechosas costumbres, como corte de los milagros, como algo desconocido y de funestísimo agüero.

Para tales timoratos el baile este es como danza macabra bailada por calaveras vivientes, coreada por fantasmas de alta gorra y simbólicos bucles, acompañada por músicos delegados del diablo y dirigida por el mismo Mefistófeles en *persona*, vestido de frac correcto y ocultando las uñas dentro de fundas de blanquísima cabritilla.

Moralmente, algo tiene de todo esto el famosísimo baile.

Aunque cada parroquiano tenga el aspecto de toda persona vulgar y natural; aunque la sala esté iluminada con grandes focos de luz eléctrica y la orquesta toque los bailes más alegres del repertorio moderno; del conjunto de la multitud, del medio ambiente del local y del ruido de la música, se desprende un algo inexplicable y severo, un aire receloso, un malestar oculto que corre á flor de tierra, pasa por la enrarecida atmósfera, sube en columna con el humo de centenares de cigarros y forma au-

reola compacta en los focos luminosos, empañados por aquel aliento malsano.

Se diría que allí van los hombres y las mujeres á cumplir la condena de un baile continuo y desesperado, á sufrir un sarcástico y refinado tormento, á expiar alguna culpa cometida, y que la policía colocada alrededor de la sala, contemplándolos cruzada de brazos y la mirada pasiva, está allí para obligar á bailar sin descanso á los pobres condenados.

El que pasa los umbrales de la casa siente un malestar nervioso que le hace creer su perdida libertad ya para siempre; suspira por el reposo que ha dejado fuera para entrar en aquel centro de alegría obligatoria; mira á los demás, curtidos ya por las inclemencias de aquel baile, bailando con resignación y semblante indiferente, y comprende el mal paso que ha dado, al penetrar en aquel divertido abismo.

Nadie ríe allí, si bien grita todo el mundo.

La misión es allí seguir la orquesta, que no deja de tocar un sólo instante, y trabajar todos juntos en la obra común de bailar eternamente, como indios errantes de la danza.

Terminado cada baile, una voz estridente lanza una nota, larga como el alerta de un centinela; aguda, tan aguda que hace temblar los prismas de las arañas; desgarradora como de alguien que se ahoga; penetrante como el toque de una campana; y aquel grito, que tiene algo de supremo, es como la despedida á la luz que da el muezín en lo alto del minarete; es la proclama de otro baile, anunciado como solemne mandato; es la corneta del

juicio que levanta aquella humanidad, para hacerla bailar de nuevo sin tregua ni reposo.

Primero es el vals, empezado suavemente, animándose por momentos y acabando en furioso torbellino, que hace rodar las parejas, como atraídas por un ciclón espantoso; luego la polka, lanzándolas de un lado á otro en huracán deshecho; luego el vals otra vez, y otra la polka; y, por último, en un cambio de viento aparece el cancán acompañado de bombo y cornetas, y bailado en todas las formas y movimientos imaginables y en todas las fases de la caricatura humana.

El cancán, en la casa, ha adquirido patente de institución.

Aquí empezaron los primeros ensayos y las primeras tentativas; aquí el desordenado baile, nacido quizás en un momento de embriaguez inconsciente, fué arraigándose para luego recorrer el mundo entero como un símbolo; aquí se le encauzó dentro de las reglas de un arte y llegó á formar escuela, y hoy día aquel es su clásico conservatorio como fué la academia de su historia.

El cancán necesita, para vivir, del ruido y del escándalo, como viven del reposo las flores de las montañas; y toda la tarde del domingo, y otra vez por la noche, y de nuevo el día siguiente, y así durante años y más años de cancaneo incesante, arrecia el tal baile en las piernas, el mareo en la mente y la pesadumbre en el alma.

El hombre condenado á vivir entre aquella confusión y algarabía, pataleo y movimiento continuo, entre el ir y venir y codearse, entre aquel lúgubre bullidero, sería quizás más desgraciado que el con-

denado á soledad perpetua: el tumulto, entrando por sus sentidos, gastaría su vida como las sutiles láminas de un teléfono, y moriría usado enteramente por el roce del ruido.

Y, sin embargo, allí está condenado á vivir un ser acostumbrado á las grandes quietudes del desierto.

Un pobre moro, una figura solitaria y soñolienta, vive allí entre aquel bullicio eterno, luchando por la existencia, que le obligó á nutrirse del escándalo, antes que morir quizás en la soledad de su tierra.

En un rincón de la sala, en el sitio más apartado y oculto á la mirada, se le ve acurrucado y plegado sobre él mismo.

Su rostro, amarillo gris como la arena del Sahara, tiene esa vaguedad de moro, pero de moro sin raza, de esos moros que llegan emigrados, sin saberse cuándo ni cómo, llevados en alas del viento africano. Su nariz aguileña cae desmayada sobre el labio superior en actitud de abandono; sus ojos negros son de un negro mate que no reciben la luz ni la transmiten: miran dulcemente, sin fuerza para abrirse ni luz para mirar fijamente; así como su barba, falta de savia para crecer robusta, llena su rostro de oasis, que le imprimen un sello de languidez extraordinaria.

Es un moro triste en toda la extensión de la palabra, y un moro triste es lo más triste que conozco en el mundo.

Esos hijos del Profeta que llegan á Europa con cargamentos de alfombras y zapatillas, llevan tal provisión de nostalgia en su espíritu, que si la tris-

teza se vendiera y alguien fuera capaz de comprarla, volverían riquísimos á su patria.

Parecen seres inoculados de seriedad permanente ; gente desprovista de los simpáticos nervios de la risa ; hombres, en fin, á quienes falta el registro de la alegría.

No concebimos un moro verdaderamente moro, ó sea auténtico, un ser desgraciado, y el moro del molino ; es moro de cuerpo y alma !

Viste como vestirían en su tierra, si en su tierra hubiera invierno, esto es, con tal enredo de pliegues y confusión de prendas, que no hay quien aclare dónde empieza la capa y acaba el manto. Su cuerpo, como una momia de Egipto, está enredado dentro de un laberinto de trapos ; vive dentro del traje como pudiera vivir dentro de la cama, envuelto entre las sábanas ; carga con un turbante inmenso, y arrastraría la capa, á no estar siempre sentado. Suicio, apolillado cuasi, muerto de sueño, aturdido por el vaivén íncesante, espera delante de una mesita á que los sedientos bailarines lleguen á comprarle las pastillas que constituyen su negocio.

Son estas pastillas fabricadas de esencias inverosímiles, de goma arábica quizás ; de menta, mirra, incienso, y Mahoma sabe tan sólo de qué otras substancias ; son pintadas en tonos del más salvaje capricho y reñidas con toda la estética de colores ; saben á miel y alcanfor, huelen á bazar turco y tienen mucho de pastillas al aguache y de tablitas á la acuarela.

De esto vive el pobre moro, aunque vive lo menos que se puede vivir con vida.

Solitario entre tanta gente, no tiene más que un

compañero, un perro infortunado que no le abandona un instante, plegado á sus pies como los perros de piedra en los sarcófagos de la Edad Media.

Pertenece el pobre animal á la bohemia perruna. Es de naturaleza flaco, largo de hocico y despeinado ; lleva á todo llevar las orejas sin recortes sufridos en su infancia ; es más bien meditabundo que *hablador*, y se diría, al verle tan descarnado y ojorizo, que sólo se alimenta con las pastillas sobrantes de la tienda de su dueño.

Como éste le vimos durante todo este invierno, vestido entre pliegues y oculto entre pañales, con su capa sucia y bordada que le cubría su destartalado cuerpo. Dormido el perro y aletargado el dueño, y ambos anonadados, parecían el símbolo del Silencio en el templo del Ruído.

Todo el mundo se burlaba de su porte y de su oficio.

Echábanle sarcásticos requiebros las mujeres, é insultábanle los hombres ; mirábanle como un objeto despreciable relegado en el último rincón de la casa ; de sus barbas mofábanse á sus barbas ; robábanle sus pastillas, que eran su hacienda, y á veces en el torbellino del baile caían sobre su miserable tienda como una avalancha humana.

Y él, en tanto, siempre impasible, paciente hasta el martirio, no movía más que los ojos vagamente ; ocultábase como una tortuga bajo sus pliegues ; y allá dentro, en el fondo de su traje, y más adentro aún, en el fondo de su alma, soñaba tal vez en los solitarios rincones de su tierra, en su desierto tranquilo como el cielo de Mahoma, en la paz y sosiego



del campo y en la grandiosa quietud de las llanuras de su patria.

Sólo un día se irguió como una figura de acero.

Entraron una banda de borrachos, y, viéndole en el lugar de siempre, le quisieron hacer bailar el can-cán á toda costa.

Resistióse como un héroe; empujaronle; rióse por vez primera en la casa; por vez primera lloró el moro; animáronse aquéllos, y, sin poder lograr lo que querían, lanzáronle á la desierta calle de Montmartre.

Allí le vimos respirar la soledad con toda la fuerza de sus pulmones.

Allí le vimos, entre la luz del crepúsculo, andando con esa vaga tristeza de una sombra que se aleja entre las sombras.

Seguido de su inseparable perro, vimosle por última vez marchar errante en dirección á Oriente, para entrar en ese París inmenso, que es para todo emigrante el desierto verdadero.

### Impresiones de llegada

Ya que el año despunta con frío, hablemos del frío para empezar, y luego veremos. Es cosa sabida que la conversación climatológica ha sido siempre muy socorrida. Dos se encuentran por la calle, ó en visita, ó

en el teatro, ó en donde sea, siempre que lleven el pensamiento parado, es recurso seguro para salirse del paso comentar el calor que sufre el hombre en verano ó el que no sufre en invierno. Uno y otro se cuentan sus fríos ó sus sudores, y, á estilo de comedia, se lo repiten en alta voz para que el público se entere, y por este sencillo *palabreo* queda todo el mundo tan satisfecho. Así yo, pobre mortal, que he de renovar los artículos desde el Molino, encontrándome sin saber cómo empezar, lo que es molesto, y hallándome con el frío como tormento y recurso, á él me acojo para que libre de apuros mi ánimo, ya que tan apurado tiene mi cuerpo.

Porque cuando en pos de un no sé qué, incierto como una nube sin forma, se dejan aquellas playas de Sitges que dejamos ¡ay! míseros de nosotros, donde el sol, como en nuestros antiguos dominios, nunca sale porque nunca se pone, ya que deja siempre rastro de reflejos aun andando por los antípodas; cuando se deja aquella eterna dulzura del aire sin falsificación recibido y directamente aspirado; cuando se deja una tierra que, á más de ser buena por ser nuestra, lo es también porque lo es, y se encuentra uno atravesando todo un mapa blanco como la nieve, sin metáfora porque nieva, y tiritando de frío, bien puede uno quejarse y hacerlo servir de pretexto para calentar el ánimo.

Pero, hablando con justicia, así Dios nos libre de este frío, si la impresión primera al salir del último tinglado en que pára el tren, reclama abrigo para el cuerpo, pronto el alma siente el calor de la vida que exhala la capital por sus gigantescos poros; pronto la fiebre del gran París hace correr la sangre

del campo y en la grandiosa quietud de las llanuras de su patria.

Sólo un día se irguió como una figura de acero.

Entraron una banda de borrachos, y, viéndole en el lugar de siempre, le quisieron hacer bailar el can-cán á toda costa.

Resistióse como un héroe; empujaronle; rióse por vez primera en la casa; por vez primera lloró el moro; animáronse aquéllos, y, sin poder lograr lo que querían, lanzáronle á la desierta calle de Montmartre.

Allí le vimos respirar la soledad con toda la fuerza de sus pulmones.

Allí le vimos, entre la luz del crepúsculo, andando con esa vaga tristeza de una sombra que se aleja entre las sombras.

Seguido de su inseparable perro, vimosle por última vez marchar errante en dirección á Oriente, para entrar en ese París inmenso, que es para todo emigrante el desierto verdadero.

### Impresiones de llegada

Ya que el año despunta con frío, hablemos del frío para empezar, y luego veremos. Es cosa sabida que la conversación climatológica ha sido siempre muy socorrida. Dos se encuentran por la calle, ó en visita, ó

en el teatro, ó en donde sea, siempre que lleven el pensamiento parado, es recurso seguro para salirse del paso comentar el calor que sufre el hombre en verano ó el que no sufre en invierno. Uno y otro se cuentan sus fríos ó sus sudores, y, á estilo de comedia, se lo repiten en alta voz para que el público se entere, y por este sencillo *palabreo* queda todo el mundo tan satisfecho. Así yo, pobre mortal, que he de renovar los artículos desde el Molino, encontrándome sin saber cómo empezar, lo que es molesto, y hallándome con el frío como tormento y recurso, á él me acojo para que libre de apuros mi ánimo, ya que tan apurado tiene mi cuerpo.

Porque cuando en pos de un no sé qué, incierto como una nube sin forma, se dejan aquellas playas de Sitges que dejamos ¡ ay ! míseros de nosotros, donde el sol, como en nuestros antiguos dominios, nunca sale porque nunca se pone, ya que deja siempre rastro de reflejos aun andando por los antípodas; cuando se deja aquella eterna dulzura del aire sin falsificación recibido y directamente aspirado; cuando se deja una tierra que, á más de ser buena por ser nuestra, lo es también porque lo es, y se encuentra uno atravesando todo un mapa blanco como la nieve, sin metáfora porque nieva, y tiritando de frío, bien puede uno quejarse y hacerlo servir de pretexto para calentar el ánimo.

Pero, hablando con justicia, así Dios nos libre de este frío, si la impresión primera al salir del último tinglado en que pára el tren, reclama abrigo para el cuerpo, pronto el alma siente el calor de la vida que exhala la capital por sus gigantescos poros; pronto la fiebre del gran París hace correr la sangre

con más brío que en otras partes ; y esto y otras causas más, y el fuego ignorado que mueve la máquina del pensamiento en este horno inmenso, sirven de calorífero, contrarrestan el frío de la atmósfera... y váyase esto por aquello, que todo está equilibrado en este mundo, y el que no se consuela es que no quiere.

Otra de las primeras impresiones que sentimos, apenas llegados á la metrópoli, los que venimos de países más quietos, es de ruido, de un ruido que nos deja semi-atontados. Aquel movimiento incesante, aquel ir y venir de coches de todas formas y cataduras, con el cochero delante, ó detrás, ó subido, entre sábanas, allá en las altas regiones de los ómnibus, no asomando más que una nariz helada por los vientos que deben pasar por allí ; aquel bati-burrillo intrincado de vehículos de todas edades que se enredan en cada esquina, deteniendo el paso de todo ciudadano de la clase de infantes y poniendo las existencias en peligro de perderse, por todos los días que les queda de vida ; aquel clamoreo de hombres, mujeres, grandes y menores de edad anunciando á grito limpio diarios y otros papeles ; todo aquel coro de ruidos acumulados que forman como la voz de la gran ciudad ; todo aquel rumor de humanidad en movimiento ; sobrecogen los oídos del morigerado forastero, les dejan en estado de aturdimiento obligatorio.

Recibida esta primera herida en las trompas de Eustaquio, le toca el turno á los ojos, y de paso al entendimiento, que se asusta de lo que llega á inventar el hombre para servir de reclamo. En los kioscos y sumideros, en los barracones y fachadas, en

las paredes y doquiera haya un palmo de *terreno* anunciabile, los anuncios se acumulan allí que es un primor encarnizado. En los cristales de los tranvías y en su techo, en la entrada y en la salida, en la baranda y en el asiento, y en todo el mueble, ha de enterarse, quiera ó no el viajero, de unas píldoras maravillosas, de unas estufas permanentes y anti-afixantes, de un elixir inverosímil, de un invento fantástico, de mil cosas y pormenores é intrigas de boticarios, que no quisiera saber y que le persiguen como una lluvia de letras del alfabeto, capaz de causar el *mareo tremens* á toda testa, aunque sea coronada. Y ; ojo ! que no pára aquí esta persecución del anuncio, esta lectura involuntaria, esta inoculación del reclamo, sino que se prolonga en los cafés, en los teatros, en el plato en que se come, en el fondo del vaso, en la tierra, en el aire, en el subsuelo, en la luz y á los cuatro vientos cardinales, y es imposición á la que ha de acostumbrarse á toda prisa todo el que sepa leer, so pena de perder la orientación y la memoria con ella.

Pero lo que han de perder á todo trance los que llegamos de ahí, del dulce país del vino y las naranjas, es la calma, aquella santa calma hija del sol y de un clima bondadoso, aquella placidez en el andar, gozada y adquirida bajo los plátanos de nuestra frondosa rambla, aquella indolencia soñadora que se cría de ese lado del Pirineo. Porque á pesar de nuestra actividad, tan cantada con razón, la impresión recibida de primer intento es de que aquí la gente y sus semejantes llevan prisa, mucha prisa, más prisa de la que conviene á la buena conservación de la salud, según deben cantar las hi-

gienes de más renombre que no he leído... (A. D. G.) Todo el mundo anda como preocupado en estas calles sin fin, todos siguen su camino sin hablar, sin mirarse cuasi unos á otros, en línea recta siempre, siempre como perseguidos por algún acreedor incansable. El andar es aquí un medio para llegar á un fin, y no un pasatiempo agradable, y nosotros los que venimos de ahí echamos de menos aquellos corros de campechana gente, discutiendo en medio de la calle como en país conquistado; echamos de menos aquellos menestrales de Arrabal y de Ribera, dibujando con el bastón sus proyectos y quimeras sobre la arena, aquellas sillas donde sentarse al aire libre y descansar de las fatigas de la vida, y, sobre todo, el paseo aquel de Colón, moro á medias por sus palmeras y cristiano por el nombre, que, á verlo quien se lo dió, allí se quedara aletargado sin meterse á navegante ni á descubridor de Américas.

Y esta agitación de un pueblo, esta simbolización del Judío Errante, dura todo el día y todos los días, y continúa por la noche con más actividad si cabe. Tanto foco y tanta luz, y globos y reverberos tantos, son otra impresión que nos impresiona ó no, según el temperamento. Faltos aquí, durante todo el día, de ese cielo tan claro que Dios nos da ahí por darnos algo, el hombre (ya de sí astuto) se las compone de manera de alumbrarse por medio de sus inventos, poniendo con ellos un suplemento á la vida, á fin de que no sea tan triste y fugaz, como aseguran filósofos bien enterados.

Los parisienses gustan de divertirse (y hacen bien). Aman el teatro, la música y la coreografía con

todas sus consecuencias, y en estas artificiales horas que adicionan al día, ó sea por la noche, las puertas de los conciertos, cafés cantantes, edenes, óperas serias y cómicas, abren sus luminosas fauces y engullen en su seno todo este pueblo que busca las emociones del espíritu y las sensaciones del arte.

Porque aquí ¡vive Dios! se le quiere al pobre arte, se le discute, se habla de él con cariño, se le mimas, se le cuida, se le cultiva, y por él y con él se trabaja con ahinco, porque este pueblo, que tanto gusta de divertirse, ama el trabajo (y también hace bien), y el trabajo artístico sobre todo. La simpatía que inspira París ya á la llegada, y ésta es la verdadera, no nace de su movimiento, que aturde, ni de su grandiosidad, con ser tanta, sino de la atmósfera saturada de arte que aquí respira todo y que en todo trasciende, así en la arquitectura como en el vestir de las mujeres, en las grandes obras y monumentos como en los pequeños cachivaches, hijos del capricho de momento. La vista bien educada, raramente siente la molestia de una desafinación de mal gusto: la mirada recorre con sosiego la gran ciudad sin que los nervios de la estética se sobresalten; y á pesar del ruido aquel de que hablábamos, que suena como un rumor eterno, se siente aquí su armonía, la armonía de una orquesta colosal bien acordada.

Y al escuchar la armonía de una civilización que lleva á tal refinamiento el gusto por las letras y las artes, espanta considerar el cúmulo de cerebros que han funcionado á toda máquina para llegar á tan espléndido resultado, la selección de ideas que en este centro ha tenido que operarse en el curso de los siglos, el extracto de pensamiento y la concentra-

ción de fuerzas que han sido y son necesarias para mantener el fuego sacro en este inmenso bullidero.

No hay más que ver en librerías innumerables la inundación de obras que llueven como un diluvio de letras, pasan de mano en mano, recorren la ciudad de parte á parte, hasta morir en la baranda del muelle del Instituto ó vivir en algún rincón de biblioteca; los centenares de imprentas que hace mover la fuerza del pensamiento; los miles de cuadros que de los talleres se lanzan á las exposiciones continuas, á los estantes de las tiendas y al mundo entero; las múltiples manifestaciones del arte aplicado á todo. No hay más que entrar un momento en cualquier tertulia, para oír las eternas discusiones del libro lanzado á la venta, del artista á la moda, de la comedia recientemente estrenada, del cuadro de sensación, de todo lo que sea fruto de la humana inteligencia, y oír el choque de la batalla defendiendo cada cual su escuela, detallista, independiente, simbolista, impresionista, decadente, ó lo que sea, con el amor del que se siente arraigado á una idea y la defiende con valiente entusiasmo.

Por todas estas impresiones y muchas más se va pasando á la llegada. Alegres unas y otras tristes, todas llevan al corazón algo de una emoción, algo que nos abrumba con el peso de lo grande y que hace que nos sintamos pequeños y como perdidos en este mar de gente, que va y viene y pasa y vuelve á pasar sin reposo, en cuyo hormigueo ni una cara amiga encuentran los ojos ni el alma una sonrisa conocida.

## XI

### La Sociedad protectora de animales y plantas

Si bien tenemos gran confianza en los refranes, por ser valiosos documentos que datan muchas veces de aquellas primeras páginas de la historia en las que no pasaba nada, no siempre seguimos sus consejos. Lo de *Si vols está ben servit, feste tu mateix el llit*, por ejemplo, podrá ser máxima prudente, sapientísima, saturada de conocimiento del humano corazón, pero que llevada á la práctica tiene inconvenientes gravísimos.

El hombre, haciéndose la cama, á más de apropiarse las atribuciones propias del otro sexo, generalmente duerme mal, ya porque encuentra más pliegues en las sábanas que en manto de matrona romana, ó porque siente el jergón que se inclina del lado de una libertad mal entendida, ó por otras múltiples causas y razones que, aunque lo son, no las pongo por si acaso no lo fueran.

Estas reflexiones nos hicimos un día ya lejano, una tarde ó una mañana de otoño ó primavera que, previos informes, tomamos un ama sin llaves, con la misión expresa y delicada de desmentir aquel refrán primeramente, y luego de venir dos horas todos los días y emplearlas en cuidarse del ajuar, mobiliario, buen orden, aseo y compostura del molino, de no cuidarse de nosotros y de disputar con plan-

ción de fuerzas que han sido y son necesarias para mantener el fuego sacro en este inmenso bullidero.

No hay más que ver en librerías innumerables la inundación de obras que llueven como un diluvio de letras, pasan de mano en mano, recorren la ciudad de parte á parte, hasta morir en la baranda del muelle del Instituto ó vivir en algún rincón de biblioteca; los centenares de imprentas que hace mover la fuerza del pensamiento; los miles de cuadros que de los talleres se lanzan á las exposiciones continuas, á los estantes de las tiendas y al mundo entero; las múltiples manifestaciones del arte aplicado á todo. No hay más que entrar un momento en cualquier tertulia, para oír las eternas discusiones del libro lanzado á la venta, del artista á la moda, de la comedia recientemente estrenada, del cuadro de sensación, de todo lo que sea fruto de la humana inteligencia, y oír el choque de la batalla defendiendo cada cual su escuela, detallista, independiente, simbolista, impresionista, decadente, ó lo que sea, con el amor del que se siente arraigado á una idea y la defiende con valiente entusiasmo.

Por todas estas impresiones y muchas más se va pasando á la llegada. Alegres unas y otras tristes, todas llevan al corazón algo de una emoción, algo que nos abrumba con el peso de lo grande y que hace que nos sintamos pequeños y como perdidos en este mar de gente, que va y viene y pasa y vuelve á pasar sin reposo, en cuyo hormigueo ni una cara amiga encuentran los ojos ni el alma una sonrisa conocida.

## XI

### La Sociedad protectora de animales y plantas

Si bien tenemos gran confianza en los refranes, por ser valiosos documentos que datan muchas veces de aquellas primeras páginas de la historia en las que no pasaba nada, no siempre seguimos sus consejos. Lo de *Si vols está ben servit, feste tu mateix el llit*, por ejemplo, podrá ser máxima prudente, sapientísima, saturada de conocimiento del humano corazón, pero que llevada á la práctica tiene inconvenientes gravísimos.

El hombre, haciéndose la cama, á más de apropiarse las atribuciones propias del otro sexo, generalmente duerme mal, ya porque encuentra más pliegues en las sábanas que en manto de matrona romana, ó porque siente el jergón que se inclina del lado de una libertad mal entendida, ó por otras múltiples causas y razones que, aunque lo son, no las pongo por si acaso no lo fueran.

Estas reflexiones nos hicimos un día ya lejano, una tarde ó una mañana de otoño ó primavera que, previos informes, tomamos un ama sin llaves, con la misión expresa y delicada de desmentir aquel refrán primeramente, y luego de venir dos horas todos los días y emplearlas en cuidarse del ajuar, mobiliario, buen orden, aseo y compostura del molino, de no cuidarse de nosotros y de disputar con plan-

chadoras, lavanderas, carboneros y demás visitas de cumplido de la casa. Esta mujer motiva hoy este artículo.

Es ella (la mujer, cuidado) arrugada, vieja, pobre y fea, y fué en otro tiempo, ¡ ay !, tersa, joven, rica y guapa, tal como suena. Ni una muela se sostiene ya en el desierto de su boca, poblada un día de dos líneas de conchas ; ni un cabello negro asoma entre la blancura de su testa, que fué un día de una obscuridad inadmisibile por la pintura puntillista; ni un asomo, en su cuerpo decaído, de aquella augusta belleza que tuvo y que, por desmentir otro refrán de los más acreditados, no ha sabido retener.

Porque esa antigua sirena, ese ángel caído y no levantado, fué mujer que en su época andaba retratada por los kioscos como modelo de físico inmejorable ; que cantaba en el teatro bien ó mal, pero siempre admirada de todos y cortejada por su parroquia de los palcos próscenios ; que tenía coche propio y propias joyas ; que se codeaba con lo selecto entre lo más escogido de la *crème* del galanteo ; y que era mariposa de lujo y lucimiento, sin más materia gris en su cráneo que la estrictamente precisa para colorear la estopa de su gallarda cabeza.

Pero pasa la juventud, y aquel sol se apaga cuando es un sol de petróleo, y como tal era el de la mimada diva, quedóse sin dinero, sin belleza y sin talento, en los últimos peldaños de su histórica existencia.

Pero ¿ esto qué tiene que ver con los animales y las plantas, ni con la sociedad protectora ? Paciencia, lector, y no te alteres. Tiene que ver que la que

tan afortunada fué entre los protectores de mujeres cuando joven, tuvo que acudir, cuando vieja, á los protectores de animales; que la que vivió entonces de los hombres perezosos, tiene que vivir ahora de diez duros mensuales que la sociedad le paga, para alimentar á catorce canes vagamundos recogidos de la calle ; que la que tuvo vida tan halagüeña, hoy tiene vida de perros.

Tal vez te parezca exagerada esta caída, pero no lo es : tratándose de la desgracia, créelo todo, que todo es posible cuando es malo, y nunca sabrá la imaginación combinar realidades tan amargas como las verdaderas. Hay tantas clases de miserias como clases de locuras en el mundo, y si queremos copiarlas con amor á lo sincero, siempre la nota parecerá negra, por poco que á la sensación de la verdad se aproxime el que describe.

La verdad aquí es que nuestra vieja anda todo el día azorada como una bruja auténtica y va y viene por estas pendientes de Montmartre, persiguiendo á todo bicho perruno que no tenga domicilio, y que corre como una loca (que ya lo está) á caza del *personal* que le falta, para hacer el cómputo de sus catorce pensionistas. Animal que encuentra husmeando sin rumbo fijo, con la mirada vaga de bohemio que no ha comido, es perro al saco. Nuestra *ex-lorette* no tiene ni puede tener contemplaciones, porque le va en ello la renta, que el inspector es hombre serio con el hombre, si bien cariñoso con la bestia, y como pasa revista escrupulosa, en el momento menos pensado, hay que presentar los protegidos en número completo, limpios de polvo y paja, formando con

orden bajo el techo de la casa que les sirve de colegio.

Y ¡ qué casa! y ¡ qué desorden en ella, á pesar de tan rigurosa disciplina! Figúrate, lector, bajo un techo de tablas, parecidas á los restos de un naufragio, una cocina pequeña como un confesionario y una salita no tan grande todavía; figúrate un interior sin espacio, con los menos muebles posibles, y llena este nido funerario con catorce perros callejeros. Imagínate estos catorce diablos, pequeños unos, no por voluntad, sino por cruce, delgados otros á la manera inglesa, con gran lujo de nervios y triste escasez de carnes, velludos algunos vistos de frente, de perfil y de todos lados, sin orejas los más, y muchos sin cola, todos desnaturalizados y miserables, todos hijos de la casualidad y de la más completa anarquía de instintos, acurrucados por los rincones, subidos sobre la mesa, empinados en los estantes, alegres y endemoniados, esperando las horas de comida, que son las veinticuatro, y te formarás idea de lo que es aquel cuadro de familia. Pero de lo que estoy seguro es de que nadie es capaz de presumir ni vagamente el clamoreo que allí reina, apenas asoma un hueso ó plato de substancia alimenticia. Aquello es insensato, abrumador, desgarrador é inenarrable. Son todas las voces inacordadas de una escala cromática sin peldaños, resonando allí como la bacanal de una hidrofobia incurable; es el patio de una garduña; una corte de los milagros; la casa de mala educación de la perrería sin raza ni modales; el colmo de una incoherencia rabiosa.

El amor al prójimo no bastaría para vivir en aquel *moridero*: al contrario, hace falta cierto nuevo

sentimiento, que puede ser una mezcla de repugnancia del prójimo y de amor enfermo á los demás seres de la creación, para vivir entre aquella caterva de pupilos de la sociedad protectora; porque si diez duros miserables bastan para estos colegiales, á la pobre mujer no le bastan para vivir sin hambre, como no mejoren los tiempos; y como teme que no han de cambiar, en los rincones de su alma se ha formado la resignación más ó menos cristiana, que con la ayuda de una cría de conejos, que ha formado en los rincones del huerto, le sirve de refuerzo para seguir capeando la existencia.

Pero en esta cría de conejos está la mayor contradicción de aquel alma, de esta pobre mujer: cuida los perros para darles vida; cría los conejos para entregarlos á la muerte. ¡ Fíese el lector de las apariencias compasivas!

No se vaya á creer que esos conejos sean de los vulgares de Europa, sino de raza de las Indias, ¡ los tiernos animalitos! Son blancos, inofensivos, y sirven, disecados, para adorno sobre la mesa de una salita cursi. Vivos y bien criados los vende también esta mujer á la clase de sabios que, en sendos microscópios, estudian los usos y malas costumbres de los microbios y otros seres, que por lo invisibles escapan á la protección de la Protectora, imposibilitada de toda iniciativa con los tales microbios, por no saber á quién protegen; Anda, qué buena contrariedad le cuestan!

Una vez los conejos en poder del naturalista observador, pueden dar un adiós eterno á la salud y despedirse de los bienes terrenales, pues el porvenir que les aguarda es capaz de hacer llorar y perder el



apetito al conejo más pintado, por indio y aguerrido que sea. Vacunados, hoy del tifus, mañana del cólera, más tarde del sarampión ó de la rabia, todos los días cambiarían de males, si la muerte no les saliera al encuentro. Su destino es servir de recipiente de microbios y morir de enfermedad reconocida; padecer del hígado ó del estómago, del corazón ó de los pulmones, según el experimento de que son víctimas, y servir de lazo entre la bestia y el hombre, con gran detrimento de toda estricta justicia.

¡ Ah, lectores ! Mientras rueda el planeta por los aires, por sociedades protectoras que se funden, se cometerán injusticias con los pobres animales; mientras no exista una igualdad que es imposible; mientras los haya fuertes y débiles, torpes y astutos, mordidos y mordedores, habrá bestias felices y desgraciadas, que en el mundo siempre el fuerte se come al flaco sin viceversa posible.

Es imposible de todo punto buscar el bienestar de los irracionales, cuando no se ha encontrado todavía (y es difícil que se encuentre) la felicidad del hombre, con perdón sea dicho de quien corresponda. Bueno es que protejamos los buenos bichos, cuando son buenos, pero que sepamos en qué forma los protegemos; porque no hay nadie que pueda asegurar, ni aun ellos mismos, si es más feliz el león dentro de la jaula, que llamamos prisión los hombres, que el león que disfruta del hambre y de la libertad del desierto; si es más desgraciado el perro bohemio, buscando la comida en las esquinas, que el galgo faldero que duerme en cama propia, anda en coche,

se alimenta de azúcar y bizcochos y tiene lo que no tienen centenares de seres bien racionales.

Muy apurados deben de andar los de la sociedad protectora si quieren penetrar estos secretos y hacer el bien con equidad y sin miramientos de razas, que en este particular los pueblos han incurrido en graves contradicciones. Los egipcios protegieron el gato como animal sagrado, adoraron el buey Apis como un dios y diéronle vida de príncipe, y aun los cocodrilos, en vez de prestar la piel para petacas, fueron guardados como oro en paño, fueron momificados lo mismo que los mismos Faraones. En ciertos pueblos salvajes (fijarse en mi erudición) veneran bestias dañinas, que nosotros perseguimos; aquí criamos aves que consideran ellos de mal agüero; y mientras hay quien recoge perros perdidos y les busca casa de huéspedes confortable, otros los persiguen con carretones y venenos.

De todos modos, y perdón si ya va en serio, esos hombres dedicados á una protección que no es *fin de siècle* ni propia de los tiempos de egoísmo que corremos, me inspiran entre lástima y simpatía. Son gente filantrópica por excelencia y de instintos delicados; demuestran amar la naturaleza y son dignos hijos de ella; son temperamentos que se alejan en algo de la vulgaridad que nos inunda. Y, sobre todo, lo que asoma de las más recónditas fibras de su ánimo es un apartamiento del hombre por el hombre, un desapego á la humana criatura preñado de misteriosos desengaños que excitan la simpatía y la compasión; un fondo de amarga melancolía, un afán de encontrar entre las bestias y las plantas el noble agradecimiento, el amor sin egoísmo, que tan

raro va siendo entre nuestros semejantes, que no es menos simpático.

Protegen por proteger; y, á pesar de lo dicho, hacen bien, que si es verdad que muchas veces se equivocan en sus medios, otras aciertan. Ejemplo es la mujer que hemos descrito. Tratándose de proteger cuatro perros, han protegido una planta; una planta marchita por el huracán del mundo, una flor de París que, sin estos nobles y generosos maníacos, moriría olvidada en un montón de inmundicia.

## XII

### Las canciones de Montmartre

Creo de todos los asuntos que, antes de conocerlos á medias, es preferible no conocerlos á secas.

Si se tienen conocimientos profundos de una materia, se hablará con un criterio maduro que podrá ser de gran provecho al que escuchare; si, al contrario, no se tiene de ella noción ninguna, se dará la nota ingenua de la ignorancia bajo la sensación recibida directamente, y esta imparcialidad instintiva tendrá el valor de un juicio no subordinado á ninguna escuela creada; pero si solo se tienen noticias ajenas y éstas son de una erudición mal digerida, no se sacará nada en claro.

Digo esto, á más de porque así lo creo, para excusarme de que me meta en camisas de once varas, y

luego porque considero honrado declarar, antes que el lector lo note por cuenta propia, que las cuestiones de música, de las que voy á tratar, son una de las cosas innumerables de las que no entiendo una jota.

Y, sin embargo (lo que vale á veces la ignorancia), así como la música sólo gusta á los inteligentes cuando es buena, á mí me gusta también cuando es mala, si está de acuerdo con el estado de mi ánimo, es decir, si se acomoda á las circunstancias en que la escucho. Las mismas notas en día gris de invierno, me producen efecto completamente distinto que en pleno sol de julio; el mismo ronco cantar de un organillo destemplado, que á veces recibiría á cañonazos, otro día le veo llegar con la alegría con que se aguarda el cartero; hasta el toque de un cornetín estridente y destemplado llega á tener para mí raro atractivo en el negro y misterioso escenario de la noche.

Y es que la música la quisiera siempre con fondo, pero con un fondo que fuera su medio ambiente. La quisiera, á ser posible, al aire libre siempre; que su armonía en armonía estuviera con la misma Naturaleza, que fuera una nota más del aire y del paisaje, que del paisaje hiciera sentir goces y tristezas, y que cantase con él y con él estuviese unido en estrechos lazos.

Amo, además, beberla al pie mismo de la fuente donde mana y oírla al pie de su misma cuna, porque un cantar de Andalucía sin aquel sol de fuego envuelto en un cielo azul, resulta un flamenco sudado y tabernario y pierde todo el aroma de su dorada tierra; un zorcico sin la sombra del árbol de Guer-

raro va siendo entre nuestros semejantes, que no es menos simpático.

Protegen por proteger; y, á pesar de lo dicho, hacen bien, que si es verdad que muchas veces se equivocan en sus medios, otras aciertan. Ejemplo es la mujer que hemos descrito. Tratándose de proteger cuatro perros, han protegido una planta; una planta marchita por el huracán del mundo, una flor de París que, sin estos nobles y generosos maníacos, moriría olvidada en un montón de inmundicia.

## XII

### Las canciones de Montmartre

Creo de todos los asuntos que, antes de conocerlos á medias, es preferible no conocerlos á secas.

Si se tienen conocimientos profundos de una materia, se hablará con un criterio maduro que podrá ser de gran provecho al que escuchare; si, al contrario, no se tiene de ella noción ninguna, se dará la nota ingenua de la ignorancia bajo la sensación recibida directamente, y esta imparcialidad instintiva tendrá el valor de un juicio no subordinado á ninguna escuela creada; pero si solo se tienen noticias ajenas y éstas son de una erudición mal digerida, no se sacará nada en claro.

Digo esto, á más de porque así lo creo, para excusarme de que me meta en camisas de once varas, y

luego porque considero honrado declarar, antes que el lector lo note por cuenta propia, que las cuestiones de música, de las que voy á tratar, son una de las cosas innumerables de las que no entiendo una jota.

Y, sin embargo (lo que vale á veces la ignorancia), así como la música sólo gusta á los inteligentes cuando es buena, á mí me gusta también cuando es mala, si está de acuerdo con el estado de mi ánimo, es decir, si se acomoda á las circunstancias en que la escucho. Las mismas notas en día gris de invierno, me producen efecto completamente distinto que en pleno sol de julio; el mismo ronco cantar de un organillo destemplado, que á veces recibiría á cañonazos, otro día le veo llegar con la alegría con que se aguarda el cartero; hasta el toque de un cornetín estridente y destemplado llega á tener para mí raro atractivo en el negro y misterioso escenario de la noche.

Y es que la música la quisiera siempre con fondo, pero con un fondo que fuera su medio ambiente. La quisiera, á ser posible, al aire libre siempre; que su armonía en armonía estuviera con la misma Naturaleza, que fuera una nota más del aire y del paisaje, que del paisaje hiciera sentir goces y tristezas, y que cantase con él y con él estuviese unido en estrechos lazos.

Amo, además, beberla al pie mismo de la fuente donde mana y oírla al pie de su misma cuna, porque un cantar de Andalucía sin aquel sol de fuego envuelto en un cielo azul, resulta un flamenco sudado y tabernario y pierde todo el aroma de su dorada tierra; un zorcico sin la sombra del árbol de Guer-

nica y sin el eco de las montañas de Navarra, se evapora como la niebla ; las tan sentidas coplas de Cataluña, sin una línea de mar en el fondo ó la silueta de un monte en primer término, parecen mustias y desteñidas.

Y es que los cantos todos, nacidos de la tierra, ni pueden mandarse embotellados ni es género para exportarse en conserva. Como lamentos que son de un pueblo, sus hijos han de llevarlos impresos dentro de las fibras del alma y cantarlos por dentro, allá en el fondo del recuerdo.

Así, pues, para dar á comprender al que leyere lo que dicen al corazón y á la mente esos cantos nacidos en el barrio de Montmartre, sería preciso poderlos trasladar con su propio decorado, poblarlo con sus figuras y hacerlos brotar de sus gargantas. Sólo entonces podría comprenderse que para gritos tan lúgubres se necesita un gran fondo de miseria, de miseria fría y urbana, de esas miserias que ocupen las capitales y que son tanto más negras cuanto más ignoradas ; que para lanzar estrofas, en las que van unidas las mayores insolencias con los sentimientos más delicados, es precisa la degradación más fecunda ; que para llover las notas con tanta melancolía, muy gris ha de ser el cielo que las llueve y muy triste la tierra que las recibe.

La canción de *Saint-Lazare* es un ejemplo en su género : coplas escritas con rabia, que, detrás de la forma libre que hablan las últimas capas del pueblo, ocultan un raudal de sentimiento. *Saint-Lazare* es la prisión-hospital, donde va á parar lo escogido por la desgracia ; es el último peldaño de los caídos

en la prostitución y el robo. En esta morada, más triste que una tumba definitiva, despojadas las mujeres de su virtud, de sus cabellos (esa última ilusión de la mujer), de su fe y de todo lo más sagrado y querido, quedan como aletargadas por el vicio. Sus sentimientos parecen dormidos ya para siempre ; su pobre cuerpo muestra ya evidentes señales de esqueleto ; creyérase parado su corazón. Y, sin embargo, su corazón, ¡ su pobre corazón ! es lo único que late en su cuerpo moribundo, y late únicamente por quien debiera odiar, vibra por el hombre que han querido y que quieren todavía, por el *souteneur* indigno, que es la causa suprema del estado de prostración en que se encuentran.

Esto explica la canción con terrible realismo. Y grave la música y corta la palabra, brota de las estrofas... como un malestar nervioso, como una fiebre del alma. Es una carta escrita con sangre enferma, con frío sudor de agonía ; una carta que una mujer de *Saint-Lazare* dirige á su *hombre*, que es una flor de presidio. Cuenta sus males en la primera copla ; cuenta la enfermedad, pudiendo más que sus fuerzas y lanzándola *en el montón* (como ella dice), allá en una cama blanca, numerada, fría y monótona de una sala de hospital, donde la luz palidece, al pasar por los hierros de una reja. Duélese de la falta de protección en que va á quedar su amante, mientras ella se encuentre en el lecho del sufrimiento ; y « no puedo mandarte dinero, — le dice, — que aquí todo el mundo es pobre y se necesitan tres meses para ganar una mísera peseta. ¡ Tres meses largos é interminables que has de vivir sin mi apoyo ! »

*T'as trop d' fierté pour ramasser  
Des bouts d' cigarre  
Pendant tout l' temps que j' vais passer  
A Saint-Lazare.*

Y teme... ¡ pobre víctima !... teme que su *hombre*, acosado por el hambre, antes que al trabajo, acuda al crimen, y le asalta una suprema idea.

*Va-t'en trouver la grand' Nana.  
Dis que j' la prie  
D' casquer (1) pour moi: j'y rendrai ça  
A ma sortie.*

Y al mismo tiempo que esto pasa en su mente, en su corazón de mujer nace el humano sentimiento de los celos, el temor de que *Nana* se enamore de su *ídolo*, y le suplica que no le engañe, que le aguarde, sobre todo que no beba licores mientras ella « bebe medicina », ya que si el estado de embriaguez le llevara á cometer un homicidio, nadie en el mundo iría á verla en aquellas salas de sufrimiento ni se acordaría nadie de que hay una mujer caída que se muere con el corazón ya muerto.

Por fin, concluye la carta evocando un tierno recuerdo de la infancia.

Final hermoso y saturado de poesía, que nos demuestra que la belleza está en todas partes, esperando que el arte la glorifique.

Prueba de ello es otra carta popular también, y también hondamente sentida, que con hiel debió ser escrita en vez de tinta, tal es la amargura que oculta entre sus líneas. Es otra mujer la que escribe, fruto

(1) Prestar.

igualmente de *Saint-Lazare*; es otra víctima del vicio que, no pudiendo más con su *hombre*, cansada ya de una vida de angustias, martirios y privaciones, cambia de amante creyendo cambiar de suerte, y advierte pronto, aunque tarde, que la nueva ilusión no es mejor que el desengaño. *On dirait que c'est toi !* le dice tristemente á su antiguo amante al describirle el recientemente adoptado. « No es mejor mi nuevo *ángel* que tú lo fuiste conmigo, que dejándote he cambiado de *hombre* y no he cambiado de fortuna. Igual que tú hiciste, me maltrata hoy y mañana y todos los días, mi nuevo ídolo, y se juega mi dinero hasta el último céntimo, y me llama *Girafa*, y se burla de mi pasión, y me echa en cara la que tuve por ti, como tú te burlaste de la que tuve antes por otro, y me pega también y también me amenaza con la muerte, como tú me amenazaste :

*Il n' prononce pas deux mots d' suite  
Sans s' glorifier d'eux ;  
Tous les jours y prend un' cuite  
Quand ce n'est pas deux.  
Il est amoureux d' sa tête.  
Je m' demand' pourquoi.  
Il est vantard, il est bête.  
On dirait que c'est toi !*

*On dirait que c'est toi...* en todo, en el modo de obrar, en su miserable conducta, en sus vicios, en sus pasiones, en sus instintos, y hasta en sus mismos abrazos.

Y si miserable es el tipo de la mujer caída en las canciones de Montmartre, no aparece menos terrible la silueta del hombre, ni menos negra su estrella. Sus vicios les igualan, la complicidad del crimen les une

con su cadena de secretos, y albergados en míseros casuchos de arrabal, durmiendo bajo los arcos de un puente ó en los glacis de las murallas, aguardan el presidio ó la guillotina como punto final de su existencia.

Bruant, en sus canciones, describe de mano maestra los usos de esa gente, con su propio lenguaje, con sus maneras, con sus *modales*, con las costumbres diversas de cada rama, esparcidas en todos los arrabales. Describe el criminal de la *Villette*, y dice ser tan abundante que

*Y des nuits ousque les sergots (1)  
Les ramass'nt comm' des escargots.*

y de tan mala catadura que

*I s'en vont tous à la Roquette.  
A la Villette.*

Describe el tipo de *valiente* de la Glacière, lleno siempre de cicatrices recibidas en pugilatos con sus colegas, para conservar intacta su fama de hombre invencible, con la gorra de soslayo y los bucles intachables, con la mirada siempre alerta á recibir y á propinar puñaladas.

Describe el tipo tabernario de *Montrouge*, acechando al viandante para echarle el lazo y sacudirle la cabeza contra una acera, viéndolo todo de color de sangre, matando por verdadero capricho; describe, por fin, el tipo vividor de *Belleville*, el gandúl de Menilmontant, y guarda los colores más fríos de

(1) Municipales.

su paleta para pintar el barrio de La Chapelle, barrio de hielo, en el que los tristes desheredados, sin más calor que la estufa de la calle, ni más luz que la palidez del gas público, sueñan en ser conducidos al presidio de *la Nouvelle* para vivir allí bajo los rayos de un sol que haga correr la sangre por sus miembros entumecidos.

Otras podría citar no menos características: *Marche des Dos*, himno á la vagancia, que empieza en tono de diana y concluye en marcha fúnebre; *La Ronde des Marmites*, nocturno realista á modo de saturnal moderna, en la que se oye desfilar, entre la quietud y las vagas sombras de la noche, el coro de la licencia; *A la Roquette*, desoladora descripción de una mañana velada por la niebla, en la que un ajusticiado se despide de la tierra y hace alardes de marchar al patíbulo con la serenidad que le presta su arrogancia; *Fantaisie triste*, descripción de un entierro en Diciembre, lloviendo el agua en cascadas sobre la tumba; y otras más, *Sonneur*, *Récidiviste*, *Casseur de Gueules*, todas saturadas de un malestar profundo, todas grises como una tarde del polo, todas manando lodo y sentimiento.

Pero, como dije al principio, vana sería la tarea de explicar con la palabra lo que necesita, para ser comprendido, aire y niebla y atmósfera que no puedo mandaros; como aureola, fondos del París pobre, del París enfermo y criminal, que no puedo transmitirlos.

## XIII

## El reino de las sombras

No alarmarse con el título, que ni el reino de que vamos á tratar es otro que el reino (cuasi independiente) de Montmartre, ni las sombras de que hablaremos son duendes, ni brujos, ni otros excesos, sino sencillamente sombras... de las llamadas chinescas.

No sé hasta qué punto serán cómplices los hijos del Celeste Imperio en el bautizo de esas figuras de negra silueta, ni qué responsabilidad tendrán en el invento (me falta luz para tratar de estas sombras), ni sé tampoco, en caso de ser chinescas, si habrán llegado hasta nosotros cruzando el mar ó volando por los aires ; pero lo que sí aseguro es que un juego que en su infancia fué juego de la ídem, va tomando proporciones de edad madura, gracias á la intervención de hombres de agudo ingenio que han tomado la cosa por su cuenta.

Y esto será, según dicen, que los teatros, salvo algunas excepciones tan raras como honrosas, se van quedando rezagados á medida que la sed de arte cunde entre cierto público refinado, hasta convertirse en imprescindible necesidad. Esto será que este público se queja de que las escenas líricas sólo ejecutan las obras de autores encanecidos en las antecámaras de los augustos directores ; de que fuerza es que retenga sus ímpetus innovadores, quien los tuviera, para dar salida al inmenso *stock* de música

rancia y organillesca amontonada en los archivos ; de que si Lohengrin ha pisado las tablas del monumento Garnier, ha sido tras dilatado viaje triunfal á través de lo mejor civilizado del planeta.

Quéjense también de que no menos desproporción existe entre el estado actual de la literatura y lo que se representa en la casa de Molière, en cuya escena se continúa acumulando inmortalidad en sus impercederas comedias, pero nada se nota en ella del colosal esfuerzo evolucionista de los escritores modernos ; quéjense de que mal se juzgarían las novedades, á tomar por norma cuasi todo lo que se estrena en la *Comedia Francesa*, por ser modelos de conocidas novelas y vaciados en moldes manoseados ; y, en fin, de que no hay que contar con la mayor parte de los teatros, pues piden sus éxitos á la hermosura de las actrices, á las tercerillas más ó menos plásticas del cuerpo de baile ó á un arte escenográfico, más inspirado en la mecánica que en el deleite del color ó de las líneas.

Tendrán ó no razon esos puritanos del arte ; pero, así las cosas, autores, pintores y compositores se las componen como pueden para dar á conocer sus obras respectivas apenas producidas. De ahí el famoso *Teatro Libre*, con sus malas imitaciones del teatro de aplicación y del teatro moderno ; de ahí las prohibidas aberraciones del teatro realista ; de ahí paralelamente, y con éxito siempre creciente, el desarrollo de las *sombras*, tomando cuerpo y pasando de lo vago á productivas realidades.

La cuna de las *Sombras* parisienses fué Montmartre. Allí, en el antiguo *Chat-Noir*, establecido en el local que hoy ocupa el *Bruant* tantas veces men-

cionado en nuestras cartas, en un rincón de bohemios, donde apenas cabrían acurrucados cuatro hombres en ayunas, se instaló el primer teatro, y las primeras *sombras* aparecieron allí; sobre un pedazo de madapolán desfilaron con buena sombra las siluetas célebres, dibujadas por Willette y por Rivière; las cabalgatas, ejércitos, torneos y muchedumbre de *Caran d'Ache*; allí, detrás de la diminuta escena, iluminada por un enfermo mechero de gas, brotaron jocosas y amargamente satíricas las canciones de *Goudeau*, *Mac-Nab* y *Jouy*; allí Rodolfo Salis logró la fama de brillante charlatán, y al par que su escarcela reventaba repleta ya con las primicias de su importante fortuna, los artistas que le empinaron quedábanse siempre en la sombra, pobres y contentos con su ausencia de moneda.

Hoy día Salis es el rey de las *Sombras* y es su casa el conservatorio. No en un rincón, como antes, sino en amplio salón bellamente decorado por Willette, el delicado pintor poeta, y no en un banco sudado, como entonces, sino arrellanados en sillas de encina vieja, contemplan diariamente un centenar de espectadores la serie de cuadros que desfilan como negras apariciones: deléitanse la vista, avíanse la imaginación, comentan la acción recitada en prosa ó verso, y recreánse el oído con la música que, discretamente sonora, se adapta á los menores gestos y aptitudes de las siluetas que pasan.

A la sombra de sus *Sombras* ha reunido Salis los artistas de más ingenio de la época, los más parisienses, los de verdadera cepa, los que traen en sí lo más valioso en todo arte, que es la primera materia. Lo que empezó para grato solaz de los clientes, ha

terminado en serio; en el refugio que fué antes de bohemios, se ha acaparado la sal, y aun algo más, de las salinas de Montmartre, pues muchas de las obras presentadas pueden competir con las más tremendas sátiras de otros tiempos; lo que sólo exigía alguna gracia en el lápiz, pues limitábase á presentar la silueta de tipos conocidos, se ha ido agrandando y presentando nuevos y dilatados horizontes; el inocente mecanismo se ha convertido en intrincada maquinaria; ha intervenido la luz eléctrica con cristales de colores, y han adquirido movimiento las figuras.

Pero todo esto no bastaría á interesar al público, si los encargados de hacer mover la mecánica no fuesen hombres de buen gusto y sentimientos artísticos. Tanto lo son que sus ideas son de las que se abren camino en todo el mundo, con el curso de los años; de las que, por ser discutidas, llegan tarde ó temprano, pero llegan, aunque en manos de hombres más hábiles que saben aprovecharlas, de las que llevan el germen de una reforma, algún capullo de arte que ha de ser nueva y hermosa flor andando el tiempo. Y acontece á menudo que así como hay tantos que se dedican á las artes y á las letras, no por vocación innata, sino por *la fuerza del destino*, en aquella casa son muchos los que, habiendo entrado con una carrera á cuestras en mal hora aprendida y no ejercida, han sentido nacer en ellos, por la fuerza del medio ambiente, ideas nuevas y nuevos horizontes que no habían ni siquiera sospechado. Donnay, después de acabar la carrera tras estudios interminables y obtener el número uno en la escuela de manufacturas y artes (*Ecole Centrale*), al pare-



cer destinado á ser un ingeniero más, mide hoy sus obras con el metro fijado por la poética ; León Gandillot, tras de haber sido un discípulo aplicado de la propia escuela, resulta ser el celebrado autor de *Ferdinand le Noceur* y el director del periódico *Le Chat Noir* ; otros, que no recuerdo ó que no sé, y que llegaron allí cargados con diversos y útiles conocimientos (al decir de gente *seria*), han visto cambiada su carrera por obra de encantamiento y trocarse su ciencia en estéticas ideas, quizás menos útiles, pero mucho más divertidas.

Esto habrá pasado á nuestro Utrillo, al amigo cariñoso que con nosotros ha visto rodar durante dos años el molino que nos sirve de morada. Ingeniero también y escritor de LA VANGUARDIA, sintióse un día llamado por el reino de las *sombras*, y, abandonando la pluma tantas veces empleada en servicio del arte, puso decididamente las manos en la masa, creando un teatro que ya no son *sombras*, sino decoraciones transparentes, presentando los colores de la paleta más ricamente abundante.

Háse instalado el espectáculo en el antiguo *Auberge del Clou*, allá en unos sótanos que parecen á propósito para artísticas conspiraciones. En una salita reducida y extrañamente decorada se abre un diminuto escenario de poco más de un metro ; un notable cuarteto preludia un motivo entre místico y decadente ; lanza las primeras estrofas el cantor recitante, y se levanta el telón pausadamente.

Consiste el asunto en una tentación del clásico anacoreta. En el primer cuadro, el solitario, vestido de pieles de carnero, reza por los eternos destinos, en un paisaje pintado á la sobria manera iniciada

por Puvis de Chavannes en sus grandes composiciones. Reune el ermitaño, en el segundo, prosélitos, que acuden, vestidos de fe y cuasi desnudos de traje, á escuchar la palabra inspirada y vehemente del santón ; pero cuando llega al colmo la fe que por sus palabras siente el pueblo, aparece en el tercer cuadro un filósofo epicúreo, que, apostrofando con malos modos á la multitud de creyentes y aun al mismo protagonista, les asegura, bajo palabra de honor, que los goces mundanales sobrepujan á cuanto puede imaginarse, pretendiendo probarlo en una orgía que concluye cuando empiezan las saturnales. Inclínase el pueblo á favor del filósofo que le ofrece favores inmediatos, vuelven la espalda al santón aun los más convertidos, y el pobre solitario, siéndolo esta vez de veras, aburrido y fastidiado, acaba también por pasarse al enemigo, colgando las pieles de carnero, ó sean sus hábitos predicadores.

En conjunto, el libreto tiende á un sabor semi-clásico, á la pintura de retablo, á la leyenda simbolista, á la literatura *maga* y decadente que el Sâr Péladan y sus prosélitos trabajan por poner en boga ; pero lo más notable, sin duda, son las decoraciones, que con figuras ha pintado nuestro Utrillo. Poseyendo como posee el ingeniero convertido al gremio de San Lucas conocimientos prácticos, debidos á lo que él llama su profesión que fué, ha sabido hermanar el arte con la ciencia, obteniendo raros contrastes de colores, cambiantes que con apariciones de luz y efectos suaves, violentos ó brutales, y otras nuevas modificaciones desconciertan á los artistas que hasta ahora han pasado por muy duchos en la materia.

Como se puede ver por la que trato, las *Sombras* que empezaron á formarse en la cumbre de este cerro, como la niebla que nace en las montañas y va bajando hasta el llano, así descienden pausadamente hacia la extensa metrópoli. El *Lyon d'Or* ha inaugurado su teatro de siluetas con éxito extraordinario ; otros teatros las anuncian y preparan, y el cielo del arte parece obscurecerse de tal modo que, si el viento de otra moda no despeja el horizonte, pronto París, el gran París de la luz, se verá convertido en el reino tenebroso de las sombras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
XIV

### El cementerio de Montmartre

La plaza de Clichy está unida con la calle de Clignancourt por un puente de hierro, sostenido por fornidas columnas y adornado con baranda de entrecruzados tirantes. Por su lustroso pavimento pasan todo el día centenares de coches ; carros colorados que van y vienen de las próximas canteras ; vehículos de todas clases que se dirigen á Saint-Ouen ó llegan del camino de cintura ; obreros con largas blusas que, saliendo de los talleres de Saint-Denis, desfilan á bandadas por las aceras de asfalto.

El movimiento es incesante y mucha la vida en lo alto de aquel puente : creyérase el cauce de un río que, bajando de los arrabales, mana humanidad

hacia el gran mar de París ; una arteria de su cuerpo ó un nervio motor de su cerebro. Diríase también que ese barullo de un mundo que se mueve ha de ser interminable, si no recordara la muerte el cementerio que se extiende debajo de las columnas, como amplia llanura de quietud y de reposo.

Allí, por uno de esos contrastes que la casualidad combina, al lado del trabajo incesante reina el descanso eterno ; al lado de la agitación de la vida, el sueño de la nada ; las chimeneas, levantándose detrás de los muros, recuerdan la lucha por la existencia, y las cimas de los cipreses y las copas de los árboles, cobijando bajo su sombra miles de tumbas y asomando sobre el arroyo, mirando al pueblo que pasa, invítanle á descansar sobre los lechos de piedra.

Pero el viandante, aturdido por el clamor de arriba y como atemorizado por la quietud de abajo, aprieta el paso, y apenas si se detiene algún curioso forastero á contemplar el fondo de aquel tranquilo abismo, á pesar de ser espectáculo, si triste para la mente, hermoso á todas horas para los ojos amantes de colores y armonías.

Visto el cementerio por la mañana, envuelto entre la niebla y abrigado por el vapor, que modela sus contornos, parece nadar entre una nube ; iluminado al mediodía por el sol, que hace brillar las cruces y coronas, parece renacer vibrante al calor de nueva vida ; creyérase que vuelve á morir con la tarde ; y por la noche, muerto ya, á la obscuridad, de tal modo se confunden los panteones, que se levantan sin forma, con las casas de los vivos que las rodean.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

Como se puede ver por la que trato, las *Sombras* que empezaron á formarse en la cumbre de este cerro, como la niebla que nace en las montañas y va bajando hasta el llano, así descienden pausadamente hacia la extensa metrópoli. El *Lyon d'Or* ha inaugurado su teatro de siluetas con éxito extraordinario ; otros teatros las anuncian y preparan, y el cielo del arte parece obscurecerse de tal modo que, si el viento de otra moda no despeja el horizonte, pronto París, el gran París de la luz, se verá convertido en el reino tenebroso de las sombras

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO  
XIV

### El cementerio de Montmartre

La plaza de Clichy está unida con la calle de Clignancourt por un puente de hierro, sostenido por fornidas columnas y adornado con baranda de entrecruzados tirantes. Por su lustroso pavimento pasan todo el día centenares de coches ; carros colorados que van y vienen de las próximas canteras ; vehículos de todas clases que se dirigen á Saint-Ouen ó llegan del camino de cintura ; obreros con largas blusas que, saliendo de los talleres de Saint-Denis, desfilan á bandadas por las aceras de asfalto.

El movimiento es incesante y mucha la vida en lo alto de aquel puente : creyérase el cauce de un río que, bajando de los arrabales, mana humanidad

hacia el gran mar de París ; una arteria de su cuerpo ó un nervio motor de su cerebro. Diríase también que ese barullo de un mundo que se mueve ha de ser interminable, si no recordara la muerte el cementerio que se extiende debajo de las columnas, como amplia llanura de quietud y de reposo.

Allí, por uno de esos contrastes que la casualidad combina, al lado del trabajo incesante reina el descanso eterno ; al lado de la agitación de la vida, el sueño de la nada ; las chimeneas, levantándose detrás de los muros, recuerdan la lucha por la existencia, y las cimas de los cipreses y las copas de los árboles, cobijando bajo su sombra miles de tumbas y asomando sobre el arroyo, mirando al pueblo que pasa, invítanle á descansar sobre los lechos de piedra.

Pero el viandante, aturdido por el clamor de arriba y como atemorizado por la quietud de abajo, aprieta el paso, y apenas si se detiene algún curioso forastero á contemplar el fondo de aquel tranquilo abismo, á pesar de ser espectáculo, si triste para la mente, hermoso á todas horas para los ojos amantes de colores y armonías.

Visto el cementerio por la mañana, envuelto entre la niebla y abrigado por el vapor, que modela sus contornos, parece nadar entre una nube ; iluminado al mediodía por el sol, que hace brillar las cruces y coronas, parece renacer vibrante al calor de nueva vida ; creyérase que vuelve á morir con la tarde ; y por la noche, muerto ya, á la obscuridad, de tal modo se confunden los panteones, que se levantan sin forma, con las casas de los vivos que las rodean.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
No. 1625 MONTERREY, MEXICO

que sólo se distingue la morada de los muertos por una gran mancha de sombra.

A todas horas y en todos tiempos presenta nuevos contrastes. En verano, bajo el toldo de una vegetación exuberante, es hermoso ver las manchas de sol pasando por entre el follaje, para morir vibrando sobre la frialdad del mármol; ver chispear los bordes de los hierros y los prismas de los recuerdos depositados delante de las funerarias lápidas; oír el clamoreo de centenares de pájaros, cantando el himno eterno á la vida; ver las flores abriendo sus corolas con dichosa inconsciencia. Alégrase allí el ánimo en primavera, al notar que todo renace con nueva savia y nuevo aliento; duelese el espíritu en otoño, viendo los árboles despedirse de sus hojas y viendo las hojas pintadas de cadmium, lanzadas por el viento, saltando sobre las tumbas, corriendo en remolino, posándose como puntos de oro sobre la arena de los desiertos paseos; y en invierno oprímese el corazón al abarcar los ojos tanta tumba, abrigada por un solo manto de nieve, que renuevan constantemente los blancos copos que caen de la quietud del cielo.

Y, no obstante, aquella quietud, aquel silencio, aquella sorda soledad, no son la soledad, silencio y quietud del desierto: es la calma que sigue á las grandes tempestades de la vida. Allí termina todo; allí, bajo del cerro, acaban tantas y tantas esperanzas, que se han formado en la cumbre, tanto afán, tanto empeño para legar un nombre que sea venerado, al ser escrito en una piedra, sin contar que allí pasa todo el año el viento del olvido, que va borrando el oro de las letras, la vaguedad del re-

uerdo y hasta la última pátina de los más firmes panteones.

Son tantos ya los olvidados en aquel campo que van hundiéndose en la tierra, para dejar espacio á los que llegan, que, antes que el fondo aquel en fosa común se convierta, antes que la pausada marcha del tiempo engulla junto con los humildes, los que tuvieron sus horas de renombre, queremos hablar de algunos que, si duermen allí, aún están despiertos en la memoria de los hombres.

Entremos ya en el cementerio. Una verja de hierro nos abre el paso, y vemos la casa del guardián de los muertos á manera de garita de centinela, un camino tersamente enarenado, y, de repente, las largas hileras de panteones, que se alejan en perspectiva correctamente alineados.

A cada lado, grandes árboles entrelazando sus copas formando bóveda, altas acacias de seco y nervioso tronco, algún pino negruzco, sendos chopos de menuda hoja, y, entre la lluvia de puntos amarillentos, los cipreses solitarios, levantándose solemnes y misteriosos, como los minaretes de aquel templo de la muerte. En el fondo, miles de tumbas apretadas, estrechas, pendidas en confusión en lo vago de la niebla; cruces de todos tamaños, irguiendo los brazos y como brotando del suelo; una estatua de vez en cuando destacándose en actitud pensativa; un ángel en lo alto de una columna, mirando al cielo, ó sentado sobre la losa, ó guardando una puerta con la voz del juicio final, oculta dentro del misterio del mármol; coronas esparcidas por el suelo, blancas las más, de un blanco mate, de siemprevivas otras, de rosas y laurel algunas, negras

muchísimas y desteñidas todas. A cada tumba, inscripciones recordando afecciones enterradas, amores muertos y fechas memorables. Letras de oro, ostentosas, apuntando nombres oscuros, pequeños caracteres evocando grandes hombres, concisas lamentaciones, versos dictados por almas moribundas, prosa enferma de postreras voluntades, dedicatorias y recuerdos vaciados con lágrimas sobre la piedra, frases dictadas con fiebre y ayes de dolor de la pobre humanidad, despidiéndose de los seres queridos al entrarse por las puertas de la tumba ; y todo, todo absolutamente, palabras y monumentos, lápidas y coronas, desmoronándose poco á poco, hundiéndose en la tierra lentamente, apagándose bajo la ingrata pátina de la atmósfera y la indiferencia del tiempo.

A poco de andar, la tumba del hijo de Rochefort, tibia aún, nos dice cuán aprisa se marchitan los recuerdos. Coronas de los boulangistas de ayer, dedicatorias de los hombres que en un momento espantaron ó entusiasmaban la Francia entera con su fama, yacen objetos olvidados ; y más duraderos aún, con ser de trapo, que el pensamiento, se conservan, si bien desteñidos, los colores nacionales, en tanto que los partidarios de aquel general novelero y semifantástico se van desvaneciendo.

La misma suerte le cabe á Mme. Barrias, la célebre cantante de su tiempo. De su voz, que reputaron divina, no ha quedado ni el eco, que, enmudeciendo su timbre de oro, muda quedóse su gloria en la tumba. ¡ Triste condición es el abandono en que quedan esas estrellas que han brillado por las dotes de su garganta ! Mientras vive la generación que ha oído sus portentos ; mientras como fonógrafo hay quien

conserva el deleite de aquella voz, impresa en las fibras del alma como grato recuerdo, dura el testimonio viviente de su fama ; pero apenas muertos los últimos admiradores (depósitos sagrados de aquella voz lejana), no queda de ella más que una tradición inexplicable, un algo que hay que creer con fe por aquel lenguaje desconocido. La tumba de Mme. Barrias es la jaula de un pájaro muerto, que sabemos que cantó y conmovió á sus contemporáneos, pero sin poder sospechar el sonido de las cuerdas de su lira, porque murió con ella. Allá delante de la lápida, una mano piadosa colocó las coronas y estuches regalados á la diva, entre los aplausos del mundo ; quincalla de una noche de beneficio, objetos para vistos á la luz del gas ó del petróleo, y que mueren debajo de aquel cristal, sin poder resistir la luz del día.

Más feliz ha sido para su memoria la de Halévy y Offenbach, que descansan más al fondo del cementerio. Estos, al menos, dejan obras para juzgadas. El autor de *L'Ebrea* y el de *La bella Elena* podrán ser discutidos ; seguirán la ventura de la caprichosa y á veces cruel cotización del tiempo (ese barómetro del gusto público que hace bajar y subir el precio de la obra) ; pero lo bueno de ella y lo realmente hermoso irá agrandándose con los años, hasta adquirir patente de impercedera belleza, como lo sacrificado al gusto de una moda, entre su vapor volará desvanecido, cual efímera gloria de momento.

De esa lenta selección depende la inmortalidad del hombre (vida más grande que la primera) ó su muerte definitiva. Por eso hay tumbas que nacen muertas, y otras que van adquiriendo proporciones

de reliquias ; panteones que, como ciertas grandes pirámides, parecen no tener alma, y almas que, no cabiendo dentro de los estrechos límites de un monumento, vagan gloriosas por el mundo. La muerte, igualitaria para el cuerpo, no lo es, por fortuna, para el recuerdo, injusto á veces, pero siempre venerable.

Víctimas de esa clasificación póstuma, vemos á Delaroche y á Horace Vernet, nombres que van hundiéndose en el caos del olvido, mientras que Carlos Vernet, cuasi desconocido en vida, va levantándose de la sombra, alumbrándose la obscuridad de su nombre, por la aureola que vase formando en torno de su memoria.

Consérvase latente, en cambio, el recuerdo de Heine, enterrado también en este cementerio. La tumba del gran poeta es bien sencilla: una losa sobre la tierra, una lápida rematada por un jarro de mármol, dos macetas con plantas secas y nada más. Pero allí está su nombre glorioso, que da valor y grandeza á la morada. « Un árbol dará sombra á mi tumba, — dijo en una visión de su muerte. — Quisiera que fuera una palmera, pero ésta no vive en el Norte. » ; Pobre poeta ! No sólo no viven en el Norte, sino que la sombra que recibe en su tumba ni es de palmera, ni siquiera es de su tumba. Dásela, y fría, un arbusto de un panteón cualquiera, de un antiguo negociante, cuya gloria consistió en llegar á viejo, tener buen corazón y ser prudente ciudadano, según explican las letras de doradísimo relieve. También se borrará aquel oro, como todo, en aquel mar de tierra, en tanto que el nombre de Heine volará perenne, llevado por ese algo que deja el genio en el aire en que ha vivido.

Prueba de esa fuerza es otra tumba.

Muy pocos conocieron el nombre de Alfonsina Plessis, y bastó para glorificarlo el talento de un solo hombre. Bautizóla Dumas con el apodo de *Dama de las Camelias*, con ayuda del arte realzóla, y por obra de su poder, trocó en belleza la miseria de una vida vulgar, tristemente conocida; y los restos que aquí quedan, y que tan sólo son los de la anónima cortesana, el cuerpo de Plessis, los pobres despojos de una hermosura marchita, modelo insignificante de una grande obra, convirtiéolos en *Marguerite Gautier*, figura más verdadera que la auténtica, silueta viva y latente en la imaginación de un mundo de leyentes, que adoran la creación y desconocen la mujer que la ha inspirado.

Como ella son muchas las figuras que aquí desaparecen, borradas para siempre de toda gloria y de la memoria de todos. Falsas reputaciones á veces, á veces póstumas injusticias, héroes anónimos y oscuros obreros de todo ideal desconocido, que, sepultados quizás más adentro de la tierra, su nombre no asoma á la superficie. ¡ Cuerpos que no vinieron en la época que merecían, ni han sido enterrados en la tumba de la justicia !

Si es dable dar sepultura en el sitio que su espíritu en vida hubiera deseado, el de Murger debe sentirse dormido en sus ensueños en este cementerio. El triste amante de la vida de bohemia no podía encontrar mejor sombra para su tumba que la sombra de este cerró, último refugio y ciudadela de la vida por el arte, perseguido por el frío é igualitario positivismo. Cuando todo tiende á una uniformidad espantosa á los ojos del artista ; cuando se matan las

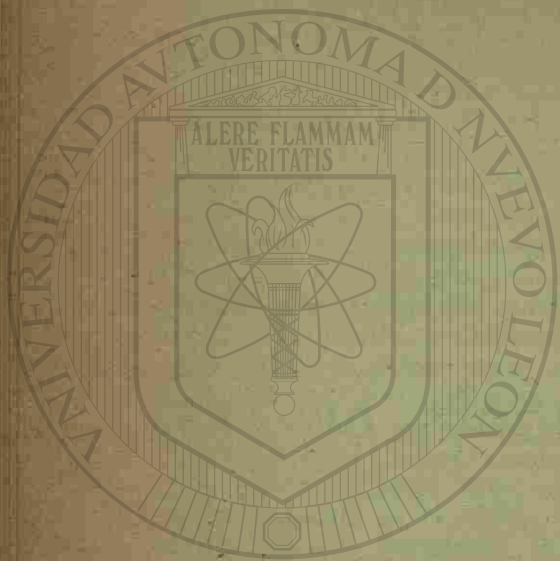
siluetas y los colores de todas partes ; cuando se materializan las ideas, añadiendo al hombre esta nueva miseria, y se borran los dioses del pensamiento y el amor del corazón, el melancólico Murger debe sentir el consuelo de la póstuma amistad, el agradecimiento de la muerte, hacia los pocos que batallan en defensa de aquella raza de hombres que juraban no beber más que agua en el curso de su vida, antes que prostituir sus obras á las bestiales exigencias del dinero. ¡ Pobre Murger ! ¡ Cuán pocos seres de ese temple encontraría, si viviera ! Aquellos hombres han muerto, y con ellos irán muriendo los soñadores que rodean aún su cementerio, acampados en el cerro. Allí se acallarán las canciones, para dar salida á muchos cantos (quizás mejores, pero no mejor sentidos), cambiarán las escuelas, nacerán ideas nuevas y germinarán nuevas é inesperadas concepciones; y buenos y malos, artífices oscuros y hombres célebres, todos, unos después de otros, irán bajando de la cumbre (monte Sinaí ó Calvario), bajando lentamente, bajando siempre, hasta perderse en las quietas soledades del cementerio de Montmartre, donde reina el eterno y misterioso sueño de todo un pueblo que descansa.

## II

## IMPRESIONES DE ARTE

---

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

## PARÍS

### I

#### El Alojamiento

Todo el mundo se forja sus ilusiones allá, en los recónditos estantes del pensamiento.

La que me había acariciado, hacía tiempo, era la de vivir en una isla, á toda costa; vagar por ella como uno de tantos Robinsones y, solo conmigo mismo; sin leer los periódicos, ni estar al *habla* con el mundo civilizado, ni habérmelas con los líos que se traen y se llevan los mortales, sobre la costra terrestre.

Estas teorías civilizado-salvajes las ratifico hoy más que nunca. Del modo que van volviéndose los hombres, egoístas los unos y majaderos algunos; del modo que van brotando redentores por decenas que, á pretexto de hacernos felices tratan de suprimir la humanidad por vías expeditivas; del modo que la caridad se pierde y nos quedamos sin fe y se larga la esperanza con la música á otra parte, muy pronto será imposible vivir en los continentes.

No sé si será porque se han llenado demasiado y en ellos los hombres viven espesos, ó porque faltan terrenos laborables y comarcas olvidadas, ó porque hay más personas que víveres; y no lo sé por falta, en este momento, de estadísticas (que no



leería tampoco). Es el caso que, si siempre la vida continental fué una carga y el mundo un valle de lágrimas, hoy día hay más lágrimas en el reparto de las que corresponden en el sufragio de las penas, y el hombre, que algo lleva adelantado en muchas cosas, en cuanto á felicidad se encuentra peor que en las ciudades lacustres, según han hecho constar las últimas escavaciones y recientes descubrimientos.

Por esto, por haber cierta escama pública y un si es ó no es miedo privado, y como somos muchísimos los que buscamos la tranquilidad de espíritu en la soledad y silencio de una isla, las islas se van haciendo rarísimas, escasean en todas partes y pronto no se hallará ni un islote por un ojo de la cara.

Lo grave en ellas y el inconveniente que tienen es que, generalmente, las islas están « rodeadas de mar por todas partes », y esto para el ser terrestre no aficionado á los embates marítimos, es inconveniente gravísimo y, si encontrar una isla salobre es ya difícil, el hallarla rodeada de agua dulce, aunque no sea potable, va siendo tan peliagudo como en España hallar un buen gobernante en la clase de políticos.

París mismo, en donde hay de todo, en donde abunda lo malo como lo bueno, no tiene más que dos islas que se puedan llamar tales: *La Cité*, harto conocida por haberse ocupado de ella mi colega Víctor Hugo y otros no menos diligentes y aguerridos escritores, y San Luis, que es la nuestra y que nos servirá de albergue, si alguna inundación ú otro percance de los que sufren las islas, no nos echa otra vez al fementido y funesto continente.

La isla de San Luis era habitada ya antes de llegar nosotros. En ella hay casas, calles, empedrados, aceras y alcantarillas, y todo el jaleo de una urbanización completa; tiene iglesia, capitanía de puerto, un sinnúmero de farolas y un sin fin de faroles; gasta muelles, emplea algunos municipales de los de día y vice-versa, es puerto de río con embarcaderos y al contrario, y brotan en sus playas fértiles algunos árboles bastante corpulentos y fornidos. Confina por todas partes con París, pues se halla enclavada en medio; únena al continente tantos puentes como pudiera desear para mi soñada isla, y rodéala el mismo Sena, ese fatídico río, gracias á cuya bifurcación debe este trozo de tierra la cualidad de ser isla y nosotros la esperanza de un refugio sosegado en medio del gran bullicio.

Porque esta tierra de isla es tranquila como un sueño de los que salen tranquilos. Aquí, según nos han informado, nunca pasa nada, á no ser los vapores golondrinas que se deslizan silenciosos; aquí la gente es pacífica y dedicada á la noble pesca con caña; hay calles solamente porque sí; por no ser demasiado pastoril y porque de algún modo debían ponerse las casas, pero sin coqueterías de estilos arquitectónicos; el río apaga el ruido del mundo y de sus afueras, las luces se apagan, sin duda, por ellas mismas y todo calla por mandato de la augusta soledad y convida todo al recogimiento. Hombres y cosas, grandes y pequeños, son de natural quieto, gente retirada del continente de ahí cerca; paisanos aburridos, hombres filósofos y seres que esperan turno en el altar de la gloria.

Ya se puede comprender, dado lo dicho, que tal

isla había de ser el ideal de nuestros sueños, pero aumentado y corregido; que, ni encargándola al gran constructor de islas, nos la hubiera construido más á gusto, y que nos pareció un regalo del cielo. Bajamos de cuando en cuando á visitarla como á una persona amiga, la veíamos de lejos codiciosos; comprendíamos su alma y la queríamos; y nuestro único deseo era vivir en aquel tranquilo oasis y dormirnos como focas ó sirenos en su seno, cuando un día, *una hermosa mañana de noviembre*, la suerte nos puso delante este letrero:

*Appartement meublé à louer  
Salle de bains.....*

Y para detalles, *buscarlos á la portera.*

¡Válgame el apostolado, las once mil vírgenes y los mártires de Zaragoza! Subimos, preguntamos, escalamos y, cuando vimos el piso, por poco nos caemos cada cual con su vahido respectivo. ¡Qué espesor de muebles y qué enredo y trapeo de cortinajes! ¡Qué lujo desenfrenado! ¡Qué caudal hermoso de cosas inútiles para nosotros y qué tentador despilfarro! ¡Quién había de decirnos que en las islas se hallaran cosas de esas que se ven por dentro en las comedias de Dumas. Que todo aquello se alquilaba. ¡Santo Dios! y que pagando alquiler se podía vivir lo mismo que *traviatos ó Frous-Frous*, ó como el *Maître des Forges*! Porque en la casa no se podía dar un paso sin temor á tropezar con vajilla de la China, con perritos hechos de auténtica porcelana, ó con chirimbolos co-

locados al encuentro del curioso forastero; teníamos que vigilar los pliegues del sobretodo para que no dieran con algún busto en el suelo; teníamos que vigilarnos nosotros en nuestra propia persona para no dar de bruces contra un espejo, teníamos que orientarnos con la brújula por entre aquel laberinto de muebles de todas clases.

Decididamente, no había más remedio que alquilar todo aquello, y lo alquilamos. Para ello tratamos con la propia propietaria, que dejaba esta hermosura de piso para ir en busca del sol, huyendo de la niebla, aquel sol que nosotros habíamos dejado, y aquella niebla que íbamos á gozar. Era la dueña, á más de viuda, joven aún y ya teñida de un rubio claro y sumamente dorado; parecía una Sarah Bernhard isleña, hablaba con gran cariño de la isla, secundada por nosotros, que llorábamos casi oyendo los merecidos elogios de este pedazo de tierra; tenía su poco de tosecita, y por más que parecía romántica, nos resultó positivista en el manejo de ponderarnos el piso, la vista, el *confort* y demás circunstancias *físicas y morales* de la casa, y haciéndonos pagar lo que de ella quiso, abusando de nuestro entusiasmo, lo que nos sirvió de enseñanza provechosa de la vida, ganando lo perdido en vil metal, en útil y sanísima experiencia.

Arreglados y conformes de alquiler, pasamos al inventario. Es decir: empezamos apuntando mueble por mueble, y chirimbolos pieza por pieza, hasta que, como acontece en el cuento de los corderos de Sancho del « Quijote », cansóse ella de contar y nosotros de escuchar aquella teneduría, y el inventario se fué quedando en proyecto y los muebles sin re-

cuento, con gran descanso de la patrona propietaria y con alivio de mareo colectivo de los ya abatidos y nerviosos inquilinos.

Hicimos, sí, el inventario-proyecto, al quedar solos, curioseando todo aquello que nos dejaban para nuestro uso y consumo. En la cocina, fué tal el enredo de cacerolas, de formas inservibles, que encontramos, de pucheros ideales, de sartenes platónicas, de instrumentos para asar animales que nunca habían de entrar en casa; de cuchillos para cortar de un solo tajo bestias de mar y de tierra, de garfios y torturadores de una inquisición culinaria; fueron tales, decimos, las cosas que, sin saber para qué sirven, hemos de llegar á la hora de la muerte que, para no hallarla allí mismo por ignorada explosión, acordamos no hacer uso inmediato de toda aquella batería, aguardando á tener más experiencia en el ramo y manejo del arte del cocinero.

Ya en el comedor fué otra cosa. Allí, á no ser un armario, lleno de bote en bote de vajilla de *convitados*, de la llave del cual ni siquiera quisimos encargarnos para evitar roturas y otras desgracias del *hado*, que siempre piensa como podrá aburrir al prójimo; lo demás no tiene nada que se remonte á las fronteras de muebles extraordinarios. Uno hay tan sólo, extraordinario á nuestro sexo, que andaba y no anda ya, ni creo que ande más en los días de su vida. Fué una máquina de coser que nos dejaron, con ayuda de la cual quisimos cosernos un botón del sobretodo. Resistióse ella en gran manera, nos empeñamos nosotros en que cumpliera su misión sobre la tierra, apretamos el manubrio, y de resultas de la brega y alguna explosión en sus interioridades,

saltó la aguja, una rueda y otro chisme, que sólo Dios sabe su uso.

Pasemos á los salones con el respeto que por su brillantez se merecen, y descubrámonos. Aquí todo son muebles de lujo; de estos muebles que no servirían para nada, á no estar en poder nuestro, que los usamos y abusamos, puesto que los pagamos por auténticos. Sillones de esos que se guardaron bajo funda, libros que se tuvieron bajo encuadernación lujosa, chimenea que no se encendió jamás, cuadros cuyos marcos no habían servido más que para sus cuadros propios hasta la hora presente, y que han de servir para los nuestros, con perdón de los pintores que encuadraron, pasados á mejor vida; y finalmente destacando entre un enjambre de cosas vagas, incoloras é inservibles, el negrísimo piano, siempre abierto, y siempre con varias manos encima que lo despiertan del sueño en que se viera sumido hasta la hora presente.

Los cuartos de dormir hay cuasi que adivinarlos, en tan profundísima penumbra están metidos, y en tal obscuridad les dejaron por sus pasados pecados. Hay en ellos dos camas á toda anchura, un cajón dormitorio, que se convierte en otomana por el toque de un resorte y obra de encantamiento, y otra camita estrecha para todos y corta para mi persona, no por culpa de ella misma, sino de mis propias piernas, más largas de lo que ordenan las sapientísimas estéticas. Hay además un armario-espejo como en toda casa que merezca el nombre de tal, sillones para sentarse, y otros objetos múltiples y variados; pero el *clou* de todo esto, es el tocador modelo, para cuyo manejo y dirección se necesitan tres

cursos de mecánica con nota sobresaliente. Si uno toma una llave que no es del caso, se inunda el cuarto de tal modo, que la alfombra no basta para engullirla; si se toca un resorte sin cuidado, á medio enjabonarse la persona se queda enteramente en seco, y hay que acabar el lavatorio con el agua de la alfombra; si se tira de un pomo dorado tentador, se oye un ruido de cascada que parece que el Niágara anda por dentro del piso; una espita existe, tan rara que no nos hemos atrevido á probar sus funciones por temores y vagos presentimientos.

Pero si el uso de las aguas es difícil, más lo es el de los perfumes de la viuda que se quedaron olvidados, con los cuales nos perfumamos y se perfuma á todo el que se presenta. No llega visita que no se vuelva con olor de violeta, ó heliotropo, ó ácido fénico, ó creosota, que de todo existe en la *toilette*, y hay que andar con más precauciones que si estuviéramos en casa del boticario. Todo son olores en la casa y en la isla; todo huele á perfume de la viuda, de tal modo todo se resiente de esta mezcla de odoríferos, que hasta este largo capítulo, temo, huela á cansancio, y por lo tanto concluyo.

Aquí estamos instalados y dispuesto á escribir impresiones. No nos falta panorama. Los dos brazos del Sena abrazando estos solitarios muelles; *Notre Dame* en frente con sus torres gemelas y su esbeltísima osamenta; *El Pantéon* á un lado y el *Hôtel de Ville* al opuesto; los millares de casas que por doquiera se dominan, el rumor del gran París á lo lejos, la tranquilidad de cerca, y sobre todo el que la isla sea *isla*, hacen de ella un punto de hermosa calma y dulce recogimiento.

## II

## El personal

Una vez enterados, por mi capítulo anterior, de la topografía y situación de la isla que habitamos, del piso en que vivimos y otros detalles, contados con una minuciosidad que raya en abuso de confianza, seguiré abusando, á pesar de sentir asomos de arrepentimiento, y daré pormenores biográficos del personal que puebla nuestras habitaciones, hiriendo á traición, en el relato, la modestia de mis queridos amigos y contando en letras de molde lo que sepa de sus artes y virtudes.

Compónese el personal de cuatro personas distintas y cuatro naturalezas. Son las tres primeras, las de Jordá, Uranga y Zuloaga, y es la cuarta la del que firma, de la cual no hablaré por ser la que me es menos conocida y tengo menos estudiada. Las cuatro están reunidas por los vínculos del arte, por el afán de hallar en el trabajo un descanso que ha de ser definitivo y seguro, según promesa de gente que entiende en estas cosas, por la fe en los goces del espíritu y la profunda admiración en las cosas de la plástica; por una esperanza que raya en lo candoroso, y también (aunque sea cursi hablar de patria en estos momentos no históricos) también para poder hablar nuestra lengua cuando el corazón nos lo demanda, y acuden los entusiasmos con tal prisa, que no se pueden soltar en lengua ajena sin que ella salga atropellada y atropellados nosotros.

cursos de mecánica con nota sobresaliente. Si uno toma una llave que no es del caso, se inunda el cuarto de tal modo, que la alfombra no basta para engullirla; si se toca un resorte sin cuidado, á medio enjabonarse la persona se queda enteramente en seco, y hay que acabar el lavatorio con el agua de la alfombra; si se tira de un pomo dorado tentador, se oye un ruido de cascada que parece que el Niágara anda por dentro del piso; una espita existe, tan rara que no nos hemos atrevido á probar sus funciones por temores y vagos presentimientos.

Pero si el uso de las aguas es difícil, más lo es el de los perfumes de la viuda que se quedaron olvidados, con los cuales nos perfumamos y se perfuma á todo el que se presenta. No llega visita que no se vuelva con olor de violeta, ó heliotropo, ó ácido fénico, ó creosota, que de todo existe en la *toilette*, y hay que andar con más precauciones que si estuviéramos en casa del boticario. Todo son olores en la casa y en la isla; todo huele á perfume de la viuda, de tal modo todo se resiente de esta mezcla de odoríferos, que hasta este largo capítulo, temo, huela á cansancio, y por lo tanto concluyo.

Aquí estamos instalados y dispuesto á escribir impresiones. No nos falta panorama. Los dos brazos del Sena abrazando estos solitarios muelles; *Notre Dame* en frente con sus torres gemelas y su esbeltísima osamenta; *El Pantéon* á un lado y el *Hôtel de Ville* al opuesto; los millares de casas que por doquiera se dominan, el rumor del gran París á lo lejos, la tranquilidad de cerca, y sobre todo el que la isla sea *isla*, hacen de ella un punto de hermosa calma y dulce recogimiento.

## II

## El personal

Una vez enterados, por mi capítulo anterior, de la topografía y situación de la isla que habitamos, del piso en que vivimos y otros detalles, contados con una minuciosidad que raya en abuso de confianza, seguiré abusando, á pesar de sentir asomos de arrepentimiento, y daré pormenores biográficos del personal que puebla nuestras habitaciones, hiriendo á traición, en el relato, la modestia de mis queridos amigos y contando en letras de molde lo que sepa de sus artes y virtudes.

Compónese el personal de cuatro personas distintas y cuatro naturalezas. Son las tres primeras, las de Jordá, Uranga y Zuloaga, y es la cuarta la del que firma, de la cual no hablaré por ser la que me es menos conocida y tengo menos estudiada. Las cuatro están reunidas por los vínculos del arte, por el afán de hallar en el trabajo un descanso que ha de ser definitivo y seguro, según promesa de gente que entiende en estas cosas, por la fe en los goces del espíritu y la profunda admiración en las cosas de la plástica; por una esperanza que raya en lo candoroso, y también (aunque sea cursi hablar de patria en estos momentos no históricos) también para poder hablar nuestra lengua cuando el corazón nos lo demanda, y acuden los entusiasmos con tal prisa, que no se pueden soltar en lengua ajena sin que ella salga atropellada y atropellados nosotros.

Son Uranga y Zuloaga vascongados, y es Jordá cafalán, y yo también, y todos lo tenemos á mucha honra. Los cuatro, aunque de distintas regiones, marchamos de acuerdo en un sin fin de detalles de la vida, y estamos de acuerdo en muchos puntos importantes. En arte sentimos profunda admiración del pasado, tenemos algún escamamiento del presente, y en cuanto al porvenir, ni lo vemos de un color de rosa claro, ni tampoco de negro turbio, creyendo profundamente que, sea cual fuere el camino que el porvenir nos depare, hay que seguir andando, so pena de quedarnos sentados como el moro á la puerta de su casa; en política tenemos la de no tener ninguna: sabemos de cierto que no somos partidarios de los que mandan, que los que mandaron antes no responden tampoco á nuestro programa político, y en este ramo sí que esperamos, aunque sin gran esperanza, que pase algún gobierno, ó lo que sea, que se cuide un poco del prójimo, tan descuidado hasta ahora. En cuanto á bienes materiales, deseamos un bienestar pasadero para alimentar nuestras manías; la inspiración de vez en cuando de un comprador de obras modestas y suficientemente recatadas; el arranque de hacerse retratar alguna persona pudiente de facciones regulares, que deponga en nosotros su confianza y venga provisto de una buena voluntad; el artículo de fe de algún prójimo bondadoso que estimule nuestro arte para seguir estudiando con un encarnizamiento, si no digno de mejor causa, digno de otro personal; y por fin, tocante á bienes morales, la conservación intacta de un buen humor á prueba de contrariedades y disgustos, y la alegría del alma, como es-

pléndido regalo de lo que suele ser avara en otras cosas la espléndida Naturaleza.

Si en otros puntos generales estamos también de acuerdo, el camino de lograr nuestros deseos es distinto. En cada distinta persona, cada cual tiene su propio carácter dentro de la general armonía, su modo de ser diferente, y esto se va viendo á la ligera en los rasgos principales de la vida de cada número de nuestra modesta colonia.

Jordá, por ejemplo, es la palabra en persona y Uranga es el silencio. El primero, conocido en Barcelona como crítico, no puede aquí criticarnos por escrito: ha de aguantar sus ímpetus por falta de letras de molde, y nos lanza, en cascadas de palabras, los discursos que tiene en el pecho acumulados, con un encarnizamiento perdonable por otras muchas virtudes. Como es corresponsal y ha de andar de Ceca en Meca á caza de la noticia que se escapa, de la bomba que revienta, de la casa que se incendia, del Gobierno que cae, ó ha de caer, ó se le empuja para que caiga más pronto, de la comedia que se estrena, del asesinato que ha de haber para que pueda lucirse, del jaleo universal y la dirección de la política y de los cuatro vientos cardinales, claro está que en cuanto llega la noche ha de soltarnos aquella tremenda lluvia de sucesos, sin piedad para el bienestar moral de los pobres habitantes de la casa.

Sólo hay tranquilidad en ella cuando no pasa nada en el mundo; ¡que no hay desgracia que no tengamos que saber, ni desventura universal que no llegue á nuestros pobres oídos! El día que el globo terráqueo está tranquilo, llega Jordá triste, como

una triste llorona de sepulcro ; se sienta al lado de una mesa taciturno y se está horas enteras soñando en días más venturosos de grandes calamidades.

En cambio, como decía, Uranga no suelta la palabra sino en los días tranquilos, en las tardes serenas, en las horas de plácido bienestar, cuando el Sena transparenta « Notre Dame » y la isla parece dormir. Los días grises, las negras tempestades del invierno, las nubes corriendo por el aire, la niebla bajando al río, cualquiera mal humor de la Naturaleza le dan tal nostalgia en su espíritu, que acurrucándose poco á poco dentro de los pliegues del jaique, va entrándose dentro de la boina, vá doblando los brazos y las piernas hasta convertirlas en un puñado de huesos, y así desaparecido como pájaro resfriado, espera un poco de sol ó un poco de primavera, soñando lo que no habla y pensando en su vascongada tierra.

Allí, en su infancia, sus padres quisieron que fuera cura, que estudiara latín y retórica y filosofía y demás, y menos este último demás, estudió todo el resto ; pero como lo estudió sin entusiasmo, ya que otras ideas minaban su entendimiento, sintiendo otra vocación naciente, dejó los hábitos de la religión cristiana, para entrar en la religión del arte sin hábitos y casi sin sobretodo, pero henchido de las grandes esperanzas que da de sí esa pintura del diablo.

Con ella solamente llegó á Madrid, y con ella y poquisima cosa más, vivió tres años, si vivir es llevar vacío el cuerpo y llena de bote en bote la cabeza ; vivió del modo que pudo, pintando aquí, no vendiendo más allá ; siempre sumiso á la fatalidad ma-

jadera, que abusa muchas veces del poder que se le tiene concedido, siempre callado para no ofender á la fortuna con un insulto merecido, y siempre esperanzado y confiado en cambios de cosas inesperados, en mejoras de tiempos, en imprevisiones raras de las leyes metafísicas.

Llegó á París un día, y á su llegada notó lo que ya temía de lejos : esto es, que no llevaba ni un céntimo en el bolsillo. En vano registró las interioridades del forro interno de la ropa ; consultó los rincones que hay que consultar en estos trances : no había más que el más profundo vacío en todas partes ; la nada, en símbolo, con toda su insondable perspectiva.

Lo que hizo entonces para salir adelante con su arte y por su arte, sería tan largo de ser contado, que á mí se me llevaría el tiempo y al buen lector la paciencia.

Baste saber que comió á trueque de retratos de fondistas, feos la mayor parte é ignorantes de toda delicadeza de arte, que no fuese arte de la cocina ; que no pintaba más que hombres ó mujeres acostadas, porque los modelos no cabían de pie en su estudio ; que se asoció con un negro, un auténtico negro del Senegal, de esos que no se destiñen, para ambos á dos hacer economías, y por fin tras de muchos rodeos y privaciones de los alimentos primarios, vino á parar en mono sabio en la plaza de *Pergoless*.

El día de su debut, confiesa Uranga que estaba realmente conmovido. Verse el frustrado cura delante de aquel público numeroso, él, tan callado y enemigo de vanidades mundanales, verse, sobre todo, delante de aquella fiera de pésimas intencio-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Avdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

nes, asaz belicosa é imprudente, él, tan pacífico y poco amigo de jaleos, francamente... le conmovió todo aquello las más hondas fibras de su alma. No es que tuviera miedo precisamente en sus adentros, que bien se lo perdonaríamos la mayor parte de los españoles, sin que le impresionara la poca cordura y mala crianza de la bestia, que andaba suelta por la plaza, obrando á su antojo de un modo que no puede alabar ninguna persona decente, ni que le faltara el valor « delante del extranjero » ; pero á pesar suyo, cada vez que el animal se le acercaba, sentía deseos de marcharse con el valor á otra parte y retirarse á la vida privada del sosiego, dejando que la fiera persiguiera á todo el mundo, sin distinción de clases ni miramientos de jinetes ó peones.

Seguramente, nuestro Uranga no nació para torero. Por más que los toros de aquí fueron toros de zarzuela, aun así le mortificaban con sus costumbres. No podía comprender que hubiera fieras que mataran á los hombres sin comérselos, ni hombres que lucharan con quienes no eran sus semejantes; y, después de cavilar todo esto, y de hacer el retrato del *torador en jefe*, y de marcharse sin pagárselo, resolvió pintar corridas de toros de lejos, en vez de verlas de cerca, y en esta nueva pintura nuestro hombre encontró un camino más conforme con sus ideas estéticas, y de más fácil acceso á una alimentación más segura y nutritiva.

Entonces fué cuando conoció Uranga á Zuloaga, y cuando yo conocí á esta tercera persona de la casa.

Llegaba de Roma Zuloaga, y llegaba con el entusiasmo de sus apenas veinte años, alto, robusto, cuadrado como esos campesinos de su patria, y con

un carácter entero, noble, de una sola pieza. Para él no había términos medios. Los hombres juzgábalos bandidos ó grandes héroes, demonios ó santas las mujeres; los cuadros eran para tirarlos al fuego ó para llevarlos al Louvre; al dar la mano, ó daba el alma con ella, ó recibía á los hombres sin una palabra de las que los hombres emplean de amanerada cortesía. Para él no existía la sonrisa; reía á carcajadas ó cruzaba el entrecejo; en pintura fueron y son las medias tintas su continuado tormento; gritaba ó callaba enteramente, ya que nunca amó la media voz, ni juzgó oportuno los secretos entre amigos, creyendo que el hombre que obra con rectitud puede lanzar el pensamiento en voz alta.

Llegaba entonces influido de lo malo de la moderna escuela española, con todo el fardo de casaca que había visto y la guardarropía de una pintura de trajes desteñidos y sudados; llegaba henchido de esperanzas y ambición de trabajar; ansioso de hallar un camino adecuado á su gran temperamento, febril de entusiasmo por su arte, al que quiere con la emoción de un ardiente corazón enamorado... y allí, en su Montmartre, para vivir en silencio, para trabajar en la sombra esperando la claridad, alquiló un estudio con vistas al cementerio, rodeóse de soledad, quedóse sólo con su pintura, soñándola por la noche, y tomó un criado loco, de extrañísima locura.

Pedro que así se llamaba el criado, no reconocía más que á Pí Margall como hombre y al maniquí como mujer, de quien estaba enamorado como un loco. « Tú sola — le decía arrodillándose delante de aquel trozo de madera que consideraba su ídolo,



— tú sola mereces el nombre de mujer en este mundo ; tú eres de madera y trapo, pero tienes el corazón de oro puro. En tus oídos no entran las blasfemias de los hombres, ni brota de tu boca la falsedad ni el engaño. Pí Margall, — añadía, llorando á lágrima viva, — tú que todo lo puedes, conserva la pureza de este astro ; no la dejes caer en el fango que nos rodea ; bien sabes que ella y tú sois mis dos únicos consuelos. »

Este sermón, repetido á lo infinito, oíalo Zuloaga todo el día con una voz quejumbrosa ; y pintaba encerrado con el loco, preguntándose muchas veces á sí mismo si el arte no era también otra clase de locura, como tantas locuras existen de hombres que andan sueltos por la tierra... si aquella pintura idolatrada no era, como el maniquí, un ser inmóvil, cuya vida tenía que hacer brotar el pobre artista, y si el hombre era capaz de lanzar, sobre la frialdad de la tela, un átomo tan sólo de la luz, de aquella radiante luz, esparcida en el espacio. Por todos lados no veía más que hombres luchando con la materia para convertirla en espíritu ; bregando con la miseria para seguir adelante con la antorcha de la fe ; atizando la inspiración en el cráneo y buscando procedimientos para parir la obra vivida por dentro. Pasábale lo que nos pasa á todos, al llegar á este París de lucha ; tanta escuela, tanto refinamiento en las ideas, tanta pesquisa en pos de un estilo propio, le tenían mareado. El, sombrío de temperamento, se aturdió ante las minuciosidades de espíritus enfermizos, ante las utilidades de acuarelas japonesas, ante los refinamientos de misticismos decadentes ; él, forjado de un solo enérgico trazo, no

podía comprender á las ánimas del purgatorio del sueño, los tristes visionarios de la línea, los sútiles buscadores de la infinita armonía, y andaba de tela en tela preguntándose tristemente qué camino era el bueno entre tanto barullo, tantas voces, y tanto arte y talento gastado, en este *cerebro* ardiente que se llama el gran París.

Probó diversas maneras, tanteos de un alma que duda y quiere y le falta una fe que le convenza ; extremó el procedimiento en pos de la fuerza del color, forzó la línea subrayando el carácter del dibujo, divagando entre tantas tendencias diferentes, hasta que un día contemplando las copias fotográficas de los grandes maestros españoles, vió en su ejemplo la augusta línea de conducta que se amoldaba á sus sombríos sentimientos, y fijó el plan de sus futuros estudios, con la rápida convicción del que ve abrírsele de par en par las puertas de la esperanza.

Moro, Coello y Ribera, hablábanle de cosas grandes y concisas ; entusiásmábale el gran Velázquez ; pero sobre todo el Greco, con su energía y su locura, con su sobriedad pasmosa, fué desde entonces su ídolo, el santo ejemplar de Zuloaga.

Marchóse á España y, sin detenerse en Madrid un momento, llegó á Toledo, y á las diez de la noche presentóse en la capilla donde se guarda el famoso « Entierro del Conde de Orgaz », obra suprema del artista portentoso. Estaba cerrada la Iglesia y llamó al sacristán ; y entre ambos entablóse este diálogo : Quiero ver el *Greco* ahora mismo. — Es imposible, vuelva mañana. — Ha de ser ahora mismo y aquí tiene V. cinco duros ; pero enséñeme el *Greco*.—

Repito que es imposible. — Ahí van diez y traiga V. la llave, porque vengo de París expresamente para ver este cuadro. Cedió el sacristán y, á la luz de una antorcha, vió nuestro amigo aquel sublime portento, aquellas figuras nobles y demacradas, alrededor de aquel muerto, aquella gloria pintada por la locura de un genio, y quedóle de aquella nocturna visita una de esas impresiones de los goces del espíritu, que no se borran en el curso de la vida y que pagan en un momento, al pintor entusiasta, los sinsabores y desdichas de su arte.

¡ Ah, el Greco! dijo al volver y lo repite á cada instante; Aquello es coger el alma del dibujo, con las incorrecciones del hombre! ; Aquello es sentir el hueso bajo del músculo y aquello es sentir el carácter de la línea! Aquello es ver el color, con el sentimiento de la suprema armonía, sentir el valor de los tonos, pintar haciendo olvidar la pintura! Lo demás son pamplinas, añadió, (con los ímpetus de su carácter, que borraba de una plumada lo que no era de su gusto) lo demás, son histerismos, ó concepciones correctas. El *Greco* fué desde entonces y es fácil que siga siendo su maestro favorito.

En sus obras marcóse la influencia del pintor, visto por ojos que han aprendido á ver de la moderna escuela francesa; en sus asuntos, vagando entre la penumbra, se adivina un sentimiento severo, un alma taciturna, un temperamento serio, un hombre que no transige con las tontas exigencias del que paga y que, al fin, ha encontrado su camino y anda con la frente alta. Retratos á media luz, fondos oscuros, cabezas veladas en la sombra, han sido siempre sus asuntos predilectos, sus temas fa-

voritos, sus amores de artista, la nota de un sentimiento que sufre del deleite en los tonos de las obscuras miserias.

De una de ellas, para terminar, he de contar una anécdota. Un día llegué al estudio de Zuloaga y le encontré con su modelo.

Noté cierta tristeza en la casa. Pedro estaba más loco que nunca, gritándole al maniquí sus amores; Zuloaga se apoyaba la frente en la mano; la modelo miraba en el fondo el cementerio de Montmartre, que iba apagándose con la postrera luz del día, cuando me dijo mi amigo. — Venimos de enterrar á la hermana de ésta... — he pintado una cabeza de la que no estoy descontento.

Fué á buscarla y la puso en su caballete. ¡ Era la muerta: joven y hermosa, con las mandíbulas atadas con un pañuelo y cavernosos los ojos!

La miramos como pintores. La mirábamos y...

Vino la hermana y, como mujer *inteligente*, la discutió como si fuera una extraña, como si aquella cabeza, tibia aún de la mano del pintor, fuera para ella un estudio, como una tela más que veía indifferente.

Mirábamos mudos de asombro Zuloaga y yo aquel estudio macabro, aquel cementerio al fondo, aquella penumbra en la tierra... y aquella obscuridad de alma nos llevó el frío á la nuestra. — Tú fuiste buena — (oímos gritar al loco, dirigiéndose al maniquí) — tu fuiste la única que amé con todo mi corazón; estoy cansado de ti, y hoy te veo impura como las otras, como si fueras de carne. Perdóname, Pí Margall, si mato la postrera esperanza de mi vida...

Dijo; — y de un tremendo puntapié derribó su maniquí, que cayó con espantoso estruendo entre aquella obscuridad de una tarde moribunda.



### III

#### La oración del domingo

Cada domingo que llega en esta tierra, que por cristiana tiene también sus fiestas, cuando el reloj de Notre Dame, que tenemos enfrente, (y del que estamos orgullosos) señala la una en punto, como quien cumple una obligación gratisima, como quien va commovido á la *llar* de sus mayores, nos dirigimos al Louvre los cuatro habitantes españoles de la isla.

Para ello no hay más que bajar á la calle, y allí, como una Venecia, encontrando el propio Sena que no varía de curso, manando agua con una constancia digna de servir de ejemplo, esperamos una *golondrina* al pie mismo de la casa y en ella subimos y damos la señal de marcha.

Ir al Louvre, extasiarse delante de las grandes obras de los artistas que fueron, compenetrar en sus cuadros y en sus mármoles el espíritu que les dió vida, aspirar su aroma, ese especial aroma de noble

engrandecimiento que se desprende de la suprema belleza, es como un culto al recuerdo, como una religión sagrada, como un deber que cumplimos.

Esa fe nos lleva más que el barco, con todo y andar ligero, á alejarnos de la isla y vamos contentos como quien va á una gran fiesta, diciéndoles á los ojos: — hartaos de hermosura ¡ oh, codiciosos! — y diciéndole al corazón: — prepárate á palpar, si aún eres de hombre; que toda creencia en algo superior, toda fe en la sincera creación del arte realizado, en el pensamiento hecho obra, da consuelo al alma del que es creyente, aromatiza su espíritu, llena la mente de bálsamo, y aparta los abrojos y las tristes realidades que brotan en el árido camino de la vida.

El que nos conduce al Louvre, esa vía de agua, aun siendo turbia y mortífera, la vemos clara y transparente estos pobres isleños interinos, porque llevamos por guía la esperanza, porque vamos á ver algo creado, y pensamos que soñar en la belleza que pasa es ya vivificar el corazón del hombre, detener esa belleza y darle forma es obra ya del talento; pero crearla de la nada, hacerla brotar de las cenizas ó del fango, darle vida de la sangre y prestarle el pensamiento para perpetuarlo en la tierra, es obra á la que sólo llega el genio, obra de semi-dioses que legan el alma de su vida, encarnados en sus obras milagrosas, y dejan tan sólo á su muerte, que se los lleva codiciosa, un trozo de pobre materia, seca y vacía, de sus prodigiosas obras.

Pero ellas quedan y pronto vamos á ver algunas delante de nuestros ojos. Ellas quedan, y al pensar que á ellas nos acercamos, sentimos lástima verda-

Dijo; — y de un tremendo puntapié derribó su maniquí, que cayó con espantoso estruendo entre aquella obscuridad de una tarde moribunda.



### III

#### La oración del domingo

Cada domingo que llega en esta tierra, que por cristiana tiene también sus fiestas, cuando el reloj de Notre Dame, que tenemos enfrente, (y del que estamos orgullosos) señala la una en punto, como quien cumple una obligación gratisima, como quien va commovido á la *llar* de sus mayores, nos dirigimos al Louvre los cuatro habitantes españoles de la isla.

Para ello no hay más que bajar á la calle, y allí, como una Venecia, encontrando el propio Sena que no varía de curso, manando agua con una constancia digna de servir de ejemplo, esperamos una *golondrina* al pie mismo de la casa y en ella subimos y damos la señal de marcha.

Ir al Louvre, extasiarse delante de las grandes obras de los artistas que fueron, compenetrar en sus cuadros y en sus mármoles el espíritu que les dió vida, aspirar su aroma, ese especial aroma de noble

engrandecimiento que se desprende de la suprema belleza, es como un culto al recuerdo, como una religión sagrada, como un deber que cumplimos.

Esa fe nos lleva más que el barco, con todo y andar ligero, á alejarnos de la isla y vamos contentos como quien va á una gran fiesta, diciéndoles á los ojos: — hartaos de hermosura ¡ oh, codiciosos! — y diciéndole al corazón: — prepárate á palpar, si aún eres de hombre; que toda creencia en algo superior, toda fe en la sincera creación del arte realizado, en el pensamiento hecho obra, da consuelo al alma del que es creyente, aromatiza su espíritu, llena la mente de bálsamo, y aparta los abrojos y las tristes realidades que brotan en el árido camino de la vida.

El que nos conduce al Louvre, esa vía de agua, aun siendo turbia y mortífera, la vemos clara y transparente estos pobres isleños interinos, porque llevamos por guía la esperanza, porque vamos á ver algo creado, y pensamos que soñar en la belleza que pasa es ya vivificar el corazón del hombre, detener esa belleza y darle forma es obra ya del talento; pero crearla de la nada, hacerla brotar de las cenizas ó del fango, darle vida de la sangre y prestarle el pensamiento para perpetuarlo en la tierra, es obra á la que sólo llega el genio, obra de semi-dioses que legan el alma de su vida, encarnados en sus obras milagrosas, y dejan tan sólo á su muerte, que se los lleva codiciosa, un trozo de pobre materia, seca y vacía, de sus prodigiosas obras.

Pero ellas quedan y pronto vamos á ver algunas delante de nuestros ojos. Ellas quedan, y al pensar que á ellas nos acercamos, sentimos lástima verda-

dera de los grandes poderosos de la tierra, de los grandes millonarios y magnates que no están en nuestro barco, y navegan quizás en su buque de temores; ellas son el espléndido regalo con que el arte obsequia al que sabe apreciarlas, ellas subsisten, muerto el genio, como subsiste la luz en el crepúsculo; ellas ven triunfantes pasar y morir las generaciones, y siempre sonrientes, siempre grandiosas, en su augusta indiferencia, contemplan la posteridad que llega y ven pasar los años y los siglos y crecer los devotos de su gloria.

¡ Loadas sean ellas! pensamos, mientras la golondrina deja nuestra isla en lontananza, y permitida nos sea su eterna admiración en la isla y fuera de ella. Ser devoto de algo, en estos tiempos en que la duda y la irreligión invaden los corazones y el malestar se cierne en todas partes como epidemia del alma, es don precioso que hay que conservar como el mayor tesoro; ser devoto del espíritu cuando doquiera triunfa la materia, es arma defensiva contra el brutal ataque del egoísmo que mata todo calor con su contacto glacial; estimar más las obras que los hombres es escudo y muralla contra muchos desengaños. ¡ Loadas sean ellas! pensamos, viendo pasar París á cada lado del Sena, oyendo su voz incansable, contemplando ya el *Hôtel de Ville* con su color de ocre muerto, ya las negras torres de la Conserjería como dos manchas de tinta sobre el cielo, la aguja de Notre Dame bordada de nervios góticos, y, por fin, la masa inmensa del *Louvre*, grande como una ciudad, tierra santa de nuestros sueños, mezquita de peregrinos artistas, arca santa donde el vapor se detiene.

Allí bajamos y hacia el museo subimos, con la fe artística sentida como una religión que nos inspira aquel templo. Al entrar, un instinto parece que nos obliga á descubrirnos; la mirada busca instintivamente la pila del agua bendita de aquella casa sagrada y la voz se estanca en el pecho, comprimida por santo recogimiento.

Callados y siguiendo uno á uno, pasamos el umbral de mármol, entramos en la larga galería llena de clásicas estatuas, guardando aquella entrada; vemos tumbas y sarcófagos por doquiera, dioses y emperadores á quienes cuasi sonreímos como antiguos conocidos y, frente á la gran escalera, estáticos contemplamos adelantarse sobre la blanca nave griega la estatua de la Victoria.

¡ Qué hermosura y qué ruína! Imposible es ver una obra que siendo más mutilada sea más completa al mismo tiempo, que exprese más en menos líneas. A sus pies hacemos la primera plegaria de la tarde... y nuestra oración es un recuerdo al gran pueblo de la Grecia, á los sabios maestros de la forma, á los santos adoradores de sus dioses á quienes hacían sublimemente hermosísimos para amar en su imagen la hermosura. Ante esas obras, la visita se aparta de los pobres hombres modernos, cargados de cráneos linfáticos y raquíticos y se lamenta el pensamiento, y llora el alma aquella civilización augusta hecha de arte y para el arte; ante aquel portento á grandes trazos, achícase el espíritu de vergüenza, siéntese el hombre pequeño, echa de menos un país formado de héroes y, como débil mujer, se busca amparo en aquellos fuertes músculos, sintiéndose el cuerpo enfermizo y el pensamiento

cobarde; ante aquella Victoria, adivínase una derrota y se sigue el camino para cambiar de impresiones delante de los frescos del simbolista Botticelli.

En este altar también rezamos, aunque de diferente modo. Si allí está la fuerza, hállese aquí la armonía; si aquel arte nos dá espanto, éste nos enamora; si aquel gritaba con bravura, sonrío éste con la más dulce sonrisa. Es el uno el arte hombre, con su fuerte complexión inspirada por los dioses, el otro el arte mujer, con sus encantos, besado á flor de labio por el más puro y delicioso arrobamiento; es aquél obra de un cuerpo robusto, lo es éste de un sutilísimo espíritu con delicadezas de místicas sensaciones, con deleites de un corazón virginal, con purezas de un sentimiento exquisito. Las mujeres de Botticelli parecen mujeres pintadas por sí mismas, seres creados en sueños, flores sutiles con alas de mariposa. Débiles como los lirios, adivínase su forma detrás de gasas movidas por la más ligera brisa de un paisaje imperceptible, dóblanse como tallos de palmera y parecen exhalar el aroma de un jardín misterioso.

Ese aroma, que es quizá el del incienso de aquel arte, el cantar sagrado de los salmos del color, el candor seráfico de una pintura sin mácula, lo aspiramos largo rato: sentímonos idealmente enamorados de aquella belleza de rosa de ventanal, y meciéndonos en sueños que nos alejan de la tierra, en líneas que suben como espirales de mirra, en sonoridades de órgano, en vagas y extrañas ideas, nos sentimos más felices, menos ásperos y menos materiales, al entrar en las salas del museo.

Encuéntranse primeramente en ellas las obras de Poussin, entre otras, ennegrecidas y oleosas, grandes masas de árboles de dibujo correctamente académico, equilibradas por una composición sabia y fría; los cuadros de Lebrun y Lesueur, negros también y ennoblecidos; los bodegones íntimamente expresados de Chardin; los paisajes ideales de Lorena, grandes entradas de puertos rodeados de fantásticos edificios luminosos, en su tono mayor de octava baja; aquí una galería coronada de estatuas; allí unos pórticos corintios de arquitectura soñada; minarettes del renacimiento al fondo y, en medio al mar rizado, un gran buque fantasma, decorativo, deslizándose, como si tuviera alas, sobre un cielo de aurora, en solemne y grandiosa apotheosis. El conjunto de esas obras es sacerdotal y solemne, callado, de una quietud de frío, y los pocos visitantes de la sala parecen guarecerse en sus abrigos y seguir adelante para entrar en calor, como seguimos nosotros. Entre ellos encontramos, sin embargo, á Watteau, que nos sonrío. El delicado pintor del siglo XVII nos muestra allí su gracia y donosura, sus delicadezas de hombre de un mundo refinado; sus pastoras andando sobre alfombras; vistiendo seda y corriendo por un prado que convida á las dulzuras de la vida y que oculta misteriosas espesuras; sus esquisitas cortesanas, delicadas de tono como hojas de rosa sobre seda de la India, su viaje á Citerea, lleno de amores, con la antorcha volando hacia montañas azules, todo un mundo cortesano con las mil y una intrigas de una época aduladora, trazadas por mano que calzó guante y que estudió

de la mujer las medias tintas, las exquisitas tentaciones veladas por el encaje y la seda.

Rezamos allí, quizás tanto los modelos como los mismos cuadros, y admirando de paso á Greuze, á Van-Loo, á Boucher, á Lancret y á tantos hermanos de una misma época, á quienes saludamos pasando, llegamos á la larga galería á visitar con entusiasmo y simpatía á nuestros grandes pintores.

Allí están los mejores, aunque no con lo mejor que crearon. Allí está el gran Velázquez, el más pintor de los pintores, el coloso incomparable, mostrándonos su sobrio Felipe IV, sus dos meninas, sus retratos hechos como por sí mismos, frescos de color como una rosa, nacidos de un solo enérgico trazo, exuberantes y justos, grises de un gris de plata, figuras plantadas sobre la tela por obra de su talento y desesperación de sus crecientes discípulos; allí está Ribera, con el « Entierro de Cristo », « La adoración de los pastores », « El ermitaño » y otros grandes portentos, investigador incansable del dibujo, amante de las sombras y contrastes, pintor de los horribles sufrimientos, analítico espíritu de la carne y de los nervios, de los músculos y de las mismas entrañas del hombre, artista contándonos amargamente las miserias del cuerpo, con la franqueza brutal de la verdad, y encontrando el placer de realista en las ruínas del hombre, como lo halla el romántico en las ruínas del tiempo; allí está Murillo con el « Milagro de San Diego », con el « Nacimiento de la Virgen », con sus vírgenes deslumbrantes, seductor con su color rubio de oro viejo, ortodoxo más que místico soñador, maestro en la armonía de los tonos, elegante del éxtasis, evo-

cador de un cielo espléndido de nubes sonrosadas y violetas, devoto de los ojos mirando á un más allá, naturaleza optimista encontrando en la tierra las bellezas de la gloria; allí está Zurbarán, con los « Funerales de un Obispo » y con « San Pedro Nolasco », pintor tétrico y severo, fúnebre corazón de artista que parece reunir, con los dientes apretados de emoción, la línea característica, la silueta de un cráneo taciturno, las venas y nervios de una mano descarnada, y se complace en el profundo misterio de las cavernas hundidas de los ojos, en las comprimidas sienas, y en el color descompuesto de los muertos; allí Moro con el « Enano de Carlos V », y sus retratos palpitantes, figuras magistrales resucitadas en el lienzo, con la palabra en los labios y el pensamiento en la cabeza, pero con más vida artística que la que en vida tuvieron; allí está Goya, jugando con el color y haciendo brotar armonías y matices con la soltura de un maestro prodigioso; allí están, para honra de la antigua escuela española, contando lo que fuimos y al nivel donde llegamos en tiempos más venturosos.

Delante de ellos rezamos, y rezamos con sentidísima tristeza, al pensar que en España ya no hay artistas de los que valieron tanto, que perdimos el pasado y que miramos con la mayor ignorancia é indiferencia el porvenir, y, delante de nuestros mayores, continuamos la peregrinación dichosa, perdidos en aquellas grandes salas y vergonzosos ante tanta obra maestra.

Cuadros vemos cuyo nombre tan sólo tiene patente de reliquia. Las obras de los pintores holandeses, interiores del norte, íntimos como un secreto,

mates, vibrantes de quietud. Van Ostade, Pieter de Hooch, Terburg, Van der Helst, Van der Meer, y otros no menos famosos; Rembrandt grandioso, con toda la fuerza y el genio de un verdadero coloso; Téniers, con sus características escenas, y otros grandes también, de que no hablo por no pagarles con una sola mirada; luego siguen los retratos: los del Ticiano, los de Rubens, los de Van-Dyck, cuya sola citación evoca un recuerdo de gloria; los de Holbein y Clouet, penetrantes observadores de la forma, el retrato de Descartes por Frans Hals; el de Juana de Aragón por Rafael; dos obras buenas entre las buenas, y tantas y tantas otras que espantan y entusiasman á un tiempo; luego, otros cuadros más: Correggio, Veronés, Morales, Guido Reni, Tiépolo y Miguel Angel, que vamos viendo y admirando uno á uno y que nos aturden los sentidos y nos gritan cosas bien dichas, con lenguaje siempre distinto, pero siempre con el lenguaje del talento, y que nos hacen brotar palabras de entusiasmo ó nos inspiran silencios repletos de reflexiones.

Delante del altar de Leonardo de Vinci, nos detenemos largo rato, pensativos. De él puedo decir, y quizás mejor obrara no diciendo otra cosa, que es para mí el artista que tal vez más veneración me ha inspirado. Sus obras son más que obras; son regalo al espíritu y á los ojos, son la emanación de un alma que dió la vida á sus cuadros, pero la vida de la divina sonrisa, de los ojos de gloria, de la íntima expresión del sentimiento. Pintor, escultor, poeta, arquitecto y músico al mismo tiempo, todo lo abarcó aquel genio y en todo dejó trazas de su arte. La

mirada de sus vírgenes tiene algo de la tristeza gris de la tierra y de la alegría azul del cielo, fundida en consorcio indescifrable; miran pidiendo y dando; suplican y atraen, como si su propio corazón estuviera visible en sus pupilas; la sonrisa de sus labios tiene la atracción del beso y el temor de la virtud, con líneas de bondad suprema y pliegues de inocente picardía; advínase en sus manos el contacto de una mano cariñosa y revelan las frentes modeladas y bruñidas un pensamiento idealmente amoroso, sin pliegues de sufrimiento, ni nieblas de desengaños. Su «Gioconda», sobre todo, inspira la confianza de un amigo, de un confesor, de un alma serena y tranquila, á quien confiar los más íntimos secretos que pasan como nubes en la mente; es el sueño del deseo de un artista como Leonardo de Vinci; es la imagen de un espíritu hecho mujer y detenido en la tierra por obra maravillosa, y el paisaje de su fondo es aureola cernida en aquella visión santa, velo del aire que acaricia aquella obra y posa un beso de sombra en sus divinos cabellos.

Un beso sería nuestra oración, si á tanto nos atreviéramos delante de aquella imagen; un beso al arte, silencioso, un beso pidiendo amparo en el camino intrincado de la duda, pero seguimos la visita y llegamos al altar mayor del Louvre, al sagrario pictórico, al espejo del cielo donde están los primitivos.

Ellos son los de la época en que, según nos dice Huysmans, por vez primera y quizás última, el concepto divino fué entrevisto. En los cuadros primitivos el tono de las santas mujeres se vuelve transparente como la carne pascual, y son sus cabellos



pálidos como doradas nubes del más delicioso incienso; hinchase apenas su pecho; son sus frentes redondas como vasos de custodias, estíranse sus dedos, y se lanzan sus cuerpos como delgadas columnas. Su belleza se vuelve una belleza litúrgica, parecen vivir en el fuego de los ventanales góticos, robando á las llamas inflamadas la corona de aureolas, el color azul de sus ojos, las brasas apagadas de sus labios, y guardando, para con sus trajes, los colores despreciados á sus carnes, despojándolas de reflejos, apagándolas, para llevar toda la luz á las telas del ropaje, con tonos callados y opacos, que ayudan, por su contraste, á poner en relieve la seráfica luz de la mirada, el doliente candor de la boca que perfuma, el sabor de lirio de los cánticos ó el penitencial olor de mirra de los salmos. Humildes pintores del claustro, los pintores primitivos son como almas sin carne, como espíritus alados, trabajando en sus códices de fe, despreciando los hombres y cumpliendo una misión; son poetas del cielo que esperan en la tierra trabajando y dejándonos sus obras por olvido, al remontarse á la Gloria, y allí, en el Louvre, las vemos unas al lado de otras; la de Fra Filippo Lippi, Gaddi, Giotto, Cimabue y Guirlandajo, de la escuela florentina; las de Van Dyck, Memling, Mantegna y Lorenzo de Credi, todo unidos en un haz de misticismo; allí están presididos por el Santo Beato Angélico con su « Coronación de la Virgen »: delicadeza sublime, obra pintada por ángeles, retablo nacido en éxtasis, que nos eleva el pensamiento á las regiones de una vaguedad sin límites y nos aleja del mundo de los hombres.

Pasamos, por fin, al salón de los pintores modernos, y allí hacemos la plegaria al Porvenir, y todo el camino que el arte moderno ha seguido lo seguimos guiados por los pasos de las obras, que cual mojonos de esa peregrinación que hacemos, señalan los adelantos. Vemos á David y le vemos rompiendo lanzas con sus pasados, glacial en su clásico dibujo; vemos á Delacroix y lo admiramos, y lo sentimos exuberante de fuerza, potente de imaginación, romántico y vigoroso; con Courbet asistimos á la aurora del aire libre que empieza á deslizarse en los cuadros; en pleno aire de campo encontramos á Millet y se nos muestra Corot como maestro del paisaje, habilísimo en retener en la tela las sutiles transparencias de la atmósfera, como precursor espléndido de las glorias de más tarde.

Tarde es ya, cuando salimos de aquella oración del domingo, cansado el cuerpo, pero más conmovido el espíritu, y seguimos al lado del Sena, pensativos, aturdidos de aquel mundo que hemos visto, é intrigados del mundo que ha de venir. ¿Quién sabe, nos preguntamos andando, si á los hombres de hoy nos faltan ideales; si andamos sin fe, hacia un porvenir incierto; si la ciencia mata al arte y la civilización lo empequeñece! No importa, nos decimos, para darnos esperanza — sea cual fuere el camino (si él es bueno) hay que seguir adelante, ya que el mundo no puede retroceder... Y contentos de este consuelo interino y de haber santificado la fiesta, llegamos á nuestra dichosa isla.

## IV

## La clase de noche

Un salto de los que no son mortales, dos, tres y cuatro, y los cuatro mosqueteros de la isla, sin mosquete y sin intenciones belicosas, como tenían aquellos cuatro majaderos memorables, asaltamos el ómnibus que conduce á la academia, en el momento preciso de pasar por delante de Notre Dame, con grande estruendo ocasionado por el soberbio edificio, que sirve de caja sonora al vehiculo *andante* furioso. Gran campanilleo al entrar, pago de frente y cambio de calderilla y, sin más operaciones, tenemos derecho reconocido á sentarnos ó á quedarnos en pie, si así lo juzgamos prudente.

Si nieva, como acontece más veces de las que señala el calendario, nos entramos en los bajos interiores de aquella casa con ruedas; si ni tan siquiera llueve, nos quedamos en el patio, llamado plataforma por mal nombre y, si hace luna, por poco que ella sea de la clase de poéticas y se muestre en son de balada ó nos prometa lucirse haciendo maniobrar las nubes con lucimiento de luces é intervención de comparsaría de estrellas, subimos al imperial y ganamos 15 céntimos de poesía por cabeza.

En el interior del ómnibus se puede observar que todo el mundo tiene aires de persona reflexiva. Será el aburrimiento ó lo que sea, pero es el caso que las naturalezas más ligeras, las mujeres de esas llama-

das airadas, las cabezas de pájaro, todas tienen una seriedad que sólo dura mientras van en el glorioso vehiculo. Diríase que un ómnibus es una casa de filósofos que cambia de domicilio, la cátedra del silencio, la mansión ambulante de una máquina pensadora, ó también podría ser, (y si lo niegan que lo nieguen), que como es tan fugaz; ay! la vida en las grandes capitales, y como son tan pocos los momentos que al hombre le quedan para pensar, aprovechan aquel *sport* para meditar sus cosas, empezando al subir un pensamiento y dejándolo á punto de entregar ó meditado, al cabo de la jornada. El caso es que, con ojos de merluza, todo el mundo se observa de un modo escudriñador, en esos ómnibus fugaces; que hombres, mujeres y niños y hasta soldados se miran como cosas curiosas, y se estudian con aire de persona pensativa, en tanto que el mueble sin cesar navega por el piélagos inmenso de la villa.

En la parte de fuera, navegando aún, ya el piélagos se domina mayormente y la villa es otra cosa. Desde allí podemos enterarnos de todas las fases del país que se recorre, de los accidentes del terreno, de la topografía y demás cosas curiosas; podemos observar que París es poco montañoso, muy poblado, que hay minas de piedras preciosas y que en él abunda la caza, que el viajero encuentra muchas posadas, ventas y ventorrillos donde tomar un refrigerio, ya que el francés es hombre dado á la comida, y que el país es rico en mujeres y en verduras, pues no hay palmo de terreno que no esté cultivado; podemos ver que, dejando el país latino á las espaldas, seguimos la carretera de Rivoli y, por la vía de la Opera, continuamos hasta la misma Tri-

nidad, donde el que quiere puede dejar las maletas ; que allí, como en las antiguas diligencias, el que prefiere ir á pie puede hacerlo para no cansar el ganado, que ha de subir una gran cuesta, y otras cosas podríamos relatar, á no tener que llegar á la academia de noche en compañía del lector, cansado ya de viajar, él en artículo y en carruaje nosotros, y no temer el perdernos tan lejos ya de la isla y tan enredados ya en el negro continente.

Allí en Clichy está la academia titulada « Sociedad de la Paleta », y allí llegamos, por fin, y allí entramos, dando las buenas noches la mayor parte de las veces. El local no puede ser más sencillo ni más revuelto al mismo tiempo. No es posible que en menos cosas pueda haber más desorden, ni mas útil desbarajuste en la casa. Una mesa administradora, con su quinqué de rompe y pon y sus libros con nuestros nombres apuntados; en las paredes *academias* de los chicos de provecho, pesos de mucho peso para ser levantados por los aficionados á la gimnasia de salón; alguna fotografía, la gran estufa, como pieza principal, comiendo carbón toda la noche y echando calor por su vientre, y en el centro el modelo, puesto en guardia, rodeado de sillas, de bancos y caballetes, con todo el personal buscándole líneas, contornos y claroscuros que debe tener sin duda y que nos hacen bregar en fila, como pobres condenados.

Es la « Sociedad de la Paleta » una academia libre, si libre se puede llamar un lugar donde se paga. Consistirá sin duda la libertad de aquella casa, en que se puede hablar sin pedir permiso al prójimo, en que se puede echar al suelo toda reputación

de pintor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, en que se puede atropellar á los amigos ausentes, y en que el que quiere aprender aprende, si nació con facilidades propicias. Por lo demás, no solamente no es libre, sino que á muchos les es penosa á causa de la broma que han de aguantar al principio, que no resulta muy incómoda la mayor parte de las veces. Es el caso — y cuento estos detalles por ser exacto en el relato de costumbres — que átanle á uno con el esqueleto y le tienen dos horas en tan agradable compañía; píntanles de azul á otros, á éste le encierran en un cuarto, le examinan sus facultades á aquél, y á muchos les hacen pagar el refrigerio para honra y provecho del arte y satisfacción del estómago de toda la compañía. Entre otros, un día llegó de nuevo un jovencito pálido como un Greco, ojerizo, endeble, llevando sobre su cráneo lustrosas y bien cuidadas melenas, que le daban el aspecto de un poeta de los que se usaban antes. Al verle, ya previmos el porvenir que le aguardaba, y temblamos por sus cabellos. Realmente, se reunió la comisión sin pérdida de tiempo y, atando al reo convicto y cuasi confeso de llevar tal adición á su testa, fué llamado un barbero, y allí mismo se consumó el sacrificio de cortarle las poéticas melenas. No chistaba la víctima, sumisa, y su cabeza se volvía tan pequeña, pero tanto, que hubo un momento en que creíamos que se cortaba más cosa de lo pactado ; entonces la comisión, acudiendo ella misma en persona, con cuatro tijeretazos adelantó la obra empezada por el Figaro, dejando aquello lleno de surcos

y claros, con cada lunar blanco y grande como pieza de diez céntimos.

En cambio, la entrada de uno de los concurrentes fué una entrada á sangre y fuego. En cuanto vió á la Comisión que se acercaba, previendo que ya iban á prenderle para llevarle al castigo, encogió su fuerte musculatura, agachóse y, echando una serie de puñetazos á los cuatro puntos cardinales, obligó á formar el cuadro de guerra, á estilo de Waterloo, á toda aquella Comisión que hasta entonces lo formaba de pintura. Uno de aquellos golpes, el más fuerte sin duda, fué á caer entre ojos y nariz de un súbdito auténtico de la virginal América. disgustóle esto en gran manera, é implorando á sus brazos para que le dieran fuerzas, acometió al *gladiator*, paróle éste, quiso pegarle él, no lo quiso el *academista* en cuestión, y de estas resultas y estragos recibió otra vez el americano tres porrazos más, de tal estima, que se los llevó á las Américas en memoria y ex-voto de aquella terrible jornada.

Estas defensas son raras, — sin embargo, — y los castigos consisten en mortificar al individuo paciente. Así á otro *academista* de carácter poco amigo de oratorias, le hicieron hablar durante un cuarto de hora, comprendiendo cuánto le hacían sufrir con el castigo; si entrara Moret, ó Romero, ó Castelar, ú otro orador español, le harían callar tres días; á éstos les hacen trabajar, holgar á aquellos, y se busca el sufrimiento de las almas sin perjuicio de la salud de los cuerpos que, después de todo, como dicen autores muy concienzudos, es la prenda más amable.

Por estos trámites va entrando en la academia

toda la variedad de clases y de especies de pintores con que cuenta la gran familia del arte. Entran las señoritas artistas, lo menos mujer posible, raza indefinible, perdiendo la fragancia de su sexo en aquellos bancos sudados, mirando con ojos de hombre, en vez de ser miradas por sus ojos de mujer, admiradoras más que admirables criaturas, seres neutros que la civilización ha creado con biberón de progreso; entran los extranjeros, norteamericanos, tiesos como postes telegráficos, constantes trabajadores, tercios, amantes de sí mismos; los ingleses, amigos de hablar poco y de nadie más; los austriacos y alemanes, fríos hijos del Norte, soñando y durmiéndose casi delante de su dibujo; los italianos y españoles, habladores en demasía, entusiastas de lo bueno y de lo malo, amantes caprichosos hoy de esta escuela, y de otra al día siguiente, armadores de juergas, ya en negro mal humor ó en bacanales desechas; los americanos del Sud, meticulosos de su arte, enclenques de talento, artistas degenerados y excelentes soñadores: Entran los pensionados, llegados de tierras lejanas que no se encuentran en el mapa, con algunas pesetas mensuales arrancadas á un benévolo Ayuntamiento que quiere genio en su pueblo; los *rapins* de París, viviendo de *arlequins*, ó sea desechos de fonda, comprados en el mercado, y de la carne del prójimo; los aficionados *chics* acechando á los amigos que están necesitados para comprarles un estudio á bajo precio; algún viejo para ver á las modelos; los verdaderos artistas y modestos trabajadores, todos revueltos y mezclados y unidos bajo la luz que ilumina la figura inmóvil en su tarimá, como ser condenado al hipnotismo.

Dibujando todos, allí está el discípulo aprovechado, el querido y mimado del maestro, ser incansable copiando musculaturas desde su más tierna infancia, capaz de hacer la *vera efigie* del modelo, pero inservible para dejar sentir una emoción en sus cuadros; allí está el que busca el conjunto, haciendo grandes rasgos de arriba á bajo del *Ingres*, modelando carbón con el pincel, apartándose de vez en cuando para ver el efecto de su obra; allí está el detallista encariñado en una mano, llegando al sábado con la tristeza de no haber podido terminar dos ó tres uñas de su estudio; el principiante ensuciándose dedos y cara y papel, y todo y á todos los que se encuentran al alcance de sus terribles desmanes; el que domina su oficio, trabajando poco y con grandes precauciones; el distraído que no repara que ha cambiado de sitio y continúa trabajando á su capricho; y el paciente, que sigue la lucha con el disfumino después de marcharse el modelo, hasta que le dejan á obscuras y le echan de allí como un trasnochador calavera; y todo este personal, con ser tan incongruente, tiene un cierto parentesco de academia, un cierto amaneramiento, una tendencia á unificarse y á formar juntos escuela... y en esto consiste el peligro de estas casas de dibujo.

En medio de estas batallas por la forma, es cosa de ser oídos los escándalos que allí se arman, las batallas que se libran y las luchas y jaleos que explotan lo mismo que tempestades. Días hay en que algún nombre de pintor cae en aquel redondel, y es preciso ver del modo que sale descuartizado, mordido, maltrecho y sin pizca de talento; uno combate el color, otro la forma, aquel la tendencia,

y éste la educación, y no hay quien no se lleve un pedazo entre dientes, para comerlo y rumiarlo más tarde en las horas del silencio; días hay que, discutiendo una escuela, se levantan tableros en forma de terribles amenazas; días que dos salen desafiados en defensa de artistas muertos desde hace cuatro siglos; días que nadie se atreve á hablar, de tal modo está la atmósfera cargada, y días, en fin que corre un aire de pugilato, y días que aquello parece un orfeón incoherente, de tal modo las canciones repercuten en la sala, con espanto del modelo. Baladas suecas y cantos populares de la Escocia, únense con la entusiasta Marsellesa; la marcha real española mézclase con la marcha rusa, la *filia del Marxant* con el Guernicako-arbola, y toda aquella inmensa gritería recuerda una exposición de cuadros, en la cual canta cada obra su nota con espanto del que no sabe exteriorizarse y cantar solo su canción, para tomar parte en el coro.

Los viernes viene el maestro á corregir y entonces hay un momento de absolutísimo silencio. Mientras pasa alargando brazos ó estirando piernas del dibujo que corrige, reina como un estupor, un murmullo de iglesia, un respeto profundo; pero apenas se ha marchado, vuelve el jaleo de antes, el trabajo frenético, las discusiones sin fin, y los gritos aquellos que se prolongan sin *tasa*, hasta que el sábado llega. Entonces, en relativo silencio, pasan en fila los modelos, entre quienes hay que escoger el mejor para la próxima semana, los cuales desnúdanse al lado de la gran estufa, y como bandada de indios van subiendo á la tarima.

Pasa el modelo italiano, de luengas barbas y ca-

bellos y de *pose* premeditada ; se queda con una mano clavada en el corazón y la mirada en el cielo ; pasa la triste modelo de oficio, cansada ya de rodar por los estudios, mirando sin ver á los que la miran, vaga aparición del fastidio, cuerpo sin luz, espléndido y pobre recurso del arte ; pasa la modelo inexperta con carmines de rubor, y pasa el modelo Hércules, *tatuado* de brazos, corpulento como un monte, frunciendo el entrecejo y comprimiendo los brazos, para poner en relieve sus bíceps artificiales; pasan como un desfile los modelos á lo Rubens, las cabezas peinadas á lo Rafael de *rapin*, las místicas á lo boulevard exterior, las largas y estiradas simbolistas, la ruda Juana de Arco; pasan las ninfas de azúcar enseñadas á bruñirse en el taller de Bouguerau, las rojas cabelleras de Besnard, las payesas de *trottoir* del minucioso Lepage, los hombres de la edad de piedra de Cormon, las de la edad del vicio de Forain, y las enclenques criaturas violetas de Aman Jean, y pasan unas cual recuerdos de obras vistas ya realizadas y otras como vagas esperanzas, como ideas matrices de concepciones soñadas, como pasta de carne para hacer arte con ellas, como pobres maniqués y medios de inspiración y moldes de obras maestras.

Y sin recordar un momento que todo aquello son hombres y son, sobre todo, mujeres, levántase la mano, negativa ; gritanse allí sus defectos como insultos y á su cara se vota su hermosura ó su fealdad y se las rechaza sin compasión del estudio.

¡ Pobrecitas ! Creer que están curtidas, á esta votación cruel, á este íntimo desaire, es un engaño que el pintor se hace á sí mismo. No en vano á una mujer

se le niega el don supremo de la belleza que adora, sin que llore un bien perdido. Prueba de ello fué que un día, saliendo todo el mundo en tremenda gritería como siempre, oímos una mujer que lloraba al lado de la gran estufa y, por cierto que lloraba amargamente. ¡ No sirvo ya ! ¡ No sirvo ya ! nos dijo con la tristeza infinita de un ocaso sin aurora.

Era verdad. Para lo único que hubiera podido servir, realmente ; no servía ! Pero, ¿ qué hacer ? si el arte no tiene entrañas.

## V

## La isla mística

Cuando, al despertar por la mañana, abrimos los postigos para ver la luz del día, se presenta Notre Dame detrás de los cristales como un saludo á los ojos.

¡ De allí no ha de moverse la augusta silueta ! ¡ Allí hemos de ver á todas horas á la hermosa, á la espléndida catedral ! Allí la contemplamos como fondo á nuestra vida de isla, como plácida sombra, y aún sentimos el amparo de su mole, cuando la luz se apaga y muere el día tan casto y tan hermoso, en estos días del empedernido invierno !

Al levantarnos, para ella es el primer saludo que

bellos y de *pose* premeditada ; se queda con una mano clavada en el corazón y la mirada en el cielo ; pasa la triste modelo de oficio, cansada ya de rodar por los estudios, mirando sin ver á los que la miran, vaga aparición del fastidio, cuerpo sin luz, espléndido y pobre recurso del arte ; pasa la modelo inexperta con carmines de rubor, y pasa el modelo Hércules, *tatuado* de brazos, corpulento como un monte, frunciendo el entrecejo y comprimiendo los brazos, para poner en relieve sus bíceps artificiales; pasan como un desfile los modelos á lo Rubens, las cabezas peinadas á lo Rafael de *rapin*, las místicas á lo boulevard exterior, las largas y estiradas simbolistas, la ruda Juana de Arco; pasan las ninfas de azúcar enseñadas á bruñirse en el taller de Bouguerau, las rojas cabelleras de Besnard, las payesas de *trottoir* del minucioso Lepage, los hombres de la edad de piedra de Cormon, las de la edad del vicio de Forain, y las enclenques criaturas violetas de Aman Jean, y pasan unas cual recuerdos de obras vistas ya realizadas y otras como vagas esperanzas, como ideas matrices de concepciones soñadas, como pasta de carne para hacer arte con ellas, como pobres maniqués y medios de inspiración y moldes de obras maestras.

Y sin recordar un momento que todo aquello son hombres y son, sobre todo, mujeres, levántase la mano, negativa ; gritanse allí sus defectos como insultos y á su cara se vota su hermosura ó su fealdad y se las rechaza sin compasión del estudio.

¡ Pobrecitas ! Creer que están curtidas, á esta votación cruel, á este íntimo desaire, es un engaño que el pintor se hace á sí mismo. No en vano á una mujer

se le niega el don supremo de la belleza que adora, sin que llore un bien perdido. Prueba de ello fué que un día, saliendo todo el mundo en tremenda gritería como siempre, oímos una mujer que lloraba al lado de la gran estufa y, por cierto que lloraba amargamente. ¡ No sirvo ya ! ¡ No sirvo ya ! nos dijo con la tristeza infinita de un ocaso sin aurora.

Era verdad. Para lo único que hubiera podido servir, realmente ; no servía ! Pero, ¿ qué hacer ? si el arte no tiene entrañas.

## V

## La isla mística

Cuando, al despertar por la mañana, abrimos los postigos para ver la luz del día, se presenta Notre Dame detrás de los cristales como un saludo á los ojos.

¡ De allí no ha de moverse la augusta silueta ! ¡ Allí hemos de ver á todas horas á la hermosa, á la espléndida catedral ! Allí la contemplamos como fondo á nuestra vida de isla, como plácida sombra, y aún sentimos el amparo de su mole, cuando la luz se apaga y muere el día tan casto y tan hermoso, en estos días del empedernido invierno !

Al levantarnos, para ella es el primer saludo que

enviamos. Envuelta todavía en un sudario de niebla, vaga y vaporosa como un reflejo de ella misma, sin contornos y sin relieves, la entrevemos como nacida del Sena, la miramos dibujarse lentamente, surgir el ábside, desabrigarse su flecha, estirar las dos torres hacia el cielo cual dos brazos desparezándose á la luz de la mañana y echar de sus espaldas la neblina. Libre de ella, cuando se aleja arras-trándose por la corriente del río, vemos crecer sus encantos y dibujarse sus secretos, detallarse sus bordados y volverse joya cincelada; en su ábside sus largas piernas de crustáceo apoyadas en el suelo, en sus espaldas sus cresterías pizarrosas, en sus montantes sus siluetas de vírgenes y santos cobijados en sus íntimas capillas, dragones y grifos y animales fantásticos, agarrados en sus costados macizos, figuras solitarias sobre el cielo, frágiles ojivas y ventanales esbeltos, todo liado en haz de perfecto conjunto en sinfonía de líneas.

En pleno mediodía, vemos el sol de invierno posarse sobre ella en pobres rayos enfermos y marcar, en sus relieves, esos azules sin color y esos violetas sin fuerza, que más pintan que iluminan; vemos tornarla ultramar y recibir las llamaradas de fuego del sol que va al ocaso en los vidrios de sus larguiruchas ventanas, y la vemos por la noche tan cerca de las estrellas, que algunas parecen luces de plata encendidas en sus mismos campanarios.

No sé si tendrán alma los edificios, pero de que éste la tiene estoy seguro. Tiene un alma grande y triste como un nocturno, un alma misteriosa y gris como su misma pátina, el alma del roce de tantas almas como han orado en sus pliegues y la de tantos

artistas que la han dejado en sus piedras. Su color, que es de luto, inspira encanto y temor de cosa grande, recibe el aire cual pobre convaleciente, sin que el oro de la luz pinte jamás de rosa y ocre ese cuerpo de tétricas y perfectas proporciones; le sienta mejor la melancólica sombra de las nubes y la niebla que los rayos del sol y los azules del cielo, y en su paz parecen pintarse alegrías y dolores como en cuerpo sensible, lágrimas con la lluvia, temblores al contacto de los blancos copos de nieve, crujimiento de huesos con el frío de las grandes heladas del invierno.

¡ Qué gran cosa tener la joya de un alma así, donde mirar, cuando la suerte depara tantas líneas antipáticas como fondos de ventanas de la vida! Salir á respirar el aire y recibirlo impregnado de la santa poesía que ha recogido en el camino; Soltar la mirada á la luz, sin temor de que se nos vuelva cansada de lo que ha visto y nos cuente las mil fealdades que el hombre acumula sobre la tierra!; Tener Notre-Dame delante!; Tener por cortinaje de los vidrios esa gótica montaña es como tener un libro abierto todo el día á nuestros ojos, pero un libro escrito por santos y encuadernado por genios, un libro lleno de dulces palabras é iluminado de saber é inspiración; es tener sobre la mesa la sinfonía de piedra, la obra colosal de un hombre y de todo un pueblo á la vez, « la hermana de la Iliada », el producto prodigioso de las fuerzas reunidas de toda una época pasada, en la que se ve brotar la fantasía del obrero disciplinada por el genio del artista, especie de creación humana, poderosa y fecunda como creación divina; es tener algo



sublime donde verse pequeñísimo punto de mira, solemne para estímulo de trabajo y muerte de vanidades estúpidas.

Ella enseña, aquí detrás de los cristales, lo que puede la fe de un pueblo que tiene ideales que cumplir, y el modo inspirado y bello como ha sabido cumplirlos; la unión de millares de pensamientos en comunión de trabajo, elaborando juntos su obra y subiéndola en peregrinación de artistas hasta coronarla en la cruz de la veleta; la incógnita de tantos amantes de su arte, poniendo el talento en cada piedra, como quien pone un ex-voto de la idea y ocultando el nombre en la tierra, con la dulce esperanza de hallarlo en letras de luz en el libro de la gloria; ella enseña la donación de sí propio en aras del edificio, el santo amor á la obra, el gran amor al misticismo que eleva el pensamiento á lo lejos, á lo más lejos posible de la tierra, con esperanza por alas y ambición de consuelo en lo ignorado.

Notre Dame es isla dentro de otra isla, corazón enclavado en el corazón del continente, y por serlo la queremos. En ella, mil veces más que en la nuestra, el hombre encuentra aquel refugio de que hablábamos, y dichoso ha de ser el iniciado en aquel sublime espíritu, cuando ya tanto enamora á los que sólo sabemos admirar su hermoso é inspirado cuerpo. Es isla aquella de naufragos, refugio de pecadores, isla con tristes orillas y vegetación frondosa, puerto de la geografía de ultratumba, hecho para orar ó despertar la admiración á los que oran; para aprender á querer sin los límites de lo finito, para soñar en cosas grandes; es casa aquella para sentir sublimidades, sin que se rían los hombres;

para soltar el pensamiento sin temor de tropiezos miserables, para hallar el consuelo de la religión los unos y los otros el del arte, para vivir preso en un refugio sin puertas.

Al salir á la calle; cuántas veces el aroma de sus flores nos atrae, y nos sentamos en sus pórticos respirando arte en su sombra, antes de ir hacia ese París inquieto!; cuántas veces, pasando, nos detenemos delante de un detalle indescifrable, de una flor que no habíamos observado, de un grifo que parece observarnos con los ojos vacíos, de una lápida sepulcral misteriosa!; cuántas veces acortamos el paso, para oír la orquesta de las campanas, tristes unas como voces de minarete, solemnes otras como voces de la muerte, y vemos voltearlas en la cima y abrir su inmensa boca, rodeadas de pájaros en gracioso remolino! Bien sabes, catedral, que no hay día que no recibas nuestra mirada, cuando no es nuestra visita; que no te veamos como joya, que no pensemos en los muertos que te hicieron, para admiración del mundo!

Unas veces nos vamos á contemplar tu fachada, y nos pasamos horas enteras tratando de descifrar los enigmas que guardan tus figuras, sintiéndonos subyugados por tus dos robustas torres, examinando tus puertas majestuosas. Son tres, y las tres hermosísimas; la del juicio en el centro, la de Santa Ana á la derecha, á la izquierda la de la Virgen. En la primera vemos la gran figura de Cristo, un Cristo de piedra, enfermizo, rodeado de los apóstoles, de las virtudes que conducen al Paraíso, de los vicios que precipitan al Infierno; sobre el umbral, el Hijo de Dios sentado en gloria de piedra; alrededor, los

ángeles y los Poderosos del cielo, los Profetas, los Mártires, los Doctores y las Vírgenes. Bajo los pies de Cristo, la pobre humanidad, en un haz apretado, sale de la negra tumba al son de una arpa; á la derecha los Elegidos guardados por los Angeles, á izquierda los Réprobos cayendo en las llamas del Infierno, atraídos por el Diablo; debajo de los apóstoles, más emblemas aún y más medallones, más atributos y simbolismos misteriosos, los Vicios y las Virtudes, la Esperanza y la Desesperación, la Sabiduría y la Locura, la Humanidad y el Orgullo, la Perseverancia y la Inconstancia, la Concordia y la Discordia, y otros emblemas que no llevo á describir por lo enigmáticos; las vírgenes santas con sus lámparas encendidas y las vírgenes locas con las lámparas apagadas. Abraham y Job, Nemrod y otros mártires y otros profetas, y allí arriba, siguiendo las estrias y los nervios de los arcos, los Elegidos y Patriarcas, la Muerte montada en el flaco caballo apocalíptico, llevando el invierno á cuestras, serpientes y condenados sumidos en los más terribles suplicios; más arriba aún, el Hambre y la Guerra, y en lo más alto, rodeado de su corte, Jesucristo en su gloria, entre nubes de encaje y cesterías de piedra.

En la puerta de la izquierda, admiramos la virgen gótica por excelencia, inclinada hacia un lado en graciosa postura, largo el cuello como el talle de un débil lirio, recios los pliegues y amorosamente cuidados por la mano del artista, cobijada bajo un cofre simbolizando el arca de la Alianza y rodeada de los Profetas que anunciaron la llegada y las glorias de María; Y qué figuras de piedra forman

allí su corte, bajo los pliegues del arco! Vemos la de Santa Ana á la derecha, rodeada de torres y fortalezas, y vemos en las tres puertas las piezas de cerrajería más hermosas que labraron en los siglos medioevales, y que hicieron dudar al pueblo que aquel portento de hierro saliera de las manos de los hombres, atribuyéndolas á la intervención del Diablo, y llamando Biscornette al forjador de tales obras maestras. Sobre ellas levántase la mirada para ir leyendo hacia el cielo y admirase la galería de los Reyes, donde en veinte y ocho arcos, formando otras tantas capillas y cobijadas en ellas, las estatuas, sobrias, majestuosas y solemnes, guardando, cual soberanos centinelas, la entrada de aquella casa. Más alta aún la galería, es terrado que da el descanso de la línea y deja reposar los ojos que ven como punto de armonía, Adán á un lado, Eva al opuesto, y en el centro una virgen con dos ángeles simbólicos; una serie aún de arcos de puro estilo ojival, sostenidos más por milagro que por sus esbeltas columnas, y allá cerca de las nubes, la corona de las dos torres cuadradas, y posados en ellas un mundo fantástico de grifos, elefantes, dragones, cigüeñas y reptiles, mirando abajo atraídos por el vértigo.

Otras veces, damos la vuelta á la iglesia, deteniéndonos á orillas de aquella isla, y nos sentamos en el jardín de su ábside. Todo es paz y reposo en aquel poético sitio. Rodeado del Sena, apenas se oye el ruido del gran París á lo lejos, que llega como respiración de un eco, como cansancio de un pueblo.

Grandes árboles dan sombra á la catedral, y ella da sombra á los árboles; y los troncos y los contrafuertes todos de color de acero, se confunden en ma-

ridaje de tonos y en trabazón de líneas raras; en el suelo yacen fragmentos del templo, derribados por el tiempo y por los hombres, y dan al sitio un carácter de museo al aire libre, de lugar íntimo y recogido, de oasis de tregua al viandante. Allí aspiramos ese aire gris de las ruínas... mezcla de humedad y olor de yedra que entra en el alma sin pasar por los sentidos; allí vemos figuras, libro en mano, buscando aquel desierto de París para estudiar lejos del mundo lo que al mundo han de contarle más tarde, y allí, pobres pigmeos, también sentimos anhelosos deseos de estudio, pero de estudio solitario, invitados por esos héroes anónimos que labraron la hermosa obra de arte que se levanta delante de nuestros ojos, como precioso ejemplo.

A veces entramos desde allí, dentro de la iglesia, y su grandeza es otra sensación que nos reserva nuestra isla; Qué conjunto maravilloso! Qué magia de armonía y qué soplo de genio para hacer brotar aquel bosque de columnas y darles savia con que enlazarse en el aire, en abrazo sin brazos y en beso de arquitectura!; Qué limbo aquel de luz misteriosa!; Qué cautela en dejar entrar sus rayos mitigados en mariposeo de vidrios y qué dulce fantasía de primores! Se advierte allí que el hombre, cuando se olvida que lo es, puede hacer grandes portentos, que la mente se hizo para creer en algo maravilloso, y que, creyendo, tan sólo se lanzan esas obras paridas del pensamiento. El mismo descanso de que disfrutaban los ojos á la opaca luz de la tarde, lo siente allí el espíritu entre el sosiego aquel de medios tonos y cantos á media voz. Goza allí la razón, disfrután los oídos la placidez del reposo, y los sentidos se

paran y dejan dormir el alma en suave arrobamiento. Es quizás el sueño tranquilo que produce la obra de arte, quizás la paz de la línea, algo más quizás que vuela por los ámbitos del templo lo que inspira ese abandono; son las campanas quejándose, los murmullos del rezo subiendo como incienso hasta la velada bóveda, las voces graves de los hombres zumbando como rumor de oleaje, sostenidas por las voces de niños, vibrantes como toques de cristal, como ruidos de agua cayendo sobre el mármol; el órgano severo acompañando el canto llano, las voces y los colores, las vibraciones y penumbras es lo que llama al silencio y hace doblar la cabeza; es todo á la vez y algo más, algo que zumba dentro de nosotros, y es adoración á lo bello. Sin ella, sin ese amor ó deliciosa locura, la vida, triste ya, sería más triste todavía y más penosa; sin ese afán de buscar la hermosura para el alma, que la pide como pide pan el cuerpo, el empeño de vivir sería estúpido; que bien pobre es y miserable el pobre ser que se marcha de la tierra sin amores, sin saber lo que vale el servirse del espíritu, ni conocer los goces íntimos de una admiración sincera.

Sentímosla allí y sentímosla en cada detalle del templo y nuestras visitas nos valen entusiasmos callados que suelen ser los más profundos. Horas son, y no se pierden aquellas horas de regalo espléndido, pagadas en sensaciones en cambio de adoraciones; horas paréntesis de la vida, en que uno advierte que sueña y se deleita al mismo tiempo soñando, y se entrega á la ventura, sin temores ni pobres preocupaciones.

Y si grandes son allá en la penumbra los goces

que nos regala el edificio, grandes son, y de otra índole, los que nos aguardan en lo alto del campanario. Por una estrecha y negra escalera subimos, y la escalera aquella tantas veces descrita en *Notre Dame de Paris* nos evoca el recuerdo de Esmeralda y Cuasimodo. Estrecha y circular, bruñida la piedra por el roce de miles de devotos ó curiosos, negra y severa, á cada paso parécenos que hemos de ver bajar de entre el silencio á la pobre bohemia y al triste campanero, « al reptil natural del templo »; parécenos, sin duda por el mareo ocasionado por las vueltas, que la silueta de Frollo, « la tétrica figura », ha de salirnos al paso, y que las misteriosas letras griegas,

## ANAFKH

han de surgir á nuestros ojos en algún rincón de piedra. De vez en cuando un estrecho ventanal se abre como una grieta en el muro, y deja penetrar la luz del cielo, marcando sombras y contrastes; otras veces se llega bajo una bóveda y se vuelve á subir dentro de un cañón de escalera lúgubre y como insondable y á cada paso lo que parecían detalles, vuélvense fragmentos colosales, columnas las estrías, gigantes hermosamente grotescos los canchales y los grifos; peñas labradas, los encajes y bordados, y subiendo, subiendo siempre, á cada nueva ventana que parece, se ve crecer la catedral á primer término y disminuir las casas en el fondo; París extenderse como un plano de relieve, todo hundirse á allá bajo, y todo borrarse y esfumarse al llegar á la cumbre de aquel monte.

Lo que se ve desde allí es indescriptible. Llanuras de casas, veladas por la niebla, horizontes sin contornos, cúpulas doradas y azules campanarios; aquí una calle recta huyendo hacia los últimos confines, allí una mancha verde; montones en todas partes de casas apretadas como las olas de un mar tempestuoso, el río plateado con sus vapores corriendo en su superficie como insectos y dando la vuelta á la isla, y haces de chimeneas y términos que son pueblos, y llanuras que son barrios extensísimos. A los pies todo un mundo de fantásticos animales: reptiles alados, diabólicos corderos, mónstruos apocalípticos, elefantes y serpientes agarrados á las paredes del templo, y la silueta de un ángel imponiéndoles silencio como pastor misterioso de aquel rebaño diabólico; más allá, perdida en aquel mar, nuestra isla bañándose en el agua; y en primer término, el diablo de piedra de que habla Víctor Hugo, que allí está todavía mirando á París al fondo, riendo de sus locuras y aguardando cual funesto centinela del infierno.

El rumor de la ciudad no cesa nunca; rumor de un pueblo que lucha y se agita en hormiguelo continuo. Ese clamor del ruido desde aquella inmensa altura, causa el vértigo de seguir el movimiento y perderse al compás de aquella lucha, y la iglesia allí á los pies atrae con su sosiego y cautiva con su silencio. Siéntese allí nacer la duda entre el arte que se va como un ensueño y el arte que adelanta como un monstruo gigantesco y grandioso; y pregúntase el espíritu si aquel pueblo cerebral de allá á lo lejos, llegará á tener su templo, cual lo tuvo el pueblo que construyó Notre Dame.

## VI

**El Greco en casa**

Cuando la paz más profunda parecía reinar entre nosotros, cuando vivíamos con una tranquilidad más propia de una Isla-limbo que de una idem terrestre, un trastorno de esos que dejan señales en el curso de la vida vino á turbar nuestro reposo.

Sabida es la admiración de Zuloaga por el Greco, contestada por nosotros por un eco de alabanzas; el respeto rayano en fanatismo sentido por nuestro amigo hacia aquel maestro español y el afán de seguirle cual discípulo y conocer sus creaciones; pues bien, hay que añadir á lo dicho que aquella admiración de Zuloaga, sentida y expresada á puñetazos de palabra vigorosa, fué madurando en su espíritu y en él echando raíces, hasta convertirse en devoción intensísima.

En casa no se habló más que del Greco. Estudiábase su vida, como estudió un ermitaño la vida de su santo predilecto, conocíamos de nombre los parientes del artista, supimos por los libros, (bien dudosos casi siempre) los nombres de sus discípulos, sus viajes de ida y vuelta y su manera de vestirse y desnudarse, llegamos á ser eruditos en su época (aunque nos pese confesar esta flaqueza digna de gente aprovechada), indagamos donde tenía sus obras, compramos fotografías de sus cuadros, y pusimos en claro que la supuesta locura del artista le

fué atribuída por los mansos, gente de testa cerrada y cortos de entendimiento que, incapaces de comprender lo que ve la potencia creadora del poeta, le califican de loco para no sentar plaza de ignorantes.

¡Loco el Greco! ¡Loco porque no seguía, ni podía, ni quería seguir la frías reglas del dibujo académico! ¡Porque idealizaba y robustecía la línea! ¡Porque sentía el horror de sujetarse á la pauta niveladora del vulgo! ¡Porque dejaba á la mano que siguiera al pensamiento en el más allá sublime, en la vía imaginaria que sólo siguen los genios! ¡Pobres genios si tuvieran que fiarse del sufragio universal, y pobre Greco teniendo que pasar por loco á los ojos del gran rebaño del mundo!

Como una sombra cariñosamente amiga, la imagen de ese gran Greco pasó á ser en nuestra casa un Comendador simpático, que hubiera hallado un plato en nuestra mesa y ocho manos dispuestas á estrechar la suya; teníamos su retrato como un cuadro de familia, y Zuloaga, sobre todo, en arranques de entusiasmo al recuerdo del maestro, con su gran musculatura y fuerte voz, hacía temblar el piso, crugir los muebles y danzar la vajilla aquella que por obra de alquiler tenemos en poder nuestro.

En plenos entusiasmos, un día (día de júbilo, como decía el padre Amores), llegó Zuloaga jadeante, sudando y con los ojos saliéndole de las órbitas. De un sólo empuje arrancóse el sobretodo, echó el sombrero y dejóse caer en la otomana, rendido de cansancio y de emociones. « El Greco (exclamó al fin sofocado), dos Grecos. Dos grandes Grecos. España. Barato. En venta, recién llegados,

San Pedro y Santa Magdalena. — ¡ Válgannos ellos dos! (Contestamos) Pero ¿ qué pasa? — Dos Grecos firmados, espléndidos, con fondo de nubes, armonización amarilla, violetas y sepulcro. — Bueno : pero ¿ qué sepulcros ni ocho cuartos ?

— ¿ Dónde están? ¡ Silencio! Los traerán dentro de poco. Abrid las puertas. Calma sobre todo y no dejarse entusiasmar. Apartar este enredo de muebles (puntapié) y hacer sitio al Greco, ó lo rompo todo á puñetazos. Los van á subir en seguida, preparaos y sangre fría ante todo. —

No la tuvo Zuloaga, y volvió á salir conmovido, y al cabo de poco rato oímos gran estruendo en la escalera y vimos que subían los dos Grecos. Realmente tuvimos que contenernos. ¡ Qué entrada, Santo Dios ! ¡ Qué rayo de color en nuestra casa ! ¡ Qué bendición de cuadros nos traían y nos dejaban caer en nuestros brazos ! Comprámoslos sí, y nos parecieron de balde, y miramos alejarse al vendedor con temor de que volviera á llevárselos.

El grito que lanzamos, al quedar solos con ellos, fué de los que saltan diapasones y no pueden describirse, de los que dan patente merecida de locura á los ojos del prudente vecindario. Bailamos, rompimos, para hacer broma, dos jarrones de la china, braceamos y caímos los unos en brazos de los demás, en un viva entusiasta. Jordá juró que iba á darles « publicidad » y á lanzarlos en una serie de artículos por los ámbitos del mundo. Uranga, tan callado hasta aquel día, rompió el habla ; yo pensé en llevarlos á Sitjes, y Zuloaga, sobre todo, tuvo seriedades vestidas de frases solemnes, golpes

de formidable lirismo y arranques soberbiamente elocuentes.

Como dijo, ó como dió á entender nuestro amigo, era uno San Pedro y el otro Santa Magdalena.

Lleva el santo una túnica amarilla de un amarillo suave y vigoroso al mismo tiempo; muestra desnudo el brazo nervioso y enérgicamente pintado, y sostiene las dos llaves. Sobre un cuello de músculos contraídos, tiene la cabeza en escorzo, y sus ojos, su nariz, sus labios y su barba parecen pintados con fiebre, con misticismo terrible, con algo de un oculto y palpitante sufrimiento. En la boca, casi cerrada, destácase un solo diente como un punto realista, un diente que firma la obra ; una pincelada blanca que parece ser la última ; y la figura, recia y creada con soberana energía, destácase sobre un fondo misterioso, una corona de yedra, una negrura, un mar lejano y entrevisto, y el ángel blanco de la tumba, destacándose con sólo luz por dibujo.

La Santa está pintada en armonía distinta ; es más dulce, más tendida en un lecho de colores abrasados, descrita en palabras más suaves. Los ojos grandes, grandísimos y metidos dentro del peso de su frente, están húmedos de cariño y violáceos de dolor ; cae recta la nariz, la boca es curvada por dos pliegues entre carmines rojizos; el cuello, larguísimo y oculto entre los cabellos, deja advinar un cuerpo histérico y enfermizo con primores virginales y ángulos de sufrimiento. Pero no es eso lo que encanta de los Grecos.

Es ese dibujo ingenuo, esa falta de ciencia, ese colmo de pasión de una mano que corre por orden del pensamiento, torpe á veces, á fuerza de obede-

cer, y grandiosa de lo que llaman locura los pobres hombres correctos.

Eso amábamos en los cuadros y mirábamos los cuatro, y al pensar que eran nuestros y que el Greco en sus obras se encontraba entre nosotros, volvíamos á gritar como enérgimos en catalán y en vasconce, que en aquel momento tan solemne no sabíamos otra lengua, y era tal la algarabía que metíamos y con tal encarnizamiento, que la conserje asustóse, y en la casa entera, hasta en los modestos pisos, se enteraron del suceso. Aquella fué una entrada triunfal como pocas se cuentan en los ya largos libros de la interminable historia; fué una visita de príncipe en casa de unos campesinos, un golpe brusco y violento que recibimos sin preparación ninguna.

Por de pronto, no acertábamos á colocarlos dignamente. Ya apartábamos el piano, ya echábamos los cachivaches al suelo ó descolgábamos espejos y los llevábamos á un rincón de la cocina; en ningún punto encontrábamos la luz que se merecían y que queríamos darles. Hablóse en serio de hacerles una capilla con sus cirios encendidos, de ponerlos bajo dosel, de escribir una larga y nutrida letanía de alabanzas, de mandar telegramas á los amigos y parientes con noticias de tan fausta nueva, y de fortificar la isla. Todo el día lo pasamos con las telas, yendo de una pared á otra, llevándolas en nuestros brazos como si fueran juguetes que nos trajeran los Reyes, y cuando vino la noche, no pudiendo ya contenerse Zuloaga, nos dijo en tono fervorósísimo: « Amigos míos, este es el día más feliz que recuerdo de mi vida. Uno, fui expresamente á Toledo para

ver el « Entierro » del gran Greco, y hoy me devuelve la visita. Velázquez es grande, pero grande es su profeta. Delante del Greco, boca abajo todo el mundo... » y llorando cuasi y conmovido, dió un terrible puñetazo y besó la frente de los Santos delante de nosotros, que quedamos compungidos.

Pasó la noche, y al despertar á la mañana siguiente, oímos gritar á Zuloaga: « *Madame, apportez-moi les Grecos* y colóquelos con cuidado delante mismo de mi cama. » Allí los llevó la conserje, y nuestro amigo sacando la cabeza por entre las sábanas, púsose á declamar fervientes admiraciones: « Si vieras que bien entonan á esa luz de la mañana, (oía decirle desde mi cama), ¡ qué fondo y qué azul del cielo! ¿ Te has fijado bien en la mano de la Santa? Madame, lleve ese cuadro á mi amigo. » Traíalo la *madame*, y yo miraba la mano y la armonía de grises y violetas, y á poco los cuadros volvían á ser reclamados por mi amigo. « ¡ Qué manto! — volvía á decir. — ¡ Qué amarillo de esos que ya no se usan! ¿ Has visto el ocre que empleaba esa gente, y el modo como nos estafan los fabricantes de colores? *Madame*, (quiero que veas ese ocre), llévase otra vez San Pedro. » Otra vez me traían á San Pedro, y él y Santa Magdalena se pasaron la mañana yendo de una cama á otra, traídos y llevados en brazos de la conserje, que empezaba á sentir recelos de nuestra poca cordura ante aquel raro trastorno.

Levantóse Zuloaga, y llena el alma de *júbilo*, salió á dar la nueva á nuestros amigos, á contar á quien quería escucharle el gran acontecimiento, y ¡ ay! del que no se interesaba por el Greco; ya po-

día dar por perdida la amistad de nuestro amigo y prepararse á recibir una mirada de desprecio. Con tal chaparrón de elogios, empezaron las visitas á menudear en nuestra casa, cesó la paz en nuestra isla, el timbre de nuestra puerta, acostumbrado al silencio como Uranga, rompió también á sonar como timbre de despacho notarial, de los que tienen clientela, y tuvimos que vestirnos con nuestras mejores prendas y cambiarnos á menudo el cuello de la camisa, á fin de ir recibiendo á los conocidos del Greco.

Uno de los primeros fué Lobre, pintor francés de gran talento, que habiendo estudiado el Museo de Madrid, conocía á fondo los pintores españoles. Miró con detención los dos cuadros, y el goce del artista que contempla una belleza pintóse en sus inteligentes ojos. « Amigos míos, — dijo Lobre, — habeis adquirido una gran cosa. » « Ya lo creo, — le contestó Zuloaga, — ¿quién es capaz de dudarle? Como que el Greco se puso los pantalones de su época, y tiene nervio para comerse un museo. Eso son bemoles de pintura y no pamplinas. Eso es pintar al por mayor, y con el seco tirar todos los palos al suelo. » « Dentro de su género, — añadió Lobre, — no cabe duda que el Greco tuvo grandísimo talento. » « ¡ Talento!; Talentazo, voto á tal! » (Zuloaga) y sino... (puñetazo sobre la mesa) que lo diga el mismo Velázquez desde el cielo de su gloria. Que lo diga ó no, todos estamos de acuerdo; y abrid las puertas, que vienen otras visitas.

Fué Erik Satie, que entraba con gran sigilo y lacio comedimiento. El músico griego de antes (1)

(1) Véase, las cartas « Desde el Molino. »

llegaba convertido al misticismo, pero á un misticismo terrestre con asomo de anarquista. Maestro de capilla platónico de la sociedad de arte metropolitano, desea, junto con su flamante partido, formar una devoción nueva vistiéndola con un arte primitivo, que ataque á la sociedad por la vista con la pintura, y con la música por los oídos; así es que hallando en el sentimiento del Greco algo de antiguo y de nuevo que se amoldaba á sus extrañas creencias, empezó á gritar alabanzas á los cuadros de tal modo y á ponerles por encima de las nubes de tal otro, que ya desde entonces al prudente forastero que llegaba le mirábamos con lástima y le enseñábamos los Grecos como favor especialísimo.

Así sucedió con Alexandre, el crítico al parecer furibundo, á juzgar por sus artículos y que resultó el hombre más amable y bonachón; así pasó con otros compañeros de academia, y con algún marchante de cuadros que los vió con los ojos de la codicia, y sobre todo, con un conservador del Louvre, que se dignó pasar á la isla llevado del fausto acontecimiento.

Pareciéonos el guardador de obras maestras uno de esos hombres eruditos que conocen los defectos de los cuadros y no disfrutan sus bellezas, como sabe un sabio veterinario los defectos de un caballo, sin gozar de su hermosura. Con aire sobrio y severo, díjonos aquello que ya sabíamos y mucho más que nos tenía sin cuidado; la firma fué lo que le dió más confianza para creer que eran auténticos, é impuesto de su misión, mirólos con serio detenimiento — Estos Grecos, señores, (nos dijo rompiendo á hablar), son entre la segunda y tercera época de



vuestro compatriota. No son de los mejores Teotocópoli, ni tampoco de los peores. Son dos buenos Grecos, y uno de ellos nos convendría en el museo. — ¡ Ya lo creo! — dijo Zuloaga, en un arranque sublime, mirándolo de arriba á bajo. Los Grecos son siempre cuadros de museo, señor mío, y esto ya lo sabíamos desde nuestra tierna infancia. Lo que hay, es que el Greco que tienen ustedes en el Louvre fué pintado por el hijo. — No lo creo, (dijo el conservador). — Pues puede usted estar seguro, (le contestó Zuloaga), en vista de lo cual y de que solventaban cuestiones de familia, entrando en la vida privada de las cenizas del Greco, intervinimos nosotros y la cosa acabó en santa armonía.

En cambio, otro día, oímos un escándalo de gritos en la sala, que nos puso en sobresalto. — ¡ Imbécil! ; (gritaba Zuloaga á un visitante). ¡ Idiota, estúpido y majadero! ; Tener la poca vergüenza de dudar de la autenticidad de esas dos obras maestras! ; Tenerla y decirlo sin que te caiga la cara de rubor por esa blasfemia artística! ; No ves la firma, so bruto! ; Y necesitas verla acaso, para ver si son verdaderos! Apártate y aléjate, que si no me inspiraras lástima y no estuviéramos delante de los Grecos, te reventaba aquí mismo. — No lo reventó por cierto, por los motivos que adujo en su controversia, pero no dejó de darle un buen par de puñetazos, lo que disgustó en gran manera al forastero, prometiéndose en sus adentros no ver más pintura española mientras durara su vida.

Como se vé, la agitación que había entrado en la nuestra, desde que el Greco andaba por milagro entre nosotros, era cosa inaguantable.

La sombra de aquellos cuadros nos llenaba el piso de tal modo, que no nos dejaba sitio: teníamos escamados á los amigos más íntimos, continuaban viniendo los compradores á la casa, y un día nos dijo la atribulada conserje, que desde que aquellas telas habían puesto los pies en nuestra alfombra (?), no se podía vivir en la isla, y que por lo tanto se marchaba al continente.

Marchóse, ¡ ay! y nos quedamos los seis: dos Grecos y cuatro amigos.

Marchóse, y solos con ellos, llevámoslos al comedor á la hora de comer, al estudio á las horas de trabajo, y á la sala en los momentos de descanso, y por la noche, antes de ir á retirarnos, Zuloaga miraba por todo el piso, daba dos vueltas más á la llave, y atrancaba la puerta con un sillón Luis XIV.

## VII

## Un rato al Continente

Oye, Uranga, — le dijo Zuloaga á nuestro amigo — ten presente que nos vamos y te confiamos los Grecos. Por tus venas corre bastante sangre española, y, con ella y tu buena voluntad, esperamos que los sabrás defender delante del extranjero, ya que aquí abundan los extranjeros que es una bendición del cielo. Tú callas, porque esta es tu costumbre,

vuestro compatriota. No son de los mejores Teotocópoli, ni tampoco de los peores. Son dos buenos Grecos, y uno de ellos nos convendría en el museo. — ¡ Ya lo creo! — dijo Zuloaga, en un arranque sublime, mirándolo de arriba á bajo. Los Grecos son siempre cuadros de museo, señor mío, y esto ya lo sabíamos desde nuestra tierna infancia. Lo que hay, es que el Greco que tienen ustedes en el Louvre fué pintado por el hijo. — No lo creo, (dijo el conservador). — Pues puede usted estar seguro, (le contestó Zuloaga), en vista de lo cual y de que solventaban cuestiones de familia, entrando en la vida privada de las cenizas del Greco, intervinimos nosotros y la cosa acabó en santa armonía.

En cambio, otro día, oímos un escándalo de gritos en la sala, que nos puso en sobresalto. — ¡ Imbécil ! ; (gritaba Zuloaga á un visitante). ¡ Idiota, estúpido y majadero ! ; Tener la poca vergüenza de dudar de la autenticidad de esas dos obras maestras ! ; Tenerla y decirlo sin que te caiga la cara de rubor por esa blasfemia artística ! ; No ves la firma, so bruto ! ; Y necesitas verla acaso, para ver si son verdaderos ! Apártate y aléjate, que si no me inspiraras lástima y no estuviéramos delante de los Grecos, te reventaba aquí mismo. — No lo reventó por cierto, por los motivos que adujo en su controversia, pero no dejó de darle un buen par de puñetazos, lo que disgustó en gran manera al forastero, prometiéndose en sus adentros no ver más pintura española mientras durara su vida.

Como se vé, la agitación que había entrado en la nuestra, desde que el Greco andaba por milagro entre nosotros, era cosa inaguantable.

La sombra de aquellos cuadros nos llenaba el piso de tal modo, que no nos dejaba sitio : teníamos escamados á los amigos más íntimos, continuaban viniendo los compradores á la casa, y un día nos dijo la atribulada conserje, que desde que aquellas telas habían puesto los pies en nuestra alfombra (?), no se podía vivir en la isla, y que por lo tanto se marchaba al continente.

Marchóse, ¡ ay ! y nos quedamos los seis: dos Grecos y cuatro amigos.

Marchóse, y solos con ellos, llevámoslos al comedor á la hora de comer, al estudio á las horas de trabajo, y á la sala en los momentos de descanso, y por la noche, antes de ir á retirarnos, Zuloaga miraba por todo el piso, daba dos vueltas más á la llave, y atrancaba la puerta con un sillón Luis XIV.

## VII

## Un rato al Continente

Oye, Uranga, — le dijo Zuloaga á nuestro amigo — ten presente que nos vamos y te confiamos los Grecos. Por tus venas corre bastante sangre española, y, con ella y tu buena voluntad, esperamos que los sabrás defender delante del extranjero, ya que aquí abundan los extranjeros que es una bendición del cielo. Tú callas, porque esta es tu costumbre,

pero ya se que lo que ahorras de palabras lo malgastas en hechos, si la ocasión se presenta; conque, adiós; abrázanos y no te muevas del piso.

Abrazónos y, saliendo, nos fuimos por el muelle de Orleans hasta la *gare de Lyon*; subimos á un tren que nos estaba aguardando junto con otros pasajeros, echó á andar el tren, pasamos montes llenos de nieve, luego un túnel más largo que los demás, y nos hallamos en Italia.

¡Italia! ¡País del sol y de los largos macarrones! ¡Patria natal del Dante y de Garibaldi, de Horacio y de Massini! Patria adoptiva del morazo de Venecia, llamado Otello, por mal nombre. País del fruto de oro, « *Où la brise est plus douce et l'oiseau plus léger* como dice Mignon », en su triste y malograda *giovinazza!* Tierra de azahares, como dirá algún día Castelar, si Dios le da vida y salud; Bendito sea tu suelo y tus hijos y toda tu parentela!!!

¡Ah, Zuloaga! Pensar que estamos en Italia; que desde el jaleo aquel que han maniobrado en nuestra pobre maleta, este frío que sentimos es ya del país del sol, que esos montes llenos de nieve, que la noche nos oculta, deben estar cuajados de parleros pajaritos, y que deben ser naranjos y limoneros esos árboles, con semblante de frutales, que entrevemos en los más altos picachos!

¿Qué idea tienes formada de Italia, Zuloaga? — Pues yo me imagino un cuadro de Roberto Fleury, bien barnizado, de esos que tanto gustan en España. Me imagino los montes de una blancura de Carrara y llenos de marmolistas haciendo estatuas con molde, y mandando los sobrantes para mesas de café; me imagino las calles llenas de gondolas, fini-

tas como papel de colores, andando sueltas al son del acordeón y de la casta mandolina; el pueblo comiendo el macarrón continuo, y las mujeres reclinadas á lo largo de las calles, cantando el *Vorrei Morire* y la *Stella Confidente*. — ¿Y tú? — Yo, á decirte la verdad, no estoy bien resuelto todavía; pero sí te diré que imaginé la Italia como una inmensa pradera pantanosa, donde pacían los búfalos taciturnos, haciendo siempre la siesta á la sombra de los largos acueductos; una tierra que bastaba rascarla un poco con las uñas para encontrar, á flor de suelo, un busto de emperador, una estatua de Minerva ó una Venus sin narices; creí siempre que las montañas no existían, á pesar de lo que me contaba el mapa; que todo el mundo padecía la *malaria*; que los hombres tenían voz de tenor y ejercicio de anticuarios casi todos, y que recibían de sus queridas esposas una paliza al levantarse y otra al caer de la tarde, y que, en cuanto al arte moderno, vivían en el limbo, sin saberlo, como vivimos nosotros los felices españoles. — Esto último será tal vez lo que habremos adivinado (contestóme Zuloaga): — pero dejémonos de profecías y veamos lo que se pueda de esa Italia que pasa detrás de las ventanillas.

La Italia que pasaba era una Italia subterránea. Mirámosla, conmovidos de antemano, á la indecisa claridad de la mañana, y... ¡zás! un túnel indecoroso nos salía á nuestro encuentro; volvíamos á mirarla, más conmovidos aún, y otro túnel nos saltaba á las narices, y los túneles se sucedían tenaces con indigna impertinencia de un suelo que goza fama de ser altamente hospitalario. Aunque empe-

zaba á clarear, nos quedábamos á obscuras.

En esas intermitencias veíamos, sí, algún naranjo y algún limonero auténtico, comprendíamos que no estábamos en la isla, por la falta de orillas, de campanarios y de niebla ; pero era aquello muy alpino, y nos escamaba un tanto, hasta que, saliendo el mar de entre bastidores, azul y hermoso como en sus mejores tiempos, inundó nuestro espíritu de calma, robándonos un grito del corazón.

¡ Oh mar ! ; dijimos (desde que entramos en Italia todo eran exclamaciones de la clase de elocuentes). ¡ Oh mar latino ! « Honor y Gloria. » ¡ Oh mar que bañas lo que puedes de nuestra costa de España ! ¡ Oh mar de Roger de Lauria, de Roger de Flor y de otros Rogeres y de las barras catalanas ! Tú nos haces creer en una Italia colorida, en esa Italia de inglesa histérica y enfermiza, en esa tierra puesta en música tristísima por poetas que no son decadentes ni siquiera simbolistas. Por fin creemos en tí, y te mandamos el ramo de nuestra mesa y un telegrama poético. Perdónanos, querido azul, si hoy estamos alegres ; otro día más triste para nosotros, que esperamos con confianza, vendremos á llorar á tus orillas, hoy... ¡ Génova, diez de parada !

Génova era, en efecto, y en Génova nos detuvimos doce horas del meridiano de Italia. Lo que allí vimos de la famosa ciudad, fué lo que puede ver un forastero en doce horas de cualquier meridiano ; muchas calles, muchos vapores y mucho trastorno extranjero. Parecíanos la ciudad una monumental Barceloneta ; buques que entraban, otros pitando en demanda de salida, marineros tomando el sol, gran enredo de negocio con su carga y viceversa, y

mirándose en el agua, palacios de una altura colosal, escalonados en una abrupta pendiente, y por doquiera bodegones subterráneos, carabineros husmeando el contrabando, gritos aquí y vendedores allá, y á la estación otra vez, y otra vez el mar con orillas y túneles y paisaje italiano hasta dar con la antiquísima Pisa.

Aquí nos detuvimos más tiempo. Salimos de la estación, y hospedados y *dormidos*, pudimos ver al día siguiente que Pisa, célebre por su cementerio, parece aún más cementerio que el mismo que le da tanto renombre. Exceptuando la plaza de Garibaldi, donde se ven algunos grupos, no tan nutridos que den sospecha á ningún policía, imposible imaginar una ciudad más difunta, más triste, más grandiosamente solitaria. Las plazas anchurosas y rodeadas de severos edificios con las ventanas cerradas ; la calles anchas y empedradas con baldosas, sin un ruido que las turbe ni ánima viviente muchas veces que distraiga aquellas líneas desiertas ; los paseos, llenos de hierba de ruína, dan la angustia de sentirse uno solo en un país habitado ; la voz toma sonoridades de eco, y se habla alto por las calles como en la misma Pompeya. El río mismo, el Arno, parece un río soñado. Ancho y solemne, vago de vacía majestad, sin un solo barquichuelo que lo cruce, diríase que sus aguas están muertas que son aguas sin relieve, que el aire no las riza y que no tienen lecho ni fondo. Una piedra, lanzada en su superficie, forma una serie de círculos que van creciendo hasta sus últimas orillas, sin que las ondas suaves sean turbadas por el más pequeño estorbo ; los peces ¡ ay ! pueden dormir en su seno con tranquilidad

profunda, y sin angustias ni temores dedicarse á los quehaceres domésticos ; las casas se dibujan en su espejo con tal exactitud y parecido, que tendrían que pagar la misma contribución las reflejadas que su imagen, si hubiera justicia artística, y es tal la paz que reina en este río de Pisa y en su villa que uno duda si fué antes cementerio que ciudad ó ciudad antes que cementerio.

A esta tristeza innata, á esta soledad vaga y durmiente, añadid, para colmo de nostalgia, el abuso que hacen de ella esa manada de ingleses que viajan de turistas. Triste de la tristeza gris del norte, se les ve siguiendo las calles acompañados de su sempiterno guía, paseando el spleen por las ruínas, siempre serios, como viajando por fuerza, severos siempre, gozando de la belleza como por obligación, y apuntando los datos y fechas de entradas y salidas, de goces y sensaciones en sus libritos de memorias, para rumiar lo visto bajo su cielo de plomo. Niñas flacas como retablos gastados, figuras secas de institutrices caducas, familias enteras, bohemios de la bohemia del orden, andan por esas desiertas calles, escuchando la palabra amanerada del clásico cicerone, y su presencia glacial causa un malestar indecible, un deseo de hallarse solo delante de los pobres monumentos, sin estorbo de esas aves taciturnas delante del cielo azul.

Delante de esa soledad de muerte, recordamos la vivida soledad de nuestra isla, de aquel rinconcito entre nieblas que dejamos en el Sena, y pensamos que el mismísimo silencio está lleno de matices, y ojeando la ciudad ligeramente, á pesar de los ingleses, nos fuimos á visitar los monumentos de Pisa.

Los mejores los hallamos reunidos en una plaza extensísima, solemne y llena de hierba, como un prado arqueológico. A un lado el Batisterio, monumento redondo, de mármol blanco todo él, pero de un mármol pintado por el tiempo con esos tonos oxidados de musgoso amarillento, que las argollas de bronce marcan en las propias tumbas, rodeado de columnitas románicas superpuestas y cobijando el gran púlpito, obra de arte del célebre Nicolás de Pisa ; al frente el Duomo, gran catedral blanca también del mismo blanco de oro, con más columnas y mosaicos, con sus simbólicas puertas de complicada labor, con su gran ábside de corínticas columnas ; la torre inclinada á un lado, cuya inclinación, admirada por los ingleses, es capricho que no perdonan los ojos, subiéndose hacia el cielo como un cono de pórticos amontonados, y aguantándose por milagroso equilibrio ; y, por fin, en el fondo la puerta del Campo Santo, abriéndose bajo un gótico y delicado tabernáculo, en medio de un muro larguísimo y desolado.

Sólo para ver el cementerio de Pisa vale la pena de venir á esta Italia desde los antípodas del mundo, ya que en el mundo es un monumento único el Campo Santo de Pisa. Los muertos aquí enterrados, si es que sienten, pueden dormir otro sueño más artístico que los que duermen en míseros cementerios, donde está también muerta toda belleza ; pueden salir sus almas á contemplar con deleite su vivienda y esperar el juicio en más tranquilo silencio. ¡ Qué paz, Dios mío, en aquel último claustro ! ¡ Qué postrero bienestar ! ¡ Qué lecho para quedarse dormido del sueño definitivo !

¡ Pobre de mí, admirador! ¿ Qué diré que dé una ligera idea de lo que allí tanto se goza, que traslade la mente del que leyese á aquel sagrario del arte, tabernáculo y exvoto, ofrenda augusta y corona ofrecida á los muertos, como casa de reposo? Diré que es grande, que forma un claustro de góticos y delicados encajes, que cuatro cipreses se levantan como cuatro centinelas de la muerte, que el suelo, de verde alfombra, está tapizado de lirios, que las tumbas son obras de portentoso museo, que el aire que allí se respira es como un hálito de arte y que vive allí la poesía. Esto diré y bien poca cosa habré dicho. Hay que verlo con los propios ojos, y con el propio corazón sentirlo; hay que llegar cual peregrino devoto y hay que pedir al espíritu sensaciones recibidas allí mismo.

« Tú que pasas (dice una lápida á la entrada) mira y observa, ¡ desgraciado! lo que eres. Esta casa á todos por un igual nos encierra. Mortal, cualquiera que seas, detente, lee y medita que yo soy lo que tú serás y lo que eres he sido. Ruega y entra. » Entra, sí, parece que nos dice la leyenda; entra y admira y goza, corazón humano, que bien pocas veces puedes gozar en la tierra! Contempla esas pinturas, ¡ oh, misero pintor! y arrodíllate y deléitate en tu contemplación muda, y conmovido en el alma vé siguiendo esos muros gloriosos.

Primero Memmi los ocupa. Mira esas vírgenes vestidas de colores misteriosos, como flores de otro mundo y de armonías de tonos; mira sus ojos cómo apartan la mirada de la tierra y cómo sus manos se estiran, atraídas por el cielo que las llama; contempla esas figuras que son algo más que hombres, esas

nubes, esas montañas, ese paisaje entrevisto, esa vaguedad de sueño; ve bajar esos ángeles y contempla cómo vuelan, cómo les hizo volar las alas de fantasía del artista, y contempla los colores de esas alas que tienen de luz y de pluma, de oro y de aire, de tornasoles de seda y cambiantes de arco-iris.

Aquí sigue Gozzoli, veinticuatro frescos inmensos, que le costaron diez y seis años de una labor continuada, diez y seis años viviendo en el cementerio, trabajando entre el reposo, labrando su obra en el claustro y enmarcándole con el soberbio edificio. « La borrachera de Noé », espléndida escena del campo, vendimia de los primeros racimos y de gloria para el artista. « La maldición de Caín », formando contraste con un paisaje liso y sereno, arrancado de la Arcadia, « el Arca y el Diluvio », llevando la realidad al simbolismo; « La torre de Babel », con los personajes vivientes en la época del artista, los médicos y su escolta plantados allí con un carácter de línea que suprime los detalles y anda á lo característico. « La adoración de los Magos », la capilla de los Santos Abraham y Agar, el paso del mar Rojo, las tablas de la Ley, las bodas de Rebeca y otros y otros asuntos, pintados con el amor más ferviente, con convicción serenísima, con sobriedad de colores y esfuerzo de sentimiento y amortiguados de tonos por ese aroma del tiempo, tan amigo muchas veces del artista, que le añade á la frialdad de sus obras un velo más de hermosura, un sudario de velada morbidez, que es como beso dulcísimo.

Al lado de Veneciano, D'Arvieto y de Aratino, ahí está el Dante de la pintura, el visionario de la

muerte, el tétrico Orcagna con sus macabros terrores. Ahí está su « Juicio » Dios en lo alto, dos ángeles tocando entre un cenáculo de Apóstoles y santos, y en el suelo, de entre un montón de cadáveres, almas brotando, llevadas contentas por los ángeles ó arrastradas al Infierno. En esa postrera duda, Salomón está indeciso, no sabiendo á donde será llamado; un ángel llora por una alma que creyó y que ha perdido en la pelea; otros velan estáticos hacia arriba y otros gimen al verse precipitados hacia el fondo del abismo. En el cielo, sinfonías en claros, azules verdes de primavera, amarillos de oro y violetas; en el Infierno, nocturnos de colores fúnebres y tonos negros y rojizos; allí nubes rosadas, vírgenes y beáticos varones; aquí tinieblas y tormentos; á los avaros echándoles oro fundido en la boca y poniéndoles riquezas ante sus codiciosos ojos; los furiosos atados por medio de serpientes á sus terribles enemigos; los golosos sufriendo el suplicio de Tántalo; los adivinos con dos culebras que les cierran los entumecidos ojos, queriendo representar que los que quieren leer el porvenir no ven siquiera el presente; el Antecristo y Mahoma hechos pedazos, y Satanás en el centro, inmenso de tamaño y de concepción terrible, lleno el vientre de condenados quemándose y sufriendo él mismo su castigo, siendo atormentador y atormentado al mismo tiempo. Ahí están otros frescos borrosos, sobra de bustos, sarcófagos y piedras sepulcrales, bizantinas y romanas, y ahí está otra vez Orgagna con « Su triunfo de la Muerte », de su muerte simbolista y alegórica, de su muerte filosófica y terrible. Vestida de negro, seca, con su guadaña, parece ser la propia sombra del cementerio de

Pisa, el fantasma de la noche, la dueña y señora de aquel recinto sagrado, volando por los muros y guardando sus conquistas. A un lado, un grupo de nobles caballeros á caballo, con damas y halconeros, encuéntranla en tres féretros abiertos conteniendo sus cadáveres, hinchado el uno, otro corrupto y el tercero ya esqueleto; espéranla tranquilos los ermitaños en un monte solitario; llámala en vano un grupo de desgraciados, ciegos, leprosos y tullidos, en tanto que ella se deja caer sobre un grupo de venturosos señores que, bajo un bosque de naranjos, escuchan los acordes de la cítara y gozan de los placeres del mundo.

Mundo es aquel de fantasmas vistos con realismo de sueño, con visiones robadas del natural, con misticismo terrestre. Mundo que inspira, con el sol que va dorando las lápidas, ideas de grata melancolía, que hace meditar al hombre y hace soñar al poeta. Un día, en que el viento hacía chocar troncos de los cipreses como ruido de huesos, en que la lluvia silbaba y el aire helado se entraba por las tumbas y sarcófagos y nos azotaba el rostro, nos hizo ver que la Italia, aquella Italia entrevista, no es á veces tan risueña como habíamos pensado; no era la Italia de cromo que vemos reproducida, sino una Italia severa, grande y callada, donde las ruínas hablan el lenguaje del recuerdo.

## VIII

## Florenxia por la noche

Fué por la noche cuando llegamos á Florenxia. Allá, en Pisa, por milagros de guitarra y canciones populares, trabamos conocimiento con algunos estudiantes y, al separarnos, despedímonos con un *soi-disant* banquete en una *trattoria* de la clase de modestas. Valiéndonos de esas frases hechas de encargo por libretistas y aprendidas en la ópera, pudimos hablar un italiano de entre bastidores, y darnos á entender más ó menos con aquellos tan simpáticos compañeros, que nos brotaban de improviso por capricho del destino, aunque de un modo más lírico del que hubiéramos empleado al tener suelta la lengua. En los postres, cuando no quedaba ¡ ay ! ni una gota de Chianti en las botellas, cuando pudimos vender la inspiración á un precio muy arreglado, brindaron y brindamos, y era cosa de oír del modo que ambas naciones, reunidas por medio de la oratoria, arreglamos los conflictos más difíciles. Allí quedó resuelto ya de una vez para siempre, á fin de no volver sobre el asunto, el tinglado aquel, antes vago y vaporoso, de la famosa unión de toda la raza latina; hubo cambios allí de banderas y colores nacionales, se habló, (siempre en brazos de

la elocuencia) de abrazos de España á Italia, y viceversa ; nos comprometimos todos, comprometiéndolo á nuestros queridos gobiernos ; salió á relucir el mar latino otra vez, el « Dandolo », el « Pelayo », el « Funiculí Funiculá » y los tres ratas, y juntos con santa armonía, siempre como un solo hombre, siempre compactos y animados de altos deberes políticos, no dejamos problema en turbio ni pusimos nada en claro.

Despedidos, pues, y satisfechos, llegamos á Florenxia á los ocho de la noche.

En la estación, tras el cansancio del viaje, tuvimos que trabar una pelea sangrienta para librar nuestras vidas de los guías-cicerones, que con un encarnizamiento que les honra, querían hacernos felices por medio de un alquiler personal y llevarnos como pavos por las calles, mostrándonos los monumentos por sistema obligatorio. No nos dejamos vencer por los hechizos y promesas de aquellos grandes sirenos ; resistimos á los nombres de Botice-lli, Dante, Miguel Angel y Leonardo, que nos lanzaban al oído como nombres tentadores, y solos, solísimos con la maleta, fuimos á dar en una fonda que se ofreció á nuestro paso.

Era ella de sencilla apariencia. Un *albergo* indeciso, incoloro, hermafrodita, y más bien sucio ; sin otro rasgo fisionómico y particularidad visible que la borrachera máxima que llevaba, á sabiendas ó á pesar suyo, el mayordomo mayor de la finca. En vez de enseñarnos él el cuarto, hubimos nosotros de ayudarlo, y así y todo, dudó á cada puerta que encontraba respecto á nuestro destino, hasta que nos metió en una habitación cualquiera.



Mala era en cuanto á físico ; grande de muros y desalojada de muebles, alfombrada á trechos y á trechos mostrando las baldosas y algún fragmento de estera, bajas las camas y como perdidas allá en el fondo de un ángulo, al lado de una mesita y un espejo solitario ; pero había plafones al fresco, y pensando que, lo propio que las sesudas inglesas, que en la capilla Sixtina se tienden boca arriba (siempre con el guía en la mano) para ver el plafón de Miguel Angel, podríamos también nosotros ver pinturas por la noche, nos quedamos.

Quedámonos y comimos con gran prisa, y solos, sin guía, á Dios gracias sin estorbo, libre el alma é independiente la voluntad, nos lanzamos á Florencia á perdernos por sus ignoradas calles, á adivinar monumentos, á recoger sensaciones, á entrever á media luz, á luz de sueño, lo que tanto deseábamos.

Ya en la calle, vimos un gran edificio, unos altos paredones con mosaicos, templetos desocupados y, por una cerrada reja, como un claustro de severísimas líneas, con arcos adosados al muro á rara manera de tumbas. Entrevimos, en el fondo, como sombras de figuras, y creímos adivinar unos frescos de pálido color de luna, que empezaron á despertar en nosotros el ansia de lo ignorado. De allí seguimos por una calle iluminada, en la cual se paseaban los florentinos de hoy, y miraban los mostradores arreglados profusamente ; tiendas de fotografías, marmolistas con sus bustos y estátuas azucaradas, quincallerías con obras de arte baratas y disfrazadas, cromos chillones y marcos aturdidores, y vimos que no era aquella la Florencia que buscábamos, y entramos en un callejón negrísimo. A poco de andar

por él, presentóse un palacio á nuestra vista ; alto hasta perderse en la negrura del cielo, fuerte como una muralla, parecía que su mole iba á caernos encima. Era el peso de un edificio cerrado herméticamente, sin una luz en los altos ventanales que diera señales de vida ; la soledad de esas casas que no las habita nadie, porque son de todo el mundo ; un monte de piedra negra con peñas por soportales y peñascos por dinteles ; un fantasma arquitectónico que parecía dormido en aquel rincón oscuro. A fuerza de acostumbrarse la mirada á la negrura, entrevimos la nota alegre de una tierra cocida á lo Lucas de la Robbia, colgada como un nido primoroso sobre aquel roble de piedra ; una virgen blanca, de una blancura bruñida, rodeada de una corona de frutas sobre el mate negro del muro ; una flor de dulcísimos colores, en el ojal de un gigante. Tras de esa calle, vinieron otras más, todas estrechas y lúgubres, y perdidos siempre y venturosos de estarlo, y siempre por el azar conducidos, veíamos edificios que surgían y que nos dejaban suspensos. Aquí un farol iluminaba una fuente de primorosa labor, allí aparecía una estatua conocida, más allá se levantaba un campanario hasta las mismas estrellas. Cruzábamos una plaza y veíamos el Duomo, enorme, colosal y soberbio de grandeza, blanco y negro como un castillo de fichas ; á su lado el Campanile más alto aún y más espléndido, destacando sobre el cielo á la clara luz de un foco eléctrico ; más lejos, la masa de una estatua ecuestre, iluminada en el vientre del caballo y quedando el jinete en la sombra, sombras de cosas soñadas por doquiera y por doquiera presentimientos dichosos de

obras grandes, suplicio y goce y deliciosas promesas.

Delante de la Catedral, la masa del Batisterio, nos atrajo como un imán poderoso. Sabíamos que aquellas al parecer manchas negras, oscuras dentro de lo obscuro, que aquellos ojos cuadrados eran las puertas famosas del gran escultor Guiberti, aquellas puertas de las que dijo Miguel Angel que eran dignas de ser las puertas del cielo. Acercámonos á ellas y no pudimos admirarlas á causa de la obscuridad. Tocámoslas con las manos, tratando de adivinar sus portentos por medio de sus relieves; con cariño seguimos el dibujo con el tacto, y á la luz de las cerillas apareció el primer fragmento, que no olvidaré en mi vida. — Era un angel sentado en un sepulcro mirando otra figura reclinada. Bruñido, de color verde, ampliamente dibujado en un pequeño tamaño, íntimo y solemne al mismo tiempo, disminuía su sombra ó se agrandaba siguiendo los vaivenes de la vacilante luz; y con ella, con aquella claridad mezquina, adquiría más misterio todavía, más relieve, más pátina de reliquia, más virtud á nuestros ojos y más deseo á nuestra mente, que quería completar lo que sólo es dado á los genios. Allí, por un rayo de claridad hubiéramos dado un tesoro, pero la poca que había iba amenguando, cerrábanse los mostradores poco á poco, retirábase la gente, apagábanse muchos faroles y nosotros continuábamos andando, no oyendo sonar las horas, ávidos de verlo todo y condenados á no ver más que tinieblas.

Con ellas llegamos hasta el río, hasta aquel mismo

Arno de Pisa, el charco que nos parecía muerto y que en la obscuridad en que veíamos sus aguas creíamoslas estancadas y todavía más lúgubres. Mirando desde el muelle aquel espejo, creíamos ver un abismo, un lago triste hundiéndose hasta el mismo fondo de la tierra. Bajo los puentes, sobre todo, dormía el agua con quietud tan funesta, callaba tanto y de un modo tan solemne, que daba miedo el mirarla. Igual que en Pisa, ni un solo barquichuelo la cruzaba, ni un ave pasajera corría por su negra superficie; algún farol solamente, triste y mezquino, reflejábanse en su fondo sin relieve y daba al agua más aspecto de agua mansa, de un agua que inspira el terror del vértigo y llama á los suicidas, con sus estrofas de muerte.

Marchámonos, y á poco entramos en una hermosa galería iluminada. Desierta ya en aquella hora, como cementerio ilustre, en una serie de tribunas veíanse, en estatuas de mármol, los florentinos cuyos nombres han volado por el mundo. Mirábamosles uno á uno saludándoles, y sus rostros y figura nos iniciaban en sus obras, que habíamos de ver más tarde. Allí estaba el poeta de la muerte, el triste Orcagna, plegando el manto y mirando hacia el vacío; Pisano, el obrero artista con los ojos hundidos por el cansancio de la obra de su vida, y apoyado sobre un fragmento arquitectónico; el místico Giotto, con el capuchón caído sobre su anchísima frente, y con esos ojos mates que tienen las estatuas griegas, que parecen mirar adentro; allí estaba Donatello, de cuerpo aristocrático, fino el rostro, aguiluña la nariz, y con dos arrugas pensadoras en la frente; Alberti, como arrancado de una tabla de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"

Ed. 1925

Gozzoli ; Cellini, la capa caída en el brazo y sosteniendo la estatua de su Perseo; Leonardo de Vinci estaba allí, venerable como un santo ; y Miguel Angel también, musculado su rostro como sus grandiosas obras, y la silueta única é inolvidable del Dante y Bocaccio, y Petrarca, Galileo, y Maquiavelo, sonriendo en el pensamiento, y otros más, que cual calendario famoso poblaban en estatua aquellos sagrados pórticos, y hacían doblar la frente al turbado viajante. ¡ Qué tiempos fueron aquellos, que por esas calles de Dios se encontraban esos hombres ! ¡ Qué augusto renacimiento y qué hermosa erupción de genios para una sola ciudad ! ¡ Pensar que en toda la Florencia que pisamos, no brota un hombre que pueda ocupar un nicho al lado de esos colosos ! ¡ Que los templetos de los pórticos están llenos, y quizás lo estén para siempre ! El arte está muy enfermo, pensamos siguiendo nuestra solitaria ruta, y siguiéndola nos hallamos en una espléndida plaza. Es ella un verdadero museo, un museo al aire libre, un foro artístico como no hay otro en el mundo. A un lado, un palacio como un castillo de esos pintados en el fondo de las tablas, con su ruda corteza de piedra á medio pulir, al estilo florentino; con su torre amartelada subiendo á una altura incomprensible, y con sus ventanales de un gótico del renacimiento ; al pie un Hércules colosal, bloque de mármol alto y fornido como un coloso de Tebas; en el fondo una estatua ecuestre de Médicis, difumada en la penumbra, y bajo los pórticos de Orcagna, altos como naves de gótica catedral, más estatuas aún, alineadas y vistas á media luz: « El rapto de las Sabinas », los « Leocon-

tes » de Bolognia, la Judit de Donatello, y el gran Perseo de bronce de Benvenuto Cellini.

Al frente de ella nos pasamos largo rato recordando las angustias, los temores, las horas de fiebre descritas en las memorias del artista, al fundir aquel bronce portentoso. Imposible pintar escena más palpitante, más llena de esperanzas y temores, que aquella en que iba á resolverse en un momento, por capricho de la fortuna, la gloria ó desgracia de su vida de fatigas. Años hacía que trabajada en su Perseo, y todos sus enemigos (muchos, por tener mucho talento) murmuraban que era imposible que Cellini saliera bien de su obra, de su empresa; el mismo Médicis, dejándose influir de aquellas voces atizadas por la envidia, llamó al artífice y dijo: « que todas las reglas del arte se oponían á que aquella figura pudiera ser fundida en bronce. » — Eso prueba — contestóle el escultor — que su Excelencia no se conoce mucho en arte. — Conózcome perfectamente — dijo el príncipe. — Como príncipe sí, replicóle Benvenuto, pero jamás como artista. » Como mártir y como héroe portóse el escultor la noche en que, por fin, fundió su obra, tan esperada de unos y tan temida de otros. Bullía el bronce como un astro y el molde lo esperaba y el ansia de Cellini iba creciendo por momentos ; no había bastante fuego en el infierno para calmar aquella creciente fiebre ; pegóse fuego en su estudio en el momento más crítico, y él continuaba animando á los obreros que estaban espantados de su obra ; delirando, y á pesar de su delirio, vió que el caldero explotaba y que su obra iba á hundirse, y echó el líquido en el molde que recibiólo estridente, y vió que faltaba

bronce para llenar aquel vacío y echó bandejas al fuego y sus cubiertos y sus joyas y todo el metal que cayó al alcance de su mano; y oro, diamantes y pedazos de su alma hubiera echado para ver su concepción hecha obra, su hijo hermoso parido de un solo trazo.

Nació el portento y el padre arrodillóse llorando y dió las gracias al cielo. Allá bajo los pórticos está intacto, y allí á media luz lo veíamos y creíamos verle palpitante todavía, recién salido del fuego y como nacido del sol. La cabeza de Medusa, aquella testa que tanto dió que temer á Cosme de Médicis, destacábase como una mancha de tinta; su cuerpo caía rollado sobre el pedestal de mármol, pendiente un brazo hacia el suelo y brotando sangre del cuello; la figura de Perseo, vista en negra silueta sobre un foco, parecía vivir la vida de otras edades, la vida muerta de una Florencia grandiosa.

Con la idea puesta en Cellini, seguimos la ciudad otra vez, y por doquiera creíamos encontrar al artista pendenciero, embozado en su capa ó luchando con su espada; en las tiendas de plateros, cerradas ya, buscábamos su primer taller, el nido aquel del que volaron las joyas primorosas, salidas de aquellas manos de oro, hasta posarse en los museos; en los estrechos callejones, creíamos verle pasar del brazo de Miguel Angel y en cada esquina misteriosa esperábamos ver su sombra... Y ante aquella Florencia nocturna, libre de transeúntes y de ingleses viajeros, gozamos el encanto de creernos solos en ella, de ser dueños de sus calles é imaginarnos en ellas las figuras de retablo que cuadraban á sus

pórticos, á sus altísimas casas y á sus palacios grandiosos.

Muy tarde sería ya, cuando buscamos el camino de la fonda. Yendo á su encuentro, entrevimos aún destellos de cosas grandes, asomos de bellezas que admirar y esperanzas para un mañana. Poco dormimos, aquella primera noche. Florencia nos robaba el sueño y esperábamos la luz, la luz del sol, que nos hiciera ver claro todo aquello que entre sombras nos pareció tan hermoso.

## IX

## Florencia á plena luz

Aunque no le vimos salir, salió de lleno aquel sol que deseábamos. Por detrás de las cortinas, sin llamarle con timbre eléctrico, como se estila á llamar en toda fonda bien organizada, entróse por nuestro cuarto y paseóse por él, con esa calma dorada que emplea en las grandes circunstancias. A su vista abrimos las puertas de par en par, apartamos enteramente las cortinas para hacerle los honores de la fonda, y vimos allá, en el fondo, ese cielo de Italia tan famoso, tan azul y tan cantado por poetas de todas categorías.

No había aquel día ni una nube en el firmamento, ni una de esas blancas nubecillas que parecen puestas por adorno é inocente entretenimiento de pintores; no corría el aire más que por puro pasatiempo y cosquilleo de los árboles, que empezaban á consul-

bronce para llenar aquel vacío y echó bandejas al fuego y sus cubiertos y sus joyas y todo el metal que cayó al alcance de su mano; y oro, diamantes y pedazos de su alma hubiera echado para ver su concepción hecha obra, su hijo hermoso parido de un solo trazo.

Nació el portento y el padre arrodillóse llorando y dió las gracias al cielo. Allá bajo los pórticos está intacto, y allí á media luz lo veíamos y creíamos verle palpitante todavía, recién salido del fuego y como nacido del sol. La cabeza de Medusa, aquella testa que tanto dió que temer á Cosme de Médicis, destacábase como una mancha de tinta; su cuerpo caía rollado sobre el pedestal de mármol, pendiente un brazo hacia el suelo y brotando sangre del cuello; la figura de Perseo, vista en negra silueta sobre un foco, parecía vivir la vida de otras edades, la vida muerta de una Florencia grandiosa.

Con la idea puesta en Cellini, seguimos la ciudad otra vez, y por doquiera creíamos encontrar al artista pendenciero, embozado en su capa ó luchando con su espada; en las tiendas de plateros, cerradas ya, buscábamos su primer taller, el nido aquel del que volaron las joyas primorosas, salidas de aquellas manos de oro, hasta posarse en los museos; en los estrechos callejones, creíamos verle pasar del brazo de Miguel Angel y en cada esquina misteriosa esperábamos ver su sombra... Y ante aquella Florencia nocturna, libre de transeúntes y de ingleses viajeros, gozamos el encanto de creernos solos en ella, de ser dueños de sus calles é imaginarnos en ellas las figuras de retablo que cuadraban á sus

pórticos, á sus altísimas casas y á sus palacios grandiosos.

Muy tarde sería ya, cuando buscamos el camino de la fonda. Yendo á su encuentro, entrevimos aún destellos de cosas grandes, asomos de bellezas que admirar y esperanzas para un mañana. Poco dormimos, aquella primera noche. Florencia nos robaba el sueño y esperábamos la luz, la luz del sol, que nos hiciera ver claro todo aquello que entre sombras nos pareció tan hermoso.

## IX

## Florencia á plena luz

Aunque no le vimos salir, salió de lleno aquel sol que deseábamos. Por detrás de las cortinas, sin llamarle con timbre eléctrico, como se estila á llamar en toda fonda bien organizada, entróse por nuestro cuarto y paseóse por él, con esa calma dorada que emplea en las grandes circunstancias. A su vista abrimos las puertas de par en par, apartamos enteramente las cortinas para hacerle los honores de la fonda, y vimos allá, en el fondo, ese cielo de Italia tan famoso, tan azul y tan cantado por poetas de todas categorías.

No había aquel día ni una nube en el firmamento, ni una de esas blancas nubecillas que parecen puestas por adorno é inocente entretenimiento de pintores; no corría el aire más que por puro pasatiempo y cosquilleo de los árboles, que empezaban á consul-

tar sus adentros para echar flores, creyéndose en primavera, y era tal el bienestar que el tiempo nos prometía, y tanto lo que Florencia consentía mostrar á nuestros ávidos ojos, que salimos de la cama muy temprano, despreciando la vista de los frescos del plafón y las delicias del hogar que teníamos por seis reales diarios.

Alegres, pues, nos lanzamos á la calle. Ya en ella consultamos el viento que reinaba, á fin de que nos soplara en popa, pero como no se movía una veleta, marchamos de frente, decididos y cuasi á paso redoblado. A poco de andar, llegamos á la plaza que habíamos visto el día anterior en la penumbra, el claustro aquel misterioso que nos hizo soñar despiertos, y que tan sepulcral se presentaba á nuestros ojos. ¡ Qué diferencia, Dios mío ! ¡ Qué engaños tan hermosos tiene la luz, y que bueno es ser engañado por ella ! Bello era el claustro, pero blanco, luminoso, claro como un patio de Oriente, sin tumbas siquiera y frescos los frescos de rubia y clarísima frescura. Allí, como en otras partes, comprendimos cuan fácil es equivocarse, y cómo los ojos nos mienten cuando se mete la imaginación de por medio, y en cuantas fases y aspectos han de mirarse las cosas para de ellas formarse una idea aproximada. Las calles, tan angostas y tan mezquinas ayer, parecíanos más anchas, como si la claridad las hubiera ensanchado por milagro ; el palacio aquel, entrevisto, aún más lugubre nos pareció, y más bello todavía el medallón á lo Lucas della Robbia ; la catedral, un castillo de fichas blancas y negras, como antes, pero de un juego de dominó espléndido, á lo Gargantúa ; y el río ; pobre río ! Aquel Arno, al parecer tan pro-

fundo, resultónos el río más bonachón y falto de malicia, con sus márgenes como tantos otros ríos que se pasean por la tierra, con sus transparencias, con sus arenas, sus junquitos y hasta con algunas barcas tratando de navegar y distrayendo la línea, para encanto de los que aman los paisajes inocentes.

Siguiendo el Arno bordado, á su derecha hoteles llenos de ingleses ¡ ay ! hasta el terrado (yo creo que esa gente siempre está fuera, y que Inglaterra es un país despoblado), llegamos á un parque delicioso, anclado al lado del río. Allí, por primera vez, nos creímos en la Italia del buen clima. ¡ Qué sol, y qué calma, y qué perfume de pradera !

¡ Qué paisaje de invierno más de verano, y qué delicia de sombra para entregarse á la holganza algunos meses y no continuar estas líneas ! Un bosque imitando selva, alamedas á lo largo y á lo ancho, de frente y de perfil, árboles de esos faltos de salud que necesitan de países bonachones como éste, para no morir de tisis ; lisos parterres como fondos á lo Sandro Botticelli, y flores de todas clases, blancas, azules, violetas y amarillas, tiradas allí con derroche de colores, y todo ello para encanto de los pájaros, ya que en aquella hora temprana nos hallamos solos con ellos, cual dos Adanes perdidos en aquel parque venturoso como urbano Paraíso.

Allí cerca, almorzamos en un pequeño restaurant y vino un amigo á buscarnos, para servirnos de guía por ese laberinto de bellezas. Era el amigo un pintor italiano, de esos que han aprendido en París á conocer y querer lo que tienen en su casa ; amante de los primitivos, creyendo en una decadencia y esperando

una reforma; enemigo de todo arte de comercio y de la pintura episódica, fervoroso partidario del misticismo moderno y muy conocedor de los tesoros de Florencia. « Aquí encontraréis, — nos dijo sorbiendo el café poco á poco, — la fuente de ese arte que hoy se busca, de ese arte sentido y realmente sincero, virgen de amaneramientos y de sofismas vulgares, de ese arte que, basándose en la Naturaleza, la presenta en sus horas misteriosas y le da el velo del sentimiento, el carácter escogido y la íntima expresión de la verdad destilada, sin caer en el sobado realismo. Veréis, — dijo continuando su discurso, — como nace la pintura y que bien crece; la iréis siguiendo en su camino, firme y sereno, como ese cielo que véis, hasta perderse el día, que quiere ponerse al alcance de todas las inteligencias, ya que debéis tener bien entendido (y sino mucho peor para vosotros) que el hombre es hecho de tal manera, que confiesa francamente no conocer en leyes ni en medicina, si no es médico ó abogado, pero cree tener el don de conocer en pintura por obra de intuición inconsciente; es de manera que, cuando no entiende un arte, que habla un idioma extraño, dice que es incomprendible por no llamarse él ignorante, y trata de nivelarlo y de bajarlo á nivel comprensible á todo el mundo, para que el vulgo lo entienda, logrando quitarle el perfume, ese aroma que sólo tienen los primitivos, porque pintaron sus obras teniendo la soledad por consejera. Aquí, en Italia, se ha aceptado ahora el viejo naturalismo. « — Pues en España aún lo estamos discutiendo... (contestamos.) — » Aquí... pero basta de retóricas y sigamos nuestro camino... » Dijose él, que nosotros

no hacíamos más que seguirle y, siguiéndole, pronto llegamos á Santa María Novella. Es una iglesia grande, bien proporcionada y esbelta; pero debido á su blancura, le falta ese misterio gris, esa pátina del ambiente, ese encanto de la sombra que tienen las catedrales de España. Hácenla no obstante reliquiario los frescos que se ven en sus paredes, los cuadros de sus altares y los plafones extraordinarios que cobija. Al entrar, admiramos ya un Cristo de Giotto, un Cristo negro en fondo de oro gastado, caído de líneas y plegado místicamente, huesoso y concentrada la expresión en las líneas de un rostro demacrado; vemos más lejos la virgen atribuida á Cimabue, de la que la tradición explica que fué llevada en triunfo desde el taller del artista hasta la iglesia; virgen nacida de la pintura románica, con su cabeza inclinada como si el cuello no pudiera sostenerla, sus pies vistos de frente á modo de estatua funeraria, sus manos largas de una distinción de códice, y sentada con rectos pliegues en su trono, con dos ángeles como contándole palabras cariñosas al oído; más allá, vimos los frescos del místico imponderable, del gran Filippo Lippi; en el altar mayor la obra más grande que ha dejado Ghirlandajo; centenares de figuras impresas, impresas como arte de documento, retratos de personajes de su época, figurando en la historia de San Juan y la Virgen, desnudos pintados ya en pleno rigor del Renacimiento, y, por fin, en otra capilla, Orcagna otra vez con su poema á lo Dante, suplicios de una imaginación buscando los suplicios del infierno, almas sufriendo toda suerte de torturas, dolores numerados en secciones, refinamientos de dolor, inven-

ciones de tormentos y crueldades colocadas frente á frente de la gloria, que es dorado Paraíso, con toda la fantasía de la más grande apoteosis.

Para comienzo de visitas no era mala aglomeración la que entraba en nuestra pobre cabeza. Había para perder el juicio, y era el goce de un tormento que el mismo Orcagna no previó. Tanto cuadro, tanta obra maestra, comida por los ojos en tan poco espacio de tiempo, nos daban una indigestión en el cráneo, un cúmulo de sensaciones atropellándose y empujándose para entrar en el cerebro, buscando silla en sus cajones y no cabiendo en el aula. Antes que estalláramos, salimos y atravesamos el claustro verde, llamado así á causa de los frescos de este tono que lo cubren. Son obra de Pablo Ucello y de una originalidad rarísima, pues ver pintados todos los muros de un claustro con sólo este color en claro obscuro, y ver cien escenas trazadas por mano que conoció á fondo el arte de dibujar, y no caer en lo monótono y armonizar todo esto con el aire del edificio, podrá parecer capricho, pero es capricho de maestro que no se ve muy á menudo. Y tras haber visto la capilla de los españoles, así llamada á causa de tener allí su cofradía nuestros antecesores que residieron en Florencia y de hacernos el honor de decorarla con obras consideradas las mejores entre la escuela del Giotto, salimos, y tras mucho andar, acompañónos nuestro amigo á la capilla del Carmine.

« Aquí, nos dijo, ante esta vida de San Pedro, pintada por Filippino y Masaccio, venían á estudiar Perugino, Leonardo, Rafael y Miguel Angel. » — Contento podía estar el maestro de tener discípulos

tan estudiosos y aplicados — contestamos — y á fe que es tanto lo que aquí hay que aprender, que estamos tentados á dejar estos estudios para otros tiempos peores y volvernos á dormir en aquel Parque dichoso, viendo llegar la primavera de Italia. ¡ Eso es dibujo del que llaman decadente ! Eso es buscar el sentimiento que conduce á la expresión, sin subirse por las ramas, y eso es antiacadémico ¡ voto á tal ! y sentido con el alma pendiente de los pinceles. No hay ni un solo pliegue que no diga lo que debe de decir, ni una mano que no hable, ni una cara que no tenga el dibujo que no se aprende en la escuela, ese dibujo que vuela sin reglas, incorrecto de materia y correctísimo de espíritu..... pero vámonos con el estudio á otra parte, que mucho nos falta ver y el tiempo es oro, como dicen esos hombres que por ahí andan con su guía.

Fuímonos, y por el camino, á cada paso, se detenía nuestro amigo. « — Esta es la casa en donde vivió Miguel Angel. Aquí nació y murió el Dante. Esta tienda era el taller de Donatello. En este piso expiró Savonarola ; aquí trabajada Leonardo, allí Bellini ; más allá el Giotto ; Maquiavelo, Orcagna, Galileo, Luca, y otros, tan célebres como ellos, paseábanse por esta plaza tapizada de recuerdos. Aquí, en este edificio que véis, vivían los pintores que no tenían trabajo, y á quienes los Médicis les daban cinco liras cada día, regalo que, si hoy vivieran esos príncipes y quisieran continuarlo, no bastaran las liras de los desvanes del Olimpo, ni habría cuarteles capaces en el planeta que habitamos, para albergar tanto pintor que vive del aire del cielo. Esta iglesia cerrada guarda las cenizas de Rossini ; esta de más



allá las de Tasso, todas estas otras, que pasamos, guardan alguna obra maestra que más tarde podréis ver, y esa, en la que vamos á entrar, los sepulcros de los Médicis. »

Entramos, y la primera impresión fué deslumbrante. Una capilla alta y vacía, ocupada solamente por las tumbas, y toda ella, desde la cúpula al suelo, formada de los mármoles más raros. Allí jaspe verde de Sicilia, jaspe de Praga, jaspe violado de Flandes y de Chipre y del demonio ; mármol coralina de España, blanco Carrara, granito de Elba y pórvido y lápiz-lázuli y qué sé yo cuanta riqueza acumulada, recordáronme á pesar de ella, una exposición cursi de pedacitos de mármol, que recuerdo haber visto en Barcelona, y una anécdota de un dibujo de Forain al mismo tiempo, que decía : ¿ Qué piedra es esa de buen gusto que lleváis en la corbata, caballero ? — Es lápiz-lázuli, señora. — Hermosa es, contestaba, mientras que añadía un viejo con la mayor pretensión : — De esa misma tengo una chimenea en casa. — Con perdón del arquitecto, hay allí demasiadas chimeneas ; la vista, herida por aquellos colores deslumbrantes, no repara en el dibujo, el pobre arte se ve anulado por la estúpida riqueza, y uno se marcha cansado por aquella gritería de colores, cual orquesta inmensa y desafinada.

En cambio, en la capilla del lado, es el arte el que triunfa, y se encarga de su bandera nada menos que el inmortal Miguel Angel. Con decir que es aquella la capilla de los Médicis y que las estatuas son las de Julio y Lorenzo y que las figuras reclinadas sobre las losas sepulcrales son los símbolos del día y de la noche, famosos en todo el

mundo del arte, y que allí está su virgen y sus clásicos candelabros, habré dicho lo bastante ; pero á pesar de lo coloso que, de antemano, uno se imagina Miguel Angel, hay que ver las estatuas en su sitio para comprender su grandeza, hay que ver como parecen talladas allí mismo, cual si la gran capilla fuera un bloque y á martillazos de genio brotaran las figuras y las tumbas como de una sola pieza ; hay que ver en el día y en la noche la ciencia de los músculos y la invención de ellos, cuando no le basta la ciencia al gran poeta y el cariñoso modelado con que el alma del artista fué siguiendo los pliegues de sus figuras, y hay que ver el misterio, el gran misterio que inspiran las curvas de las espaldas, las manos encogidas y, sobre todo, las cabezas de los hombres, que dejó expresamente abocetadas, comprendiendo que lo perdido en precisión lo ganaba de sobra en expresión indecisa, en vaguedad soñadora y en dudosa adivinación del sentimiento.

Con sentimiento verdadero dejamos aquellas obras, pero á poco otras, si no tan grandes, más simpáticas, á nuestro modo de ver, nos esperaban en el *Museo Nazionale*. Referímonos al padre de la moderna escultura, á Donatello. Para verlo, subimos la escalera majestuosa del antiguo palacio del Pretorio, viendo, de paso, una muestra de hierro divinamente forjado, centenares de escudos como incrustados en el muro, armas y objetos suntuarios á granel, y allí, en el primer piso, rodeado de los bustos de Maiano, Andrea della Robia y Rosellino, de los relieves de Bolognia, Guiberti y Brunellesqui, del hermoso medallón de Mina da Fisiolo y de cente-

nares de otras obras del renacimiento italiano ; una sala dedicada á la obra del incomparable artista. Lo mejor salido de sus prodigiosas manos está allí. Allí, su David de bronce espada en mano, fino como una joya cincelada ; San Juan Bautista de mármol, ascético como un penitente de retablo, flaco y nervioso, naturaleza modelada sobre huesos con carne histórica y músculos hollados por sufrimientos del alma ; el busto de Urzano, tierra cocida con colores, cabeza con verdad sintetizada ; San Juan joven, relieve reproducido en todas partes, misterioso encanto de la infancia que adivina los dolores de la vida, cabeza, al parecer modelada con los párpados ó con el borde de los labios, con su boca visionaria, sus ojos mate, sus cabellos flotando como niebla, sus espaldas sin carne y la cruz al fondo como promesa de martirios previstos á lo lejos de lo lejos ; allí sus ángeles sonriendo con la sonrisa de la tierra, dulcificada con la mirada del cielo, su bajo-relieve de la virgen envuelta entre tules vaporosos cayendo rectos como lluvia de acendrado misticismo y rodeada de ángeles, de ángeles como sombras indicadas en el fondo, en siluetas esbozadas en primera creación del pensamiento ; su busto de niño, por fin, perfil de gloria detenido en la tierra por milagro, y otros bustos aún y estatuas y relieves prodigiosos, llevando todos el cuerpo como estorbo de sus almas, prestas á volar allá en lo alto ; realistas del sentimiento, y decadentes, si es decadencia refinar la expresión y llevarla á los confines donde el hombre empieza á soñar, cansado de las tristes realidades de la tierra.

Cansados salimos de la excursión de todo el día,

que nada cansa tanto el pensamiento como levantar la frente y mirar lo que está sobre las nubes, y, por fin, para acabar la jornada, fuémos á ver de paso la galería moderna de pintores italianos.

Allí recibimos impresión idéntica que la sufrida al visitar por vez primera los cuadros modernos del Prado.

Qué tristeza, qué farsa y qué falta de sinceridad. ¡ Dios mío ! Lo que no puede condensarse en sentimiento, se emplea en ensanchar el tamaño de las telas ; lo que no puede ganarse en opaca ó brillante armonía de colores, se busca en colores deslumbrantes ; se tira por ancho no pudiendo tirar por profundo, y se llenan telas á gritos, con horrores de melodrama, con escenas hechas con lágrimas y con trajes de alquiler, y con paisajes bonitos se engaña al gran rebaño del público. Por fortuna, por milagrosa fortuna, no fué aquella la postrera impresión de aquella tarde. Allí mismo, en un salón majestuoso como el sagrario de un templo, rodeada de las flores del Angélico, de Lippi y de Brunellesqui, estaba la hermosa, la infinita, la sublime primavera del simbolista Boticelli ! Esta fué la última nota, la nota de caída de la tarde, el rocío de aquel día. Llena de lluvia de flores, de flores volando como manadas de mariposas celestes, de mujeres entre velos y entre aromas, deslizándose inclinadas sonriendo á la Naturaleza y recibiendo su sonrisa, de naranjos llenos de frutos de oro, ella fué la primavera de Italia, la primavera ansiada, el beso de la luz del sol, de aquel espléndido sol que entró por la mañana en el cuarto de nuestra mezquina fonda.

## X

## Vida de Museo

Pasados algunos días en Florencia, sentimos un poco de alivio en nuestro mal admirativo: entramos en una reacción de calma, y con permiso de algunas autoridades en el manejo de la administración del arte, empezamos á copiar en el museo.

A las diez de la mañana, hora en que se abría la galería de los *uffizi* subíamos su majestuosa escalera y pasando con gran soltura el torniquete, nos hallábamos rodeados de cuadros, de estatuas y de dibujos. Antes de empezar nuestra tarea, nos paseábamos un rato por las salas que olían á casa noble, á barniz de obra maestra, á óleo antiguo y á como incienso de retablo; mirábamos en las paredes los cuadros, contradiciéndose mutuamente dentro de la general armonía, y nos íbamos, delante del que copiábamos, á formar parte de la innumerable familia de los sesudos copistas.

Estos iban llegando poco á poco, con sus cajas, con sus telas cuadriculadas, con sus chirimbolos de matar; ibanse acomodando silenciosos en las sillas que tenían destinadas; el museo iba llenándose, empezaban á esgrimirse los pinceles, á sentirse los cuadros molestados por tanta mirada inoportuna, y pronto aquellas augustas salas parecían un colegio de párvulos de mayor edad y cuantía, un claustro laico, una casa de locos mansos, un convento de re-

ligiosos de la orden admirativa, labrando copias y desfigurando obras maestras, con una fe, sino digna de ganar la pobre gloria de la tierra, en espera de aquella otra definitiva.

Porque los tipos que van allí son dignos de estudio, por lo variados y curiosos; son copistas que merecen tener sus ideas, gente única en la variada especie humana. Allí va el copista de profesión, pintando siempre su Rafael, con constancia digna de ejemplo á las mujeres coquetas, el mismo Rafael que le hizo admirar su ama de cría; ay! en los tiempos venturosos de la infancia, y pintándolo siempre con los pinceles de siempre, y con idénticas mezclas de colores preparados de antemano. Terminado su concienzudo trabajo, una muestra más de su género, lo deja en el caballete algunos días, haciendo como si le faltara algún detalle para esperar el comprador, aquel Mesías poderoso, que se hace esperar más en prosa que la ansiada cita amorosa de que se duele Espronceda en verso; aquel viajero ilustre que, como el *mal cazador* de la leyenda, todos los han visto menos los que están presentes; aquel Médicis, Nabab solemne é invencible que cuenta la tradición que alguna vez compra algún cuadro, por más que haya incrédulos que lo pongan en cuarentena, herido de esa duda y pesimismo, que creo nos viene del Norte, y que es enfermedad moderna, según nos cuentan los sabios que entienden de esos males. Allí, copia la inglesa enfermiza, rubia como el cañamo maduro, la eterna viajera emigrante de su isla, como nosotros de la nuestra, paseando su tosecita por todo el globo terráqueo y sus colonias, y detenida allí delante de algún cuadro, para pintar algún cua-

drito á la acuarela. Rodeada de cajitas, de lacas, de pincelitos de marta, finos como pelos de manguito, de ingredientes como farmacia pictórica, se come más color que plum-pudding, pinta por capas aun en pleno verano, deja el blanco del papel con puritanismo de escuela, y cuenta los pelos de las pestañas y los hilos de la tela, y los copia uno por uno con santa paciencia anglo-benedictina. Allí forma también el grave y morrocotudo profesor, el *homoserius* de Linneo, mirando mucho y no haciendo casi nada, saludado de los conserjes, que admiran también todo ser que calza título y gasta empleo, más que pintado *interpretando* á los clásicos, para sustituirles más tarde y formar en las filas del museo como amigo; están también los pensionados, gente alegre y bulliciosa, chicos disgustados de no poder fumar en las salas, despeinados á lo artista, llenos de manchas de color y despachando la copia á toda prisa, para mandarla á su querido ayuntamiento, que la espera en corporación para ponerle el vistobueno á sus estudios y darle patente para andar suelto por la tierra; está el artista pobre, el pobre diablo que cuenta con el amparo de las obras maestras de otros tiempos, para que le presten su sombra bondadosa, un débil rayo de inspiración para dar de comer á su familia, un poco del gran talento que tuvieron para no morir de hambre; tipo triste de copista haciendo dibujos de ilustraciones, interpretando obras maestras en medallones, sortijas y miniaturas, pájaro enfermo recogiendo las migajas de pan de los genios y trabajando como obrero laborioso. Allí está por fin el simbolista copiando á Botticelli; el místico copiando á los primitivos; el

concienzudo á Holbein ó á Clouet; el francés á Wateau y á Poussin; el clásico á Rafael; y todos juntos, aquí y allí, por las salas, como colmena de abejas chupando de aquellas flores.

Allí llegamos también y subimos á dos púlpitos que nos prestan; dos púlpitos que nos acercan al cuadro y elevan nuestra copia á una altura jamás soñada por nuestra pobrísimas fuerzas, y que nos hacen dominar desde lo alto un espectáculo solemne y por demás grandioso. A un lado un Guirlandajo completísimo; al opuesto el nacimiento de Venus, de Botticelli, el tríptico del beato Angélico al frente, en el fondo Carracci, Gózzoli y otros dorados retablos; y á los pies mismos del púlpito, otra inglesa de las flacas, vista de escorzo en perspectiva, acurrucada, con sus múltiples y variados pinceles y cajitas de colores, no mirando nunca el cuadro, jamás levantado los ojos, durmiéndose muchas veces con la santa inocencia de *qui mal no fa, mal no pensa*, y pintando como quien hace calceta.

Copiar á los maestros es cosa ya capaz de marear al más pintado en pintura, de aturdirse buscando procedimientos ajenos; pero copiarlos desde aquellos catafalcos, desde aquellos altísimos armatostes, requiere el desprecio de dos vértigos; el de abajo y el de arriba, el del mísero suelo de los hombres y el del glorioso cuadro molestado con la copia; requiere ligereza de piernas para subirse al patíbulo aquel de maderaje y gimnasia de pensamiento, para seguir el lenguaje noble y severo, de las telas; poco amor á la existencia ni á sus encantos, y disciplina para no dejarse llevar á otros senderos que los que marcan las líneas escri-

tas en colores, mitigados por el tiempo ; y sobre todo, serenidad á toda prueba, gran serenidad, á fin de no dejar entrar la vanidad en el alma que nada la instiga tanto, según vemos cada día, como encontrarse en lo alto de un púlpito cualquiera, aunque aquel sea con ruedas como el nuestro y fácil de venirse abajo como tantos que parecen más seguros.

Colocados con Zuloaga frente á frente, en aquellas altísimas regiones, el púlpito nos hacía discursar quieras que no, y teníamos diálogos entre pintura y pintura que despertaban muchas veces á la inglesa de su sueño beatífico. — ¿ Has visto, me decía mi amigo, agarrándose á la madera, como lograban esos hombres la grandiosidad dentro de su nimiedad de factura, al revés de los pintores españoles, que pintan gordo y hacen flaco ? ¿ Has visto que despreocupación más grande en el modo de escoger lo que hoy llamamos asunto, de colocar las figuras en el medio que se les antojaba artístico, de vestir las con trajes de cualquier época, sin andarse en sabias indumentarias, de ponerlas en el fondo que juzgaban armonioso, sin darles carácter de época, que luego han adquirido andando el tiempo ? — Sí; lo he visto, respondíale, y aun creo que si hoy estos hombres expusieran sus cuadros sin la firma, les veríamos combatidos por el sufragio de los mansos, que hoy los pondera para no ponerse en ridículo. — ¿ Te has fijado, volvía á repetirme Zuloaga, en el modo mate con que pintaban y el horror que sentían por los colores chillones ? ¿ en la prudencia con que empleaban las tintas ? ¿ en el modo opaco de ser coloristas ? Mira

ese Boticelli y fíjate bien, aunque sé que estás convencido. Mira esas flores ; no hay ni un color entero en ellas, no hay ni una que no sea una hermosa media tinta, no hay ni un tono vigoroso que no tenga complementario al lado, ni un tono que se adelante, ni que se *salga del cuadro* como dicen muchos críticos, ni *vigor de pincelada*, ni *espon-taneidad*, ni otros clichés, ni ocho cuartos. Su objeto es el conjunto, y observa como lo buscan en la armonía, no engañando jamás con gritos y con gestos de colores. Eso es ir al grano ; viva el árbol de Guernica ! (decía apoyándose con las piernas). Eso es pintura de cámara y no pintura de espectáculo teatral ; eso es pintar carne artística y no *trompe l'œil* ni *nature morte*, para engañar á las mansas multitudes. Si yo fuera rey, después de ver estos cuadros, hacía cerrar las tiendas á los pintores. — Cálmate, por Dios-le decía temiendo un final desastroso, cálmate Zuloaga, que ese púlpito no es muy seguro ; copiemos y dejémonos de discursos.

Calmábase y volvíamos á pintar, siempre allí arriba y ante la inglesa durmiéndose. Por la sala iban pasando visitantes, pasaban, buscando nombres, con el libro compañero, y mirando firmas como en casa de un notario, entusiasmábanse, poco ó mucho, según el guía lo ordena ó lo suplica, echando un coro de exclamaciones dirigidas por el pastor del rebaño ; pasaban á veces norteamericanos sueltos, apuntado en su librito de falta de memorias sus entusiasmos numerados ; pasaba algún viejo artista silencioso, pasaban atortoladas parejas haciendo su viaje de luna de miel en Italia, yendo

á todas partes sin verse más que á sí mismos, mirando y pichoneando en cada sala y faltando al respeto á Rafael, á Leonardo, y al mismo Beato Angélico.

A veces pasamos largos ratos sin decir una palabra, trabajando con furor, absortos y creyendonos en el desierto, ensimismados con los cuadros y tratando de penetrar en el vago pensamiento del artista; á veces sentimos la tristeza que desprenden las obras que llevan algo del alma, detrás de la dorada pátina; sentimos á veces desalientos y dejamos caer los pinceles y nos quedamos largo rato sin cogerlos, ridículos y tristes en lo alto del andamio, soñamos á veces y pensamos que la inglesa sueña también, cuando creemos que duerme, y heridos de mal humor, bajamos, yéndonos á recorrer aquellas salas para hallar nuevos alientos.

Unas veces recorremos las galerías, mirando solamente el conjunto, echando una ojeada sobre aquel ejército de telas formando en fila como un batallón de paz: marcos dorados, perdiéndose en perspectiva, alternados con estatuas amarillentas, estufas de vez en cuando é hileras de caballetes, y entre aquel bullicio mudo buscamos á los pintores amigos de nuestro espíritu, para enviarles un saludo y un recuerdo. Otras veces, vamos á un salón pequeñito para ver la célebre « Calumnia » de Boticelli, calumnia que calumnia una copista, la cual, según dicen malas lenguas, es una princesa húngara y la enseñan como curiosidad de la casa. Pesará, echando por lo bajo, por no regatear el peso, de tres á cuatrocientos kilogramos; es un bulto colosal, gorda por lo ancho, espesa, inmensa

como la cúpula del Duomo. Debe sentarse en dos sillas, está echando á perder los ascensores y da inquietudes á los guardas del museo de que el techo no resista á sostenerla por más tiempo; y á pesar de ser tan carnal esa señora, está copiando el más ideal de los cuadros, viendo llegar tras del otoño el invierno y el verano después de la primavera. Cuando pinta, que es cada día, parece una fiera enjaulada; no hay quien se acerque á copiar donde ella pinta; los cuadros que la rodean están en estado de sitio, así es que miramos aquel Boticelli, temerosos; moderamos entusiasmos temiendo una mordedura de aquel horrible paquidermo y nos estamos menos tiempo del que nos piden los ojos. Ahí mismo admiramos un Watteau, de lo más delicado y armonioso que ha brotado de las delicadas y armoniosas creaciones de este artista; allí cerca vemos las dos Venus del Ticiano, una de ellas retrato, según dicen, de la Duquesa de Urbino, mujer espléndida, pintada espléndidamente, en plena exuberancia del gran maestro; la Venus de Lorenzo di Credi, academia gris rosado sobre fondo negruzco, mezcla de dibujo decadente con dibujo clásico y sobrio; la Eva de Luca Cranac, desnudo místico de retablo, dibujado con ingenuidad pasmosa, y otros desnudos más serenos y vestidos de la castidad del arte, que nos enseñan, con qué amor y ciencia estudiaban la forma de la mujer esos grandes pintores de otros tiempos; más allá, una sala entera de Boticelli, como camarín de oro; aún más allá, la escuela toscana, la escuela holandesa, la escuela alemana y la flamenca y otras más; luego la Sala de Lorenzo Mónaco, la sala del Verrocchio,

y la galería Ferroni, llenas de amigos también, y volviendo al salón de las tablas primitivas, Martini, Lippo, Memmi, Strozzi, Giottino, Veelli, Giovanni da Milano, Pesello y otros muchísimos de las escuelas bizantina, florentina, vienesa y toscana, y nos volvemos al cuadro, más mareados que antes.

Otras veces, bajamos de la tribuna y entramos en el salón de las inscripciones. Allí, entre lápidas romanas de interés para el arqueólogo castizo, se hallan algunos bustos de emperadores romanos. Rodeando la sala, serios y cavilosos, parecen contemplar á los visitantes con desprecio, con aire altivo y severo, orgullosos de lo que fueron y envanecidos de sentir conservada su memoria por la dureza del mármol. Vemos también estatuas cuyo nombre basta citar para tener presente su silueta: « la Venus de Médicis » hermana de la « de Milo », « Los luchadores romanos », « El Apolino », « El Fausto », los bustos de Séneca, de Augusto, de Antonio y de Cicerón; el gran caballo de Roma, tumbas por doquier, y por doquiera bajo-relieves y sarcófagos y altares de sacrificio; vemos la sala de arqueología, la sala Niobe, las salas de los dibujos, de las ideas matrices, de la primera concepción apuntada en un trozo de papel antes de ser parida la obra, de la inspiración que pasa como un sueño y la persigue el artista, siguiéndola al través del pensamiento y esbozándola, en su fiebre, con lápiz, con carbón, con tinta, con cualquier materia que sirva para detener la rápida visión huyendo; vemos los camafeos romanos como piedras de mar labradas por sirenas, los medallones florentinos, grandezas en miniatura, los vidrios románicos y

bizantinos, los esmaltes translúcidos, las joyas de cristal de roca, los primores de Benvenuto Cellini, y, en una pequeña sala, el busto del Dante modelado de sí propio, la mascarilla que conserva la forma de aquellos ojos cerrados sobre las arqueadas cejas, la nariz característica del Dante, el labio estrecho, los pómulos angulosos y aquella frente, aquella sublime frente, que llevó dentro de sus huesos el noble peso de la Divina Comedia.

Por fin, otros días, el descanso de la copia consiste en atravesar un corredor interminable, que va del palacio Pitti á la galería Uffizi, corredor que cruzamos, viendo, al pasar, las aguas-fuertes y los cuadros de autores desconocidos. Al cabo de él encontramos las mismas firmas y otras nuevas, y otras en lista que se haría interminable, más cuadros aún y más estatuas que, tomadas de un solo trago, son capaces de marear cabezas mucho más firmes que las nuestras, de darle el mal de obra maestra al más pintado, de hacer desear defectos, cansados de perfecciones y que nos vuelven al púlpito de la copia, molidos de pensamientos y débiles de entendimiento.

Tan débiles y tan seriamente atropellados que, un día que había salido solo á esas visitas pictóricas, al volver á nuestra sala, oí un ruido espantoso y formidable, que adivinará cualquiera. Era Zuloaga que, en un momento de éxtasis, se cayó de su alto andamio. Corrieron los guardas y yo con ellos, y vimos todos juntos á nuestro atribulado amigo debatiéndose boca abajo con el tremendo armatoste. El cuadro habíase pegado en las espaldas de la inglesa, que gritaba como una águila real y también

se revolcaba por el suelo. Zuloaga nombraba el árbol de Guernica, y aquello era un campo sembrado de pincelitos de marta, de tubitos, de lacas inglesas extrafinas, de acuarelas relamidas, todo tan revuelto delante de un santo del Guirlandajo que el buen santo parecía sonreírse de aquel terrible siniestro.

---

 XI

### El monte de los cipreses

Desde aquella caída y atropello de la inglesa, Zuloaga se nos había puesto triste.

Apenas probaba bocado, hablaba poco y en tono lastimero, quejándose amargamente de las miserias humanas y terrenas, nombraba suspirando el árbol viejo de Guernica, fumaba mucho, apenas sacaba el Greco á relucir y no quería entrar en el museo por no ver aquel campo de la pasada batalla.

Bien procuraba distraerle, diciendo que la inglesa podía estar contenta de no tener otras caídas que aquella; que el mundo es una cosa frágil de sí; que otros han caído de pulpitos mucho más altos y han caído moralmente; y que ya que su cuerpo no había recibido quebraduras de huesos ni magulladuras de músculos, que levantara su espíritu, que cuasi era un bien para el arte el echar á perder una acuarela.

No, señor. No había medio de restablecerle en su

antiguo estado *psíquico*. Se paseaba por las orillas del Arno, meditaba, volvía á pasearse y á meditar de nuevo. En cuanto veía á un inglés se ponía nervioso, lo que quiere decir que lo estaba todo el día; hasta que, en uno más claro que los demás y más brillante, acordamos ambos salir al campo, ver paisaje, probar tierras nuevas y nuevos puntos de vista para tratar de acabar con tanta murria y con tanta convalecencia.

Fuimos á Fiésole. Fuimos al país de Mino y Fray Angélico; á la antigua ciudad etrusca, á la montaña que veíamos detrás de las torres de Florencia y que, con su sobria y severa vegetación, nos prometía gran cosecha de emociones; fuimos al monte querido del Dante, al cerro de los poetas florentinos, al Olimpo del renacimiento italiano, á la tierra en que cada árbol tiene su historia, y sus recuerdos cada piedra, y nos es imposible describir el entusiasmo con que fuimos.

Respirar el aire de la sierra, cuando se siente la fatiga feliz de ver obras maestras; respirar Naturaleza, cuando llega el mareo de las obras de los hombres, es cosa que el corazón agradece; pero si ese aire que se respira viene, además, impregnado de nobleza del paisaje, de aroma histórico recogido con el roce, entonces la vida entera se concentra en los pulmones para sentirlo de cerca y deleitarse. ¡ Con qué alegría trepamos por la montaña! ¡ Con qué voluptuosa sensación sentimos que el sol nos bañaba con su dulce calor de naciente primavera! ¡ Con qué avidez abrimos las puertas á los sentidos, á fin de que ni un rayo de luz, ni un sonido, ni un aroma, escapara á nuestros oídos, á nuestra vista, á nuestro



se revolcaba por el suelo. Zuloaga nombraba el árbol de Guernica, y aquello era un campo sembrado de pincelitos de marta, de tubitos, de lacas inglesas extrafinas, de acuarelas relamidas, todo tan revuelto delante de un santo del Guirlandajo que el buen santo parecía sonreírse de aquel terrible siniestro.




---

 XI

### El monte de los cipreses

Desde aquella caída y atropello de la inglesa, Zuloaga se nos había puesto triste.

Apenas probaba bocado, hablaba poco y en tono lastimero, quejándose amargamente de las miserias humanas y terrenas, nombraba suspirando el árbol viejo de Guernica, fumaba mucho, apenas sacaba el Greco á relucir y no quería entrar en el museo por no ver aquel campo de la pasada batalla.

Bien procuraba distraerle, diciendo que la inglesa podía estar contenta de no tener otras caídas que aquella; que el mundo es una cosa frágil de sí; que otros han caído de pulpitos mucho más altos y han caído moralmente; y que ya que su cuerpo no había recibido quebraduras de huesos ni magulladuras de músculos, que levantara su espíritu, que cuasi era un bien para el arte el echar á perder una acuarela.

No, señor. No había medio de restablecerle en su

antiguo estado *psíquico*. Se paseaba por las orillas del Arno, meditaba, volvía á pasearse y á meditar de nuevo. En cuanto veía á un inglés se ponía nervioso, lo que quiere decir que lo estaba todo el día; hasta que, en uno más claro que los demás y más brillante, acordamos ambos salir al campo, ver paisaje, probar tierras nuevas y nuevos puntos de vista para tratar de acabar con tanta murria y con tanta convalecencia.

Fuimos á Fiésole. Fuimos al país de Mino y Fray Angélico; á la antigua ciudad etrusca, á la montaña que veíamos detrás de las torres de Florencia y que, con su sobria y severa vegetación, nos prometía gran cosecha de emociones; fuimos al monte querido del Dante, al cerro de los poetas florentinos, al Olimpo del renacimiento italiano, á la tierra en que cada árbol tiene su historia, y sus recuerdos cada piedra, y nos es imposible describir el entusiasmo con que fuimos.

Respirar el aire de la sierra, cuando se siente la fatiga feliz de ver obras maestras; respirar Naturalaleza, cuando llega el mareo de las obras de los hombres, es cosa que el corazón agradece; pero si ese aire que se respira viene, además, impregnado de nobleza del paisaje, de aroma histórico recogido con el roce, entonces la vida entera se concentra en los pulmones para sentirlo de cerca y deleitarse. ¡ Con qué alegría trepamos por la montaña! ¡ Con qué voluptuosa sensación sentimos que el sol nos bañaba con su dulce calor de naciente primavera! ¡ Con qué avidez abrimos las puertas á los sentidos, á fin de que ni un rayo de luz, ni un sonido, ni un aroma, escapara á nuestros oídos, á nuestra vista, á nuestro

olfato, atentos á quererlo gozar todo ! Aquella montaña entrevista, la teníamos allí, la tocábamos, la poseíamos y aún la queríamos más. Allí empezaba el paisaje á desplegarse, á hacerse paisaje por obra de su hermosura, á embellecerse con la mayor lozanía. Un valle á cada lado ; y qué valles ! un valle verde de olivo, verde gris con tonos de paisaje antiguo, verde violeta más lejos, verde mate, verde siempre, con toda la gama dividida al infinito ; espesuras á cada lado, impenetrables al sol ; ramos de árboles ceñudos y fornidos del tiempo de los Médicis ; puñados de frondosidad ocultando palacios floridos de columnatas como fondo de Veronese ; casitas blancas y azules como fayances de la Robbia ; y cipreses, cipreses á millares, en bosques, en grupos, en filas, escalonados, solitarios, delgados unos como espadas, robustos otros como torres de verdura, despeinados estos y mostrando su esqueleto, lisos y como bruñidos aquellos, y todos vestidos de luto, todos de un verde muriéndose abrazado con el azul ultramar ; todos dando á la montaña un aire de nobleza antigua, de paisaje de museo, de paisaje con pátina á lo Leonardo de Vinci.

¿ Y el cielo, y las montañas de lo lejos ? y las ermitas, y monasterios sembrados como puñado de trigo, tirado allí, con los aciertos del hombre y de la casualidad, puestos de acuerdo ? A cada paso, á cada instante, había algo que nos llamaba con sus silencios de armonías, con sus sorpresas de colores, con sus cantos de luz maravillosa. « Aquí en este rincón nos quedamos á vivir, nos decíamos. No, en ese otro, ó en aquel, ó en todos, ó ; ay ! en ninguno ;

que no tenemos vidas para poder repartirlas como hubiéramos querido ; á cada paso, un nuevo grupo de árboles, una cuesta, un recodo, un ruido de vivienda entre follaje, nos hacían exclamar y detener : « Aquí dibujaremos este trozo y aquel y aquellos y todos juntos, ó ninguno tampoco, que tampoco teníamos manos para hacer tantos dibujos. A cada paso, no hubiéramos dado ni uno más, quedándonos contemplativos ; pero íbamos subiendo hacia Fiésole y penetrábamos en aquel bosque de cipreses, en aquel cementerio sin tumbas, mezcla de selva y de jardín, sintiendo abandono y cuidado al mismo tiempo. Subiendo siempre, veíamos pasar por los olivos estremecimientos de plata al contacto de la brisa ; veíamos allá, en el verde mar del fondo, llamaradas de primavera que llegaban trayendo una lluvia de flores ; más cielo veíamos cada vez y cada vez más azul, y debajo de su hermosura descubríamos Florencia, que iba bajando envuelta en diáfana humareda, perdida allá á lo lejos como una aparición de otras edades, apenas indicada como niebla vibrando las cúpulas al contacto de la luz como luz misma, reclinada en el Arno que salía de su boca contando su leyenda como cinta de retablo, y entre montañas coronadas de cipreses también, como la que íbamos subiendo, hasta la hermosa y deliciosísima cumbre.

Allí está Fiésole, la antigua Florencia etrusca, convertida en pequeñísima aldea mirando la nueva Florencia á lo lejos ; la madre patria, mirando la patria hija, satisfecha en su vejez de verla crecida, admirada y colmada de bellezas. Forma el pueblo de ahora una plaza en medio de la meseta, su ige-

sia bizantina guardando dos joyas legadas por Mino; un pequeño museo con los objetos encontrados al azar en aquel suelo pedregoso de recuerdos, su convento en lo alto, retiro íntimo con vistas al cielo y á la tierra, algunos palacios de desolados paredones, cipreses y murallas y quietud y ruínas.

A ellas nos fuimos á soñar en el pasado y á respirar aire impregnado de olor de musgo, á meditar quizás y á sentir ese abandono que sólo se halla allí donde se agarra voluptuosa al negro muro la yedra. Al pie de la montaña, frente al cielo, con vistas á términos infinitos, allí encontramos las ruínas de un teatro de los romanos; allí están los pasillos sin techo, con las entradas sin puertas; las gradas roídas y gastadas; la rotonda de los músicos, llena de trozos de capiteles y columnas; los cuartos de los actores, llorosos de estalactitas y nido de lagartos y serpientes; pero en cambio allí, en vez de la escena, que yace en montón de escombros, se extiende el panorama de la vida, el gran drama de las nubes, la eterna decoración de la gran Naturaleza. Solos allí en aquel teatro sin techo, sin temores, sin luz mezquina ni torpes vanidades, teniendo todas las gradas nuestras, los palcos todos, y el teatro, solitario, tan sólo para nosotros, nos tendimos á mirar allá á lo lejos la espléndida decoración sin rompientes ni telones, abierta siempre á la contemplación del hombre. El espectáculo aquel día era un cielo sereno, claro como un espejo de cielo, adornado de nubes blancas persiguiéndose, alcanzándose, volviéndose á separar como un rebaño; de montañas azules, de frondosidades como manchas de cobalto, de valles recogidos á la

sombra, de casas y pueblos señalados como con yeso sobre fondos de violeta, del lecho amarillento de un río serpenteando inconsciente y buscando la llanura; espectáculo de siempre, y siempre distinto, visto desde aquel teatro caído, servil imitación del que queda eternamente!

Levantámonos, y acompañados de un fraile pálido y flaco como el San Francisco de Cano, visitamos el convento, colgado en la montaña como un nido. Con paso quedo y sin ruido, como temiendo despertar la oración de sus hermanos, iba el fraile guiándonos con sigilo, hablando con labios de rezo, abriendo las puertas lentamente y quedándose en el fondo, aguardando silencioso. Mostrónos primero la iglesia, arrodillándose en cada altar, que adivinábamos oculto entre la negra penumbra; luego el coro, retirado en el ábside, blanco y sencillo, con algún cuadro ennegrecido y borrado el asunto detrás de un barniz gastado, con las sillas bruñidas por el roce de la oración, con un Cristo en lo alto, moribundo; más allá, un claustro pequeño como un patio de Granada, sin estorbos de arquitectura que detengan el pensamiento en la tierra, sereno como el cielo, tranquilo como un canto llano, de líneas sin molduras ni relieves, y cerrando un pequeño cuadro de yerba, algún rosal larguirucho, lirios y adelfas y flores descoloridas; más allá, celdas oscuras y corredores estrechos, con la grave silueta de algún fraile paseándose cabizbajo; más lejos, la capilla de los rezos, capilla íntima y blanca, pequeña y adornada como por manos de niña, alegre y bañada de sol entrando en sus altares por tres estrechas ventanas cuajadas de tiestos

de flores, flores contentas, brillantes de claridad, tomando puesta de sol y aire libre de la sierra, felices de vivir en aquel estrecho encierro; luego, el cementerio y el huerto, sombreados igualmente por cipreses sin distinción de alegrías ni tristezas, y la anchurosa terraza dominando Florencia allá á lo lejos, sin que su voz de populosa ciudad turbe la paz de aquel tranquilo retiro.

Empezaba ya el sol á bajar por la llanura y la calma era solemne en aquel sitio. Apoyados en la baranda, mirando la vida á lo lejos con el fraile, le dijimos: ¿Estais contento de la soledad que os rodea? Mirónos, mirónos largo rato pensativo, y pensativo nos dijo: La única tristeza que siento en este santo retiro, es tener que bajar de esta montaña y andar por el mundo de los hombres. ¡Es tan hermoso *escaltar il vento!*... y eso de escuchar el viento, lo dijo con tono tan melancólico y sincero, que pareciónos que el viento tenía voz, que con él no existe la soledad, y estuvimos largo rato *escuchando* la llanura, oyendo ecos opacos, voces sin voz que nos tenían clavados, mudos y absortos en aquella gran terraza.

Por fin, los cipreses empezaban á dorarse, y bajamos hacia el llano. Pasamos por una angosta pendiente, cerrada por dos paredes, coronadas de árboles, que, asomando, dejaban adivinar espesos bosques y jardines, cuya exquisita fragancia llegaba como bálsamo de hierba; lianas en cascada, pendiendo desmayadas, desbordando de parques repletos de intrincadas espesuras y troncos de almendros tapizando el torrente de flores blancas y

rosadas. De vez en cuando, por una verja abierta en el camino, veíamos un paseo de cipreses, altos y unidos, formando espesas murallas, con sus largas líneas de sombras dibujadas en el suelo por el sol suspenso en el firmamento y rayando ya las crestas de las últimas montañas; paseos desiertos, ocultando allá en el fondo alguna *villa* íntimamente abrigada, acurrucada entre pañales de verdura; ventanas entre enredaderas agarradas á los muros, algún fragmento de sencilla arquitectura y el tejado humilde lleno de manchas de sol; veíamos alguna estatua de mármol, bañándose en surtidores, delfines escupiendo agua, caballos marinos nadando entre musgo y lirios, sirenas teñidas con tonos de ocre, con manchas negruzcas y con pátina de abandono; veíamos otra vez el Arno más plateado que antes, y Florencia destacándose como un agua-fuerte viejo, con sus cúpulas recostadas, sus torres, sus monumentos, y sus casas lanzando reflejos de oro, y por aquel camino hermoso llegamos al fondo del valle.

Allí, en aquel punto venturoso, en aquel sitio de paz, pasóse el místico Beato Angélico, en convento Dominicano, quince años trabajando como quien cumple una misión sobre la tierra; los mejores quince años de su vida pasados entre ensueños y arrobamientos de luz, de inspiración y visiones, consultando aquel cielo en demanda del otro definitivo, aquellas nubes, aquellas frondosidades; elaborando sus retablos en su claustro oculto en aquel valle delicioso, lejos del mundo y de sus torpes exigencias, separado de su ruido y tentaciones y no soñando más que en su arte que ofrecía á la Virgen,

á su dulce enamorada, como ex-voto; y de aquel místico estudio con ventanas á la gloria, de aquella celda-taller, con luz cenital del cielo, salieron la « Coronación de la Virgen », « Las beatificaciones de los justos », « La conversación de los santos », las filigranas de sentimiento exquisito, colgadas hoy en los museos para admiración del hombre.

Era tarde ya cuando entramos en la iglesia del convento. Apenas se veían las paredes y los altares eran manchas de sombra; la bóveda, una bóveda de noche sin estrellas, y las ventanas en lo alto eran ojos apagados, ojos sin luz, cerrándose y durmiéndose con el día. Allá en el coro, vimos una mancha oscura, que era el cuadro del Angélico, y nos sentamos delante, tratando de adivinarlo. Poco á poco, apagándose lentamente el sol que llevábamos impreso en nuestra retina, vimos iluminarse la tela vagamente, salir de las tinieblas como llevando la luz en sus colores; vimos una Virgen azul, una cabeza inclinada y vaporosa, la sombra indecisa de un niño y unos Santos derechos, con los ojos levantados; vimos destellos de oro en medias tintas finísimas y vimos un rayo de sol entrando por la alta ventana de la iglesia; le vimos caminar, como una lengua de espada, por el muro y posarse, en fin, sobre la Virgen y bañarla con un beso de postrera sensación: el último del Sol despidiéndose vibrante de aquel espléndido cuadro y de aquel hermoso día.

Al salir dormía la tierra suavemente.

Solo el reflejo violeta del ocaso lanzaba las postreras bocanadas de armonía, las últimas pinceladas precursoras de la sombra.

Florenzia, allá en el fondo, encendía los faroles;

las casas se abrigaban más aún, en los pliegues de sus jardines misteriosos; empezaban los ruidos de la noche, los santos silencios del descanso; cesó la brisa, y los olivos parecieron reclinarse, y levantarse más los cipreses.

Ellos con su tristeza, parecían seguirnos, colocados sin fin, cual centinelas á los lados del camino. Les vimos aún largo rato, rectos y recortados sobre el gris mate del cielo, como pedruzcos ciclópeos; les vimos luego confusos como soñados fantasmas y les vimos, por fin, perdidos y rodeados de estrellas.

## XII

### Las nieves perpetuas

Hacia cerca de un mes que estábamos en Florenzia.

Una noche, allá en los dibujos del plafón de nuestro cuarto, entre el follaje de unas plantas que daban uvas por fruto, y entre unas nubes pintadas con gran espontaneidad, pareciónos ver dibujada nuestra isla. Cerramos los ojos para dormirnos, como tenemos por costumbre desde hace tiempo, y como un punto luminoso en la pupila, la vimos más claramente todavía y más diáfana, llamándonos á su regazo con una dulce insistencia, tan difícil de explicar, que no seré yo quien la explique.

No sabíamos por qué, pero empezábamos á sentir el mal de obra maestra, un deseo de ir á digerir

á su dulce enamorada, como ex-voto; y de aquel místico estudio con ventanas á la gloria, de aquella celda-taller, con luz cenital del cielo, salieron la « Coronación de la Virgen », « Las beatificaciones de los justos », « La conversación de los santos », las filigranas de sentimiento exquisito, colgadas hoy en los museos para admiración del hombre.

Era tarde ya cuando entramos en la iglesia del convento. Apenas se veían las paredes y los altares eran manchas de sombra; la bóveda, una bóveda de noche sin estrellas, y las ventanas en lo alto eran ojos apagados, ojos sin luz, cerrándose y durmiéndose con el día. Allá en el coro, vimos una mancha oscura, que era el cuadro del Angélico, y nos sentamos delante, tratando de adivinarlo. Poco á poco, apagándose lentamente el sol que llevábamos impreso en nuestra retina, vimos iluminarse la tela vagamente, salir de las tinieblas como llevando la luz en sus colores; vimos una Virgen azul, una cabeza inclinada y vaporosa, la sombra indecisa de un niño y unos Santos derechos, con los ojos levantados; vimos destellos de oro en medias tintas finísimas y vimos un rayo de sol entrando por la alta ventana de la iglesia; le vimos caminar, como una lengua de espada, por el muro y posarse, en fin, sobre la Virgen y bañarla con un beso de postrera sensación: el último del Sol despidiéndose vibrante de aquel espléndido cuadro y de aquel hermoso día.

Al salir dormía la tierra suavemente.

Solo el reflejo violeta del ocaso lanzaba las postreras bocanadas de armonía, las últimas pinceladas precursoras de la sombra.

Florenza, allá en el fondo, encendía los faroles;

las casas se abrigaban más aún, en los pliegues de sus jardines misteriosos; empezaban los ruidos de la noche, los santos silencios del descanso; cesó la brisa, y los olivos parecieron reclinarse, y levantarse más los cipreses.

Ellos con su tristeza, parecían seguirnos, colocados sin fin, cual centinelas á los lados del camino. Les vimos aún largo rato, rectos y recortados sobre el gris mate del cielo, como pedruzcos ciclópeos; les vimos luego confusos como soñados fantasmas y les vimos, por fin, perdidos y rodeados de estrellas.

## XII

### Las nieves perpetuas

Hacia cerca de un mes que estábamos en Florenza.

Una noche, allá en los dibujos del plafón de nuestro cuarto, entre el follaje de unas plantas que daban uvas por fruto, y entre unas nubes pintadas con gran espontaneidad, pareciónos ver dibujada nuestra isla. Cerramos los ojos para dormirnos, como tenemos por costumbre desde hace tiempo, y como un punto luminoso en la pupila, la vimos más claramente todavía y más diáfana, llamándonos á su regazo con una dulce insistencia, tan difícil de explicar, que no seré yo quien la explique.

No sabíamos por qué, pero empezábamos á sentir el mal de obra maestra, un deseo de ir á digerir

en la soledad lo mucho que llevábamos almacenado en la memoria, los recuerdos de cosas vistas, embutidas y apretadas en el cráneo como en lata las sardinas; sentíamos cansancio de continente; Zuoloaga cantaba el *Guernicako* y yo el *Anyorament* entre dientes, y la isla entrevista por el deseo en el plafón, nos prometía, allá á lo lejos, tal jaleo generoso de consuelo, que acordamos marcharnos hacia ella, á sumar impresiones y catalogarlas por dentro.

Antes, no obstante, quisimos cumplir algunas visitas de despedida. Para ello tomamos un coche, para nosotros dos tan *sólo*, y le dijimos al cochero: — Cochero, á la casa de Miguel Angel. — Condujónos el buen cochero á la morada del artista; entramos, preguntamos y saludamos, y nos dijeron que nuestro amigo había salido hacía tiempo, pero que viéramos su casa. Vimos en ella una colección de estudios que estaba haciendo, el día que se marchó, proyectos de arquitectura, croquis, estudios de anatomía, de caballos y de esqueletos, reglas de perspectiva, fachadas de catedrales, escorzos de figuras, cálculos de proporciones, academias, vírgenes y tumbas, el plano de la gran cúpula de San Pedro, y hasta proyectos de fortificaciones, de cuando andaba metido en los azares de la guerra. Estuvimos contentos de lo mucho que estudiaba y de su buen comportamiento, y como teníamos tiempo que ganar, marchámonos dejando nuestra tarjeta. De allí pasamos á ver al Dante, y tampoco estaba en casa. Habíase llegado hasta la gloria, á fin de compararla á la que él había descrito y poner en claro algunas dudas que de sus bellezas tenía,

ya que si en la tierra pudo copiar del natural los tormentos de su infierno y purgatorio, faltábanle modelos para copiar el cielo de su Divina Comedia. Vimos su casa, (en la cual ha hecho recientes reformas, que, con perdón, no aprobamos á nuestro querido amigo), pequeña é íntima y llena de recuerdos gloriosos, y dejando la tarjeta, continuamos el curso, poco afortunado en encuentros: Benvenuto Cellini había cambiado de piso; en el estudio de Donatello se había instalado un ebanista; Galileo se había subido á ver de cerca las estrellas que inventó, y en San Marcos, al preguntar por Savonarola, nos dijeron que á causa de sus predicaciones acéticas y poco aduladoras para el Gobierno constituido, lo habían quemado vivo hacía tiempo, delante del Perseo de Cellini, y como prueba, nos mostraron en su celda, pequeña como un panteón de pobre, los restos de su traje monacal hecho cenizas por las llamas, entre otras reliquias del Angélico, que también había salido en brazos de sus ángeles y llevado en andas en sus nubes hacia el cielo, que había soñado en vida, y encontrado sin duda á la hora de su muerte.

A todos dejamos tarjeta, y esta tarjeta sin nombre, escrita en el corazón fué oración á su memoria, adiós de agradecimiento, y con la vaga tristeza del que arranca una hoja del libro de nuestra vida, temiendo las hojas que han de seguir, nos marchamos de Florencia.

Marchamos, sí, y antes de llegar á nuestra isla, pasamos por Suiza, y pasar por Suiza y no detenerse en sus playas, hubiera sido un crimen de lesa viaje-excursionista, difícilmente perdonable á los ojos de

toda persona sensata. — Son tantas las veces que á uno le echan en cara el no haber estado en Suiza, que le soplan á uno, en clase de pintores, la Suiza por las orejas; que le ponderan las cascadas, los valles, los lagos, y sobre todo las nieves perpetuas y perdurables de Suiza, que nos dijimos mutuamente: — ¡Qué diablo! Vamos á Suiza, aunque tan sólo sea para decir con los demás « que hemos estado en Suiza »; vamos á ver esas nieves duraderas, esos lagos potables, esos cedros alpinos de los Alpes verdaderos; vamos á ver los funicularis-funiculares, y si es posible, pagando lo que sea, algún oso pardo de los que andan sueltos por los montes, sin anillo en las narices... Y nos fuimos á Suiza.

Salimos á las veintidós tres cuartos (hora de Italia), y de noche pasamos los Apeninos; así es que no vimos nada de esos montes, y no lo sentimos por cierto, ya que otros de mejor calidad y más cantidad nos aguardaban; al pasar por encima de la frontera de Italia, la cual pasamos dormidos al son de un acordeón que no cesó de tocar toda la noche, manejado con tal constancia y denuedo, que nos hizo creer que el tocador estaba cumpliendo un exvoto. A su voz salió la luna, y á su luz empezamos á ver algunas nieves fugaces, es decir, no bien perpetuas todavía, pero blancas como las otras, que nos dijeron que los hombres encuentran á las montañas, que las montañas no se encuentran entre sí y que aquellas que veíamos eran los Alpes Alpinos.

Debutó, pues, ante nosotros la Suiza con un lago, pero con un lago de cromo, con sus reflejos hechos con gran pulcritud, sus casitas de quita y pon en la orilla, sus vaporcitos cruzándolo con cuidado

á fin de no turbar la placidez de las aguas, y sus montañas en el fondo rociadas en sus picachos con azúcar de la mejor calidad; luego pasamos al dominio de la cascada: filos de agua saltando como inmóviles entre negruzcos peñascos; luego la región del cedro; cedros con sus plumeritos subiendo como hormigas por las abruptas pendientes hasta encontrar la blancura *susodicha*; vimos más allá la primera vaca suiza auténtica, con su cuero manchado como es uso y costumbre en esa clase de bichos; las cabritas del país, las casas de madera pintorescas, las praderas á todo verde, y entramos en San Gottardo, lío de túneles haciendo maniobras y rodeos por debajo de la tierra, pasados sin saber cómo ni qué, con notable sangre fría y desprecio del peligro.

Al salir, quedamos deslumbrados por intensísima blancura. Si aquello no eran las perpetuas, poco les debe faltar para serlo, que trazas tienen de ser nieves sin malditas las ganas de derretirse por ahora ni entrar en vías de riego. Desde la base á la cumbre, alta y quebrada de un modo que raya ya en la locura, no se ve más que el tono blanco sin términos, y en su sábana los cedros irguiéndose de un modo escandaloso y atrevido; á un lado y á otro de la vía, sin ton ni son, saltan los chorros de las cascadas lanzándose al agua desde alturas peligrosas; se entretienen las nubes siguiendo todos los pliegues del valle, y por ellos anda el tren, volviéndose á meter con gran descaro por interioridades de montes, hasta llegar á otro lago más grande aún que el primero y más hermoso, y como aquél reflector de montañas y suizas, y de éste al de los Cuatro



Cantones, y á la ciudad de Lucerna anclada en sus verdes orillas.

Al salir de la estación como el sol amenazara retirarse, dimos solo un repaso á la ciudad y pareció una estampa de las de Alberto Durero, restaurada. Por un lado unos puentes de madera, con aspecto de habitaciones lacustres; con sus torres que deben ser góticas, puesto que acaban en punta, en tanta punta como el gótico requiere; sus calles estrechas y desiguales, sus tejados pendiendo de ellos mismos, sus muestras de hierro más que forjadas retorcidas, y otros chirimbolos de otros tiempos; y por otra parte una de hoteles modernos, con sus *maitres* y *contremaitres* y grooms y criadillos é intérpretes y personal de estorbo y servicio, aguardando en fila al curioso forastero, que no cuadran en aquella que debiera ser soledad de las montañas, y esa mezclanza de ambos tiempos, mirándose en un lago de una pulcritud de acuarela, de agua que parece agua lavada, de las montañas de tono más ideal que pueda soñar la más romántica inglesa, de nubes como inciensos coloridos, de términos sin fin, y de atmósfera sin mácula de pecado original, pura de sí y destilada, por hallarse á más altura y más lejos de la costra miserable de la tierra.

Entre aquel muestrario de montañas, entre aquel ancho panorama, al que sólo falta el número en los picachos más altos, para ser una vista de Baedeker, se encuentra el Righi Kulm. A donde nos dirigimos en busca de las perpetuas, á la montaña siguiente, primera y última de nuestra estancia en Suiza, embarcándonos en un trasatlántico alpino, con todo el

aparejo de más ó menos goleta, con su máquina de triple ó cuádruple expansión, es decir, muy expansiva, sin carga y cuasi sin pasajeros, y haciéndonos á alto lago sin viento de ningún lado.

Cruzábamos el lago por el medio, metido por los valles y pliegues de las montañas altas y blancas y reflejadas en el agua, con tal fidelidad y tal amor que no había ni un arbolito olvidado en los reflejos. Parecía que andábamos entre dos cielos turgentes, movido el de arriba solamente por alguna nubecilla, turbando aquella paz de manto azul, y el de abajo por el curso del vapor, dejando un camino de plata que iba borrándose y perdiéndose en ondas imperceptibles; sereno el uno de una serenidad de cielo héroe, tan transparente el otro que podían contarse las piedrecitas del fondo misterioso de su lecho; de vez en cuando veíamos; ay! una isla como un ramo de casitas entre pinos, naciendo de las aguas; pasábamos costeano sin temor á los escollos; cruzábamos más allá cobijados bajo aquellas moles de piedra vestidas de blancura, y parándose el vapor en un pueblo alegre, como un *belén*, con un bastón que compramos y sobre el funicular, empezamos á subir hacia las nieves perpetuas.

Iba andando el armatoste agarrado á la cremallera y nosotros agarrados al vagón con el valor aquel tan á menudo demostrado, veíamos bajar Suiza, mucha Suiza y extenderse el bello lago á nuestros pies, color de plomo bruñido y los montes formar en línea; y pronto nos vimos rodeados de aquella fría blancura que veníamos á buscar en las Helvecias. — ¿Qué tal se está de osos este año? — preguntamos al conductor del mueble aquel. —

Mal, — nos contestó, — me parece que este año tendremos mala cosecha. Yo no he visto ninguno todavía este verano — Ni nosotros tampoco (añadimos) desde que dejamos Florencia. ¡ Eso del oso se pierde como tantas otras cosas ! — Paciencia, dijimos, y volviendo á mirar á lo lejos, vimos el lago ya pequeño como un plato, y los vapores como cometas acuáticos, dejando una estela luminosa y empezamos á sentir el mal del aereonauta, cuando llegamos á Kaltbad, en donde el funicular paraba detenido por las nieves.

Allí, con vistas á un cachito de planeta, con un sol hermosísimo y su dulce calor de primavera, almorzamos de un modo alpino. Sopa con flores de herbario y plantas medicinales, manteca de vaca de aquí, pollo suizo, oso manso y postres silvestres guisados á la francesa. Durante el refrigerio mirábamos con un enorme catalejo ; así es que había plato que empezábamos á comerlo en el lago y lo apurábamos á cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar más bajo ; copa de vino empezada en Todi y concluida en San Dauma, en Studer ó en Jungirán ó en otro pico de los picos que no son pardos ; y concluido el almuerzo y tomado café de corteza de cedro indígena, á pie y con solo el bastón de apuntes por guía y por compañero, las emprendimos por las nieves, único objeto de nuestro sabio viaje.

¡ Las que llegamos á ver ! ; Oh, santo patrón ó patrona de todos los Alpes y Suizas !

Subíamos hacia el Righikulm verdadero, por un lío de caminos, blancos, de una blancura suprema ; pero parecíanos que aquellas nieves no eran aún las

perpetuas que buscábamos ; andábamos entre cedros ridículos y caprichosos, y al volver de un monte, vimos un fondo, donde era tal el espesor de hielo que habíase amontonado, que nos creímos allí donde sólo llegan los indígenas y los ingleses de la clase aclimatada. Precipicios, cañadas, valles, cedros y montes, todo estaba en tal enredo geográfico, que no había quien descifrara aquel enigma ; cordilleras, cascadas y espesuras eran tan gigantesacas y enormes, que quizás la Naturaleza ha hecho pocas obras tan grandiosas ; y el hombre, el pobre hombre, tan pequeño se veía en aquel fondo que, recordando aquel amigo que tiene siempre el fotógrafo, colocado al pie de los monumentos á fin de hacer lucir sus proporciones, los pocos que andábamos por aquellas soledades, parecíamos todos amigos de fotógrafo, puestos allí para vernos como insectos comparativos, andando por la montaña.

Subíamos aún, cuando encontramos un guía que había dejado su carga de pasajero. — Buen hombre — le dijimos, cogiendo un puñado de nieve. — ¿ Son perpetuas estas nieves ? — Son de las más perpetuas que tenemos en la casa. — Siendo así, ya hemos visto lo que queríamos, para hacer callar á las gentes. Apúntalo en el bastón, Zuloaga, y marchémonos á nuestra isla... y al decir esto, de una nube salida á traición, no se de donde, empezó á caer una nevada tan intensa, que comprendimos que había perpetuas para rato, y nos marchamos entre una tempestad espléndida sobre el lago, de esas que sólo se saben improvisar en las Suizas.

## XIII

## El regreso

Sería poco más ó menos la misma hora en que Colón llegó á su *isla*, cuando nosotros llegamos á la nuestra. Como el buen navegante, tuvimos la sana intención de ponernos de rodillas y besarla á nuestro desembarque; pero el suelo de París no es virgen como aquel de aquella América de entonces, y contuvimos por el momento esta demostración histórica de entusiasmo.

Todo estaba intacto en este pedazo de tierra rodeado por el Sena: Notre Dame, con su flecha y campanarios, hermosa como siempre y embellecida más á nuestros ojos por la ausencia, no había cambiado de sitio; el río, molestado por los vapores golondrinas, continuaba bajando en la misma dirección; el Hôtel de Ville, el Panteón y las cúpulas del fondo levantábanse soberbias como antes, y todo estaba en el orden más completo á pesar de nuestro viaje, excepto los árboles de la orilla que, sintiendo ardores de primavera, cubríanse de follaje á toda prisa, lanzaban verdura por sus yemas y ocultaban nuestra isla entre una nube de vida.

En el piso, repleto como siempre y en desorden, á más de Uranga un poco envejecido, encontramos á los Grecos, con más pátina que antes y con dos meses más á cuestas: San Pedro, sobre todo parecía más cobrizo, más moreno, con más arru-

gas en la frente y conservando aquel diente por puro compromiso de la firma. Colocados frente á frente, no habíanse movido de su sitio, y otra vez les contemplamos largo rato, comparándolos con los cuadros que habíamos visto en Italia, y diciéndoles por obra del pensamiento: Podéis estar contentos del maestro que os ha lanzado á la tierra, ¡oh, Santos de la gloria! ¡Podéis jactaros de ser en cuadro algo de lo que fuisteis en vida! Muchas obras hemos visto por allá, en aquellas tierras que seguimos, y muchas escuelas, sabias ó místicas, simbólicas ó realistas, decadentes ó académicas; pero entre ellas podéis figurar con gran orgullo, si el orgullo cabe en vuestra noble pátina. ¡Envejeced aún más, y no temais que el tiempo pase para vosotros, como no sea para engrandeceros!

Esto pensado, con alguna variante, nos fuimos satisfechos á la cama y otra vez nos dormimos en brazos de nuestra isla, rodeados del sosiego procurado por las aguas y oyendo de nuevo el rumor del gran París á lo lejos, como voz que mecía el pensamiento; dormimos rendidos de emoción, y dormimos como sólo se duerme en una isla: en santa calma del cuerpo y en abandono del ánimo.

Pero llegó la mañana y con ella nos lanzamos á la calle, y fuimos á ver á los amigos y encontramosles de nuevo en plena fiebre de angustias. El *Salón* se acercaba, la gran batalla anual iba á librarse, la lucha por el arte y por la vida latían palpitantes y todos esgrimían las armas del cerebro para ganar la victoria ó salir sin heridas en el alma. Los estudios eran colmenas oliendo á calentura, donde la pobre abeja se esforzaba en

completar su labor, se batía delante de la materia, buscaba en el aire la última pincelada, dudaba con tristeza é indefinible amargura ó sonreía á su obra, firmándola con el alma y contemplándola con ojos agradecidos; en el campo, los paisajistas desafiaban el sol, la lluvia y los elementos todos, sufriendo ante aquellas flores de primavera que se deshacían á sus ojos, como ilusiones del aire; en la academia cambiábanse impresiones, juicios de admiración ó de envidia, noticias de sensación, dudas y quejas; los amigos iban de casa en casa dando consejos y opiniones y repartiendo esperanzas, ó dejando adivinar temores de amarguísimas derrotas; el trabajo era un esfuerzo sordo, una germinación, como un estremecimiento supremo, para lanzar el gran peso de las obras á la crítica del mundo y aquel parto era la vida de un año ó de muchos ó toda la vida de centenares de artistas y de legiones de obreros.

¡Y qué de esfuerzos latían en aquel rumor de trabajo! ¡Cuántos sueños representaban! ¡Cuántas visiones! ¡Cuántas horas robadas al descanso y cuántas miserias sufridas! Daba el vértigo del desconsuelo el pensar los nervios gastados en la lucha, las santas locuras producidas por esfuerzos inauditos, la sangre derramada hacia adentro y las lágrimas caídas en esa tremenda batalla del espíritu, de esa batalla librada contra todo, contra la pública y glacial indiferencia, contra la envidia y la ignorancia, contra la terca miseria parando el reloj de los sueños, contra sí mismo y contra todos; de esa batalla cuyas armas son la labor del pensamiento y cuyas heridas van ma-

tando lentamente al que las sufre, clavándole espinas de desengaño en el pobre jardín de las santas ilusiones, de esas batallas en aras de un ideal, de la gloria mezquina de la tierra.

Todos temían y esperaban, todos andaban recelosos de los frágiles juicios del dios Exito, todos sufrían de la duda y temblaban y distraíanse riendo, aparentando una calma que no podían tener, y sentían acercarse el día de aquel juicio, de aquel hecho por hombres y por la tanto saturado de injusticias; todos sufrían la impaciencia de esperar, todos contaban los días y las horas; y los pinceles temblaban en las manos nerviosas, y latían los corazones dentro de la prisión del pecho, y el ansia iba en aumento, y sonreía la fortuna tristemente, contemplando tantos y tantos devotos de sus volubles caprichos.

Empezaban á sonar nombres del Jurado, nombres que daban que temer ó que esperar, amigos ó antipáticos, partidarios de una escuela ó adversarios, santos de la propia devoción ó diablos repulsivos: si esos triunfan, los simbolistas saldrán victoriosos; si salen aquellos elegidos, la victoria será para los místicos; ¡ay de la nueva escuela, si ganan los antiguos y ¡ay! de éstos, si entra la juventud victoriosa! En cada grupo nombrábase un candidato distinto; temíase el sufragio como una calamidad indispensable; unos gritaban, callaban otros trabajando obscuramente, y el día se acercaba, el gran día del envío, el día alegre y triste de dar el último abrazo á la obra concluída, de despedirla en la puerta y arrancarla del estudio,

como pedazo del alma lanzado á la indiscreta mirada de la gente.

Llegaba el coche y bajábanse las telas y uníanse á otras obras, y en el estudio quedaba un especie de vacío. Aquellos cuadros y estatuas, nacidos bajo el techo del artista, mecidos en sueños creadores, criados y seguidos paso á paso en su lento crecimiento, nutridos con trozos de corazón y llegados á edad madura por un esfuerzo continuo, llenaban la casa como familia del alma, como seres cariñosos, y era triste verlos marchar, cual reclutas á la guerra, dejando un rastro de colores en el suelo, cual despojos de virginidad perdida. Bajábanse las telas, y á la luz brutal del aire libre, veíanse por vez primera defectos ocultos hasta entonces por la opaca luz del hogar; y allí, en el mismo coche, retocábase lo que más hería á los ojos; bajábanse é íbase de casa en casa, recogiendo esperanzas y más hermosas ilusiones, y los padres de las obras iban siguiendo detrás en alegre camarilla, cual si acompañaran á sus hijos á la estación de la duda.

Eran éstas la sala del Campo de Marte y la del Palacio de la Industria. En una y otra exposición los carros iban llegando de todas partes, cargados y repletos de pinturas, con paisajes asomando por los lados, con retratos y figuras recostados como muertos, con vendadas esculturas, marcos de oro brillando, y seguidos de centenares de artistas, formando todo un pueblo impaciente que ve pasar aquella gran procesión de obras inéditas y palpitantes de vida. En frente de la puerta descargábanse las telas: grandes cuadros

de historia, con sus figuras disfrazadas como máscaras al aire libre en miércoles de ceniza; alegorías bajadas patas arriba, con ninfas cayendo de las nubes entre aureolas á la aguada; retratos vistos detrás de un grupo de cruces y medallas; asuntos militares con la eterna nota encarnada entre manchas de humareda; marinas y paisajes, cuadros pequeños visibles solamente por el marco, y *machines* colosales descargábanse, y el cuadro se llevaba un aplauso de aquella turba de artistas, ó una burla, un chiste ó una silba estrepitosa, y aquel era el aviso del sufragio, la primera bocanada del triunfo ó el latigazo primero, recibido en plena frente.

Ya dentro los cuadros y en manos del Jurado, pasáronse unos días de estupor, de espera, de inquietud, de incertidumbre. Nadie era capaz de sostener una paleta, caíanse los pinceles de las manos, olvidábanse las obras del estudio, recordando la suerte de los ausentes; quien sentía deseos de andar por esas calles de Dios, quien quedábase en el estudio pensativo, tratando de adivinar el porvenir en los dibujos del humo, quien intrigaba en el Jurado, quien gritaba en favor de la justicia y quien callaba, esperándolo todo del tiempo, gran destilador de lo bueno y de lo malo. Los estudios parecían deshabitados, cunas vacías, salas de espera nutridas de inquietudes; en las puertas de los salones, tratábase de indagar los resultados, preguntando con la mirada á los serios individuos del Jurado que acertaban á pasar; la nostalgia del no hacer nada apoderábase de esos hombres acostumbrados á la pasión del trabajo;

y en los bancos sudados de la Academia latía la ansiedad de la duda, y el modelo bajaba de la tarima antes de tiempo, desairado por la mayor indiferencia.

Por fin, allí en un cuadro, pegábanse las noticias, aquellas pobres noticias esperadas, y cada una con su concisa claridad é indiferencia de « *recibido* » ó « *rehusado* » era motivo de un salto en el corazón alborozado, ó de una nube de hielo subiendo de lo profundo del pecho y helando la sangre en las venas de la frente. ¡Qué alegrías y qué amarguras! ¡Qué noche de sueños mecidos por alas color de rosa para unos; qué vacíos de estrellas, qué lobreguez y qué negrura de noche para otros! ¡Qué de besos á la esperanza, y qué dogales de desengaño! No sabía, no, aquel papel lanzado á la ventura lo que venía á destruir ó á edificar; lo que servía de bálsamo ó de veneno, la vida que traía ó se llevaba. No sabía tampoco la hiel que iba infiltrando, el dolor que repartía y la muerte á que invitaba muchas veces; no sabía que, en esa lucha del arte y por el arte muchos jugaban su vida, y que aquellas letras, escritas con frialdad de secretario, encerraban años de luto ó espléndidas auroras de ventura.

Debido á aquel cartel, algunos dormían aquella noche el descanso del cerebro, la paz de la llegada, y el sueño de los sueños; algunos cantaban su victoria, llevando alta la frente cual si todo París debiera saludarles á su paso; algunos mezclaban su alegría con el vino, y otros también en el vino ahogaban su tristeza; éstos gritaban la injusticia, callaban otros suspirando, quien quedaba abatido,

y quien tenía fe en sí mismo y acumulaba esperanzas y quien, dándose por rendido, loco, huyendo del porvenir y su negrura, se arrojaba en este Sena siniestro y venía á parar delante de nuestra isla, en el *Salón* de la Morgue, expuesto su cuerpo á la mirada de aquel París inhumano que no quiso exponer sus pobres obras!

Por fin abrióse el *Salón*, y esos dramas de la intimidad del Arte quedaban ahogados por la esplendidez de las obras, por la magnífica aureola de los marcos y por el lujo de la alegre concurrencia: Nadie se detenía á sospechar que aquellos cuadros cantando la música de los colores, riendo la belleza de los campos, cantando las suavidades y emociones de la atmósfera y la voluptuosa sensación de la vida del cuerpo y del espíritu, pudieran ser paridos con lágrimas en los ojos. Para el público no era aquello un hospital de sufrimientos morales; no sentía la tristeza latente, ni la fiebre que sudaba aún bajo el barniz aquella muralla vívida; iban al *vernissage* llevados de la moda, del capricho, del deleite de empujarse unos á otros suavemente, sin ver más que la bonanza y la playa alegre de aquel mar tempestuoso.

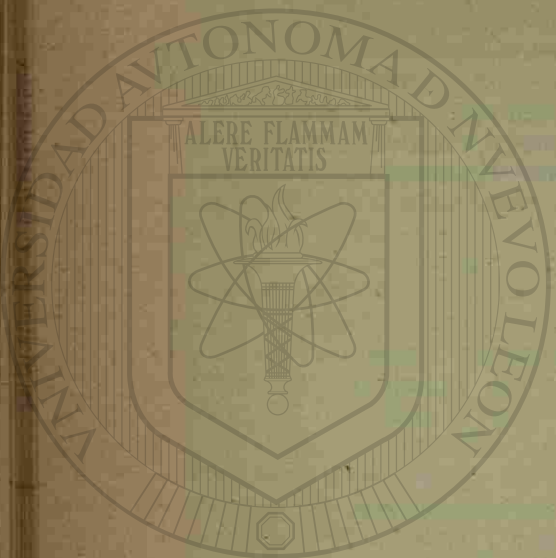
Por él andaba todo ese París que da el buen tono de las cosas, que dirige la gran orquesta del mundo, que derrumba escuelas y las forma, y que impone lo bueno y lo malo á la humanidad. Allá, los críticos apuntando los nombres de los autores y meditando la frase para levantar un cuadro ó la sátira para hundirlo; allí, el jurado, satisfecho al parecer de su obra, pero guardando quizás en el

fondo del cerebro alguna duda; allí, el maestro recibiendo la lluvia benéfica de adulaciones, ebrio de orgullo y entrando en el período benévolo para los pobres humildes; allí, el pobre diablo buscando su retoño, y hallándolo en un rincón de la sala, triste y perdido en lo alto de la cornisa, como nido suspendido y olvidado; allí, las modelos mirándose en el espejo de los cuadros, hijas del pueblo orgullosas de figurar embellecidas en aquel medio aristocrático; y los bohemios allí, llenos de nobles desprecios y tristes filosofías; los rehusados, mirando sin ser vistos, con la amargura en el pliegue de los labios; allí, las actrices y las mujeres en boga, y allí, dominándolo todo, todo, el gran rebaño indiferente, mirándose como mutuo espectáculo y moviéndose en hormiguo elegante en aquel vasto criadero y cementerio.

En él nacían nombres de la nada y otros morían sepultándose en el campo del olvido; brotaban nuevos astros y apagábanse algunos para siempre; pasaron días y más días y á poco la calma fué reinando en aquel campo y el silencio *se hizo* en torno de aquellas obras poco antes tan discutidas. Entonces llegó el gran desfile de pintores, la renovación de la lucha, la eterna germinación del trabajo, y unos marchábanse al campo á buscar nuevos alientos en el ejemplo incansable de la gran Naturaleza, y otros dejaban París, yendo á respirar aire de paz é inspirados de nuevas fuerzas, y tristes ó alegres, preparábanse á luchar un año más, á continuar luchando siempre hasta dar con la sombra de la muerte.

También seguimos nosotros la avalancha y nos

marchamos de nuestra querida isla, con la tristeza que causa el dejar una tierra generosa en emociones. En seis meses gozados y sufridos, llevábamos impresiones para tantos años de vida como vida tuviéramos destinada; en seis meses tan sólo, habíamos visto obras de arte para nutrir el recuerdo á todas horas y gozarnos con él y acariciarlo... y por esa hospitalidad del alma nos vamos de *nuestra isla* para siempre agradecidos.



III

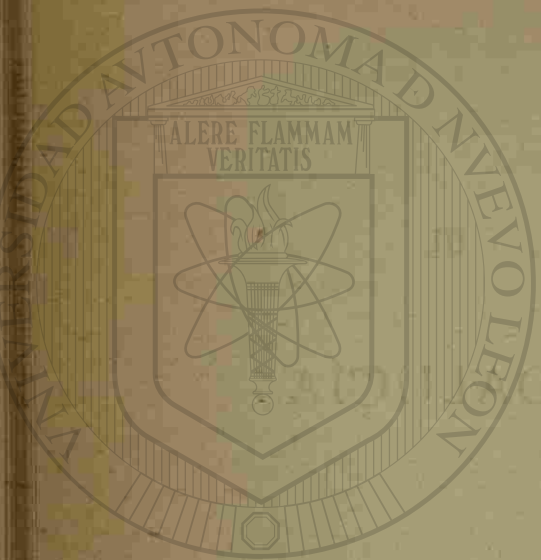
ANDALUCÍA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







## ANDALUCÍA

### I

#### Granada

De noche atravesamos España. Al compás del traqueteo monótono del tren, medio dormidos ó dormidos del todo, al son mate de la vacilante lámpara de aceite, colgada en medio del vagón como en la tumba de algún Ramsés, oíamos vocear, entre la soledad del campo, los nombres de las estaciones que iban pasando como perdidas entre campos desolados.

Nunca España, al consultar las hazañas de su gloriosa historia, nos pareciera tan grande como vista y recorrida en tren de la clase de los rápidos. Tan cortés era el que montábamos, cabalgando por estas Manchas de Dios, que no halló pueblo ni villorrio en su larguísimo curso, al cual no saludara con frases muy bien silbadas, deteniéndose un momento en todas partes para no ofender á nadie.

A pesar de tan largo trecho recorrido, llegamos á Granada con hora y media de retraso. Era de noche, y, á pesar del sin embargo, llovía á todo llover; nos guarecimos bajo un tinglado con gran derroche de goteras, subimos á un coche de medio lujo, y saltando aquí y meciéndonos más allá sobre el *típico* empedrado, atravesamos casi á obscuras una ciudad llena de barro, quieta y misteriosa, y

emprendiendo una cuesta á paso *piano*, pasamos por debajo de un gran arco de triunfo, cubierto por el manto de la noche, y nos hallamos en el monte de la Alhambra.

Allí continuamos subiendo, siempre bajo la lluvia del sin embargo, que caía por entre un bosque espesísimo, y ya en la cima, nos alojamos, esperando la luz del día.

Llovió toda la noche. Silbaba el viento como un desequilibrado, y mirando el negro *manto* detrás de los postigos, nos decíamos: Pensar que este cielo de luto, tan triste y apagado, mañana ha de vestirse de aquel azul de Andalucía, diáfano y hermoso como manto de la gloria. — Que ese fondo sin fondo será, al amanecer, la dilatada llanura que tiene por arteria el Genil y por cabellos las huertas y los cármenes más floridos de la tierra. — Que detrás de aquella llorosa tapia que tenemos aquí mismo, mañana brotará la Alhambra, el palacio hecho de sueños, el rinconcito de mundo más bordado por la mano de los hombres.

Eso pensábamos, oyendo los canalones manando agua, llorando lluvia en incansable cantinela, mojado Andalucía, murmurando ó cayendo en insolente cascada, cuando un trueno la obligaba; y á su voz de monótona tristeza nos dormimos, esperando el mañana de las grandes esperanzas.

El mañana llegó, pero el cielo continuó de un gris color de nube, y de aquel azul tan azul ni vimos ni hemos visto todavía más que retazos ridículos para un cielo de renombre como éste. Entrábamos con mala sombra en la tierra de la buena. No creíamos hallarnos en aquella Andalucía, en aquel país

colorido, recibiendo luz directa y exportándola en reflejos á los pobres países de la niebla; en este patio del mundo donde anidan los naranjos y se cobijan los frutos de la virgen América y se estiran las palmeras; en aquel país de lujo donde los ojos más negros que en otras partes alumbran é iluminan y la palabra se escapa á medio pronunciar, para dar paso á las otras que van saliendo en fogoso torbellino; en aquel auténtico paraíso, sin manchas en su buen nombre, que tiene por aire perfume de azahar y mirto, rocío por lluvia y que florece todo el año para regalo del hombre.

¡Ay! Tuvimos que salir bajo paraguas, bajo aquel innoble entoldado, y en vez de dirigirnos al palacio de la Alhambra, como habíamos soñado, no quisimos verla con lluvia y bajamos á Granada.

Al salir, dimos con un grupo de *gachós desabogados* formando parte de la familia *arriesgá de intrépetes* y *chichero*. Nos dieron los buenos días en cinco ó seis lenguas de las más escogidas del planeta que habitamos, y nos pasaron la tarjeta. Uno hubo que, según cantó su cartulina, es *intrépete* de francés, de inglés y de catalán, por lo cual consultándole la lengua, que era la nuestra, y viendo que nos entendía, lo alquilamos á pensión completa y emprendimos esperanzados la marcha.

Aquel altísimo portalón, de más ó menos triunfo, que habíamos pasado el día antes y que volvimos á pasar, era obra de Carlos V, señor que, no sirviéndose del buen gusto, sino valiéndose del poder que le daba su mando y categoría, para levantar aquel andamio de piedra, había hecho derribar la puerta

de *Bib-el-Aujar*, construcción árabe de la cual la tradición explica portentosas maravillas.

Pasado el arco triunfante, nos encontramos en Granada.

Seguimos la cuesta de los Gomeles. En alguna de las puertas, el curioso forastero puede ver pequeñas tiendas de anticuarios, Cornucopias de todas edades y formas, clavos y aldabas con más hollín que antigüedad, tapices de las Alpujarras conservando la tradición del tejido hispano-moro, velones con más mecheros que latón, platos de reflejos metalizados por medios artificiales y curiosos específicos, y otros desechos salidos de los desvanes ó envejecidos por el mal uso del ingenio, colocados en la semiobscuridad, y entre ella, el anticuario dentro del nido, esperando que, distraído y con el librito en la mano, pase el inglés, para venderle los despójos de esta tierra.

Más abajo, salimos á una hermosa plaza, debajo de la cual se escurre el Darro, y desde allí, andando á la ventura, sin el método que nos hubiera impuesto el ciccone, á no obrar nosotros con espontánea energía, empezamos á seguir calles y callejones, en pleno corazón de Granada. El conjunto, por lo enredado, se asemeja á nuestros barrios de San Pedro, vistos á través de un cristal claro. Muchos estancos, muchos sombrereros luciendo en el mostrador esos sombreros de anchas alas que usa el torero, cuando no está en ejercicio de arriesgadas funciones; muchos cafés, en general pobremente decorados, pocos libreros y los libros llenos de polvo, perdidos entre cajas de botones, soldados de plomo y hebillas; típicas confiterías con bizco-

chos blanqueados, al parecer; algunos retratos de políticos y toreros expuestos detrás de algún cristal, rodeados de corsés verdes, mantas listadas y paños de Sabadell; cuchillerías para espanto de turistas y otras tiendas características, entre otras de mayor categoría, enteradas del lio del adelanto moderno. Por la calle, los menestrales calzando aquellos sombreros; envueltos casi todos, desde la infancia á la vejez, en la airosa capa española, ya caída, ya ligeramente plegada sobre el hombro, ó terciada á gusto y voluntad del individuo, y según el donaire natural de que se haya visto dotado; clara la ropa, rubio el calzado, y el paso más bien ligero; las mujeres, envueltas en amplios mantones, asomando la cabeza, con una flor en el cabello, y un Vesubio en cada ojo; de vez en cuando pantalones encarnados de soldado; la nota brutal de color de algún grupo de gitanas, con líos de *churumbeles* á cuestras; campesinos con cúpula en la cabeza, señoritos y señoras vestidas conforme los figurines, desliziéndose por las angostas aceras, y produciendo en conjunto, un ruido mate, un rumor apagado, la sensación de una ciudad que tiene la voz opaca, discreta, simpática y melancólica, y vive triste á la sombra de su Alhambra.

Siempre al azar, continuamos la ruta tratando de recibir una impresión general, y allá en un ángulo de una grandiosa rambla, entramos en un mesón despreciando hoteles como bienes terrenales. Comimos *aceituna aliñá*, *boquerone*, *pescachilla* y *gaspacho remojao*, bebimos á todo beber manzanilla en cañita *refiná*, y á los postres, sintiendo ya que el país entraba y corría por nuestra sangre, rompimos

á hablar por lo andaluz con tal brío y desenfado, que nuestras pobres gargantas quedaron entumecidas. El guía continuaba hablándonos en catalán, pero nosotros despreciábamos y suprimíamos todas las eses finales, retorciámos los labios á modo de asistente de comedia, y dale que dale, dirigíamos á la noble concurrencia párrafos tan audazmente andaluces, que comimos más palabras que alimentos.

No podía durar tal derroche de palabras y nos fuimos. Otra vez andamos á la ventura, y esta buena señora nos condujo á las orillas del Darro. El río con arenas de oro se precipita entre el barrio del Albaicín y el palacio de la Alhambra, bañando, en su curso, cimientos de edificios árabes por un lado, y raíces de cipreses y laureles por el otro; deslízase mimado por entre las flores, que lo miran pasar asomándose por las tapias de los cármenes, mientras sus aguas se perfuman á su paso, para llevar sus aromas al Genil, que lo aguarda más abajo y lo recibe en sus brazos.

A bañarse en esas aguas del Darro parece que desciende el barrio árabe, el Albaicín famoso, que seguíamos la vieja Granada de otros tiempos. Sus calles son tan angostas, que el sol se detiene en los aleros, dejándolas envueltas en el misterio de la sombra violeta; encarámanse por la cuesta, teniendo por fondo, allá en último término, un campanario ex-minarete, un ciprés solitario ó un casucho con su balcón pintoresco, desbordando macetas y colores; llegan á lo alto del monte, para bajar intrincadas entre tapias decoradas de chumberas, y se pierden, en fin, en confuso laberinto.

Siguiendo el río y curioseando en el fondo de un

portalón grandioso, en el cual crece la hierba, guardada por el silencio y el reposo de los sitios solitarios, entreveíamos un patio, con sus columnitas blancas teñidas de ocre y de musgo, sus blancos muros discretamente apagados en la sombra, su ventanilla dejando entrever el modesto interior, los balaústres bruñidos de una escalera con peldaños de azulejos, verde turquesa, azul verdoso, gris nacarado y ocre de barniz tornasolado, entre manchones de cal y yeso mate, y rojas macetas con flores rodeando el pequeño surtidor, rezando el agua ó murmurando sobre el mármol, con esa voz cristalina que mueve el alma á la dulce nostalgia del ensueño. Á veces, en el fondo de una carcomida puerta adornada con clavos, nacidos al parecer cual hongos en sus rendijas, veíamos un íntimo jardincito, como nido de moros enamorados, con sus dibujos de boj, cortados con simetría debajo del emparrado; y formando caminos inexplicables, perdiéndose en el fondo de verdura misteriosa, jarrones destacando su blancura sobre el verde de bronce, naranjos con su follaje bruñido, sirviendo de cortina á gabillas de flores amarillas cayendo en cascada de perfumes, y rincones sin fin, al parecer encantados y mágicamente silenciosos; más allá, un caserón desolado insultaba la mirada con su inmensa fachada glacial, desnuda de todo adorno; luego, un grupo de casas blancas servía de madriguera á una raza colorida; un templo asomaba con su alto minarete, y siempre el barrio ofrecía esos aspectos que el lápiz busca afanosamente con su amor por lo pintoresco.

En el fondo de ese barrio, se adivina la pobreza de un pueblo que vive de sus ruínas. En la calle, se

ven poquísimos hombres, tendidos algunos como en extraño letargo, descendientes quizás de raza de árabes como despatriados en la que fué su gran patria; manadas de chiquillos de ojazos negros y tez gris, medio desnudos, corriendo por el arroyo, acurrucados en el fondo de una puerta ó debajo de las ásperas chumberas; mujeres peinándose en plena calle, inmóviles al pie de un muro ó llegando de la fuente; figuras todas colocadas como figuras de un cuadro, de un cuadro triste y colorido á la vez, característico y típico, oriental y cubano, con ribetes de salvaje y dejos aristocráticos.

Al llegar á la cumbre de este barrio, la Alhambra entera apareció delante de nuestros ojos como nebulosa aparición de otras edades. La lluvia arreciaba, caía con estrépito de negras nubes que pasaban, volando silenciosas, y el gran palacio con sus torres rojizas, más rojas todavía por la humedad que bajaba por sus muros, sentada sobre su inmensa cesta de flores, parecíanos llorar su desventura. El Darro corría allá en el fondo del valle, y su agua rojo-siena, entrando en la ciudad moderna parecía teñida del sudor del propio gran edificio, parecía llevarse poco á poco sus ruínas, arrastrar sus murallas, estucos y filigranas; y fundirse en el barro de la miserable tierra aquel portento de arte de todo un pueblo poeta.

## II

## El Generalife

¿ Qué misterio tendrá el Generalife, que tan sólo su nombre nos evoca tantos ensueños? ¿ Qué contendrán aquellos blancos muros, que á su sola memoria cantan los poetas, entornan los ojos las mujeres, se quedan pensativos los hombres y se enturbian las cabezas más serenas? ¿ Qué es el Generalife, pensábamos á la noche siguiente de nuestra llegada á Granada, rodeados de libros que nos hablaban del edificio que teníamos á tan poca distancia de nosotros?

« El Generalife, decía el árabe Dernburg, es el jardín proverbial, por la abundancia de sus rosas, por la claridad de sus aguas, y el fresco soplo de los vientos perfumados ». « El Generalife, dice Palacio, es

Un templo ayer de amores y de gloria,  
Y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

Del Generalife, decía otro árabe: « Alabado sea aquel que te crió, y compadécete de los que te destruyeron »; y una dama escribía del Generalife: « Delicioso para el amor »; añadiendo Valladar: « Nido de amores, mansión de sultana favorita, refugio de reyes, retiro acariciado por el perfume de las flores, los misteriosos susurros del bosque y el murmullo de las fuentes ».

ven poquísimos hombres, tendidos algunos como en extraño letargo, descendientes quizás de raza de árabes como despatriados en la que fué su gran patria; manadas de chiquillos de ojazos negros y tez gris, medio desnudos, corriendo por el arroyo, acurucados en el fondo de una puerta ó debajo de las ásperas chumberas; mujeres peinándose en plena calle, inmóviles al pie de un muro ó llegando de la fuente; figuras todas colocadas como figuras de un cuadro, de un cuadro triste y colorido á la vez, característico y típico, oriental y cubano, con ribetes de salvaje y dejos aristocráticos.

Al llegar á la cumbre de este barrio, la Alhambra entera apareció delante de nuestros ojos como nebulosa aparición de otras edades. La lluvia arreciaba, caía con estrépito de negras nubes que pasaban, volando silenciosas, y el gran palacio con sus torres rojizas, más rojas todavía por la humedad que bajaba por sus muros, sentada sobre su inmensa cesta de flores, parecíanos llorar su desventura. El Darro corría allá en el fondo del valle, y su agua rojo-siena, entrando en la ciudad moderna parecía teñida del sudor del propio gran edificio, parecía llevarse poco á poco sus ruínas, arrastrar sus murallas, estucos y filigranas; y fundirse en el barro de la miserable tierra aquel portento de arte de todo un pueblo poeta.

## II

## El Generalife

¿ Qué misterio tendrá el Generalife, que tan sólo su nombre nos evoca tantos ensueños? ¿ Qué contendrán aquellos blancos muros, que á su sola memoria cantan los poetas, entornan los ojos las mujeres, se quedan pensativos los hombres y se enturbian las cabezas más serenas? ¿ Qué es el Generalife, pensábamos á la noche siguiente de nuestra llegada á Granada, rodeados de libros que nos hablaban del edificio que teníamos á tan poca distancia de nosotros?

« El Generalife, decía el árabe Dernburg, es el jardín proverbial, por la abundancia de sus rosas, por la claridad de sus aguas, y el fresco soplo de los vientos perfumados ». « El Generalife, dice Palacio, es

Un templo ayer de amores y de gloria,  
Y hoy... página infeliz de nuestra historia.»

Del Generalife, decía otro árabe: « Alabado sea aquel que te crió, y compadécete de los que te destruyeron »; y una dama escribía del Generalife: « Delicioso para el amor »; añadiendo Valladar: « Nido de amores, mansión de sultana favorita, refugio de reyes, retiro acariciado por el perfume de las flores, los misteriosos susurros del bosque y el murmullo de las fuentes ».

Tales eran los conceptos que leíamos tratando del palacio misterioso, del jardín de los jardines, hermoso entre los hermosos, de la cuna de mirtos y laureles, apoyo de la yedra y plantel de las columnas de mármol, del rincón íntimo de sultanes y odaliscas, y al leerlos ansiábamos descorrer el velo de aquellos muros blanquísimos, en cuanto llegara el día.

Llegado ya, con el ansia con que se acude á una cita artística, con ese afán del que va á recoger impresiones en pos de una novia que sólo se conoce por retrato, con esa indecisión de la esperanza que teme el desengaño, mirando la silueta del palacio dormitando entre jardines, nos acercamos á él y penetramos por una sencilla verja sombreada por nogales. A poco penetramos en un paseo de cipreses que, recortados en cilindro y formando en dos hileras, cual dos muros de finísimo follaje, cierran el ánimo á toda contemplación que no sea el Generalife. Espesos, bruñidos de ese verdor perenne y modelado que tienen los viejos jardines, con esa pátina de las plantas de abolengo, con esa forma impuesta á los caprichos de árbol domado por educación aristocrática, explica al viandante que allí no se entra en un jardín advenedizo, sino en alcázar perfumado por la mano del artista y las caricias del tiempo.

Largo el muro como visión de Maeterlinck, se anda por un corredor severo y blandamente arenado, y al doblar una esquina, se domina el paseo de cipreses más soberbios de la tierra. Árboles centenarios, carcomidos de vejez, que vieron pasar por sus plantas la vida íntima de los reyes de Granada, oyeron los suspiros de la música de Omar, sombrea-

ron las blancas túnicas de las claustradas sultanas, sirvieron de celosías á las cantadas Odaliscas de Occidente, envolvieron y ampararon sus amores en amplio regazo de sombra, y hoy, erguidos y canosos, rugoso el tronco y cruzado de nerviosas fibras, que suben á dar vida á los mechones de cenicienta verdura, parecen centinelas de aquella blanca fachada, que como un cisne se ve acostada en el fondo.

Allí está el Generalife. Se abre una pequeña puerta, y al entrar en el recinto, un aroma inexplicable, un aire impregnado de poesía, un murmullo de agua saltando sobre la piedra, una brisa que hace gemir y cantar las hojas, una mirada de las flores, un no sé qué que llega en vibraciones de luz, envuelto en modelada armonía, deja suspenso al que entra, le hace gozar de un algo maravilloso y abre las puertas á los ávidos sentidos.

En primer término, una taza de mármol, estriada como una concha y rodeada de macetas mirándose reflejadas; á cada lado, dos columnitas mates y amarillentas como cuello de mujer; con sus tenues capiteles sosteniendo tres arcos en sus débiles espaldas; á un lado, un muro oculto detrás de laureles y naranjos; al opuesto una larga y diminuta galería de un blanco de reflejos de oro, arqueándose hacia el fondo; en el centro, un canal tranquilo como una fuente y alegre como un riachuelo, escurriéndose callado y asomándose á sus aguas hasta besarlas y sentir la frescura en sus hojas y corolas, un rubio campo de flores; rosas de otoño de un carmín tornasolado, cristantemas despeinadas revolcándose y desperezándose por el suelo, geranios

como puntos encendidos, claveles desbordando sobre un lecho de verdura, y en el fondo, cerrando este jardín sin igual, cinco arcos, seguidos de otros arcos, calados con primores de ornamentación geométrica y arabescos como blondas, y todo ello pequeño como un claustro bizantino, recogido, callado como un secreto, suave de colores como un traje de virgen primitiva, melancólico como un canto oriental, con luz velada de patio y esplendores de aire libre, y todo hecho á propósito para hablarse con misterio, acompañada la voz por arrullo delicioso.

Desde allí se entra á las habitaciones, blancas de ese blanco exclusivo y soberano de Granada; de ese blanco de estuque con huellas de oro y colores, que el tiempo ha borrado lentamente con exquisito cuidado, no dejando más que señales; de ese blanco que no da sombra á sus relieves; de ese blanco suave al tacto como mármol sin frío y á los ojos como plumas de cisne; color sin color vestido de medias tintas, y empañado solamente del aliento de los años, sin manchas en su piel blanca ni arrugas en su cara inmaculada. Sin duda aquellas salas, en su época de esplendor, no podían hollarlas más que descalzos pies de mujer, eran escritas para ojos femeninos, y sus finísimos bordados « semejantes á las flores del jardín », parecían dictados por su propia fantasía; son arte hembra con todos sus caprichos momentáneos y deliciosos encantos y todas las sutilezas de un débil refinamiento.

Desde el fondo de estas salas, detrás de las celosías, veáse allí lo que hoy pueden ver los ojos, con los balcones abiertos. La sierra de Elvira, rosada y

en forma de cono, guardando los restos de Hiberis; la inmensa vega de Granada, famosa en todo el mundo, con manchas blancas que son pueblos, con tintas verdes que son bosques de laureles, con notas coloridas que son flores, y con puntos cenicientos, alineados que son montañas de olivos. El Genil, escurriéndose en su curso dichoso entre cipreses, indeciso en su curso y enroscándose coquetamente para mayor hermosura; el Darro, bajando á reunirse para juntos seguir la misma poética vía; Granada entera, vista en plano de relieve y encaramándose por el cerro, con sus tejados cenicientos, sus pequeños campanarios brotando de entre el montón de viviendas, apiñada en la llanura y esparcida en el barrio moro, acurrucadas las casas á la sombra de los cármenes. Más cerca, el Sacro Monte, con sus blancas madrigueras abiertas en el terruño, rodeadas de pitas y defendidas por espesuras de chumberas. Más cerca aún, la inolvidable y única silueta de la Alhambra, pisada por el palacio de Carlos V, derruido en su infancia, con sus torres rojizas asomando al precipicio, sus tejas de cerámica bruñida, sus patios entrevistados entre el misterio de los muros, sus ventanas, pequeñas como ojos del edificio, abiertas en anchos y desolados paredones, mirando á sus pies el siniestro barranco de la cuesta de los muertos; y entre el valle y el balcón, un bosque encaramándose hasta besar los muros del alcázar soberano, y un cielo extendido con toda la inmensidad de su amplia bóveda, sirviendo de cortina azul ó de escenario á las nubes.

Cerrado aquel balcón, otra vez el ánimo encuéntrase subyugado por el incienso de flores, y el atrac-



tivo especial de aquel palacio encantado. Al lado del aposento, un ruido como un canto, un rumor de agua sospechado anuncia otro jardín, y una puerta invita á penetrar en su recinto, con esa atracción que inspira lo vago y desconocido; y adviértese, pasado el umbral, que si el primer patio es hermoso, quizás este segundo le aventaje, en sobria placidez de líneas y grato encanto á los ojos.

El agua, como anunciaban sus canciones, es el primer elemento decorativo de este patio; y es imposible imaginarse sin verla y sentirla allí mismo, el suave arrobamiento que inspiran su ruido, su luz y su transparencia. Aquí salta de un surtidor de piedra, y chocando en el borde de la taza, cae espumosa en ribetes luminosos; allí, se desliza por amplio canal verdoso y, dando la vuelta al patio entre severos arrayanes, recibe la lluvia de otros filos, que caen cruzándose en bóveda tornasolada. A un lado pasa corriendo, al otro se desliza suavemente ó se encharca para servir de espejo á los altos laureles de su orilla; más lejos se entretiene formando círculos y ensanchándose sobre su tersa y modelada superficie, y su voz repercute por el patio como voz de cristal chocando sobre el mármol, como murmullo de música inexplicable que embelesa los sentidos y deja un rastro de alegría al corazón. Siguiendo el agua, bordéanlas largas matas de mirtos en simetría aristocrática, formando tupida cerca que se dobla reflejándose; las macetas asoman en lo alto de las paredes, cuajadas de colores y teniendo magnolias por toldo, y presidiendo y arriado en el muro, se levanta el ciprés en cuya sombra fué sorprendida una sultana con un abencerraje;

árbol soberbio, escuálido el tronco como columna de mezquita, echando las últimas hojas de su larguísima vida, allá en las últimas ramas y muriendo de vejez, después de haber sido testigo de siglos de juventud, amándose bajo su amparo.

Porque este patio, según cuenta la leyenda, en quien me gusta creer más que en la historia, era el íntimo retiro de las sultanas y odaliscas; las fuentes, en su fondo, habían reproducido la forma de unas mujeres invisibles á los mortales; la sombra de la noche había allí sorprendido y cubierto con su manto la silueta del sultán al lado de su escogida favorita, y los muros de laurel habían ahogado en su follaje coloquios confesados al oído, rumor de besos y sonrisas voluptuosas. Hoy mismo, sus ruínas tienen la vaga tristeza de los lugares que fueron teatro de añejas felicidades; las hojas parecen suspiros que brotan de antigua savia de ventura, y todo canta placer perdido, en ese mudo lenguaje de las cosas que llevan en sí el recuerdo.

Y aún no acaban aquí los patios y los jardines de ese palacio de sueños. Aún subiendo unos pedregales, se encuentra otro jardín, con sus diminutos caminos bordados por el boj en intrincada simetría, conduciendo á un kiosko de cipreses, recogidos en la sombra como un nido de mujer, y oculto entre cascadas de espesísimo follaje; aún subiendo se encuentra una escalera como un fondo de *Watteau*, estrecha y alta, entre bóveda de lianas, con dos ríos de agua bajando á cada lado con bullicio, y una fuente, en los descansos, rodeada de esbeltos lirios; aún se encuentran cascadas jugueteando y jarrones medio ocultos entre los nervios de la

yedra, y nuevos nidos misteriosos, y obscuras frondosidades, hasta que en lo alto del jardín se presenta una visión imprevista : Sierra Nevada, inundada de blancura, soberbia de grandeza, penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la gran Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.

Comparando con ella el Generalife, sus diminutos jardines, vistos bajo los pies con los patios medio ocultos, parece más pequeño todavía, y como antes acudían á nuestra mente estas preguntas : ¿ Qué misterio tendrá este pequeño palacio ? ¿ Por qué moverá el ensueño, y hará cantar á los poetas, y su nombre será pronunciado dulcemente ? No sé; pero creo que, así como hay artistas que del amor hacen poesía ó música ú obra de arte, hubo quien del amor hizo jardines, y fué el artista enamorado que ideó el Generalife.

El es marco de los amores reales, el nido de una raza, feliz un día debajo de los cipreses y luego desterrada de su patria, la verde alcoba de sus blancas ilusiones, jardín de espera anticipado á los cielos del Profeta, ó más bien es el claustro del amor, hoy desierto de sus reyes y sultanas, pero habitado por recuerdos amorosos que le legan su encanto y su poesía.

## III

## La Alhambra

Cuando llega la noche, guarecidos en nuestra humilde vivienda, y reunidos bajo el quinqué que tiene toda casa bien nacida y regularmente amueblada, por ley de relación sin duda, ó por otra ley cualquiera, es el caso que Utrillo, tomando la palabra concedida de antemano y atentamente escuchada, nos relata lo que, con perdón sea dicho, nunca tuvo interés para nosotros : los cuentos de las mil y una noches.

Explicados por él, en el ambiente árabe que gozamos, se hacen tan comprensibles, que los mismos metafóricos portentos que en otras tierras nos parecen locuras de enfermizas fantasías, aquí se caracterizan y suenan como relatos llevados por el aire que nos rodea. Aquellas mujeres, vestidas de tenues gasas, transformadas en columnas por obra de encantamiento, aquellas lámparas de oro pendiendo solitarias de techos nacarados, en el antro de cámaras misteriosas, aquellas aves con un brillante en la frente, columpiándose en palmeras aromáticas, aquellas fuentes manando filos de plata sobre tazas de alabastro, aquellos califas dormidos á la sombra de laureles, visionando los cielos de Mahoma, todo aquel parto fantástico de un pueblo imaginativo, poeta y fatalista, parecen sueños gozados á la sombra de la Alhambra, ya que tiene tanta majestad su nombre, y el poder de su abolengo esparce tal aro-

yedra, y nuevos nidos misteriosos, y obscuras frondosidades, hasta que en lo alto del jardín se presenta una visión imprevista : Sierra Nevada, inundada de blancura, soberbia de grandeza, penacho del país del Norte, dominando un paisaje del Mediodía, colocado en el fondo por capricho de la gran Naturaleza, para servir de hermosísimo contraste á una florida llanura.

Comparando con ella el Generalife, sus diminutos jardines, vistos bajo los pies con los patios medio ocultos, parece más pequeño todavía, y como antes acudían á nuestra mente estas preguntas : ¿ Qué misterio tendrá este pequeño palacio ? ¿ Por qué moverá el ensueño, y hará cantar á los poetas, y su nombre será pronunciado dulcemente ? No sé; pero creo que, así como hay artistas que del amor hacen poesía ó música ú obra de arte, hubo quien del amor hizo jardines, y fué el artista enamorado que ideó el Generalife.

El es marco de los amores reales, el nido de una raza, feliz un día debajo de los cipreses y luego desterrada de su patria, la verde alcoba de sus blancas ilusiones, jardín de espera anticipado á los cielos del Profeta, ó más bien es el claustro del amor, hoy desierto de sus reyes y sultanas, pero habitado por recuerdos amorosos que le legan su encanto y su poesía.

## III

## La Alhambra

Cuando llega la noche, guarecidos en nuestra humilde vivienda, y reunidos bajo el quinqué que tiene toda casa bien nacida y regularmente amueblada, por ley de relación sin duda, ó por otra ley cualquiera, es el caso que Utrillo, tomando la palabra concedida de antemano y atentamente escuchada, nos relata lo que, con perdón sea dicho, nunca tuvo interés para nosotros : los cuentos de las mil y una noches.

Explicados por él, en el ambiente árabe que gozamos, se hacen tan comprensibles, que los mismos metafóricos portentos que en otras tierras nos parecen locuras de enfermizas fantasías, aquí se caracterizan y suenan como relatos llevados por el aire que nos rodea. Aquellas mujeres, vestidas de tenues gasas, transformadas en columnas por obra de encantamiento, aquellas lámparas de oro pendiendo solitarias de techos nacarados, en el antro de cámaras misteriosas, aquellas aves con un brillante en la frente, columpiándose en palmeras aromáticas, aquellas fuentes manando filos de plata sobre tazas de alabastro, aquellos califas dormidos á la sombra de laureles, visionando los cielos de Mahoma, todo aquel parto fantástico de un pueblo imaginativo, poeta y fatalista, parecen sueños gozados á la sombra de la Alhambra, ya que tiene tanta majestad su nombre, y el poder de su abolengo esparce tal aro-

ma de arte, que aquellos cuentos parecen realidades viviendo en esa Granada.

Es la Alhambra una de aquellas pocas obras que señalan la época venturosa en que un pueblo llega á la cúspide de su arte, á la época refinada y decadente que da el fruto maduro de largos siglos de lucha; es uno de aquellos pocos monumentos que son mojones en la historia, conservados por milagro; uno de aquellos pocos nombres que tienen fama de augusta belleza definitiva y que significan el esfuerzo, no de un hombre sino de toda una raza, alambicando buen gusto, para llegar á producir esencia de obra maestra.

La Alhambra lo es por dicha nuestra, y no se concibe Granada sin la Alhambra, como España no se concibe, vista desde el extranjero, sin este gran monumento, ya que sin ella habríamos perdido en la geografía artística mucho más que perdiendo una provincia, sin ella y algún otro monumento que aún nos queda por pura casualidad, la mayor parte de hombres de la inteligencia no sabrían que existiéramos, sin ella no tendríamos el libro más delicado y sutil que el hombre ha escrito en letras de arquitectura.

Y digo esto, que parece exagerado y fuera de su lugar, porque muy cerca hemos estado varias veces de perder esta joya inestimable. Dejando aparte á Carlos V, que tuvo á bien edificar un palacio, ni tan sólo concluido, sobre aquellas filigranas, por lo cual se conquistó la execración de todo amante de lo bello, aún dejando aparte los incendios que ha sufrido: hace poquísimos años ¡avergüenza decirlo! aquellas salas y patios, portentos de imagi-

nación y archivo de primores de arte, eran vivienda de gitanos que añadían tabiques á su antojo, derribaban paredes á su gusto y ponían sus puercas manos en aquella blancura immaculada, hollándola innoblemente; la alberca de los arrayanes dó se bañaban sultanas y donde se bañan las columnas y la torre de Embajadores reflejadas, servía de lavadero á carne de bestia humana; los extranjeros llevábanse los mosaicos y los estucos, como en país conquistado, y todo el mundo era dueño de aquel precioso tesoro, que por fortuna no sospechaban siquiera, y los pocos que lloraban su ruína eran tratados de locos y de platónicos, como siempre, por los hombres *importantes* de su época.

¡Pobre Alhambra! Lo que debía padecer aquellos días, al sentirse herida de muerte por el puñal de la torpeza! ¡Qué dolor debieron sufrir sus paredes enfermizas, rasgadas por uñas innobles! ¡Qué amargura en su alma de edificio, de sentirse incomprendida y despreciada! Por fortuna llegaron tiempos mejores para sus males, los maniáticos aquellos fueron por fin escuchados y tuvieron que reparar los mordiscos y patadas de aquella turba de estúpidos. Contreras, como un médico y un padre del edificio, fué vendando sus heridas, cicatrizó aquellas grietas abiertas como rasguños en sus frágiles arabescos, envolvió las columnas con mano cariñosa y compasiva, completó los estucos, hizo correr el agua por las fuentes, devolviéndoles la sangre de las venas, amparóla de la lluvia y dejó la noble Alhambra, sino en el esplendor de antes, digna de la admiración del mundo y en estado de poderse estudiar su armoniosa destructura.

Vista al llegar, sentadas sus grandes torres de ocre sobre el cerro, desnudos sus muros de todo adorno, con sólo pequeños agujeros por ventanas abiertas allá en la altura, nadie podría sospechar que aquellos tristes y sobrios paredones encerrarán tan espléndido palacio, á no saber la costumbre de los árabes de enclaustrar sus edificios, de hacerlos mirando hacia adentro, íntimamente floridos á la vida interior y áridamente severos á la mirada del mundo. Desde fuera, aquellas líneas desoladas, aquel aspecto de inexpugnable fortaleza, debían causar espanto y veneración á un pueblo supersticioso, que sabía, detrás de aquellas paredes que no podía cruzar, la existencia de un espléndido tesoro, de un serrallo misterioso, y tenía la sospecha de innumerables bellezas engarzadas en leyendas, que hacían ver al sultán, á los ojos de sus súbditos, como un ser que tenía de Profeta y de fantasma, de Santón y de enigmático, de Rey y de artista incomprendible y la Alhambra un cielo árabe, cerrándole para siempre la puerta de la Justicia.

Hoy la entrada es más fácil (tal vez demasiado) y la emoción es profunda todavía. Se pasa aquella mismísima puerta, maciza, inmensa y solemne; se pasa el primer arco árabe sosteniendo en sus hombros inmensa mole de simétricos ladrillos, con la mano en el centro, emblema de la ley musulímica, recordando los cinco sagrados mandamientos; « Cree en Dios y en el Profeta, ora y ayuna, da á los pobres y encamina tus pasos á la Meca »; se pasa otro arco incrustado de cerámica de esmalte, con la arábica inscripción de: « Hágalo Dios una potencia defensora », rematada por la imagen de una virgen

pequeña y triste, en aquella masa enorme, y cobijada como golondrina mística en un muro forastero: se pasa la plaza de los Algibes, dejando la Alcazaba á un lado y al opuesto la casa de Carlos V, y por una pequeña puerta se penetra en el palacio de la Alhambra y se encuentra el gran patio de la Alberca.....

La primera impresión que se recibe es deslumbrante. Parece que el alma entra en un gran baño de luz, dentro de una atmósfera de purísima belleza, donde los ojos disfrutan la calma de una sensación suave; la armonía que arroba los sentidos como afinadísima música, la gran calma que arroba la perfección, el reposo y el consuelo que da la obra de arte. Si fuera dable comparar una mujer con una obra arquitectónica, diría que el patio de los Arrayanes es una sultana rubia, vuelta ligeramente morena por el humo del incienso exhalado en el suave pebetero de los siglos. Los muros se parecen al marfil viejo, mate y dorado por la dulzura del tiempo; las columnas diríanse blandones de mármol bruñido por el tacto de suavísimas manos; el pavimento, losas de tumba modeladas por pies descalzos y pintadas por el musgo, y los techos rancias maderas de cedro tersamente quilatadas.

En el fondo del patio, cinco columnas de mármol de Macael sosteniendo siete arcos sutilísimos, la masa inmensa de la torre de Comares, en lo alto, y entre tenues estalactitas geométricas, una ventana en el fondo dividida por ligera columnita, dejando ver á lo lejos un paisaje miniatura; al frente otras columnas con su alta galería entre labradas celosías, y en el centro, entre dos líneas de Arrayanes,

la Alberca que da nombre al patio, reflejándose en sus aguas quietas como diáfano espejo, las columnas, la torre y las paredes del recinto, con todos sus primores y bellezas, temblando en la tersa superficie, rizándose al menor soplo de la más ligera brisa, ondulándose al más levisimo contacto, y formando círculos y espirales geométricos, combinados por modo maravilloso, con los diabólicos dibujos que con cariño reflejan.

La sala del fondo es el salón de Embajadores. Más amplio que los demás, los adornos divididos á grandes masas, el techo de lacería sosteniéndose á altura extraordinaria, es este regio aposento menos femenino que los demás del palacio, más severo, más robusto, aunque no menos primoroso. El grandioso artesonado está tratado á planos entrelazados, los azulejos son de traza sobria y sencilla, las paredes tienen poco relieve, y allí, como en todas partes de la Alhambra, las inscripciones se combinan formando parte del decorado; corren como cintas por los frisos, suben hacia el techo en líneas rectas, se enroscan por los capiteles y penetran en el fondo de los nichos y alambres, cantando las glorias de los Califas, las alabanzas de Dios y las bellezas de la Alhambra, en complicados versos gongorinos, ya que los artistas árabes, privados de reproducir la forma de la figura, suplíanla con lo más noble del hombre: el pensamiento y la poesía, empleados como motivos estéticos, siendo á la vez deleite para los ojos y enseñanza para el alma.

Saliendo de este salón, se pasa una pequeña galería, corredor cobijado bajo ancho alero, y columnitas con capiteles de alabastro; se pasa al « mi-

rador de la reina », torre colgada al pie de la umbría y de la cuesta de los muertos, dominando el Generalife, el Albaicín y el Sacro Monte aplanados á lo lejos; se baja una escalera y, entrando en un pequeño corredor, parecido á la entrada de un panorama, se llega al recinto de los baños.

Son tres salitas pequeñas, abovedadas, recibiendo la luz por agujeros en forma de estrellas, cubiertos de cerámica, abiertos en la bóveda, con sus arcos de mármol sirviendo de alcoba á las bañeras y rodeadas de azulejos; de esos mosaicos de reflejos tornasolados, verdes pálidos y azules descoloridos, negros como esmaltes de Limoges y amarillos cual camafeos romanos, concertados en armónico matrimonio de dibujo y dulce reposo de tonos. En estas raras estancias, que tienen algo de retiro para el descanso del cuerpo, de sótanos y de cúpula, envolvíanse los árabes en el agua que corría transparente, en el incienso perfumado que subía en espirales y entre la claridad discreta; y aquel baño era un culto á la belleza gozado entre los pliegues de aquella capilla íntima, un culto á los sentidos plácidamente voluptuoso. Aún hoy sus ruínas destilan el recuerdo de ese culto y forman un absoluto conjunto, de los más completos, de esta deliciosa casa. El pavimento es de mármol y cada estrella del techo es una estrella de luz rodeada de aureola de colores, que descansa, se escurre pausadamente, pinta y despinta los azulejos, se estira en listas de oro por los muros, y envuelve los baños en baño de diáfana claridad y de luz vaga de sueño, teñidos los muros por aliento de perfumes, bruñido el

mármol por matices de un roce mate, y desprendiendo el ambiente la intimidad de un secreto, llamado por miradas indiscretas.

Desde allí se pasa al patio de Lindaraja. Más que patio, este patio, con sus arcos alrededor del jardín sombreado por naranjos, con sus diminutos jardines, con su hermosísima taza rodeada de cipreses, que materialmente se abrazan, es un claustro de Oriente. No inspira, como los claustros del Norte, con las losas funerarias por pavimento y las lúgubres capillas en la sombra, la mísera condición de la vida y la espera de la muerte; éste inspira la alegría inconsciente de las flores, la paz de la existencia deslizándose sin estorbo el pensamiento, la dulcísima vaguedad de una vida risueñamente fatalista que no se turba ahondando el corazón de la criatura humana. El cielo es más azul que en otras partes, los árboles se visten de verdura, sin esfuerzo; los mismos severos cipreses no se plegan sobre sí mismos como tienen por costumbre; aquí se ensanchan y abren los nervudos brazos al aire que los orea cariñoso, y todo sonríe al hombre y le invita á la plácida dulzura del goce contemplativo.

A poca altura, dominando este jardín, hay un pequeño mirador, lugar íntimo de los más deliciosos de este alcázar. Sus muros desaparecen detrás de una tracería de calados prodigiosos, del techo baja la luz mitigada y colorida por vidrios que sirven de bóveda, y canta la inscripción de los frisos su hermosura en estos términos: « Cada una de las artes me ha enriquecido con su especial belleza y dotado de su esplendor y perfecciones. Aquel que me ve, juzgue por mí la hermosura de la esposa que

apeteci6 espléndidas galas y consiguió lo que pedía. — Cuando el que me mira, contempla atentamente mi hermosura, engaña la mirada de sus ojos con una apariencia. — Pues al mirar á mi espléndido fondo, cree que la luna llena tiene aquí fija su morada, habiendo abandonado sus mansiones por las mías. « No estoy sola, pues desde aquí contemplo un jardín admirable. Cosa semejante no vieron jamás los ojos... » Y ese jardín, es el jardín de Lindajara, que lo mira por un lado, mientras que por el opuesto, á través de la cueva de estalactitas que pende del salón de las dos hermanas, se divisa como un sueño el patio de los Leones.

Inútil é imposible es describir este patio. Es una de aquellas obras perfectas que, á fuerza de ser cantada su hermosura, han pasado á ser comprendidas por el vulgo, á ser patrimonio de todos y molde esparcido de torpes imitaciones. Sin embargo, lo que no podrá jamás copiarse, es la dignidad entre femenino y aristocrática que se desprende de su conjunto inimitable; aquel postrer modelado, que es como el soplo del genio acariciando la obra al firmarla, aquel perfecto equilibrio que es la afinación suprema de toda obra maestra. Rodeado el patio de columnas, en fila, en grupos, en perspectiva, solitarias ó en parejas; abierta en ella la sala de Abencerajes, portento de primores, mirándose con su rival en belleza; teniendo al frente la sala de la Justicia, con sus curvas de arcadas prodigiosas, y otras salas y más artesonados y arabescos, guarda en el centro y sirve de marco á la fuente celebrísima, cuya « líquida plata, corriendo entre las joyas, no tiene semejante en belleza por su blancura

y transparencia », « cuya agua se confunde con el mármol, sin saber cual de los dos se desliza »... « á semejanza de un amante, cuyos párpados están henchidos de lágrimas » ; marco de una fuente que mana la inspiración de todo un pueblo sutilmente refinado y profundamente artista: de una fuente que fué *mirhab* del Occidente y punto de conjunción de una cultura que ha muerto.

Aún pueden admirarse otros patios y otras salas todas ellas cuajadas de arabescos, todas ellas cubiertas de finísimos encajes, todas ellas ; vacías ! En este arcón primoroso, el ánimo encuentra á faltar el contenido : los muebles, los tapices, las lámparas pendiendo de las bóvedas de estalactitas, los jarrones de metálicos reflejos, los árabes como nota blanca armonizando en aquel fondo de oro. La Alhambra parece un objeto de museo sirviéndose á sí propia de museo, una joya á la intemperie sufriendo la inclemencia de la lluvia, un palacio tristemente abandonado por sus dueños. Se la cuida como se cuida un ilustre enfermo forastero, se le mima por los productos morales que reporta su buen nombre, se la enseña como objeto curioso ; pero falta en sus ámbitos el calor que mantenían sus creadores, el cariño de sus padres cariñosos, el amor á sus lares que hizo brotar lágrimas á Boabdil, al ver alejarse la silueta y sentirse desterrado de su soñadora Alhambra.

## IV

## El barrio de los gitanos

Hacia algunos días que en espíritu vivíamos la vida de la Alhambra, que nos batíamos tratando de interpretar sus arabescos y éramos siempre vencidos, que aspirábamos su ambiente é impregnábamos la luz que despiden aquellos patios portentosos y gozábamos la augusta tranquilidad de aquellas desiertas salas, poblándolas con el pensamiento de huríes bebiendo en las fuentes, de califas cruzando como blancas fantasmas misteriosas, de sultanas entrevistas detrás de las celosías, cuando escena imprevista dispertónos de nuestros viajes por las nubes del ensueño, volviéndonos brutalmente á la vida real y antipática de las cosas terrenales.

Tenía lugar en la Alhambra espectáculo inusitado. Por el patio de la Alberca cruzaban hombres, llevando cestos repletos de platos y copas ; el maravilloso estanque, acostumbrado á reflejar columnas de mármol y primorosos arabescos, reflejaba camareros que entraban y salían, azorados ; los carpinteros golpeaban á martillazo limpio, haciendo crugir los nervios de los sutiles machones, y en la torre de Comares preparábase una mesa á todo gasto, con las prisas de una improvisación que pasaba los límites de lo urgente.

Sí, aunque sea triste cosa confesar los anacronismos de nuestra pobre nación, en el salón del gran



y transparencia », « cuya agua se confunde con el mármol, sin saber cual de los dos se desliza »... « á semejanza de un amante, cuyos párpados están henchidos de lágrimas » ; marco de una fuente que mana la inspiración de todo un pueblo sutilmente refinado y profundamente artista: de una fuente que fué *mirhab* del Occidente y punto de conjunción de una cultura que ha muerto.

Aún pueden admirarse otros patios y otras salas todas ellas cuajadas de arabescos, todas ellas cubiertas de finísimos encajes, todas ellas ; vacías ! En este arcón primoroso, el ánimo encuentra á faltar el contenido : los muebles, los tapices, las lámparas pendiendo de las bóvedas de estalactitas, los jarrones de metálicos reflejos, los árabes como nota blanca armonizando en aquel fondo de oro. La Alhambra parece un objeto de museo sirviéndose á sí propia de museo, una joya á la intemperie sufriendo la inclemencia de la lluvia, un palacio tristemente abandonado por sus dueños. Se la cuida como se cuida un ilustre enfermo forastero, se le mima por los productos morales que reporta su buen nombre, se la enseña como objeto curioso ; pero falta en sus ámbitos el calor que mantenían sus creadores, el cariño de sus padres cariñosos, el amor á sus lares que hizo brotar lágrimas á Boabdil, al ver alejarse la silueta y sentirse desterrado de su soñadora Alhambra.

## IV

## El barrio de los gitanos

Hacia algunos días que en espíritu vivíamos la vida de la Alhambra, que nos batíamos tratando de interpretar sus arabescos y éramos siempre vencidos, que aspirábamos su ambiente é impregnábamos la luz que despiden aquellos patios portentosos y gozábamos la augusta tranquilidad de aquellas desiertas salas, poblándolas con el pensamiento de huríes bebiendo en las fuentes, de califas cruzando como blancas fantasmas misteriosas, de sultanas entrevistas detrás de las celosías, cuando escena imprevista dispertónos de nuestros viajes por las nubes del ensueño, volviéndonos brutalmente á la vida real y antipática de las cosas terrenales.

Tenía lugar en la Alhambra espectáculo inusitado. Por el patio de la Alberca cruzaban hombres, llevando cestos repletos de platos y copas ; el maravilloso estanque, acostumbrado á reflejar columnas de mármol y primorosos arabescos, reflejaba camareros que entraban y salían, azorados ; los carpinteros golpeaban á martillazo limpio, haciendo crugir los nervios de los sutiles machones, y en la torre de Comares preparábase una mesa á todo gasto, con las prisas de una improvisación que pasaba los límites de lo urgente.

Sí, aunque sea triste cosa confesar los anacronismos de nuestra pobre nación, en el salón del gran

sultán Abul Hachac, obra paciente y meditada, improvisábase un banquete á un señor ministro; la sala de Embajadores, templo solemne de un pueblo majestuoso y reliquia sagrada de arte, y por lo tanto invulnerable, debía servir de teatro improvisado á no sé (ni me interesa saberlo) qué fracción conservadora, que obsequiaba á su amigo político; las inscripciones árabes derramando poesía embriagada de incienso: « Me asemejo al solio de una esposa ». — « Los luceros bajaron á mí desde sus altas mansiones ». — « Yo soy á manera de arco iris cuando aparece en el cielo », tendrían que escuchar, al destaparse el *champagne*, á unos señores de frac, hablando de las delicias del partido, y « de los sagrados intereses morales y materiales », y las alabanzas á Dios, piropos mezquinos á entidades terrenales, al éxito infalible de las próximas elecciones y á la sana política conservadora, que de este modo conserva las reliquias de este pobre monumento.

Sentimos rubor por la Alhambra, vimos los árabes á lo lejos de la historia, más artistas que nosotros, y nos fuimos olvidando estas miserias de espíritu.

Al salir á la plaza de los Algibes, se encuentra siempre un tipo curiosísimo. Es un gitano de antigua cepa, vestido con toda la indumentaria de gitano contrabandista, á usanza de ópera cómica y figura de cuadrito de costumbres españolas. Su edad tendría que ser respetable; viste con los desechos de taller arreglados á sus hechuras y gustos, para encanto del extranjero que vá á la zaga de lo típico y característico: sombrero como un minarete, con

una borlita negra por cimborio, refrescándose en lo alto y cimbreándose al soplo de la más ligera brisa, camisa bordada al realce, chaquetilla corta con dibujos complicados en los codos y un florero de cuero en plena columna vertebral, chaleco más corto todavía que la chaquetilla y todavía más bordado, dado el menor espacio disponible para uso de bordaduras, la faja apretada por debajo, corto el pantalón hasta las polainas de cuero, trabajadas á prueba de paciencia, botas usadas y abusadas, y para mayor carácter, una canana con sus cartuchos vacíos, á fin de no hacer daño á nadie ni hacerse daño á sí propio.

Al pasar un forastero, se adelanta cortesmente, descargándose el cimborio, y presenta su tarjeta y su retrato, en cuyo dorso se lee:

MARIANO FERNÁNDEZ

Príncipe gitano

*Modelo de Fortuny.*

Generalmente, todo el mundo, no entendiendo aquel lenguaje ó no queriéndolo entender, pasa de largo, y nosotros habríamos seguido al mundo, pero aquel día, disgustados por el trastorno de la Alhambra y deseando trabar relaciones con gitanos y visitar el barrio de los dominios platónicos de nuestro extravagante Príncipe, le hicimos varias preguntas, que él contestó de un modo locuaz y por demás contundente. Había sido realmente el modelo de Fortuny, y de la fama del maestro había él conquistado su famita, con la cual vivía modestamente,

á pesar de su aire decorativo. Desde entonces no había pasado por Granada pintor cursi, sin que le hubiese retratado más ó menos; sirvió mucho á los ingleses para apuntar en el librito la típica indumentaria de sus ropas; los guías le mencionaban en sus *entretenidas* páginas, y tuvo su edad de oro, como todas las altezas de la tierra.

— Pero los tiempo se regüelven (nos dijo) y así me vea ahorcao y descosío, si miento. Y no sé, pero agora lo pintore se güelven desaborío. De nante pintaban, pongo por caso, un gaché, con su cañita de mansaniya y hablando con un torero, que aqueyo daba gloria er velo, ó bien un barbero afeitando un vejete, mientras un barbián se timaba con una rumí, ayá en la reja. — Aquí vino un monsiú alemán que hizo un cuadro, en donde me puso muy natural, que se lo cromptó una gran casa de pasa de Málaga y que le diero muy güeno cuarto por él. Pero agora viene aquí lo pintore, y en ve de pintarme á mí, con ese traje que tiene tre chaqueta distinta y variá, se pintan un día nublao, con cuatro siprese con uno fleco asule, que aqueyo se paese á un campo santo. — Por lo demá (añadió después de sus quejas) si utees guta de visitá er barrio de los gitano, ó sea er Sacro Monte, yo les acompañaré en toda parte, que así me ahorque, que no han de encontrá un mejor guía.

Aceptamos las ofertas de su Alteza, y nos pusimos en marcha.

Antes que todo, quiso enseñarnos las ruínas de su cueva, caída á pocos pasos de la Alhambra y convertida; ay! en un montón de basura. Allí tenía el palacio el príncipe; allí vivía feliz rodeado de

su corte, sus vasallos á pan y tijera... y un par de borriquillos, cuando un día aciago, un día de esos escritos en letras negras en la historia indeleble de los pueblos, empezó á desplomarse su palacio, á desprenderse la tierra que componía el vestíbulo, y con él vinieron á bajo sus vanidades de príncipe, vanidades defendidas hasta el último momento, porque si bien se acurrucaba él hacia la parte de adentro y prefería morir noblemente sepultado antes que abandonar sus legítimos dominios, llegó la democracia y algunos municipales y le arrancaron de allí, vivo aún, pero moralmente destronado.

Hoy puede ver lo que no pueden muchos príncipes: las ruínas de su cueva, convertidas en negro montón de escombros y cubiertas por el clásico amarillo jaramago. El vestíbulo aquel sirve de nido á los lagartos; los salones, que despreciaron el peso de la montaña, á su gran pesadumbre se rindieron, mientras que el héroe, tristemente compungido dentro de su noble traje de fiero contrabandista, dice contando sus penas: — « Cuando hasta se cayó mi cueva, too puede caerse; las cercunstansia de la vía, se suben y se bajan, y er hombre que no es resig-nao, mala puñalá le den y así se vea descuartisaó. »

Descargado su pecho y exhaladas sus quejas, emprendimos la marcha hacia el Sacro Monte, bajando por la Cuesta de los Muertos, así llamada por ser el camino más recto para ir del barrio del Albaicín al cementerio. Seguíamos esa cuesta que se hunde en el barranco de la Alhambra, sombreada por sus torres, y fúnebre como su nombre, cuando, á poco de bajar, pasó por nuestro lado un entierro com-

puesto de un hombre llevando el féretro á cuestras, descubierto ; un niño dentro con el color de la cera ; dos hombres más, muy pobremente vestidos, como único acompañamiento, y todos á paso de carga, corriendo cuasi, como si tuviesen prisa de llegar pronto al cementerio.

Pasamos nosotros también de prisa, apartándonos de aquella rápida visión y, cruzando el Darro en el fondo del barranco, entramos en el barrio de la gente de tijeras.

Es el tal barrio un arrabal de Granada, un alto monte mirándose con la Alhambra, teniendo los pies entre flores y las áridas espaldas sirviendo de apoyo á blancas é hinchadas nubes. La falda del monte, cubierta de chumberas, de un verde gris azulado, de un tinte de hoja enfermiza, de un color de persiana desteñida, armonizando, en parentesco de tono, con las pitas sirviendo de barrera y con las sombras violetas del terreno. Una iglesia en lo alto, caminos como senderos de un belén cruzando detrás de las matas, las ruínas de una muralla bajando en zig zag por la cuesta, y entre las pitas y chumberas, ocultas entre espinas, acurrucadas como pequeñas madrigueras de animaluchos extraños, manchas blancas brillando bajo un sol de fuego, y un agujero en cada mancha sirviendo de entrada á una cueva, y formando juntas un barrio que tiene algo de improvisado campamento, de aduar de una tribu exótica, de ciudad de los tiempos primitivos y de lomo aplastado por un pueblo dormitando en su ladera.

Acercándose al barrio por un camino bordeado de grandes cruces de piedra, las casas van detallán-

dose y apareciendo muchas más ocultas entre las espinas, van pasando manadas enteras de borriquillos, el suelo va perdiendo sus manchas de violeta impresionistas, sustituidas por otras manchas más realistas ; las gallinas y marranos se pasean por el arroyo y por aquellas madrigueras, asoma el pueblo gitano abigarrado y colorido.

Allí, chiquillos desgredados, revuelto el pelo de color indefinible, rubio de ocre, castaño gris, negro usado y desteñido, cayéndoles por los ojos como cascada de estopa, llevando retazos de ropa sucia por medio traje y dejando las piernas al descubierto, como brazos de esqueleto, de un moreno ceniciento manchado por el polvo del camino ; allí, mujeres harapientas con harapos de los colores más subidos, con telas pintarrajadas de cadmium y bermellón en gritería de tonos brutales y escandalosos, bruñido el cabello, el rostro mate y una flor en la cabeza, como nota delicada en un muro ruinoso ; allí, hombres de tez sienosa y morada, calzando gorra de pelo, chaquetilla torera, pantalones ajustados y sendos lustrosos pan y toros yendo á juntarse con las negrísimas pestañas ; allí viejas de edades inverosímiles, antiquísimos pergaminos olvidados en desvanes, apariciones de brujas, de fantasmas y de duendes, horrores de fealdad, momias gitanas disecadas en su cueva, y allí todos, esperando que pase algún forastero, para echársele encima en frenética gritería como manada de avechuchos, para seguir corriendo detrás del coche convirtiendo la carretera en fantástico pandemonium, para nadar entre el polvo, é iluminados entre el sol, trocarse en átomos de colores, en criaturas

vibraciones, en pinceladas delirantes lanzadas sobre una nube.

Saliendo de ella y siempre acompañados de su Alteza, entramos en una cueva, para ver más de cerca aquellas raras viviendas y enterarnos de las costumbres de sus típicos habitantes. Vivía en ella un matrimonio. Un gitano de la clase que llamaremos buclosa, por ser joven que llevaba los negros bucles con malicia, es decir, para estrago del otro sexo, y su señora consorte, de un color prudentemente moreno. Supusimos que eran parientes del Príncipe, (pues todos ellos son parientes) y les tratamos como á primos de su Alteza, y ellos se dignaron enseñarnos su refugio, sino del todo confortable, tampoco de exagerada limpieza.

Hemos dicho refugio, porque tal es la vivienda de esta gente, que si quisiéramos hacer frases, diríamos que los gitanos parecen un pueblo condenado por la historia. Oriundos de la India, según cuentan sabiazos que entienden de estas cosas, anduvieron errantes por la Persia, el Turquestán y otros terrenos, hasta el siglo XIII que se colaron en Europa. Ya en ella y dados á conocer, París cerróles sus puertas y dióles por asilo la Chapelle; desterróles Francisco I; sin forma de proceso les condenaron á cadenas en el siglo XVII; los estados de Orleans les proscribieron en 1560; en España les desterraron en 1492; luego en el Concilio de Tarragona, luego en Inglaterra en tiempo de Enrique VIII y luego en otras y en otras partes que me sería muy fácil de describir curioseando documentos, hasta que la Santa Inconsciencia los condujo al Sacro Monte y allí viven de refugio.

De qué y cómo, ya es cosa más complicada. Los laboriosos (que son pocos) se dedican á la noble profesión de forjar clavos y herraduras, y los demás no trabajan. Esperan á los extranjeros, se entretienen, cantan flamenco, viven de miseria y libertad, comercian con ropa vieja por pasatiempo, y como principal tarea, cambian borriquillos viejos por otros todavía más reviejos, barnizándolos y haciéndoles pasar, sino por jóvenes, por burros de media edad, como luego comprobamos.

Tal fué que, por no llevar todo el día la caja y los caballetes, acudíonos poseer un ejemplar de los susodichos borriquillos. La ocasión no podía ser más propicia. Estábamos relacionados con personas *inteligentes*, había feria aquella tarde, y ofrecíanse á servirnos de guía y de compañía; en vista de todo lo cual, el Príncipe, sus parientes y nosotros, con aire firme y resuelto, nos dirigimos á la memorable feria.

Tenía ésta lugar en el Triunfo. Una gran plaza con honores de plaza de armas desarmada, sombreada por algún árbol y llena de grupos pintorescos de gitanos, de chalanes y corredores de cambios y, sobre todo, de borricos. Habíanlos de todas formas y cataduras. Unos rizados de cuerpo entero, con los ojos muy tristes y mirando vagamente con cierta resignación; otros despeinados, despintados y apolillados, con el cuerpo lleno de *mataúras* y heridas más ó menos graves, las orejas caídas para siempre y la cola aletargada; algunos de antigüedad respetable, canosos y aburridos, muriéndose lentamente; los más con el cutis inservible y los huesos saliéndose de sus casillas, y todos se-

rios, muy serios y cabizbajos ; todos atados por las dos piernas traseras y saltando como canguros, todos pintados, cosidos y remendados por el ingenio del gitano, esperando con poca fe cambiar de dueño, para cambiar de suerte.

En cuanto corrió la noticia (y fué muy pronto) de que queríamos comprar uno de aquellos fulanos, nos vimos rodeados de improviso por todo el personal de la feria.

Aquello fué el diluvio universal. ¡ Qué lluvia de gritos ! ¡ Qué de palabrería incomprensible ! ¡ Qué de proposiciones y gangas nos ofrecieron !

— ¿ Cuánto este borriquillo gris-perla ? preguntamos.

— Doce duro, pero ofrezca usted sei.... y es de ustedes.

No ofrecí nada por temor de quedarnos con la víctima, pero, en vista de que la cosa iba tomando proporciones alarmantes y de que estábamos comprometidos delante del Príncipe y el pueblo, ofrecimos dos duros por una borrica parda, llamada Cepriana por mal nombre, con lo cual nos ganamos una tempestad de insultos, á más del animal, cedido en un arranque de líricas imprecaciones.

Apenas Cepriana fué nuestra, como si tuviera un resorte en sus vacíos adentros ó fuera vendida al oro gitano ó perdiera las fórmulas del equilibrio, el caso fué que se acostó en el santo suelo buenamente y que, ya en él, no había medio humano ni humanitario de convencer á Cepriana que cambiara de actitud. ¡ Por Dios, levántate, Cepriana, le decíamos (rodeados de todo el coro de gitanos). Considera que llevamos mucha prisa ! Que no hemos

venido á Granada para estar aguantando tus caprichos. — No había medio. — « Arre ya, no sea pinturera. Levántate ó mal enterrá te vea » (le dijeron los primitos). — Tampoco nada. — Ni el Príncipe en persona tenía autoridad bastante sobre aquella terquísima criatura.

Levantóse, por fin, por su propia voluntad, y seguidos de gran acompañamiento, emprendimos una marcha que tuvo mucho de fúnebre.

A fuerza de propinas, nos despejamos poco á poco del personal acompañante (corredores todos que intervinieron en la compra) y nos encontramos solos, Cepriana, el Príncipe, los primos y nosotros, subiendo á pie por la cuesta de la Alhambra.

Allí notamos que Cepriana veía poco y cojeaba. A la pobre, por lo visto, ni le gustaban las cuestas; andaba á tientas y con muy mala voluntad; deteniáse á cada paso y temía tal vez morir por el camino.

Así lo temimos nosotros, y en vez de llevarnos las cajas, como era el trato y la intención, ayudamos á Cepriana hasta meterla en su cuarto.

## V

## Los cármenes de Granada

Nadie habrá lanzado el pensamiento á viajar por las orillas del Genil, el poético y afortunado río que se mueve entre alfombra de verdura, sin que,

rios, muy serios y cabizbajos ; todos atados por las dos piernas traseras y saltando como canguros, todos pintados, cosidos y remendados por el ingenio del gitano, esperando con poca fe cambiar de dueño, para cambiar de suerte.

En cuanto corrió la noticia (y fué muy pronto) de que queríamos comprar uno de aquellos fulanos, nos vimos rodeados de improviso por todo el personal de la feria.

Aquello fué el diluvio universal. ¡ Qué lluvia de gritos ! ¡ Qué de palabrería incomprensible ! ¡ Qué de proposiciones y gangas nos ofrecieron !

— ¿ Cuánto este borriquillo gris-perla ? preguntamos.

— Doce duro, pero ofrezca usted sei.... y es de ustedes.

No ofrecí nada por temor de quedarnos con la víctima, pero, en vista de que la cosa iba tomando proporciones alarmantes y de que estábamos comprometidos delante del Príncipe y el pueblo, ofrecimos dos duros por una borrica parda, llamada Cepriana por mal nombre, con lo cual nos ganamos una tempestad de insultos, á más del animal, cedido en un arranque de líricas imprecaciones.

Apenas Cepriana fué nuestra, como si tuviera un resorte en sus vacíos adentros ó fuera vendida al oro gitano ó perdiera las fórmulas del equilibrio, el caso fué que se acostó en el santo suelo buenamente y que, ya en él, no había medio humano ni humanitario de convencer á Cepriana que cambiara de actitud. ¡ Por Dios, levántate, Cepriana, le decíamos (rodeados de todo el coro de gitanos). Considera que llevamos mucha prisa ! Que no hemos

venido á Granada para estar aguantando tus caprichos. — No había medio. — « Arre ya, no sea pinturera. Levántate ó mal enterrá te vea » (le dijeron los primitos). — Tampoco nada. — Ni el Príncipe en persona tenía autoridad bastante sobre aquella terquísima criatura.

Levantóse, por fin, por su propia voluntad, y seguidos de gran acompañamiento, emprendimos una marcha que tuvo mucho de fúnebre.

A fuerza de propinas, nos despejamos poco á poco del personal acompañante (corredores todos que intervinieron en la compra) y nos encontramos solos, Cepriana, el Príncipe, los primos y nosotros, subiendo á pie por la cuesta de la Alhambra.

Allí notamos que Cepriana veía poco y cojeaba. A la pobre, por lo visto, ni le gustaban las cuestas; andaba á tientas y con muy mala voluntad; deteniáse á cada paso y temía tal vez morir por el camino.

Así lo temimos nosotros, y en vez de llevarnos las cajas, como era el trato y la intención, ayudamos á Cepriana hasta meterla en su cuarto.

## V

## Los cármenes de Granada

Nadie habrá lanzado el pensamiento á viajar por las orillas del Genil, el poético y afortunado río que se mueve entre alfombra de verdura, sin que,

por una asociación de ideas nacidas de descripciones ó de vagos presentimientos, haya visto los cármenes de Granada, bañados por unas aguas que, en vez de correr por desiertos indiferentes como tantos desdichados ríos, han sido conducidos, por la inconsciente fortuna de las cosas, á servir de sustento y alegría á floridos verjeles, que pagan por la savia que reciben flores y aromas en generosa explosión deslumbradora.

¿Qué son los cármenes de Granada? Lo más sencillo sería decir que son jardines, huertas y cercados de recreo; pero esta definición sobre ser cómoda sería incompletísima, ya que un jardín, con su estilo, su pensamiento escrito con flores (que son letras de molde del alma), su aire y su fisonomía, hablan de un sentimiento expresado exquisitamente. Los jardines, como todo lo que inventa el hombre sirviéndose de los recursos que le presta la madre Naturaleza, llevan el sello del invento, revelan el carácter y las costumbres del pueblo que los ha creado, nos inician en los íntimos secretos de sus gustos; explican una tendencia ó una escuela; son el arte de hacer arquitectura con los árboles y las plantas, y de expresar un instinto, una visión ó un destello de la imaginación humana.

Los jardines griegos, por ejemplo, debían ser severos y perfectos como su arquitectura clásica; sus paseos debían tener la simetría y guardar las proporciones de las columnas de un templo, y sus árboles predilectos debían ser los laureles y los olivos destacando detrás de los plátanos y los olmos en fría y correcta igualdad de líneas inspiradas en sus clásicas costumbres; los claustros de la edad

media, cerrando entre sus ojivas jardines téticos y modestos, con su algo de huerto y de cementerio, formados de cipreses y verduras, recordaban las realidades de la vida y el misticismo de la muerte; los jardines de Versailles, creación de Le Notre, con sus anchas avenidas, sus aguas pulverizándose en movible simetría arquitectónica, sus arenados paseos bordeados de altos macizos, sus amplias escaleras de balaústres rematados con hermosos jarrones y estatuas, y sus albercas entre-ocultando delfines, centauros y caballos de Neptuno, tenían el amplio estilo de una corte solemne y aparatosa; los parques ingleses, con su correcta desigualdad premeditada, denotan el espíritu positivo de un pueblo que calcula los accidentes é improvisadas bellezas del paisaje, para aplicarlos con reglas de desigualdad perfecta; así como los parques de ciudades advenedizas, nacidos en solares y criados sobre ruinas de glaciés, amamantadas sus plantas con biberón y viviendo á tanto el palmo, regada su savia con fermento y teñidas sus corolas con productos de la química, denotan un arte administrativo, la urbanización vulgar de un pueblo no encomendada á los artistas del paisaje, sino á tristes empleados que tratan los pobres árboles como árboles reclutas, sin el tacto exquisito y el amor que requiere el cuidado de esos hijos de las pródigas entrañas de la tierra.

Considero tan importante el aspecto de los jardines, para juzgar el carácter de una época, que basta imaginarse un estilo para ver el fondo de verdura que le cuadra. Yo me imagino los jardines primitivos italianos, como llanura tapizada de lirios y de azucenas, árboles plegados y candorosos por fondo



y flores de colores apagados bordando una hierba mate extendida, en laderas de suavísimo relieve; me imagino un jardín romántico, como un Eden desordenado, un jardín misterioso envuelto entre lianas, cubierto de yedra abrazando las carcomidas estatuas pintadas por el musgo, llorando agua las fuentes, y el mármol patinado por la luna; me imagino los jardines realistas, convertidos en un huerto productivo, así como los jardines modernistas los imagino formados de árboles de abolengo y plantas espirituales y de sentido simbólico: grandes laureles, mirtos, cipreses y laureles rosas, en severos muros, y cerrando la vista á toda vulgar perspectiva; lilas y lirios alineados y plantas acuáticas dormidas sobre estanques quietos y misteriosos, grupos de flores, formando con sus colores el arco iris, ó agrupadas en tonos complementarios, y todo envuelto en un místico aroma de refinado buen gusto, todo mate y nadando en vaga neblina, como orquesta afinadísima de tintas, donde el alma gozara un absoluto reposo.

Los cármenes de Granada no son románticos ni primitivos ni modernos. Tienen su carácter heredado de los árabes, su tradición propia y su propio estilo. Pequeños y como quien dice ocultándose á sí mismos en su espesura, sin aspecto exterior, cruzados de caminitos de boj formando imprevistos recodos, inspiran recogimiento y tienen el encanto oriental del jardín trazado en la vaga concepción del sueño, de parque escrito en leyenda, de inscripción morisca cuyas letras son los árboles y las flores. En medio de esos jardines, como mirab á donde van los senderos, recortadas glorietas levantándose

en deliciosa simetría, imitando las líneas de la arquitectura árabe, con sus naves de estalactitas pendiendo de la verde bóveda, sus troncos tupidos irguiéndose como columnas y alminares y sus arcos superpuestos como arcos de mezquita. Debajo del frondoso y apiñado follaje de esos toldos, en el cruce de los caminos, un filo de agua brota del suelo, cayendo sobre la taza de mármol y pintándola con toda la gama verde; á lo largo de los senderos, más arcos de cipreses abrazándose, formando guirnaldas en perspectiva, cruzándose como delicada nave; á cada lado, retoños verdes en correcta fila sobre el boj; en todas partes asomando grupos de flores, y todo ello formando un conjunto imprevisto y artísticamente descuidado: un conjunto de poético abandono, de nobleza caída, de jardín floridamente melancólico, en el cual crecen las plantas, felices del amor de un pueblo que las cuida con cariño, no atormentando sus antojos y sus caprichos de arbusto.

Y es que el carmen, para los hijos de Granada constituye como un culto, y las flores, una necesidad de su alma. He visto mujer harapienta pidiendo una limosna, con una flor en la cabeza, fresca aún de la frescura del rocío; he admirado en un piso, alegre pero modesto, toda una habitación ocupada para servir de invernadero y cobijar las plantas de los balcones; y he visto una enredadera entrando por una puerta y guarecerse en las propias habitaciones, recibida con los batientes abiertos como caída del cielo. Los pobres tienen su carmen en el balcón ó en la ventana. Aquellos ojos abiertos en lo alto de las blanquísimas casas, bañados por el

terso azul del cielo, rebosando colores y perfumes, pendiendo en cascada por los muros y asomando por unos hierros que son prisión amorosa, aquellos son modestos cármenes cantando una nota de alegría á los ojos de aquellas sencillas gentes. Hay ventana pequeña para dar paso á la luz indispensable, y allí está su maceta con su planta, llenándola por completo y trocando en olores para el alma el aire robado á la vida; hay balcones que, con todo y ser grandísimos, tampoco dejan pasar la claridad, que tiene que escurrirse entre las hojas, recogiendo reflejos en su camino dichoso; y hay galerías colgadas debajo de los aleros, cimbreándose cuasi al peso de tanta flor amontonada en aquel barco anclado, allí, cerca de las nubes. En el barrio de Albaicín, no se ve una sola casa que no tenga su carmen adosado á las paredes. Por pequeño que sea el huerto, por oculto que esté y enclavado y rodeado de edificios, siempre se destina un espacio, ya sea sobre la tapia, en un rincón de la alberca ó en la baranda del pozo, para poner sus macetas, su emparrado y sus mirtos, que, aparte la prosa del sitio, son un retazo de poesía. Existe un huertecito reducido como una alcoba, con un ciprés tan grande plantado en él, que tan sólo su inmenso tronco ocupa todo el terreno de aquel parque en miniatura; los hay que, no gozando de espacio para tener sombra propia, sirven sus árboles para dar sombra á los cármenes vecinos; y otros que, con un puñado de tierra, sustentan gabillas de flores y dan vida á enredaderas que suben á alegrar la casa entera. En las orillas del Darro los cármenes ensanchan sus dimensiones; en el monte de la Alhambra,

son ya verdaderos parques, perdiendo en poesía lo que ganan en extensión, y en todas partes, en todas las macetas y á lo ancho de la llanura, sus grandes masas de follaje, sus árboles asomando por encima de los cercados ó perdiéndose á lo lejos de la vega, dan ese aspecto de especial hermosura á esta Granada y la convierten en una de las ciudades más risueñas y pintorescas de la tierra, ya que ellos son, con su paisaje entrándose por las casas, los que dan vida y carácter y traen en su perfume esa nota de alegre melancolía que disfruta este pueblo venturoso.

Goce, pues, de sus cármenes, y gócelos pronto, ya que empieza á notarse en los nuevos retoños de sus árboles y plantas síntomas de destrucción, de olvido ó de cansancio. Ya el buen gusto, el gusto del instinto, se ha refugiado como siempre en el pueblo, guardador de las grandes tradiciones y autor de las grandes esperanzas; ya los jardines nuevos son jardines con plantas numeradas y bautizadas civilmente; plantas que necesitan llevar colgado su nombre para ser debidamente conocidas. La aristocracia del arte muere aquí, como en todas partes, bajo el dominio de la vulgar clase media, y hasta en este hermoso oasis de Andalucía llega esa tristeza fin de siglo, esa plaga que va uniformando la tierra, que invade los dominios más selectos con la fuerza de su insultante mayoría.

Pero antes que muera del todo el recuerdo de las buenas tradiciones, para esperar esas nuevas que mejoren los presentes, hay que ver estos cármenes de ahora. Hay que verlos en primavera, pues según dicen los que tienen la fortuna de gozarlos, sus colo-

res se ven á larga distancia, su perfume se percibe en las mismas calles. Granada entera florece, se abre á nueva vida á los ojos, se viste de juventud y no es la naciente flor con la esperanza del fruto la que nace en los jardines, es la flor brotando espontáneamente. Hay que verlos en verano, hinchando la ciudad, ensanchándola por todos lados con el verde que se escapa de sus poros, ocultándola al amparo de su sombra, y hay que verlos en otoño y contemplar su deshoje, como lo hemos ido contemplando estos dos meses.

Los olmos son los primeros en perder su entera y rubia tersura, su verde tierno palidece y sus hojas se tambalean en las ramas tiritando indecisas antes de lanzarse á volar á la ventura; siguen los plátanos, trocándose sus colores de manzana en rojos de sol poniente y en cadmiums de verde tostado; luego tiemblan las demás hojas, los castaños, los nogales y los olmos sienten correr el otoño por sus venas y, entrando el frío en sus ramas, empieza el gran desfile del paisaje, la emigración de cada año, la llegada del invierno sembrando la muerte á su paso.

Entonces Granada entera parece una ciudad fantástica, bañada por el incendio de una puesta de sol deslumbradora; el ambiente se llena de una nube de puntitos de colores que vuelan indecisos, siguiendo los caprichos del aire que se los lleva; los bosques de la Alhambra imitan y se visten de las mismas tintas de oro del Alcázar, pintan del mismo tono los árboles de los paseos, y el suelo va alfombrándose con esos exquisitos *bibelots* aún flexibles de vida, con esos pedazos de delicada materia, con

esas hojas de finísima pátina que son restos melancólicos de otro verano que ha muerto.

Aún del suelo las arranca el huracán y las levanta y las lanza en torbellino y las persigue á lo largo de los caminos y aún del aire y van á caer al riachuelo que, jugando, se las lleva hasta el Genil.

Allí es su entierro. La tierra se queda como apagada por el hálito del invierno y secos los bosques de Granada. Allá, en medio de sus cármenes, se destacan los cipreses, los laureles y los mirtos, esos árboles perennes que soñamos al soñar en los jardines modernistas.

## VI

## Alonso Cano

Una de las sensaciones artísticas más intensas que he sentido, de esas impresiones que pagan con creces el ansia de belleza que uno persigue por esos mundos de Dios, de esas visiones que quedan y repercuten de vez en cuando en la memoria, llevando el recuerdo de algo realmente bello, que se guarda y saborea... la sentí al contemplar el San Francisco, de Cano.

Recorría la catedral de Toledo, impresionado por su imponente grandeza. Andaba al azar, admirando sin plan premeditado lo que pasaba buenamente delante de mis ojos, cuando un sacristán hizonos entrar en una vasta capilla enlutada y severa y en vuelta en la penumbra.

res se ven á larga distancia, su perfume se percibe en las mismas calles. Granada entera florece, se abre á nueva vida á los ojos, se viste de juventud y no es la naciente flor con la esperanza del fruto la que nace en los jardines, es la flor brotando espontáneamente. Hay que verlos en verano, hinchando la ciudad, ensanchándola por todos lados con el verde que se escapa de sus poros, ocultándola al amparo de su sombra, y hay que verlos en otoño y contemplar su deshoje, como lo hemos ido contemplando estos dos meses.

Los olmos son los primeros en perder su entera y rubia tersura, su verde tierno palidece y sus hojas se tambalean en las ramas tiritando indecisas antes de lanzarse á volar á la ventura; siguen los plátanos, trocándose sus colores de manzana en rojos de sol poniente y en cadmiums de verde tostado; luego tiemblan las demás hojas, los castaños, los nogales y los olmos sienten correr el otoño por sus venas y, entrando el frío en sus ramas, empieza el gran desfile del paisaje, la emigración de cada año, la llegada del invierno sembrando la muerte á su paso.

Entonces Granada entera parece una ciudad fantástica, bañada por el incendio de una puesta de sol deslumbradora; el ambiente se llena de una nube de puntitos de colores que vuelan indecisos, siguiendo los caprichos del aire que se los lleva; los bosques de la Alhambra imitan y se visten de las mismas tintas de oro del Alcázar, pintan del mismo tono los árboles de los paseos, y el suelo va alfombrándose con esos exquisitos *bibelots* aún flexibles de vida, con esos pedazos de delicada materia, con

esas hojas de finísima pátina que son restos melancólicos de otro verano que ha muerto.

Aún del suelo las arranca el huracán y las levanta y las lanza en torbellino y las persigue á lo largo de los caminos y aún del aire y van á caer al riachuelo que, jugando, se las lleva hasta el Genil.

Allí es su entierro. La tierra se queda como apagada por el hálito del invierno y secos los bosques de Granada. Allá, en medio de sus cármenes, se destacan los cipreses, los laureles y los mirtos, esos árboles perennes que soñamos al soñar en los jardines modernistas.

## VI

## Alonso Cano

Una de las sensaciones artísticas más intensas que he sentido, de esas impresiones que pagan con creces el ansia de belleza que uno persigue por esos mundos de Dios, de esas visiones que quedan y repercuten de vez en cuando en la memoria, llevando el recuerdo de algo realmente bello, que se guarda y saborea... la sentí al contemplar el San Francisco, de Cano.

Recorría la catedral de Toledo, impresionado por su imponente grandeza. Andaba al azar, admirando sin plan premeditado lo que pasaba buenamente delante de mis ojos, cuando un sacristán hizonos entrar en una vasta capilla enlutada y severa y en vuelta en la penumbra.

No sabía lo que íbamos á ver en aquel antro. Seguía distraído á los demás, oyendo la explicación que nos hacía aquel buen hombre, curioseando los tesoros y reliquias que se entrevén medio ocultos en todas las obscuridades de aquel inmenso arcón de piedra, cuando encendió una cerilla, buscó una llave, abrió un armario, y aproximó la luz para que viéramos dentro.

Posible sería describir lo que allí vimos, pero imposible del modo fantástico como lo vimos. Allí, en el fondo del mueble, una figura mirándonos fijamente, un ser casi vivo muriéndose, una cara de una palidez de cera, lívida y desencajada, entreabriendo unos labios de agonía; un ser sin cuerpo, de una rigidez de cadáver que se incorpora de la tumba, iluminado vagamente por aquella luz vacilante, que dibujaba la tétrica silueta, en el fondo del armario.

Sentí cuasi escalofríos. A la impresión de la obra maestra que teníamos delante, juntábase el vago terror que me inspiraba aquel raro consorcio de místico realismo. El marfil de su cara, su oscuro hábito, la materia apropiada de que iba vestida la escultura, era solo el ropaje plástico, de un sentimiento infinito. Por ese soplo inexplicable é indeciso, que lleva el sello del genio, la obra llegaba á esa suprema belleza, que evapora la misma obra, dejando sólo el arte puro que encierra. Aquella figura sufría, se moría, sentía el estorbo de un cuerpo sirviendo solamente de mortaja á un espíritu queriendo huir de la tierra; su boca tenía ya las ansias de la otra vida, y sus ojos clavados y abiertos de un modo vago, miraban hacia un más allá deseado

ardientemente, de un más allá deseado con toda la aspiración de un alma que se lanza á lo infinito, con toda la angustia del que atraviesa una llanura de espinas esperando encontrar al final de la jornada el limbo de gloria soñado, el imán que atrae su fuego, la calma definitiva.

Mirábamos la mística figura desde el fondo, y no era su misticismo el del flamenco Van der Leyden, enamorado de los primores de la línea, buscando el dolor en los más sutiles pliegues de la expresión del sentimiento, gozando en interpretar el sufrimiento, siguiendo el curso de una lágrima en las pálidas mejillas, con el sentido deleite del que copia una gota de rocío; no era el misticismo de Morales, pintando las huellas que en el cuerpo humano anuncia la llegada de la muerte; no era el arte decorativo del misticismo de Memmi, volando su corazón hacia el reino de los ángeles; ni la plácida serenidad, el suave y dulcísimo arrobamiento, la comunión con las nubes, el reposo azul sentido por Fra Angélico...; era el dolor del deseo, el ansia fervorosa de dirigirse hacia una gloria vista á través de la muerte, el desprecio de la vida, avanzando el alma en los ojos para lanzarla del mundo, y el deleite de la fe, rezando cerca del oído promesas embriagadoras.

Delante de aquella figura extraordinaria, no recordábamos artista que nos diera una idea tan latente de la vida del espíritu, que angustiara tanto al crear, que hallara con más fortuna los pliegues del sufrimiento, que dibujara el dolor, las angustias y arrobamientos del encendido ascetismo, la ansiedad de ideal y la sublime aspiración de algo soñado. No era « el seráfico jardinero », descrito por nuestro

gran Verdaguer, el espíritu que canta, el labio que sonríe y llama las tórtolas á su convento; no era el que suspiraba en los bosques de la Umbría ni el que hablaba á los ríos y á las flores y abrazaba los árboles de la llanura ni el que miraba la alondra subiendo á saludar la aurora; era el santo que tiene un volcán en el pecho, el que cambia su vestido de blanca seda por un hábito destrozado, el que atormenta su cuerpo revólcase sobre espinas, el que riega con lágrimas de sangre la imagen de Jesús Crucificado, el que halla la dulzura en el sufrimiento, vida en la muerte, y el que en éxtasis navega hacia la gloria. « Tan sólo el Greco había logrado fijar en sus pálidas cabezas, esa fuerza del sentimiento subrayado, el matiz de la expresión, la sensibilidad exquisita de los nervios, sirviendo de cuerdas vibrantes á los ayes del espíritu. »

Y aquella imagen, mirándonos, destacándose en la penumbra, parecíanos la imagen de una época tenebrosa. Vimos allí, y la vemos recordándola, la España negra de otros tiempos, la calles tortuosas de Toledo, el ceño fruncido de los Felipes, el Santo Oficio congregado en salones glaciales, enlutados y tétricos como una tumba; los penitentes ocultos detrás de la negra vesta; Santa Teresa sublimando el sufrimiento, los poetas místicos pulsando las cuerdas de su negrísima lira, toda una época allí vimos empañada por un hálito terrible, envuelta en las sombras de un realismo misterioso, una época entrevista allá en el fondo, como la obra maestra, á la vacilante luz de un cirio pálido.

Cerraron aquel armario, y tanta era la vida que parecíome ver en aquella obra, que no creí que en-

cerraran la figura; creí que emparedaban un ser vivo, que condenaban al tormento á quien gozaba atormentado, que enterraban en la sombra una visión, y salí de la capilla con el peso que deja en el corazón la pesadilla de un sueño bruscamente interrumpido.

Desde entonces la figura de Alonso Cano apareció á mi mente con vivísimo interés; fué uno de aquellos hombres cuyas huellas se buscan, medio borradas por la frialdad del tiempo; los anales de cuya vida se siguen para llegar á comprender sus sentimientos, y se acude á ver sus obras, atraídos por un imán misterioso, atracción renovada aquí en Granada por ser la ciudad natal del artista extraordinario.

Aquí seguí paso á paso la memoria de su vida, investigando el camino de sus raras emociones; aquí traté de respirar el ambiente que le hiciera concebir sus sueños tétricos é inspiróle sus páginas dolorosas, y en la Granada de otros tiempos creí entrever la influencia ejercida en aquel temperamento. Para los árabes expulsados y muchos de ellos convertidos á la fuerza, la religión era una lucha, un sentimiento secreto oculto en el fondo del espíritu, una bandera amenazando á los vencidos. No era el convencimiento cristiano el que se inculcaba á los árabes; era el temor del poder, el dominio de una raza sobre otra, el mandato imperioso de un pueblo conquistador. Una orden expulsaba á los moriscos rebeldes, otra los esclavizaba; hoy borrábase una costumbre y matábase una tradición al otro día; la sumisión operábase, no con el ramo de olivo, sino con la espada levantada brillando entre el incienso,

allá en el fondo de las obscuras catedrales, y el arte de aquellos días llevaba impreso en su misticismo el fervor negro, la fe de la amenaza, el ardor angustioso de un arte propagador, que quiere infiltrar sus creencias por los espasmos del miedo, subyugando con los rayos del talento.

Ya el padre de Alonso Cano construía retablos para los templos, y el artista, en su infancia, debió sentir la influencia del ambiente que bebía en sus nacientes visiones. El canto gregoriano entrando en sus oídos vestido de majestad; las negras siluetas de los congregantes pasando en fila, como fantasmas, bajo la bóveda de las severas catedrales, ó hundiéndose en el antro de las criptas; las imágenes vagamente iluminadas agonizando en la penumbra; los sarcófagos medio hundidos en los muros; los frailes macilentos siguiendo los entierros; el grito del órgano y el rumor del rezo, que sintió en los primeros albores de su vida, fueron sin duda de aquellas sensaciones que se graban en la mente y se deslizan más tarde en la obra del artista, de aquellos recuerdos inconscientes que, vibrando en las fibras del cerebro, repercuten en las horas del sueño de creación, y que formaron su arte; su arte sin una sola sonrisa de la gracia primorosa de los árabes; su arte de hombre del Norte, su arte de sangre gótica encendida por la lucha de su época.

Mandóle su padre á Sevilla y allí entró en el taller de Montañés para estudiar la escultura, y en el taller de Castillo y de Pacheco para aprender la pintura. Este maestro, que decía á sus discípulos que « la sola misión del arte es llevar los hombres á la piedad y conducirlos hacia Dios », que negaba

la imaginación si se apartaba del dogma, que escrutaba los más delicados casos de artística conciencia, que discutía el color de los vestidos de los santos, teologaba la pintura, y fué encargado por la misma Inquisición de mantener la ortodoxia; este severo maestro debió influir en los destinos de Cano, debió ennegrecer su alma, ya predispuesta al goce de pintar el sufrimiento; debió encauzar sus dolores y dirigirlos al terreno de la plástica.

Sin embargo, no fué pintando como Alonso Cano encontró los acentos verdaderos de su arte. El color, con sus suavidades y armonías, no prestábase al carácter que quiso dar á su obra. Necesitaba la materia para vestirla con una realidad que se acercara á la vida; necesitaba la palidez del marfil para crear los cadavéricos rostros, la madera para obtener la rigidez del ropaje, la carnación bruñida para imitar la pátina de la muerte en sus figuras; necesitaba el cincel para seguir fibra á fibra los recónditos secretos del dolor, el curso de las arterias y los perfiles del espíritu que debía imprimir en sus creaciones; y la plástica de la escultura, más palpable de sí y de más rudeza, fué más dócil á su estilo. Este fué propio y personal. Del maestro Montañés bebió el realismo minucioso, del renacimiento italiano la tradición distinguida, pero trajo á su escultura, desigual é incorrectísima á veces, ese sello de enferma virilidad, esa fiebre de un ardiente fanatismo, esa embriaguez oscura que fueron características de su poderoso genio.

Armado ya de las fuerzas adquiridas en su arte, se le ve desaparecer en las nubes de su historia, como una sombra, como una figura triste, como una

errante silueta, como un ser vagando con sus pasiones, sus ásperas violencias y ascetismos, señalando las huellas de sus pasos por las diversas ciudades que cruza con las obras que va dejando hinchidas de sus angustias. Un día se le encuentra desafiando al pintor Llano Valdés é hiriéndole gravemente; otro día se le sabe protegido por Velázquez, viviendo en Madrid, dando lecciones al príncipe Baltasar y tratándole severamente; sospéchasele perseguido por la Justicia, acusado de haber dado muerte á su mujer; encuéntrasele en la Cartuja de Portaceli, donde intenta vestirse el hábito monacal; se le ve vagando enfermo, infortunado é iracundo, sin respeto por los grandes y generoso con los pobres, orgulloso de su arte y altivo con los soberbios, detestando á muerte á los judíos y odiando á los ignorantes del arte, hasta que, triste y cansado, se le ve volver á Granada, donde otorgan mísera « ración de música » « á este sujeto »; toma las órdenes menores en aquella Catedral, llena de dulces recuerdos de su infancia, y allí, viviendo á media luz, mecido por los rumores del templo, meditando entre los átomos de indecisa claridad descendiendo de los altos ventanales, sueña en sus santos y en sus ascetas, nutre su alma con silencio y vaguedad, y en ella encierra sus obras, enmarcándolas con capillas fastuosas y glaciales.

En ellas hemos visto, envueltos en ambiente misterioso, los cuadros de Alonso Cano, ennegrecidos y velados por la sombra que deja el tiempo en la tela, modelados con el oro de los años, destacándose en su pátina, entre manchas sienosas; una cabeza de virgen meditativa ó un penitente delirando

ó un grupo trazado severamente; en ellas, la Concepción, primorosa figurita, mirando como no he visto mirar á otra figura, mirando tristemente ensimismada, vagamente distraída, escuchándose volar el pensamiento hacia el reino de los cielos y pliegando las manos con dejo de desaliento; en ellas, los bajo-relieves y bustos y figuras atribuídas al artista: la virgen del Rosario, cariñosamente modelada; la virgen de los Dolores, arrodillada y melancólica, vista por un alma decadente, sublimando con sencillez afinada; la imagen de San Bruno, aspirando el aire del cielo, turbados sus ojos con éxtasis, poseído de amor divino, y apoyadas las manos en el pecho, en actitud de guardar el fuego santo, y otras y otras figuras, llevando todas un rayo de inspiración, un soplo de luz divina transmitida por el alma del artista.

Pero donde renovóse la impresión profunda que me causó la imagen de San Francisco, fué al contemplar la cabeza de San Juan, guardada en San Juan de Dios. Esta obra de arte es sencillamente sublime; es de una belleza imponente, y es una obra maestra en el sentido absoluto. Colocada sobre sencilla bandeja, ella sola concreta las tres fases del artista. Denota el sabor del Renacimiento, el cabello cuidado, cayendo en grandes y artísticos bucles sobre el plato; explica la influencia del realismo español de aquellos días, el estudio anatómico del cuello, las venas y las arterias cortadas, los nervios interrumpidos, los músculos rotos y la sangre coagulada y estudiada con amor naturalista, y admírase el personal sentimiento en aquel rostro de hermosura indescriptible. Los ojos, hundidos y



plegados con dulzura, son los ojos de un muerto que murió llorando, las cejas convulsas no descansan todavía, la boca, abierta aún, acaba de lanzar el último grito de angustia de la vida que se aleja; los labios parece que palpitan temblorosos, y el dolor de la muerte no ha olvidado ni una arruga de sufrimiento en aquel rostro divino.

Aquel busto es una imagen postrera, y... ¿quién sabe, si fué la obra postrera del artista? Por que Cano murió en Granada; murió rechazando el crucifijo con que se le exhortaba, por ser una mala escultura,.... y murió en la mayor miseria.

Allí, bajo las losas del coro, en aquella catedral de sus ensueños, le enterraron, y allí descansa roreado de sus obras.

## VII

## La toma de Granada

El invierno entrábase por las puertas de Andalucía, no respetando meridianos ni fronteras *climáticas*; Sierra Nevada, cubierta de nieve *fresca*, enfriaba el viento que cruzaba por sus cumbres, y el tal viento, al llegar á nuestra Granada, mataba las pocas hojas que por arraigo natural se sostenían todavía en las ramas de los árboles, y..... en fin, que estábamos en invierno, y, sin más figuras retóricas, habíamos decidido marcharnos con los colores á otra parte.

Pero antes queríamos ver las fiestas de Navidad, y sobre todo la fiesta de la rendición de Granada, conmemorada aquí todos los años, desde el día en que Fernando é Isabel tuvieron la gran fortuna de poder ver por sus ojos la hermosa Alhambra, intacta aún de las torpes profanaciones de sus gloriosos descendientes; queríamos oír la campana de la Vela, celebrada en los cantares de esta tierra, y ver « La toma de Granada », comedia, drama, auto sacramental ó lo que sea, representado cada año en este día, como acto tradicional, conmemorando aquel hecho glorioso.

Ya en Noche Buena, el bullicio que reinaba en estas calles pintorescas predecía que algo serio se preparaba. A pesar de la lluvia, cayendo inoportunamente, las guitarras no cesaban de sonar; en cada casa oíase el ruido de panderetas; las zambombas resonaban por las calles, las chicharras gruñían por todas partes, y la triste Granada, la melancólica ciudad cristianizada, se embriagaba de alegría, cantaba en ayes flamencos y lanzaba notas del agudo más subido.

En las iglesias la misa del gallo se rezaba á coro con un bullicio inevitable, á pesar de todas las leyes, bandos y prohibiciones; la guardia civil, armada, paseábase en parejas por el templo; registrábase á los devotos para ver si llevaban panderetas y zambombas; pero, á pesar de todas las precauciones, á pesar de una ley datando del siglo XIII, prohibiendo que *se facen villantas y desposturas que non deven otrosí estas cosas fazerse en las Iglesias, antes deben de echarse dellas desonrradamente, á todos los que las ficieren, ya que*

plegados con dulzura, son los ojos de un muerto que murió llorando, las cejas convulsas no descansan todavía, la boca, abierta aún, acaba de lanzar el último grito de angustia de la vida que se aleja; los labios parece que palpitan temblorosos, y el dolor de la muerte no ha olvidado ni una arruga de sufrimiento en aquel rostro divino.

Aquel busto es una imagen postrera, y... ¿quién sabe, si fué la obra postrera del artista? Por que Cano murió en Granada; murió rechazando el crucifijo con que se le exhortaba, por ser una mala escultura,.... y murió en la mayor miseria.

Allí, bajo las losas del coro, en aquella catedral de sus ensueños, le enterraron, y allí descansa roreado de sus obras.

## VII

## La toma de Granada

El invierno entrábase por las puertas de Andalucía, no respetando meridianos ni fronteras *climáticas*; Sierra Nevada, cubierta de nieve *fresca*, enfriaba el viento que cruzaba por sus cumbres, y el tal viento, al llegar á nuestra Granada, mataba las pocas hojas que por arraigo natural se sostenían todavía en las ramas de los árboles, y..... en fin, que estábamos en invierno, y, sin más figuras retóricas, habíamos decidido marcharnos con los colores á otra parte.

Pero antes queríamos ver las fiestas de Navidad, y sobre todo la fiesta de la rendición de Granada, conmemorada aquí todos los años, desde el día en que Fernando é Isabel tuvieron la gran fortuna de poder ver por sus ojos la hermosa Alhambra, intacta aún de las torpes profanaciones de sus gloriosos descendientes; queríamos oír la campana de la Vela, celebrada en los cantares de esta tierra, y ver « La toma de Granada », comedia, drama, auto sacramental ó lo que sea, representado cada año en este día, como acto tradicional, conmemorando aquel hecho glorioso.

Ya en Noche Buena, el bullicio que reinaba en estas calles pintorescas predecía que algo serio se preparaba. A pesar de la lluvia, cayendo inoportunamente, las guitarras no cesaban de sonar; en cada casa oíase el ruido de panderetas; las zambombas resonaban por las calles, las chicharras gruñían por todas partes, y la triste Granada, la melancólica ciudad cristianizada, se embriagaba de alegría, cantaba en ayes flamencos y lanzaba notas del agudo más subido.

En las iglesias la misa del gallo se rezaba á coro con un bullicio inevitable, á pesar de todas las leyes, bandos y prohibiciones; la guardia civil, armada, paseábase en parejas por el templo; registrábase á los devotos para ver si llevaban panderetas y zambombas; pero, á pesar de todas las precauciones, á pesar de una ley datando del siglo XIII, prohibiendo que *se facen villantas y desposturas que non deven otrosí estas cosas fazerse en las Iglesias, antes deben de echarse dellas desonrradamente, á todos los que las ficieren, ya que*

la iglesia es casa de oracion é non deve ser fecha cueva de ladrones ; á pesar de la moderna policia, la música podía más que el Gobierno, y del fondo de las capillas brotaban ruidos bulliciosos, mal contenidos, de un pueblo que quería expansionarse.

Salió el sol, el día de la *toma*, y Granada tuvo por toldo el manto azul que corresponde á su fama. Tremolóse la histórica bandera por la mañana, la campana de la Vela no cesó de cantar durante todo el día, los caminos de la Alhambra fueron presa de un mundo alegre de viandantes y por la noche acudióse á escuchar devotamente el Triunfo del Ave María, ó sea « La toma de Granada ».

Esta obra, atribuída al propio Felipe IV, mezcla de cosas hermosamente bien dichas, al lado de otras fronterizas del ridículo, llena de arranques caballerescos é hiperbólicas declamaciones, es un drama de moros y cristianos, en el cual, por ser escrito de los nuestros, siempre le toca perder al pobre moro vencido. Sin duda debióse representar al aire libre, según fué moda en los días que fué escrito, y debió ser hermosamente presentado. Los fondos del renacimiento, los caballeros con armaduras auténticas, los artistas montados en briosos caballos andaluces ; el cielo por decorado y la nobleza por público, debían darle un carácter de « misterio » y el gran renombre que goza, y que va perdiendo, gracias al modo pobrísimo como hoy se representa.

Este año, Riquelme fué el encargado de calzarse el traje de moro que le entregó la sastrería, y medido en él del mejor modo que pudo, el simpático actor debió lanzar los versos de su papel, contesta-

dos por los cristianos de su cristiana compañía, según canta el argumento que sigue :

Alzase el telón solemnemente y aparece en el fondo de la escena una vista convencional de la vega de Granada. Tocaban cajas y clarines y se oyen grandes voces ; Arma ! ; Arma ! ; Guerra ! ; Guerra ! ; A ellos que huyen ! Salen moros peleando con el conde de Cabra en persona y cae una lluvia de insultos...

El pobre conde pelea briosamente, pero la cosa acabaría en su perjuicio físico, si no apareciese Celima, hermosísima mora de Granada, que detiene la morisma.

*Celima.* Tenéos moros.  
Dad á las iras templanza,  
Que no es acción del valor  
Vencer con tanta ventaja.

Con lo cual se apartan los moros de mala gana, y se salva la vida del Conde, que se enamora sin pérdida de momento.

Celima le da la libertad, lograda por influjo de su belleza ; pero el conde responde muy á tiempo que

.....más que la libertad ser tu cautivo estimara. ®

y el pobre..... se queda muy compungido.

En este estado le encuentran dos nobles más, Pulgar y Martín, vestidos en pie de guerra, y él les explica el lance que le ha pasado, su súbito enamoramiento y su conversación prudente con la mora,

cuando, viniendo á interrumpir este coloquio, aparece la Reina Isabel en el fondo y les reprende con razón, por estar de tal modo entretenidos en circunstancias tan críticas para la patria.

A esto se presenta Garcilaso, otro guerrero, apuesto y bizarro como un San Jorge ojival, herido levemente en una mano, y con él empiezan los primeros alardes oratorios que se usaban en Castilla en aquellos tiempos dichosos y de los cuales quedan rastros todavía.

*Reina.* — ¿ Parece que estáis herido?  
Porque esta mano derrama  
Mucha sangre.

*Garcilaso.* — Le costará  
Cada gota de ella, al moro,  
Mas moros que hay en Granada,

*Reina.* — Ataos un lienzo, que es mucha  
La sangre, y os hará falta.

*Garcilaso.* — Esto, señora, no es nada.

Efectivamente, la herida es de pronóstico leve; todos se van; baja un telón de casa rica y aparece el Moro Tarfe (Riquelme) matando á otro moro á su paso, por cuyo hecho punible Celima le trata de indigno y mal caballero. Tarfe no la escucha, y sin rodeos se nos declara enamorado de Celima; ella no hace caso de sus palabras de moro, porque su corazón *rendido* le habla de aquel corazón cristiano que ha entrevisto en la primera pelea, y cuyo nombre quiere saber, pese á quien pese.

Para ello piensa dirigirse al campamento de los Reyes y valerse de Calabaza, tipo de gracioso, obli-

gado en todo drama de moros y cristianos. Calabaza, creyendo que en vez del conde de Cabra se trata de Garcilaso, arma un lío horroroso, describe á Garcilaso con colores entusiastas que acaban de enfermar á la enamorada mora, la cual, inflamada por el deseo de conocer á su dueño noble, se disfraza y encaminanse los dos al campamento cristiano.

En él pasan cosas inusitadas. Tarfe ¡ voto á tal ! ha tenido el atrevimiento de plantar un cartel de desafío en la tienda de la propia reina Isabel; los nobles jamás han visto tal desvergüenza, todos juran vengar la afrenta con la mano en el puño de la espada y Pulgar dice que llegará.

.....á donde jamás  
El pensamiento pudiera,  
Poniendo el nombre más alto,  
Porque, á la morisma sea  
Espanto, terror y miedo,  
Asombro, pasmo y afrenta,

mientras se oyen clarines y la reina pregunta intrigadísima.

*Reina.* — Pero ¿ qué seña  
Hace ese clarín ahora ?

*Soldado.* — En aqueste instante llega  
El Rey, gran Señora, al campo.

*Reina.* — ¿ Qué decis ? felice nueva,  
¿ Y viene su Alteza bueno ?

Sí, llega bueno y llega con barba, burlándose de las medallas y los bustos de su época, é incomodando á Riquelme como director de escena; llega bueno á pesar de la indumentaria, y como la salud es la

prenda más amable, los moros le felicitan y entran todos á descansar en la tienda de campaña.

En tanto Celima, desde el árbol número dos de la izquierda, acecha á un guerrero embozado que habla con una dama, y como Calabaza le ha dicho que el conde de Cabra es Garcilaso y vice-versa, ella cree que el galán que está pelando la pava era el suyo, arma un enredo para ella, para nosotros y para el espectador; y encendida por los celos, entra en la tienda de campaña de los reyes, pega fuego á sus tenues gasas, sale la gente, el conde de Cabra salva la vida á la incendiaria é incendiada de amor, dándola un salva conducto y finiquito, y cae el telón, quedando la tierna mora más tiernamente enamorada que al empezar la comedia, y el conde de Cabra, seriamente perplejo y comprometido.

El acto segundo empieza con el relato de algunas escaramuzas llevadas á cabo por los nuestros, con grandes pérdidas del enemigo.

Así dice el conde de Cabra:

Si no nos cierran las puertas,  
En Granada nos entramos.

Por cuya verdad como un templo, la reina le felicita cordialmente.

Pero esto no basta al conde valerosísimo; Celima está presa, Celima le ama, aunque equivocadamente, Celima le espera tal vez para convertirse en sus brazos de guerrero, Celima está dominada por Tarfe, aquel morazo terrible y mal humorado, aquel matón pendenciero, ceñudo y lo que es más: imprudente, temerario, y es preciso salvar á la probable odalisca.

Para lograrlo, disfrazado el de Cabra de árabe auténtico, se cuela por la puerta del Alcázar, y en él encuentra á Tarfe y á Celima disputando en buenos versos, llevando una vida imposible y tratándole, ella á él, de cobarde, nada menos; afrenta que se infería siempre en versos en el siglo XV y aun en todo el Renacimiento.

Después de repetidas súplicas y aclaradas muchas dudas, el conde convence á Celima.

*Conde.* Vamos Celima.

*Celima.* Vamos.

¡Ay amor á lo que arrastras!

*Conde.* Mucho debo á tu fineza.

*Celima.* Mucho arriesga quien bien ama.

Y mientras baja el telón, pausadamente, se escapan los dos amantes por el foro, montados en un caballo que ha de ser blanco y brioso y ha de llevar las crines desparramadas.

Dado el mal genio de Tarfe, ya es de suponer su incomodo al enterarse de la captura voluntaria de Celima. En aquel intermedio del segundo al tercer acto, todo han de ser amenazas y bofetones en el serrallo, que no vemos, y romper muebles con crustaciones y taraceas finísimas; todo, malbaratar cofres y vasos indo-persas y platos de reflejos metálicos y pisotear y morder todo lo que encuentra en los rincones de su alcázar. Está el hombre que no puede ya con su furia. Sale con lanza y toda clase de armamento, se adelanta el caballo por el sendero que forma la platea entre las rojas butacas, y puesta en la adarga un pergamino y escrita en él el Ave-

María, y dirigiéndose insolente á los cristianos puestos en fila en la escena, allí, allí mismo, les desafía uno á uno, dos á uno ó todos juntos por medio de los versos más salientes de la tercera jornada :

*Tarfe.* Cristianos cuya loca fantasía  
más que el valor, os dá la confianza  
de rendir á Granada.....

mi dura lanza, siempre vencedora,  
en oprobio del nombre de María,  
á todos en el campo os desafia.  
Salga el conde de Cabra, si á su frente  
laureles busca. Salga ese de Urefia  
ó don Alonso de Aguilar valiente,  
si el honor le inflama y el valor le apena ;  
salga don Juan Chacón ; salga el valiente  
don Manuel Ponce, que al león desgrefia  
ó el mismo rey Fernando, que mi espada,  
hasta en los reyes corta fulminada.

Uno á uno os espera mi osadía,  
ó á todos juntos, si teméis la muerte:  
alienta vuestra infame cobardía,  
para que oseis morir con pecho fuerte.  
Ved arrastrar por mí la Ave-María ;  
estorbad el tratarla de esta suerte.

¡ Bien ! gritan sus mismos enemigos del gallinero.  
¡ Matadle ! exclaman algunos.

Bárbaro, presto verás  
de tu soberbia el castigo,

dice el conde.

¡ Perro !

dice Pulgar.

Tenéos,

dice el rey Fernando,

que yo para el desagravio  
trenzaré el arnés bruñido.

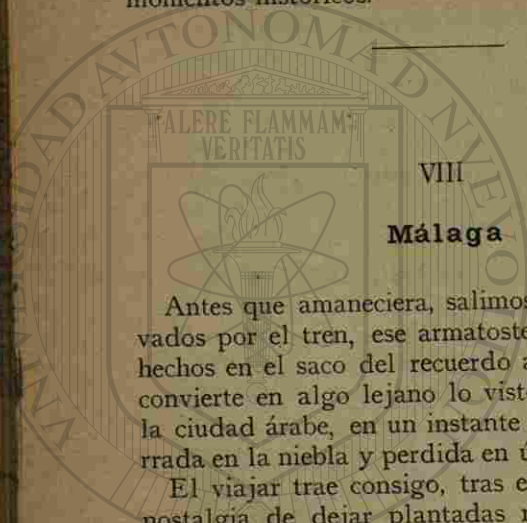
*Garcilaso.* Señor, Vuestra Majestad,  
contra oprobio tan indigno,  
me dé licencia que salga,  
rayo por vos vengativo.

*Rey.* Garcilaso, sois muy mozo,  
y aunque muy hombre en los bríos,  
os faltan las experiencias  
contra un moro tan altivo.

A pesar de faltarle las experiencias á Garcilaso, él es « el rayo fulminado », el « vulcano » que dá cuenta del moro altivo ; le corrige sus defectos cortándole la cabeza, que presenta clavada en lo alto de una pica al público entusiasmado. Celima se convierte, los reyes toman á Granada, Garcilaso se casa con doña Ana, el alcalde moro se pasa á los nuestros con toda su alcaldía y equipajes, triunfa la virtud en toda la línea, y termina ese drama felizmente.

Sólo la indumentaria y la estética han sufrido en esa « toma ». Es una toma de cosas buenas y malas, mezcladas para uso externo. Los versos tienen el carácter altisonante que aún conservan en nuestros días. Algunos son hermosos, y los más sólo ofen-

den al pobre moro, acostumbrado ya á toda clase de atropellos desde el día de la toma hasta estos momentos históricos.



### Málaga

Antes que amaneciera, salimos de Granada. Llevados por el tren, ese armatoste que precipita los hechos en el saco del recuerdo antes de tiempo, y convierte en algo lejano lo visto momentos antes, la ciudad árabe, en un instante de tren, quedó borrada en la niebla y perdida en último término.

El viajar trae consigo, tras el goce recibido, la nostalgia de dejar plantadas raíces de agradecimiento hacia aquello que fué causa de impresiones. Tras la rápida visión de la llegada, los ojos han escogido emociones; el corazón ha trabado simpatías y el choque de la campana que anuncia la marcha del tren deja en el ánimo un vacío, la sensación de haberse olvidado algo moral en el pueblo que se aleja detrás de las ventanillas.

Al marcharnos de Granada, sentimos como nunca esta vaga sensación en nuestro espíritu. Su hermosura recién gozada se extendía ya en el diorama del recuerdo; su callada tristeza era un despido mate, disfumándose como una puesta de sol; su silueta desfilaba confusa en la memoria, que borra

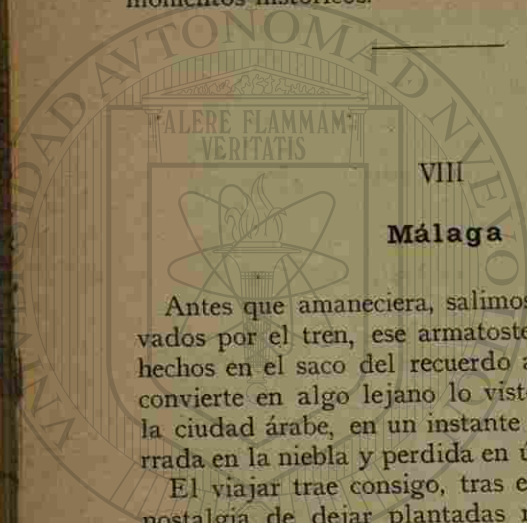
los perfiles y conserva sólo las sombras; los cármenes, la Alhambra, el Generalife, sus ríos de plata y sus ocasos de oro, eran sueños interrumpidos, visiones perdiéndose allá en el último término.

Dejábamos Granada, y un doloroso presentimiento nos decía que esa artística ciudad, que huía detrás de nosotros, iría desapareciendo poco á poco del mapa pintoresco de los pueblos; que iría dejando su suntuoso traje antiguo, para vestirse prendas nuevas; que sus cármenes, de verde y descuidada y espléndida cabellera, se trocarían en jardincitos á la inglesa ó en solares ruinosos; que sus calles misteriosas morirían deslumbradas por la luz de anchas é insípidas reformas; que los patios se hundirían sobre sus tenues dibujos y que, cada día, cada instante que tardáramos en volver á ver sus muros, sería un desengaño artístico para los ojos de artista, y un triunfo demoledor para los tontos egoístas que ponen el arte en sus patas.

Esto pensando, andábamos en un tren abigarrado y, al parecer, aventurero, compuesto de vagones de todas formas habidas y procedencias extrañas, pintado con colores mejicanos y repartido en las tres clases, viniendo en él, como viviente recuerdo de la ciudad que dejábamos, la compañía que representó la « Toma ».

Trasladábase á Málaga, y nada más típico que un tren de cómicos cansados y soñolientos. Los que poco antes iban vestidos de oro, calzando corona y empuñando espada y alfanje, veíaseles por los rincones, envueltos en mantas listadas y chales de dama joven; la brillantez del escenario trocábase en palidez producida por el pálido farol colgado

den al pobre moro, acostumbrado ya á toda clase de atropellos desde el día de la toma hasta estos momentos históricos.



VIII

### Málaga

Antes que amaneciera, salimos de Granada. Llevados por el tren, ese armatoste que precipita los hechos en el saco del recuerdo antes de tiempo, y convierte en algo lejano lo visto momentos antes, la ciudad árabe, en un instante de tren, quedó borrada en la niebla y perdida en último término.

El viajar trae consigo, tras el goce recibido, la nostalgia de dejar plantadas raíces de agradecimiento hacia aquello que fué causa de impresiones. Tras la rápida visión de la llegada, los ojos han escogido emociones; el corazón ha trabado simpatías y el choque de la campana que anuncia la marcha del tren deja en el ánimo un vacío, la sensación de haberse olvidado algo moral en el pueblo que se aleja detrás de las ventanillas.

Al marcharnos de Granada, sentimos como nunca esta vaga sensación en nuestro espíritu. Su hermosura recién gozada se extendía ya en el diorama del recuerdo; su callada tristeza era un despido mate, disfumándose como una puesta de sol; su silueta desfilaba confusa en la memoria, que borra

los perfiles y conserva sólo las sombras; los cármenes, la Alhambra, el Generalife, sus ríos de plata y sus ocasos de oro, eran sueños interrumpidos, visiones perdiéndose allá en el último término.

Dejábamos Granada, y un doloroso presentimiento nos decía que esa artística ciudad, que huía detrás de nosotros, iría desapareciendo poco á poco del mapa pintoresco de los pueblos; que iría dejando su suntuoso traje antiguo, para vestirse prendas nuevas; que sus cármenes, de verde y descuidada y espléndida cabellera, se trocarían en jardincitos á la inglesa ó en solares ruinosos; que sus calles misteriosas morirían deslumbradas por la luz de anchas é insípidas reformas; que los patios se hundirían sobre sus tenues dibujos y que, cada día, cada instante que tardáramos en volver á ver sus muros, sería un desengaño artístico para los ojos de artista, y un triunfo demoledor para los tontos egoístas que ponen el arte en sus patas.

Esto pensando, andábamos en un tren abigarrado y, al parecer, aventurero, compuesto de vagones de todas formas habidas y procedencias extrañas, pintado con colores mejicanos y repartido en las tres clases, viniendo en él, como viviente recuerdo de la ciudad que dejábamos, la compañía que representó la « Toma ».

Trasladábase á Málaga, y nada más típico que un tren de cómicos cansados y soñolientos. Los que poco antes iban vestidos de oro, calzando corona y empuñando espada y alfanje, veíaseles por los rincones, envueltos en mantas listadas y chales de dama joven; la brillantez del escenario trocábase en palidez producida por el pálido farol colgado



y vacilante en el nicho del vagón, iluminando vagamente aquellas caras desteñidas; trocábanse los sonos de la orquesta y los clarines en el monótono y soñoliento traqueteo; y el público entusiasmado, en las voces plañideras de los mozos de estación, lanzadas al vacío y perdiéndose de un modo triste en la niebla de la naciente mañana.

Llegada ésta, aún fué más violento el contraste, á la clara luz del día. El antes rey Fernando, el vencedor de Granada, viajaba en segunda clase, roncando los goces de la victoria. Tarfe, el vencido y decapitado, iba en primera con pавero y botinas de charol; iban unidos Celima y Garcilaso, dejando pasadas equivocaciones y dejando al del Pulgar y al de Cabra y otros invictos guerreros durmiendo en sus compartimientos; las damas de la corte amontonábanse en tercera, y de todos los rincones del tren salían lloriqueos de infantes envueltos en sendos pañales. Veíanse caras medio despiertas como espantadas á la luz del aire libre, arrugas mal despintadas, escorzos de hombre tendidos entre paquetes, todo un tren transportando una alegría apagada, un espectáculo muerto, un reino caído de otros tiempos, volviendo á la mísera realidad del traqueteo moderno.

Con él y con ellos, nos internamos en pleno corazón de la llanura. Pronto dejamos la vega, pasamos unos picachos, blancos pueblecitos reclinados en extensísimas laderas, un río lanzándose por tenebroso barranco cortado á pico, y ensanchóse el horizonte, y acabáronse las montañas. Allí estaba la Andalucía productiva, la rica Andalucía, que manda sus dulces frutos á los ámbitos del mundo,

el suelo privilegiado. Allí, los olivos marchando en fila á través de las laderas, bajando en los barrancos, y perdiéndose su nota gris plateada en el último confín del horizonte; allí los valles, llenos de bolas de cadmium, como lluvia de oro mate, destacando con el verde de los bruñidos naranjos; allí, la caña de azúcar, extendida, los pálidos limones, la palmera y el plátano, brotando espontáneamente; allí, un paisaje americano, pecando por demasiado alegre; allí un cielo sin manchas, un cielo que pide nubes que distraigan su plácida calma inmutable, y allí, la inmensa llanura, extendida hasta las costas de Málaga.

Hasta ella llegamos, como se llega hoy día á todas partes, bajando baúles, pasando por los consumos, molestados por los fondistas, acosados por los mozos de la carga y viceversa, que no dejan sosegar al viajero. Subimos á un coche de verano, y sin pérdida de tiempo corrimos calles y más calles, queriendo tener una impresión de llegada, para luego detenernos, si así lo juzgáramos útil.

¡Ay! Muy pronto presentimos que una vez alabado el clima (que es espléndido, y hasta reñido por lo bueno con las reglas naturales) y ponderada su situación geográfica (que me aseguran que es magnífica), muy poco tendría de interesante esta ciudad para los goces estéticos. Se entra en Málaga por arrabales industriales, con sus manchas de carbón, sus depósitos de guano, sus baches consiguientes en el suelo y sus depósitos turbios en casas bajas y feas, parecidas á cualquier arrabal de cualquier parte; se pasa por callejones urbanos limpios, pintados con colores claros, arregladitos de aceras y faroles, em-

pedrados correctamente, teniendo como único atractivo el forastero, las innumerables tribunas de formas artísticas y caprichosas, por las que asoman de vez en cuando ojazos negros y hermosos, de esos que tan pródiga es la pródiga Andalucía; se cruza alguna plaza uniforme, con su fuente de fundición en el centro, su luz eléctrica á los lados y los hilos telefónicos en lo alto; se admira una alameda ancha y bien arbolada, con todos los adelantos modernos aplicados á las ramblas; y crúcese por donde se quiera, sálgase por donde se salga, éntrese por donde se entre, se va á parar sin remisión á la calle del señor Marqués de Larios, centro y orgullo de todos los malagueños.

Es la tal calle hermosa en el sentido cosmopolita, ancha, regular, uniforme y cortada con una rectitud pasmosa; es una calle tan calle como cualquierá del ensanche de Barcelona, con su misma arrogancia y frialdad y entarugada con precisión y buen corte; gasta faroles de mucha expansión y esparcimiento; tiene tiendas lujosas de sederías, lanerías y novedades de otras partes; casinos muy bien decorados con cuadros de buenas firmas; municipales de punto en su punto correspondiente; pero ¡ ay ! no tiene ni un asomo de carácter de la hermosa Andalucía, ni un destello de inventiva, ni un rayo de novedad; es la calle veintidós, manzana ocho de Nueva York ó Chicago; una calle que pudiera estar en Burdeos ó en el Havre ó en Milán ó en otra ciudad cualquiera; una calle unificada é incluida en el álbum del ingeniero práctico.

Saliendo de ella, las demás son vías que procuran imitarla. Algunas, quizás á pesar suyo, estrechas y

modestas y replegadas en sí mismas, conservan aún sus aleros decorados, resguardando la frente de las casas, sus balcones graciosamente ondulados, sus ventanas convertidas en jardines, sus puertas con clavos forjados y visagras retorcidas, y sus patios, ese íntimo recuerdo heredado de los árabes; pero de ellas, con gran pesar de los pintores malagueños, la línea estética va huyendo poquito á poco, y no es ya el presentimiento sentido, al alejarnos de Granada, de que se borre de la carta pintoresca de los pueblos; aquí es la ingrata realidad, hecha obra, por obra y gracia de la ley niveladora que se sufre en todas partes, donde el gusto no reacciona, buscando la belleza propia en los mismos elementos que lega la tradición, modernizándoles con el tacto de un puro sentido artístico.

Siguiendo siempre á la ventura, y no juzgando más que las líneas exteriores, llegamos á un barrio extremo, de especialísimo carácter. No sé por qué, recordónos las vistas de América que estos días publican con profusión los periódicos. Las casas, con su igualdad aterradora, con sus idénticas puertas y sus simétricas ventanas, niveladas sobre el primer piso, con instrumento cortante de siluetas, parecíanos manzanas de Ganajuato, de la Habana ó de Chinarinde; los paseos con palmeras y las plazas con plátanos dentro una verja, plazas de armas de Guanabacoa ó de Matanzas; las iglesias platerescas, sin pátina ni abolengo ni sello de antigüedad, con su palmera inclinada sobre el pórtico y las plantas tropicales meciéndose bajo el cielo azul, misiones de frailes de Santa Fe de Bogotá ó Cochinilla ú otra ciudad cualquiera de esa América de cromó

que llega hasta nuestras manos ; y casi todo el barrio aquel parecían un barrio de ciudad naciente, un barrio que denota riqueza administrativa, que progresa en sentido de interés material, pero en el cual no han de buscarse estéticas admiraciones ni conatos de belleza.

Atravesando aquella pequeña América y dando la vuelta á una montaña, encontramos un cementerio protestante, que completó la ilusión de hallarnos lejos de España. Es un cementerio inglés en un jardín. Debajo de árboles exóticos, plantas de ancha hoja y dibujo tropical, y rodeadas de flores que sólo habíamos visto á través de invernaderos ó en dibujos japoneses, las tumbas se destacaban formadas por blancos mariscos. Aquellas lápidas con apellidos del Norte, plantadas entre arbustos del país del sol, trasladábanos á extrañas tierras donde llegan solamente exploradores ; perecíamos tumbas de marinos naufragados en una costa lejana, monumentos publicados en *La vuelta al mundo*, tomados de croquis de atrevidos viajeros ; cementerio de una colonia, produciéndonos la sensación de que éramos extranjeros vagando en una isla ignorada.

Salimos de aquel risueño oasis de la muerte y vimos cambiar el decorado. Siguiendo un camino que conduce al puerto y ladeando una montaña, se entra otra vez en Málaga, que trepa por una cuesta formando un conjunto pintoresco ; y allí, en la cima, inclinado hacia un lado como un calañés cubriendo la frente del monte, está la antigua Alcazaba, los únicos restos visibles que se conservan del dominio de los moros.

¡ Pobres ruínas ! Áridas, amarillentas y gastadas, sin el abrigo de la yedra ni el consuelo de una planta, van cayendo lentamente y secándose bajo el sol. Ruínas pobres, oliendo á rancho y á cuartel, rodeadas de basura, de paredones caídos, de retazos de miseria, pieles de naranja y cacahuetes ; de chumberas podridas con el tronco arruinado, de glacis sirviendo de prado sin hierba á cabras sucias y flacas y de cama á soldados dormitando ; parecen ruínas abandonadas del cielo y pisadas por un pueblo indiferente. En sus tapias, que descienden hasta Málaga, sécase la ropa blanca, postes telegráficos las cruzan, y poco á poco van borrándose en la aridez de la montaña, van confundiéndose con su mismo color de ocre y bajando hacia el mar que las espera.

Allí está, bajo sus pies, bañando la ciudad moderna, bajo un cielo de un azul de Andalucía. Su vista distrae de las miserias y ruínas y renueva recuerdos queridos llevados al oído con su voz majestuosa. Extendida sin confines, teñida de esmeralda y rizada de blancas líneas de plata, camina lentamente, entra en el puerto, se duerme debajo del faro, y allí refleja en su fondo la ciudad, que aunque vestida con tristes hechuras nuevas, es allí al pie del mar, bañada y dichosa, esa Málaga la bella tan cantada por la tradición del pueblo.

## IX

## Córdoba

Una gran llanura despoblada de árboles, desolada como país de excavaciones, ondulada hasta el pie de Sierra Morena, con un gran río serpenteando allá á lo lejos, y una ciudad blanquísima sentada en medio de la llanura...., es la visión que se presenta á los ojos, al acercarse á la ciudad de los califas.

En ese suelo, actualmente sin una sola silueta ni una piedra labrada ni un montón de pedruscos que indique la tumba de algún recuerdo, hace ocho siglos levantábase Medina Azahra, el palacio dedicado á una sultana y el sueño más fantástico de la arquitectura mora. En este alcázar, cuyo recuerdo parece una visión de un Oriente fantástico, las columnas de mármol de Raya y de Felibres levantábanse por millares; las piedras de las ruinas de Cartago servíanle de adorno; los muros eran tejidos de estuco; eran las puertas de cobre y hierro plateado; corría el agua por arroyos y saltaba por fuentes maravillosas. En la sala de las « grandes ceremonias », de la techumbre, formada de maderas olorosas, pendía una perla solitaria, regalo del emperador Constantino; manaba azogue de las pilas; una figura de mármol de la Siria guardaba la alcoba del Sultán; las lámparas bajaban de fantásticas estalactitas, y por doquiera se mirara (di-

cen los antiguos viajeros), veíanse maravillas de imponderable belleza.

Esa extensión sin árboles ni caseríos, en medio de cuya aridez de líneas Córdoba parece dormida, recuerda los países de las grandes ruinas y de las tristes soledades. Córdoba parece dormida, recuerda tristes soledades. Córdoba, como Ninive, Damasco y Jerusalén, como las viejas ciudades de la leyenda, parece que, al morirse, secan el suelo que las rodea y le hacen improductivo; parece que á fuerza de haber dado vida gastan la tierra, dejando una mancha inerte alrededor de sus murallas, como halo mortuorio; parece que el cascajo y la pasta de las ruinas dejan una capa geológica, en la cual desaparecen las plantas y sólo crece la tristeza y que el viento del desierto lleva el polvo y la semilla á otras ciudades, dejando á las antiguas sepultadas en la arena.

Nadie sospecharía que aquella mancha amarillenta fuera un día la Meca del Occidente, el centro de una cultura refinada, el trono de los emires y califas, de los Abderramanes y Almanzores. Nadie creyera que sus muros, rodeados de centenares de torres, encerraron ochocientos baños en los que el agua « jugaba con el mármol y saltaba con sonidos de alegría », y que vieran levantarse setecientas mezquitas, con sus airosos y blanquísimos minaretes, subiendo como bosque indescriptible; que fué tal el amor á la belleza demostrada por sus califas, que Abderramán I plantó la primera palmera traída del desierto, para que la llanura le recordara la poesía de Oriente; sembró mirtos y arrayanes en los huertos é instituyó una escuela en la cual se guardaban

como culto los secretos decorativos y tracerías geométricas elevadas á simbolismos misteriosos. Ser librero constituyó un título de nobleza, y más de veinte mil dedicábanse á esparcir por el mundo las obras de sus filósofos y poetas; sus esmaltes en cerámica, sus hierros cincelados, su arte de hacer mosaicos y taraceas, sus maravillas de fundición y orfebrería, sus cueros decorativos pregonaban la fama de aquel pueblo; mandaban vestidos de seda al mismo Carlomagno; recibían á los artistas en su corte y cuidaban el arte con el amor de un pueblo refinadísimo.

Nadie creyera en tal grandeza mirando Córdoba moderna y al ver la destrucción completa que ha sufrido. Ni una sombra de lo que fué ni una sospecha de su poder asombroso asoman por sus pedruscos, y su gloria hay que verla en los libros y descripciones más que en sus ruínas, completamente borradas. Las guerras de conquista, el odio de razas y religiones, gentes ignaras destruyendo mezquitas y acomodándolas al culto cristiano sin tener en cuenta la estética y el buen gusto; los reyes talando los alcázares y destruyendo los jardines, y sobre todo, el pueblo inconsciente, torpe y desalmado para el alma de las ruínas, dejando caer las filigranas de un arte para ellos incomprensible, vendiendo á los extranjeros las reliquias arqueológicas que manaban de este suelo misterioso, despreciando lo que ignoraban, han hecho más daño al arte que la inclemencia del tiempo, que tiene respetos ocultos para los pobres monumentos. De aquellos baños, encanto de la ciudad, no quedan más que sospechas; de aquellos centenares de mezquitas, más que rasgu-

ños detrás de los altares ó indicios por entre la cal; ni un solo minarete se levanta; las murallas cayéndose, la gran mezquita, único monumento hoy en pie, mutilada por Carlos V y víctima de un señor académico que ejecutó desacertadas reformas; el campo de Medina Azahra, sepulcro del gran palacio levantado por la fuerza de una pasión, nacido entre leyendas y sueños hechos obra de arquitectura y ornado un día con todas las riquezas y poesía de Oriente, es ganadería y propiedad de Lagartijo... y todo caído, todo semiabandonado, y lo que es más doloroso todavía, mirando con sonrisa de desprecio ó con malvada indiferencia.

¡Qué país desdichado es el nuestro! Parece que Dios ha echado obras de arte en nuestro suelo, en un momento de olvido, ó que, no pudiendo dar público, dió artistas que compensaran la indolencia general; parece que acumula en los hombres creadores el amor y el talento de todos los demás juntos, y que muertos aquellos, el país ha quedado en seco. Son tan pocos los que respetan la herencia artística de lo pasado; forman tan escasa minoría, que son tenidos por dementes ante el sufragio de todos y mirados como aves taciturnas, como gente maniática digna de compasión; los gobiernos los oyen sin comprenderlos, secundados por la masa general, á la cual no interesan esas cursis sensiblerías, que en otras partes son sagrados intereses de cultura; y los pobres monumentos van cayendo lentamente, desmoronándose poco á poco, borrándose del libro de nuestra historia. Se vende aquello que puede venderse bienamente, y lo que resta, las columnas in-trasladables, las lápidas de solo valor epigráfico,

los capiteles averiados, se amontonan en los bajos de un edificio cualquiera, se coloca un rótulo con el título de *Museo*, y allí las viejas reliquias, llenas de polvo y telarañas, las guarda, soñoliento y aburrido, un individuo del cuerpo de archiveros y museos, nombrado algunas veces por el cacique del pueblo. ¡ Triste empleado esperando á los visitantes, que suelen ser extranjeros, á quienes interesan todavía esos extraños chirimbolos, los cuales se los miran tomando nota de aquella pasada grandeza y de nuestra pobre cultura!

Esto pasa aquí, como pasa en casi todas las capitales de provincia de nuestra España moderna, y gracias á esta incuria de un pueblo sin ilustración, nós vamos quedando desnudos de monumentos. Córdoba monumental se va, vive dormida, se alejarga en los pliegues de sus calles, oye caer indiferente las obras que le dieron renombre, y cosa rara, á ese abandono de odalisca, á esa tristeza legada de Oriente, á esa práctica del ensueño, debe su mayor encanto; la nostalgia dorada que desprende, la paz callada que se respira en sus ámbitos, el silencio de un claustro, y un no sé qué fatalista heredado de los árabes, que detiene el pensamiento y lo adormece.

Rodeada Córdoba todavía de sus muros ruinosos, su plano parece un laberinto, y es preciso andar con brújula por sus calles para poder orientarse, de tal modo son tortuosas é intrincadas. Abiertas al azar, y estrechas como grietas formando innumerables revueltas y recodos, pintadas sus casas de color claro, rosa violeta, verde descolorido ó azul pálido, parecen un sueño blanco con reflejos de cielo azul.

Empedradas con grandes losas y tapizadas con esa hierba que asoma por entre los pliegues del silencio, veladas con medias tintas, calladas como vías de Pompeya, con sus persianas cerradas y sus puertas entreabiertas, parecen calles de panteones en cementerio cuidado con cariño por piadosas manos de mujer. Las losas resuenan al paso como en ciudad desierta, los viandantes son rarísimos: un pobre, inmóvil en una esquina, una figura en una reja, un embozado, un cura taciturno ó un grupo de mujeres en el umbral de una puerta; las casas parecen deshabitadas con sus patios silenciosos de glacial limpieza; los aleros cubren con velo de medias tintas las fachadas, y todo queda apagado en una claridad discreta, tenue y opaca, modelada en ambiente de armonía, en baño de luz, con niebla de vibraciones.

De vez en cuando, en una esquina, en un ángulo ó sobre una puerta, se ve empotrada una capilla. El santo, cuasi borrado en el fondo, rodeado de flores descoloridas, de reliquias piadosas, de plantas colgando con ese instinto de buen gusto que les da la Naturaleza, con su farol encendido en pleno día, esperando avergonzado la penumbra, prestan mayor tristeza á la solitaria calle; otras veces aparece una fachada con adornos platerescos, con escultura aparatosa, con líneas y adornos declamatorios, seguida de un muro larguísimo, escurridose ondulado á lo largo de los estrechos callejones; más lejos, levántase un edificio con apariencias de convento, liso y desierto de adornos, en cuyas frías paredes asoman diminutas celosías; de vez en cuando, adivinanse unos ojos de mujer curioseando detrás de los postigos entreabiertos; vése, aquí y allá, un capitel in-

crustado, una lápida, una columna, un friso de azulejos, y en todas partes reina un silencio mate, el silencio de una ciudad aletargada y dormida.

Andando por esos intrincados corredores, se llega á la mezquita, situada en un extremo de Córdoba. Allí las calles se ensanchan y adquieren carácter más monumental y grandioso, con los muros del edificio, sus alineados contrafuertes y los largos paredones corriendo en perspectiva. El suelo es de patio de convento, los caserones sueñan á monumento vacío, las casas semejan desiertas cofradías ó cuarteles sin soldados, y en aquel páramo de ciudad levítica y muerta, véñse pasar de vez en cuando, en largas hileras silenciosas, filas de seminaristas; se oyen sus pasos repercutiendo en las bóvedas vecinas, y en larga procesión discreta se les ve desfilar por la bruñida acera, hasta entrar en alto portalón del fondo ó en angosta callejuela. Las ruínas del alcázar, con sus huertos pedregosos y sus torres sirviendo de nido á los halcones, añaden tristeza al lugar; las murallas abandonadas le prestan carácter de ciudad vencida, y el Guadalquivir, escurriéndose á su lado, aísla su silencio y le protege con su curso majestuoso.

Nada de belleza más severa que Córdoba, vista desde este sitio, en que el puente romano une á la ciudad con la llanura. Un torreón en primer término, el grandioso río deslizándose y reflejando los arcos sienosos, una puerta monumental abierta en las murallas, la mezquita en el fondo sosteniendo la catedral en sus espaldas de piedra, el campanario destacándose sobre el cielo, y todo pintado por el aire de los siglos, y todo antiguo y ocultando la

ciudad moderna detrás de la cortina de piedra, dan un conjunto de Córdoba de otros tiempos y hacen volar el pensamiento que restaura su pasado. Aquellos sillares caídos debían ser el Alcázar, aquellas tapias derrumbadas, los jardines de mirtos y laureles; el minarete debía sustituir el campanario; intacta debía estar la mezquita, almenadas las torres, y con rastrillos y puente la maciza puerta, y los blancos ajimeces de diminuta columna, abiertos como negras pupilas en los blanquísimos muros de centenares de edificios, que asoman encima de las murallas.

Todo esto no es un sueño. Mucho más podían ver los ojos de lo que pueda penetrar la fantasía. Córdoba es bella é interesante, pero lo es más por los recuerdos que inspira, por lo mucho que ha perdido, que por lo bueno que conserva. Es un cementerio de arte, adornado con nichos nuevos; un pueblo sostenido con restos arqueológicos y edificado sobre lápidas, columnas y capiteles; Córdoba es una hermosa sultana que se va volviendo torera.

Teníamos que marchamos, dejar la hermosa Andalucía, ese paréntesis poético en la prosa de la vida; así es que sólo vimos la mezquita, como visión de un momento, como un decorado árabe, entrevisto vagamente entre las sombras de un sueño.

La última obra de arte que penetraba en nuestro espíritu era la impresión de un bosque de simétrica estructura; un bosque de un misticismo oriental, ocultando entre las ramas de portentosos calados un mirab misterioso; un edificio con alma, el santuario de un pueblo que, después de tantos siglos, aún exhala el aroma de una poesía

única, los cantos de Abderramán al dirigirse á su pueblo: « Para los pobres cristianos, los monasterios sombríos; guardemos para nosotros los verjeles, el harem, los baños y las aljamas; nuestras aljamas vestidas de jaspes y esplendrosos estucos, construídas de jacintos y alumbradas por lámparas inextinguibles. Para ellos, claustros lóbregos; para nosotros, las fuentes manando plata y los verdes arrayanes; para ellos, las privaciones de la vida de castillo; para nosotros, la dulce y tranquila existencia de los alcázares risueños y los lugares tranquilos; para ellos, la intolerante tiranía, para nosotros, la monarquía clemente; para ellos, los pueblos ignorantes y ambiciosos, para nosotros las artes; para ellos, la abstinencia y los martirios; gozamos nosotros los deleites de la amistad y del amor en esos fértiles campos de la bella Andalucía ».

\* \* \*

Esas palabras del califa fueron la última impresión del arte. La última impresión sentida fué la impresión melancólica que causa el dejar un suelo que es pródigo en sensaciones y generoso en bondades.

FIN

## ÍNDICE

### DESDE EL MOLINO

Artistas catalanes en París .....	1
Una taberna en Montmartre .....	8
El estudio de un puntillista .....	16
Un pintor chic .....	26
El Réveillon .....	36
Un fotógrafo de la legua .....	45
Montmartre por la noche .....	55
Una excursión á Ruan .....	63
El moro del Baile .....	73
Impresiones de llegada .....	80
La Sociedad protectora de animales y plantas .....	87
Las canciones de Montmartre .....	94
El reino de las sombras .....	102
El cementerio de Montmartre .....	108

### IMPRESIONES DE ARTE

PARÍS. — El alojamiento .....	119
El personal .....	127
La oración del domingo .....	138
La clase de noche .....	150
La isla mística .....	159
El Greco en casa .....	170
ITALIA. — Un rato al continente .....	179
Florenia por la noche .....	190
Florenia á plena luz .....	199
Vida de museo .....	210
El monte de los cipreses .....	220
SUIZA. — Las nieves perpétuas .....	229



EL REGRESO .....	238
ESPAÑA. — Granada .....	251
El generalife .....	255
La Alhambra .....	269
El barrio de los gitanos .....	277
Los cámenes de Granada .....	287
Alonso Cano .....	295
La toma de Granada .....	304
MALAGA .....	314
CORDOBA .....	322



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

